

# LA RELIGIOSA EN SOLEDAD

OBRA

EN QUE SE EXPONE A LAS RELIGIOSAS

EL MODO DE EMPLEARSE CON FRUTO

EN LOS

EJERCICIOS ESPIRITUALES

DE

SAN IGNACIO DE LOYOLA

Y PUEDE TAMBIÉN SERVIR Á CUALQUIERA PERSONA  
QUE DESEE REFORMAR CON ESTE MEDIO SU PROPIO ESPIRITU,

compuesta en italiano

POR EL P. JUAN PEDRO PINAMONTI

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

MADRID

SATURNINO CALLEJA, EDITOR

*Calle de Valencia, 28.*

MÉJICO.—HERRERO HERMANOS

1900





À LA SOBERANA REINA DE LOS CIELOS

# MARÍA SANTÍSIMA

MADRE DE DIOS Y SEÑORA NUESTRA

---

A Vos, ¡oh Santísima Reina de los Cielos y Madre de toda piedad!, se dirige el leve trabajo que tuvo mi cortedad en la traducción de esta obra que emprendí; porque, siendo de tanta importancia, y de que se puede esperar tanto fruto en las almas religiosas y en las que no lo son, pues á todas se dirige, aunque principalmente á aquéllas, como se ha experimentado, habiéndose en Italia repetido su impresión ya cuatro veces, no pudo tolerar mi buen deseo de aprovechar á los prójimos que en España careciesen de este tesoro algo escondido, por estar en extraño idioma, y por esto casi desconocido del todo.

Sale, finalmente, en lenguaje castellano esta obra, y deseando tenga el más noble complemento y aceptación más propicia, y se logre más colmadamente su fruto, la pongo, ¡oh Virgen Santísima!, en vuestras benignas manos, para que de ellas pase á las de los que la leyeren, con seguridad de que ha de obrar los admirables efectos que suele producir su leyenda y atenta meditación.

Es obra, si bien se mira en su estilo, que roza mucho con los prudentes dictámenes de aquel gran siervo vuestro y que con más acierto supo, entre otras prodigiosas obras que admira el orbe, enseñarnos á ser vuestros devotos, el Rmo. P. Pablo Señeri, en aquel su libro de oro, que intitula *El Devoto de María*, ó porque se escribió á sus influjos, ó porque la sacó quien toda la vida logró sus más próximas enseñanzas. Es su asunto instruir á las religiosas en su soledad, á quienes Vos, Señora, tanto favorecéis; ya por ser esposas de vuestro Hijo, á quien entregaron su querer, ya por ser imitadoras de vuestra pureza, viviendo en santo retiro y loable reclusión, separadas del bullicio y tráfico de los hombres. En la congregación de las aguas parece que imprimió el Todopoderoso vuestro Soberano Nombre con ilusión admirable y misteriosa, llamándolas *María*; así lo refiere el sagrado historiador en el primero del *Génesis*: *Congregationes aquarum appellavit Maria*. Mas ¿por qué á este líquido elemento, más que al sólido de la



tierra, al diáfano del viento, ó al lúcido del fuego, se había de imprimir este propicio y saludable Nombre, sino para denotar que era elemento más puro, cuyos vivientes, retirados del universal comercio de las demás criaturas, tenían su habitación en lo escondido de aquel dilatado claustro y cristalino retiro que parece está significando aquella Congregación á la de las religiosas que viven en reclusión? Y á éstas sois, Señora, tan propicia y las favorecéis tanto, que quisisteis que estuviese en aquel primer símbolo expreso vuestro Santísimo Nombre.

Es la materia de este libro una dilatada y bien aplicada práctica de los ejercicios de aquel gran Maestro de espíritu, ilustre celador de la gloria de Dios, mi gran Padre y Patriarca San Ignacio de Loyola, fundador de mi carísima Madre la siempre augusta Compañía de Jesús, cuyo espíritu ilustrasteis, siendo Vos, Señora, según la tradición tan admitida, la que dictasteis estos Ejercicios, y nos lo persuade el gran fruto que con vuestra asistencia han hecho y cada día hacen en la Iglesia católica. ¿Cómo podéis, Señora, rehusar, ni yo omitir, el que se restituya á vuestras manos lo que salió de las de vuestra protección y celo del bien de tantas almas como por este medio han logrado la eterna salvación? Recibid, Señora, este donativo, que por tantos títulos es vuestro; disponed que se perfeccionen en espíritu y se salven los que leyeren su contexto y meditaren sus cláusulas, para que se con-

siga el fin que mi aplicación únicamente desea, que es la mayor gloria del Señor y bien de los prójimos; y para que todos por este medio logremos la eterna felicidad, gozando perpetuamente de vuestra compañía en el Cielo.

Vuestro menor siervo é indigno capellán,

MARTÍN PÉREZ DE CULLA,

de la Compañía de Jesús.

---



## INTRODUCCIÓN

---

### § I

La Providencia, no menos suave que fuerte, por quien el Señor asiste á su Iglesia, no se manifiesta quizá más patente que cuando trueca las máquinas de sus enemigos en pompa del más ilustre triunfo. ¿Quién no ve que la Iglesia es aquel reino eterno que predijo Daniel: *Regnum quod in æternum non dissipabitur* (Dan., II, 24); pues los mismos combates la establecen, las rebeliones la esfuerzan y las pérdidas la hacen crecer? En estos últimos siglos ha pretendido el demonio, por medio de los heresiarcas modernos, resucitar á un tiempo todos los errores de los antiguos, para darle como un asalto general á la Iglesia; pero ¿qué ha conseguido con esto? Las verdades se han hecho más patentes, los dogmas se han confirmado y las persecuciones del Septentrión han sido un viento impetuoso, que ha servido más para avivar que

para apagar la llama. De esta suerte, en nuestros días hemos visto quién pensaba desacreditar en los fieles el uso de la meditación, con color de que era ejercicio propio de solos principiantes; y que, después de algunos meses, el entretenerse más era no correr ó caminar en el camino de la perfección, sino un pasear arriba y abajo, y un moverse mucho sin jamás alargarse un punto de los primeros movimientos. Pero estos novadores, también ¿qué han hecho? Hase establecido más el uso del meditar, y se ha dilatado más que nunca la buena costumbre de retirarse para hacer los ejercicios espirituales de San Ignacio que pretendieron abatir; pues á más de la Bula de Pablo III, Sumo Pontífice, que tanto les aprueba, habiendo de preceder, en ejecución de la Bula apostólica de Inocencio XI, un retiro de algunos días de ejercicios para recibir los órdenes sacros, tal retiro ya se practica en Roma y en la mejor parte de Italia, según la forma de los mismos ejercicios de San Ignacio, de quien escribe estas considerables palabras San Francisco de Sales en el libro vi del tratado *Del Amor de Dios*, en la parte segunda, al capítulo viii: *Los que hacen profundas y poderosas resoluciones de seguir la voluntad de Dios, se retiran algún día, para mover sus ánimos, con diversos ejercicios espirituales, á la interior reforma de su vida, método santo, familiar á los antiguos cris-*

*tianos después casi del todo dejado, hasta que el gran siervo de Dios Ignacio de Loyola le puso en práctica* (San Francisco de Sales, libro vi *Del Amor de Dios*, parte segunda, capítulo viii). Así también, al tiempo que en Francia comenzó á brotar aquella falsa doctrina, otras veces condenada, acerca de la oración, dispuso la Divina Providencia que en muchos lugares de aquel reino se establecieran varias casas, destinadas para el retiro de los ejercicios espirituales, con un concurso tan grande, que en sola la casa de *Vañez*, en la Bretaña, el año 1666, pasó el número de más de ochocientos, con el aprovechamiento no inferior al número, en todo género de personas, nobles, letrados, capitanes, gobernadores, según lo afirman las relaciones impresas. Semejante progreso han hecho los ejercicios en España, en Alemania, en el Nuevo Mundo, y, más cercano á nosotros, en Italia, singularmente en los monasterios de sagradas vírgenes, que parte mantienen, parte resucitan el fervor antiguo con este medio. Sólo puede temerse en esto que, manejando los ejercicios algún director poco experto, por no haberlos en sí mismo probado, vengán á ser como un arma manejada por mano débil y flaca, y, por consiguiente, no experimenten el fruto. Ha sucedido más de una vez que algún confesor, requerido de los ejercicios, ha puesto en la mano del que se los pedía un libro

de meditaciones, para que se entretuviera aquellos días de su retiro en aquellas consideraciones que al abrir del libro encontrase; verdad es que, cuando el terreno es fecundo, paga bien cualquier cultivo; pero la tierra mal cultivada, que todavía rinde una mies tolerable, ¿cuán abundante la rendiría si estuviera cultivada según arte? Por esto he resuelto formar un libro, por quien pueda un director, con gran provecho, dar á una religiosa el modo de retirarse á los santos ejercicios. Y aun si, en algún caso raro, faltase también director, pretendo suplir su falta, bien que considerable; de suerte que con tal libro pueda una religiosa satisfacer últimamente á su buen deseo. Estréchome en el título de la obra á solas las religiosas, ya porque muchas veces las he experimentado necesitadas de este pan celestial y de quien se les reparta, ya también porque, siendo las religiosas la parte más ilustre de los fieles, *Illustrior portio gregis Christi*, como las llama con razón San Cipriano, merecen que á ellas, más que á otras, se les asista: pero no por eso pretendo encaminar este Tratado sólo á las religiosas, sino también á otros, pues puede, con poca diferencia, ser provechoso á otros grados de personas, en especial al que no fuere del todo rudo en el camino del Señor y en el uso de la oración.

## § II

*Qué cosas sean los ejercicios espirituales de San Ignacio, y qué suerte de ocupaciones comprende.*

Para reformar una máquina, no basta juntar en un montón muchas ruedas y muchos artificios, sino que es necesario disponer toda la obra de modo que las ruedas entren una dentro de la otra, y los artificios se unan recíprocamente, de suerte que cualquier parte de la máquina obre en virtud de todas sus partes juntas. Ahora, pues, los ejercicios espirituales de San Ignacio son una máquina celestial para efectuar maravillosas mutaciones, como cada día se experimentan, y así es necesario que no sean una junta de varias meditaciones en confuso, sino una elección de ellas y una unión de ocupaciones espirituales, de tal suerte dispuestas, que una da á la otra el impulso para conseguir el pretendido efecto, cual es apartar del alma las aficiones desordenadas, y encaminarla á una íntima unión con Dios; pues esto es hacer los ejercicios, como dice San Ignacio: *Preparare, et disponere animam ad tollendas affectiones omnes male ordinatas, et iis sublatiis, ad quærendam, et inveniendam voluntatem Dei circa vitæ suce institutionem, et salutem animæ, exercitia vocantur spiritualia.* Este arte de

disponer los medios á este sublime fin aprendió San Ignacio, parte por la luz que le comunicó con abundancia el Cielo, y parte por la larga experiencia que en sí tuvo en la cueva de Manresa, y ambas á dos cosas le guiaron á componer el libro, tan admirable y tan provechoso, de los Ejercicios, como le llama la santa Iglesia: *Admirabilem illum composuit Exercitiorum librum Sedis Apostolicæ auctoritate, et omnium utilitate comprobatum.* (Brev. Rom.) Procuraremos, pues, insistir en los documentos del mismo Santo para no errar, y porque los ejercicios pueden igualmente servir para elegir el estado y para reformarle, tratando aquí con una religiosa que le tiene escogido, encaminaremos las cosas á su reforma, quitando primero los impedimentos, é introduciendo después las disposiciones para conseguir la debida perfección de tal estado. Por tanto, en las meditaciones se establece primero el fin para que fuimos criados, y el buen uso de los medios para conseguirle; después se ve cuán gran mal es apartarse de este fin por el pecado, y que apenas debe temer quien de él se aparta; finalmente, pasa con el arrepentimiento el alma á conocer sus pasados errores, á semejanza del pródigo vuelto á la casa de su padre. Todas estas suertes de consideraciones se encaminan á quitar los impedimentos; queda después el introducir las disposiciones y guiar con seguridad al alma



por el camino que ha emprendido, lo cual se consigue con las Meditaciones de la Vida de Cristo, y aun con más eficacia con las consideraciones de su santa Pasión, en que nos dió más manifiestos ejemplos, principalmente de las virtudes que son difíciles de practicar, cuales son las que consisten, no en hacer, sino en padecer. Llegase, finalmente, á las meditaciones que pertenecen á la vida gloriosa de Jesucristo, y que más de cerca disponen el alma al amor de Dios, en que consiste el bien último de esta y de la otra vida.

Supónese que el retiro ha de ser diez días; pero, si fuese de solos ocho, habrá bastante campo de escoger las meditaciones que le parecieron al director más á propósito para el tiempo. Señálause también cuatro meditaciones al día, no porque de necesidad se hayan de correr todas, sino por que se escojan entre ellas las más eficaces. Muchas cuerdas hay en un arpa, mas no son superfluas, pues se ponen en el instrumento para que sirvan á todos los tonos, y no para que todas en cualquier tono se toquen. A más que San Ignacio hace mucho caso de las repeticiones, para que más altamente se impriman en nuestro corazón las verdades, como un sello que, cuanto más se aprieta, tanto más exactamente se estampa en la cera; por lo cual será bien que, después de haber escogido las meditaciones que le parecerán al director más aptas, le ordene que al-

gunas de ellas las vuelva á ponderar, para que la persona que hace los ejercicios quede bien persuadida de la verdad y resuelta bien á ponerla por obra. De esta suerte se lee que San Ignacio no señalaba tiempo determinado para la meditación del fundamento, sino que en ella entretenía á las personas cuanto juzgaba necesario para que se arraigara bien en aquella verdad, que es fundamento de las otras. Dase después alguna como unión á la materia de cualquiera meditación, para facilitar la memoria á los que carecen del libro; y esta misma unión se procura expresar con diferentes letras al principio de cualquier punto, para que sirva como de un breve compendio, y, si se le juntan también tal vez algunas palabras de la Escritura, se imprimen también con letra diferente, para que sirvan de ayuda al que entiende la lengua latina, y no sirvan de tropiezo al que no la entiende.

A más de las meditaciones, comprenden los ejercicios otras obras espirituales, que aunque sirven también al fin pretendido, le conseguirán con más eficacia en este tiempo, y son: actos de penitencia exterior; confesión, ó general ó particular, la sagrada Comunión en aquellos días que le parecerá al director: oír Misa, las oraciones vocales, las visitas del Santísimo Sacramento, las Conferencias espirituales, las oraciones jaculatorias; pero en particular comprenden estas cuatro: la ora-

ción mental, los exámenes, la lección espiritual, y el descubrir la conciencia al director; y acerca de estas cuatro se procurará aquí dar la materia más conveniente, precediendo alguna breve instrucción.

### § III

#### *Brevisima instrucción para la oracion mental.*

Aunque se presupone aquí que la religiosa que se retira á los ejercicios no ignora el uso de meditar, con todo, siendo esta ocupación de mayor monta que las otras, y casi la primera rueda de esta máquina, no se puede dejar de decir alguna cosa; pero con reducir en breve los documentos de los maestros de espíritu en esta materia, se harán más eficaces, como con angostar un grande río á una estrecha canal se da mayor ímpetu á la salida.

La oración mental, pues, no es tan difícil de practicar como les parece al principio á los que no la han experimentado, porque al fin no es otro que un ejercicio de las potencias interiores del alma, en orden á los objetos revelados de la Fe; y así, si nos acostumbramos desde la mañana á la tarde al ejercicio de estas potencias en orden á los objetos sensibles, ¿por qué después, con la ayuda de la gracia,

no podremos levantarnos un poco más á considerar las cosas eternas?

Esta oración se puede dividir en cinco partes: la primera, es la preparación remota; la segunda, es la preparación próxima; la tercera, es el ejercicio del entendimiento; la cuarta, es el de la voluntad; la quinta, es una reflexión y un examen sobre el modo que se tuvo en el orar.

La preparación remota consiste: lo primero, en prever y determinar los puntos que se han de meditar. Lo segundo, en prever y determinar el fin á que ha de tirar la meditación, y el fruto que se pretende alcanzar, que es el enmendar alguna falta y el adquirir alguna virtud; pues el que medita se porta como el que se mira en una fuente, que, no sólo reconoce sus manchas en ella, sino que también las lava. Lo tercero, en dormirse con el pensamiento de estas cosas dispuestas así por la noche, y en volverlas á la memoria al despertarse por la mañana, y en particular antes que comience la oración.

La preparación próxima, que también se llama oración preparatoria, consiste también en tres cosas: la primera, en un acto de viva fe de la presencia de Dios, dentro y fuera de nosotros, en todo lugar, por su inmensidad; la segunda, en un acto de profundísima sumisión, adorando y pidiéndole perdón de los pecados que contra su Divina Majestad hemos

cometido; la tercera, en un acto de petición de la divina gracia, para detenerse con reverencia en la presencia del Señor, y para sacar de la oración el fruto que se pretende.

Síguese después el ejercicio del entendimiento, el cual, en primer lugar, considera el punto propuesto para meditar, procurando ponderar todo lo que pueda ayudar, para quedar bien persuadido de aquella verdad, y cumpliendo lo que dice el Señor: *Scrutamini scripturas* (Joan., v, 35); porque, de otra suerte, las piedras preciosas no se hallan sobre la tierra, sino bajo y en lo hondo de ella. En segundo lugar, de esta verdad bien penetrada se saca otra verdad práctica, concerniente á nuestro provecho. En tercer lugar, se hace reflexión y mira cómo se ha portado en orden á ella hasta este tiempo; pongo por ejemplo: si queréis meditar aquella terrible condición de la muerte, que es morir sólo una vez: *Statutum est hominibus semel mori* (Hebr., ix, 27); procurad penetrar bien esta verdad, tanto porque la insinúa la Fe por medio del Apóstol, cuanto porque la cotidiana experiencia nos lo muestra. De esta verdad universal sacad después otra particular en orden á vos, y concluid que si la muerte es un paso tan importante, del cual pende una eternidad de bien ó de mal, y que si se yerra no admite corrección del error, es gran locura no procurar la mayor seguridad para que se logre bien

este paso: finalmente, haced reflexión, y ved cómo os habéis hasta ahora portado en esta parte, y si habéis procurado esta mayor seguridad, ó no la habéis procurado con suma imprudencia.

Después del ejercicio del entendimiento, sucede la voluntad; la cual, de las consideraciones que ha hecho, saca: lo primero, diversos afectos; lo segundo, hace buenos propósitos, resolviendo fuertemente enmendarse; lo tercero, pide á Dios gracia para ponerles en ejecución, y añade á la petición las obsecraciones para pedir con más fervor. Es necesario explicar cada uno de estos actos de la voluntad, para que se entiendan mejor.

Acerca de los afectos, aunque habrán de ser proporcionados á las verdades conocidas, con todo, los más frecuentes son de confesión de la mala vida pasada; de dolor por el disgusto que ha causado á Dios; de agradecimiento de la bondad con que nos ha sufrido; de temor por lo que nos puede suceder si no nos enmendamos; y otros semejantes, que, todos juntos, cómodamente se comprenden en estos dos versos italianos, para facilitar la memoria:

*Mi dolgo: odio, arrossisco: è temo: è bramo.  
Ringrazio, ofro, compato, spero è amo.*

Que quieren decir: me duelo, aborrezco, me confundo, temo y deseo; agradezco, ofrezco, compadézcome, espero y amo.

Acerca de los propósitos, es fuerza observar que, sin ellos, la meditación sería estudio más que meditación, y sería como ablandar el hierro en la fragua y después dejarle de batir y trabajar. También es menester observar en estos propósitos que no basta hacerlos en general, como sería: *Quiérome enmendar de mis pecados*; sino que ha de decir: *Quiérome enmendar de tal pecado en particular*. Ni aun se ha de contentar con esto; sino que ha de pasar á establecer algún medio para la tal enmienda, como sería conceder más tiempo á la lección espiritual, mayor uso de penitencias y otros semejantes.

Acerca de las peticiones, que son la parte más esencial de la oración, es necesario redoblar la reverencia, mientras se trata más inmediatamente con Dios; y añadir á las peticiones las obsecraciones; esto es, poner los títulos y las razones para mover al Señor, para que nos conceda cuanto le pedimos; ó, por decirlo mejor, para movernos á nosotros á pedirlo con más confianza. Estas razones se reducen á tres cabos. El primero es nuestra miseria, nuestros pecados, nuestra flaqueza, los hábitos perversos, las sugestiones y la rabia del demonio que nos persigue, porque llevamos la imagen del Señor. Declaremos estas miserias hablando con Dios, como lo hace un pobre mostrando sus llagas al rico, para que se compadezca y le dé limosna; figurándonos

el Publicano, ó el Leproso, ó el Ciego, ú otro semejante, de quienes hace mención el Evangelio.

El segundo es Jesucristo, pidiendo, como lo hace la Iglesia en las Letanías, por su Encarnación, por su Nacimiento, etc., representando sus ayunos, el frío, el hambre, la pobreza, los dolores, las ignominias de su Pasión, los méritos de su vida y muerte; pues todo esto nos dió Cristo en la cruz, y de nuevo nos confirma el don en la santa Misa. Por lo cual conviene valernos de este inmenso tesoro, y ofrecerlo á la Santísima Trinidad, ora suplicando al Padre Eterno por el amor de su Hijo, ora representando al Hijo el grande precio que empleó para comprarnos, y el oficio que ha tomado de nuestro Redentor, y de nuestro médico, y de nuestro abogado; ora suplicando al Espíritu Santo por el amor que tiene á Jesucristo, por sus virtudes, por la redención, etcétera.

El tercero es Dios como Dios, pidiéndole las gracias necesarias. Primero, por el amor de su bondad; segundo, por la gloria de su santo nombre; tercero, por la fidelidad de sus divinas promesas; cuarto, por el deseo que tiene de nuestro bien; quinto, porque manda que nos acordemos de El; sexto, por alabarle ahora y para siempre. mezclando con las peticiones las gracias de lo que nos ha concedido otras veces para aumentar nuestra confianza, y dis-



ponernos á nuevos dones con el agradecimiento de los pasados.

La última parte de la oración es la reflexión, que es una revista, la cual, acabada la oración, se puede hacer sobre tres cosas. La primera, sobre el modo de prepararse para la meditación, y el que ha puesto en tenerla. La segunda, sobre los conocimientos que recibió, y resoluciones que ha tomado. La tercera, sobre las distracciones que sobrevinieron al discurso, y las sequedades que tuvo en los afectos; conviene advertir si les dió alguna ocasión con el descuido en prepararse ó tibieza en aplicarse á orar, ó antes de la oración con la libertad de hablar entre día y de cosas vanas, con algún afecto desordenado, con alguna solicitud excesiva de cosas temporales; pues como el humo ahuyenta las abejas de las colmenas, así este género de afectos ahuyenta del corazón los pensamientos del Cielo y los santos afectos. Reconocido el mal, será su remedio quitar las causas, y humillarse mucho delante de Dios, confesando que es justo que no llueva el maná sobre quien quiere saciarse de las comidas groseras de Egipto. Así también, si se juzga que la sequedad no proviene de nuestra culpa, sino de la prueba que hace Dios para fortalecer el alma en la virtud, será bien humillarse y resignarse en la divina voluntad, observando no disminuir el tiempo de la oración, sino antes aumentarle para vencerse con mayor genero-

sidad. Ultimamente, se ha de advertir también el buen uso de notar con brevedad los frutos de la oración, esto es, alguna luz más viva y algún propósito más importante, para que, leyendo muchas veces después las cosas que ha notado, le aprovechen para ponerlas en ejecución, como el hortelano se vale con provecho, en tiempo de la sequedad, del agua que recogió al tiempo de una abundante lluvia.

## § IV

*Instrucción en orden á la lección espiritual y exámenes.*

La lección espiritual es hermana de la oración, y así conviene que tenga su lugar en los ejercicios. En este libro os pondré la materia para todos los días, sobre alguna virtud de las más propias del estado religioso, persuadiéndome que tal materia es la más útil de todas para reformarse. En orden al modo de valerse de ella, á más de lo que se dirá en otro lugar, aquí conviene acordar que se comience con la invocación del Espíritu Santo, del verso *Veni, Creator*; después, sin prisa ni curiosidad, se continúe, y al fin se termine rogando al Señor que dé valor para efectuar lo que se ha entendido. Señálase toda la materia de la lección por la mañana; pero la materia es tan

dilatada, que cómodamente se podrá repartir y guardar su parte también para después de comer.

En orden á los exámenes, supongo aquí que la religiosa que se retira á los ejercicios está versada en el uso del examen cotidiano, tanto general como particular; y cuando esto no fuese, la remito, por brevedad, á lo que enseña el P. Rodríguez en la Primera Parte, al tratado séptimo. Los exámenes, pues, que en el cuarto lugar propongo, son una revista, ó como una anatomía del estado interior del alma, para arrancar de ella los malos hábitos y plantar los buenos, como se le dijo á Jeremías: *Ut exellas, et destruas, et ædifices, et plantes.* (Jer., 1, 10.) El modo de valerse de estos exámenes, distribuídos también por cualquier día, será semejante al que San Ignacio llama primer modo de orar. Comenzaráse con un acto de fe de la presencia de Dios, con un acto de adoración de la Divina Majestad, y con pedirle luz para conocer sus defectos, y gracia para enmendarlos de la suerte que se ha dicho hablando de la oración preparatoria. Después, ó sentado ó pascándose, se correrán los cabos del examen, y se notarán en la mente ó en un papel los defectos que se hallaren; y después de haber pedido perdón al Señor, se considerarán los motivos siguientes, á fin de resolverse con más eficacia á enmendarlos. El primer motivo es, considerar de cuánta importancia le

sería al alma enmendarse de aquellos defectos. El segundo, cuánto consuelo le acarrearía esta enmienda. El tercero, la obligación que os corre de enmendaros por el estado religioso. El cuarto, cuánto os holgarais de haberos enmendado si estuvierais para morir. El quinto, qué confusión tendríais en el tribunal de Dios si prosiguierais viviendo de esta manera. El sexto, qué mérito y qué premio se os espera en el Cielo si os vencéis. El séptimo, qué gusto daréis al Señor venciendoos. El octavo, qué ingratitud será no hacerlo, después de tantos beneficios y después de tanto amor del Señor para con vos. Con estos motivos, ejercitaréis los afectos, formaréis los propósitos, y pediréis valor para efectuarlos, como se ha dicho arriba en el ejercicio de la voluntad.

De la misma suerte, estos exámenes os podrán servir tanto para la confesión extraordinaria que se suele hacer en los ejercicios, cuanto para dar cuenta de vuestra alma al Padre espiritual, como no lo copiéis todo como aquí está notado, para referirlo después al sacerdote, sino que os valgáis de la luz que se os da, para conoceros á vos misma con esta industria.

## § V

*Con qué disposición se ha de entrar en los ejercicios.*

Todo nuestro bien depende, como todos saben, de dos cabos: de la ayuda de la gracia, y de nuestra cooperación con la misma gracia; por lo cual, lo que es necesario para conseguir lo uno y lo otro, es también para una buena disposición para entrar en los ejercicios. Ahora, pues, para conseguir la ayuda de la gracia, sumamente importa que se la pidamos al Señor con una humilde, confiada y perseverante oración; pues la oración, acompañada de estas tres condiciones, es el medio más universal y más eficaz que la Divina Providencia requiere para enriquecernos con sus dones: *Nulum credimus, nisi orantem, auxilium promereri*, dice San Agustín. (*Lib. de Eccles. dogat.*) Aunque la fuente esté siempre dispuesta para difundir el agua, pero si el jardinero no hace un conducto para encaminarla á las plantas, éstas morirán de sed. Debéis, pues, hacer este conducto encomendándoos al Señor, y comenzando algunos días antes, y eligiéndooos para este fin algún Santo por protector, principalmente el Angel de la Guarda, San José, San Ignacio, primer maestro de estos ejercicios, y sobre todos la Santí-

simas Virgen, por cuyas manos suelen pasar las gracias que nos distribuye el Señor. A la verdad, este medio no se puede bastantemente inculcar, porque, según la ley ordinaria, al paso que camine nuestra oración, caminará también la ayuda del Señor para obrar: *Ascendit oratio, et descendit Dei miseratio*, como dice el mismo San Agustín.

Pero no basta que sople favorable el viento, si la nave tiene plegadas las velas; por esto se requiere, á más de la ayuda del Señor, nuestra cooperación, para la cual son de mucha importancia dos cosas: ser de ancho corazón, y diligente en ejecutar las obras prescritas. Con razón pide San Ignacio estas dos disposiciones, porque el retirarse con grande ánimo para vencer todas las dificultades, y dar á Dios cuanto de nosotros quiere, es necesario para no impedir los divinos favores, y aun para que los demonios no intenten perturbarnos con sus sugestiones, como sucede en los países muy cálidos, en que no hay tempestades, ni se oyen truenos, porque el calor no deja que se espesen los vapores para formar estas impresiones en el aire. Del mismo modo es necesaria la diligencia en cumplir las obras prescritas, que es lo que puede hacer la criatura por su parte. ¡Cuán poco puede un labrador poniendo en la tierra una planta! *Neque qui plantat ex aliquid, neque qui rigat* (I Cor., iii, 7); pero si el labrador no pone lo

poco que se pide para plantar el árbol, el Cielo no pondrá después lo mucho que se pide para hacerle crecer. Esta diligencia, pues, se debe usar, sobre todo en guardar la soledad y el silencio, porque, de otra suerte, cuanto más espirituoso es un licor, tanto con más facilidad se evapora y se aniquila, si no se cierra la boca del vaso que le ha de conservar. Verdad es que la Sabiduría divina nos puede hablar aún en medio de las plazas; pero lo que acostumbra es hablarnos al corazón, cuando nos halla retirados de la gente: *Ducam eam in solitudinem, et loquar ad cor ejus.* (Os., II, 14.) Despachad, pues, todos los otros negocios, y apartad todos los otros pensamientos antes de los ejercicios, para que enteramente, en su tiempo, os ocupéis en el único negocio que tenemos, que es nuestra salvación y perfección: *Date operam ut quieti sitis, et ut vestrum negotium agatis* (I Thes., IV, 21): como nos los recuerda el Apóstol. La misma diligencia se debe usar en guardar las reglas que San Ignacio nos propone con nombre de Adiciones y Anotaciones, las cuales, aunque en parte se han puesto ya en las instrucciones arriba dichas, todavía, para que podáis con más facilidad valeros de ellas en el examen particular, pondremos luego todas las que os pertenecen, añadiendo otras que faltan á proponer.

## § VI

### *Distribución de las horas para el tiempo de los ejercicios.*

La última obra en que conviene poner mucho cuidado es el observar la distribución de las horas, según la instrucción que le diere el director. La distribución es necesario que se acomode al tenor de la vida que guarda una religiosa en su retiro; porque si asiste al coro con las otras, se habrá de ajustar á la observancia común; y si rezare el oficio privadamente en su celda, se podrá ajustar más propiamente á las ocupaciones de los ejercicios. Os pondré aquí un ejemplo para mayor claridad, suponiendo que es tiempo de invierno y que no dais al descanso más que ocho horas, levantándoos á las cinco de la mañana.

De las cinco á las cinco y media, levantarse y prepararse para la oración.

De las cinco y media á las seis y media, tener la primera hora de oración.

De las seis y media á las siete, hacer la reflexión sobre la oración que se ha tenido, y notar los frutos que ha sacado.

De las siete á las siete y media, oír Misa.

De las siete y media á las ocho, rezar las horas menores.



De las ocho á las ocho y media, ocuparse en labor ó en otras obras manuales.

De las ocho y media á las nueve y media, leer y prepararse para la segunda hora de oración.

De las nueve y media á las diez y media, tener la segunda hora de oración.

De las diez y media á las once, hacer la reflexión y el examen de la conciencia.

De las once á las dos, comer, ocuparse en obras manuales y reposar.

De las dos á las dos y media, rezar vísperas y completas.

De las dos y media á las tres, leer y disponerse para la tercera hora de oración.

De las tres á las cuatro, tener la tercera hora de oración.

La materia de esta tercera hora de oración será el examen que arriba se dijo en el párrafo cuarto, si no es que queráis repetir por media hora alguna meditación antecedente de mayor fruto; y la otra media hora para el examen, ó buscad otro tiempo para el examen.

De las cuatro á las cuatro y media, hacer la reflexión sobre la oración y notar los frutos que ha sacado.

De las cuatro y media á las cinco y media, rezar los maitines para el día siguiente.

De las cinco y media á las seis, visitar el Santísimo Sacramento y disponerse para la oración.

De las seis á las siete, tener la cuarta hora de oración.

De las siete á las siete y media, hacer la reflexión sobre la oración y notar los frutos de ella.

De las siete y media á las ocho, leer ó visitar el Santísimo Sacramento.

De las ocho á las nueve, la cena, rezar alguna oración vocal, visitar el Santísimo Sacramento, prevenir los puntos de la meditación siguiente, hacer el examen de conciencia y acostarse.

Las otras ocupaciones, que aquí no se han nombrado, como el dar cuenta al padre espiritual, el oír los puntos de la meditación y otras semejantes, podrán tener lugar en tiempo de otras ocupaciones menos urgentes, como sería en tiempo de la labor, ó de la lección, ó de la oración vocal que no sea de obligación, si no es que pareciese mejor quitar una hora de reposo, y contentarse con sólo siete horas para dormir. En lo demás, aunque la puntualidad en guardar la distribución que dió el director en la forma propuesta, ó sobre otra más propia, no ha de ser escrupulosa, no obstante, debe de ser exacta, para no dejar de hacer lo que podemos, y con eso disponernos á recibir todo lo que pertenece al Señor.

## § VII

*Advertencias para el tiempo que se da en los ejercicios á la via purgativa.*

El fin de las meditaciones pertenecientes á la vía purgativa es en orden á purificar nuestro corazón por medio de la fe, avivado con una atenta consideración: *Pride purificans corda eorum.* (Act., xv, 9.) Y aunque todas las meditaciones nos pueden purificar el corazón, pero más en particular lo pueden las de los pecados y las de los Novísimos, porque mueven la voluntad á un tal género de actos y efectos por quien más inmediatamente se alcanza esta pureza del corazón, cuales son, el desprecio de sí mismo, el temor de la divina justicia, la esperanza de la divina misericordia, el perfecto dolor de nuestras propias culpas, la satisfacción de las obras penales, y la mortificación del amor propio, raíz de los otros males. Por lo cual, como ningún género de personas debe omitir el darse de cuando en cuando á estas meditaciones, así tampoco debe omitirse el procurar con toda diligencia sacar el fruto de dichas meditaciones, pues son el fundamento en que estriban las otras. Para esto servirán las siguientes advertencias, en

cuya observancia, como se ha dicho, ha de poner la mira nuestro examen particular.

I. En la cama, antes de dormir, debéis, por breve espacio, acordaros de los puntos de la siguiente meditación, y proponer ser diligentes en levantaros á su hora.

II. Luego que os despertéis, volved á pensar en la misma materia; y para moveros á mayor confusión, imaginaos ser un reo en prisiones, atado á la cadena, convencido y llevado al tribunal para ser juzgado; ó como un leproso cargado de llagas; y con estos ú otros semejantes pensamientos, dispuestas para las corrientes meditaciones, idos vistiendo.

III. Antes de comenzar la oración, estando en pie, traed á la memoria que Dios está presente y que atiende á lo que habéis de hacer; y así humillaos con profunda reverencia y adoradle.

IV. En el tiempo de la meditación, deteneos, ó en pie, ó de rodillas, ó sentada, ó postrada en tierra (si estáis en puesto que nadie os mira), eligiendo el lugar que más fácilmente os mueva á devoción.

V. Acabada la oración, sentada ó paseando, haréis la reflexión sobre la oración que habéis tenido, en el modo que se dijo arriba al fin del párrafo tercero.

VI. Huid con cuidado de los pensamientos que os mueven á alegría, aunque sean buenos, buscando los que os disponen á la compunción.

VII. Para este mismo fin os habéis de privar de toda luz, teniendo, mientras que estáis en la celda, las ventanas cerradas, por lo menos cuando no habéis de leer ó trabajar.

VIII. Absteneos mucho de la risa, y de oír ó hablar palabras que os puedan provocar á ella.

IX. Guardad con mucho cuidado los ojos, teniéndolos bajos cuanto se pueda, para no disipar el espíritu con la sobrada libertad en mirar.

X. Añadid á las otras obras buenas el ejercicio de alguna penitencia, no sólo interior, arrepintiéndoos mucho de los pecados cometidos, sino también exterior, que es fruto de lo interior, castigándoos con alguna obra penal, según el consejo del padre espiritual.

XI. Mientras os ejercitáis en una meditación, no seáis curiosa en saber lo que habéis de meditar en las consideraciones siguientes, y en el día de hoy no queráis hallar lo que habéis de hacer mañana.

XII. Procurad aseguraros que habéis dado á la meditación, antes más que menos, todo el tiempo que os han señalado, principalmente en el de algún desconsuelo, en el cual, estando tentada á dejar la oración, venceréis con más generosidad al enemigo, prolongando más tiempo la oración.

Ultimamente, así como habéis de comenzar los ejercicios con un corazón grande y con

ánimo de dar al Señor todo lo que quisiere de vos, así no habéis de pretender, en las meditaciones principalmente, las delicias del alma y las lágrimas de ternura, sino un verdadero conocimiento del grande mal que habéis hecho pecando, de las penas que habéis merecido, y que volvierais á merecer si de nuevo pecarais, consiguiendo de este modo el fin arriba señalado.

Volveré también á acordaros aquí, que así como no es necesario en todas las meditaciones pasar todos los tres puntos, así también no es necesario en todos los días pasar todas las cuatro meditaciones, sino que habéis de escoger sólo aquellas que el director os juzgare necesarias, valiéndoos también con frecuencia de las repeticiones, como os dije arriba al fin del párrafo segundo.

---



# MEDITACIÓN

## PARA EL DÍA ANTES DE LOS EJERCICIOS



### SOBRE EL ESTADO MISERABLE DE UNA ALMA TIBIA

1. Considerad el miserable estado de una alma tibia en el servicio de Dios, que expresó Jesucristo en la parábola de la higuera infructuosa (Luc., xiii, 7); y en primer lugar, considerad su *esterilidad* sumamente extraña; pues que plantada en medio de una viña, defendida de la cerca, regada con la lluvia del cielo, cultivada con el sudor del labrador en compañía de tantas plantas fructíferas, no ha producido otro que hojas, y esto, no por sólo un año, sino por muchos. También vos habéis sido escogida como una planta de los campos abiertos del mundo y colocada de Dios en la viña de la religión, esto es, en un terreno regado más copiosamente con la divina sangre de Jesucristo, fertilizado con el uso más continuo de los Sacramentos, bañado continuamente del Cielo con la lluvia de nuevas gracias, en compañía de tantas plantas llenas de celestiales

frutos, de tantas almas santas, que con el cultivo que habéis tenido, y aun con menor, han alcanzado tanta virtud; y vos, en una tierra tan fértil, no dáis otro que hojas de apariencia, ó, á lo más, alguna flor de buen propósito, sin la ejecución. ¿Dónde está el fruto de tantas oraciones, de tantas confesiones, de tantas comuniones, de tantos sermones y de tan buenos ejercicios? No se ve otro que un perpetuo descuido en tratar con Dios, un perpetuo amor de vos misma, en procurar la estimación de los otros, en defender vuestra reputación, en buscar con todo cuidado vuestras conveniencias, cuando al mismo tiempo, dura de corazón, de rostro y de palabras con vuestros prójimos, queréis que en todo se ajusten á vuestro genio. ¡Este es el fruto que rendís á aquel Señor que continuamente os suministra tan grandes ayudas espirituales y temporales, para que os llenéis de buenas obras para la vida eterna! Y vos, no sólo os oponéis á estos designios, dejando de hacer el bien, sino cometiendo aún mucho mal, por el cual, si quisierais juzgarlo sin pasión, hallaréis que sois una planta, no sólo infructuosa, sino aun maligna, ó nociva, oponiéndos á la gloria de Dios y al bien de las otras con el mal ejemplo; y así sois del todo indigna de estar en esta viña escogida, que estáis siendo mala en la tierra de los santos: *In terra Sanctorum iniqua gessit, non videbit Gloriam Domini.*



(Is., xxvi, 11.) Confesad de veras esta verdad delante del Señor; agradecedle la paciencia que ha usado con vos; reprendeos á vos misma vuestra ingratitud; proponed de recompensar con otro tanto cuidado, y rogad al Señor que conceda una copiosa bendición á la tierra de vuestro corazón, para que por ella rindáis fruto digno de penitencia.

II. Considerad la *segur* á que está condenada justamente esta planta. El Señor, habiendo esperado tres años en vano el fruto, manda al labrador que la corte, no siendo razón que ella ocupe en vano más tiempo aquel puesto. Esta es la sentencia que vos también merecéis, y vuestro cuchillo puede entenderse también el castigo temporal, por el cual os envía alguna grave tribulación, alguna grave enfermedad, ó la muerte también, para dar lugar á otras almas que correspondan mejor que vos; y puede también ser que este cuchillo sea para vos una pena espiritual tremenda, por la cual comience Dios á miraros con ojos no tan favorables como antes, os niegue algunas asistencias más especiales, retire sus inspiraciones más fuertes, y, en una palabra, os mida con vuestra medida, y sea menos liberal con quien se muestra tan avara con él. A la verdad, ¿qué ha de hacer más el Señor para sacar de vos este deseado fruto? *Quid debuit facere, et non feci?* (Is., v, 4.) Ha hecho cuanto ha podido, y así, si no lo consigue, no

podéis esperar con razón otra cosa más que el cuchillo, como ha sucedido más de una vez á otras semejantes almas, que, favorecidas más que otras, por haber despreciado estos favores han sido abandonadas del Señor más que las otras. Reconoced, pues, vuestra miseria; manifestadla sinceramente delante de los ojos de vuestro Juez, para que El se compadezca de vos; despertad en vuestro corazón un deseo de mudar de vida, para que merezcáis el amor de vuestro Esposo, y no le provoquéis más á ira y hastío con vuestra tibieza; pedidle que os dé la mano para levantaros de tierra, y os tire poderosamente tras Sí con nuevos socorros de su gracia, para que podáis correr tras de El, siguiendo las huellas de sus ejemplos.

III. Considerad la *tardanza* de esta segur, por otra parte tan justa. Interpónese el labrador, y se ofrece á poner una nueva y más exacta diligencia en cultivar aquella planta infructuosa, aprobando que si, después de tal cultivo, prosigue en no dar fruto, se corte entonces sin remedio. También habéis hallado vos quien ejercite con vuestra alma esta piedad. El Angel de vuestra guarda, vuestros Santos abogados, y la Santísima Virgen, han intercedido por vos, y han conseguido este nuevo cultivo de los santos ejercicios, después de los cuales, si no diereis el fruto que se espera, se ejecutará la sentencia de vuestro castigo, y aun de vuestro desamparo. Imaginaos,

pues, que este tiempo y este retiro son para vos un término perentorio que ha establecido la divina Justicia, de tal suerte que, si no comenzáis á pagar vuestras deudas, se proceda contra vos con la pena. Ved, pues, que la nueva misericordia que os hace el Señor con esperaros no os debe convidar á descanso, sino incitar á trabajar en el negocio de vuestra perfección, tomándole por único blanco de vuestros deseos y operaciones, pues el beneficio que recibís os debe más atemorizar. Y ¿cuándo estuvo más cercana al fuego la planta inútil que cuando el labrador, fuera de toda costumbre, la asistió más? ¡Ay de vos si después de tantas misericordias continuáis en complacer á vuestras pasiones, en lugar de daros toda al Señor!, porque esta mayor copia de favores divinos será un indicio más cierto de vuestro vecino castigo. Confundios, pues, y confesad vuestras faltas; proponed de atender con toda aplicación á los santos ejercicios y de emplear el tiempo en adelante más fructuosamente; pues si de uno de sus instantes puede pender la eternidad, más que una eternidad habéis perdido perdiendo tantos instantes. Acudid á la Santísima Virgen, para que, habiendo sido mediadora para que se os dilatase el castigo, os consiga, á más de esto, el que correspondáis á esta gracia con actos de verdaderas y sólidas virtudes, y no con las hojas de una apariiencia exterior.

# MEDITACIÓN PRIMERA

## PARA EL PRIMER DÍA DE LOS EJERCICIOS

### SOBRE EL FIN DEL HOMBRE

El hombre ha sido criado para este fin de alabar y servir á Dios en esta vida, y gozarle para siempre en la otra.

(*San Ignacio en la meditacion del fundamento.*)

1. Considerad que Dios es vuestro *primer principio*. ¿Adónde habéis estado en toda la eternidad antecedente? Habéis estado sepultada en el abismo de la nada: nada de cuerpo, nada de alma, nada de operaciones, y nada, en efecto, de todo. Si *ab æterno* hubierais sido un granillo de arena, ¿cuánto debíais al Señor, que os hubiese trocado en una criatura racional, capaz de tantos bienes? ¿Cuánto, pues, deberéis á Dios, que ha trocado vuestra nada en un ser tan perfecto, empleando en vuestro favor una potencia infinita, cual se requiere para vencer la infinita distancia que hay entre el ser y la nada? Tanto más, que

con su poder ha empleado Dios también por vos un amor infinito, escogiéndoos entre otras innumerables criaturas, á quienes en vuestro lugar podía dar el ser, y que le hubieran servido y amado con todo su corazón. Esto no obstante, ha puesto y fijado Dios sus ojos en vos, casi anteponiendo vuestra utilidad á su honra para haceros bien. Habéis, pues, vos sido mirada del Señor con ojos amorosos; por todos los siglos habéis hallado en su divino corazón esta preferencia, y por ella habéis sido en El el objeto de su divina voluntad, para cuya ejecución Dios os ha criado á su tiempo, con tal apremio como si jamás hubiera pensado en criar otras que á vos: *Qui finxit sigillatim corda eorum* (Ps. xxxii, 15). ¿Quién, pues, puede entender la obligación que tenéis al poder y voluntad divina, por este título de haberos sacado de la nada? Y auméntase esta misma obligación cada momento, pues en cada momento sois conservada, y por vos lo son también todas las criaturas que os sirven, que viene á ser como si á vos y á todas las otras cosas, por vos las criase de nuevo el Señor en cada instante. Pero vos, ¿cómo habéis correspondido hasta ahora á esta deuda casi inmensa de servir al Señor? ¿Qué habéis hecho por este vuestro omnipotente y amantísimo Criador y Conservador? En lugar de servir á Dios, habéis querido muchas veces que El sirviera á vuestros gustos perversos, viviendo á vuestra

libertad como si os hubierais criado á vos misma: *Deum qui te genui, dereliquisti, et obligatus es Domini Creatoris tui* (Deut., xxxii, 18). Confundíos, pues, hasta el abismo de vuestra ingratitud; admirad la paciencia de Dios en sufriros tanto tiempo; pedid perdón de vuestra suma injusticia, y, proponiendo de restituiros toda al Señor, y de ser toda suya en adelante, pedidle que os dé gracia para poderlo enteramente efectuar, como ahora os concede el desearlo.

II. Considerad que Dios, no sólo es vuestro primer principio, sino también vuestro *último fin*; porque os ha criado y os conserva sólo para este fin: que sirváis á su gloria divina. Si hubieseis sido criada de otro que de Dios, pero fuerais criada para servir á Dios, deberíais ser toda de Dios, pues cualquier cosa es de su fin, y de su fin todo lo demás se regula. Ahora, ¿cuánto más debéis ser toda de Dios, pues sois toda para Dios, y toda también de Dios? Las bestias no son hechas del hombre; pero porque son hechas para el hombre, son tratadas del hombre como quiere, ya cansadas, ya muertas, como le place; y vos ¿pretenderéis vivir como queráis, aunque tengáis tan entrañadas en vuestro ser estas dos obligaciones inmensas de haber recibido todos los bienes de Dios, y de haberlos recibido con este solo título de reconocerle por Señor y de servirle de todo corazón? ¡Oh qué gran desorden contiene vues-

tra vida hasta ahora, pues destinada para promover un bien inmenso, cual es la honra divina, la habéis consumido en servir á humanos fines y á cosas tanto más viles que vos! Luego también entráis en el número de los que son inútiles en el mundo: *Inutiles facti sunt* (Ps. xiii, 3); y se puede también decir de vos que en vano os han dado el ser: *In vanum accepit animam suam* (Ps. xxiii, 4); y veréis en breve todas vuestras operaciones perdidas, como golpe que no da en el blanco, sino es que las experimentéis como materia de gran fuego, por la deuda que habéis contraído con la Divina Justicia: *Labores populorum ad nihilum, et gentium ad ignem erunt* (Jer., li. 58). Pero en este interés, miradlo bien, porque si á Dios no le diereis una voluntaria gloria en esta vida, se la daréis forzada en la otra con vuestra pena, en compañía de las almas réprobas, que á su despecho ensalzan la divina Justicia con su eterna desesperación. Resolvedos, pues, á comenzar una vida digna de vuestro fin: confesad que no merecéis que os sirvan las criaturas, no habiendo vos servido al Señor de ellas y vuestro: agradecedle el que os haya sufrido, aunque os hayáis opuesto tanto á su gloria divina: ofreceos á vivir en adelante toda para gloria de Dios, y haciendo reflexión sobre vuestras pasadas flaquezas, pedidle de corazón os conceda fortaleza sobrecabundante para ejecutar esta vuestra resolución: *Deus*

libertad como si os hubierais criado á vos misma: *Deum qui te genui, dereliquisti, et obligatus es Domini Creatoris tui* (Deut., xxxii, 18). Confundíos, pues, hasta el abismo de vuestra ingratitud; admirad la paciencia de Dios en sufrir os tanto tiempo; pedid perdón de vuestra suma injusticia, y, proponiendo de restituíros toda al Señor, y de ser toda suya en adelante, pedidle que os dé gracia para poderlo enteramente efectuar, como ahora os concede el desearlo.

II. Considerad que Dios, no sólo es vuestro primer principio, sino también vuestro *último fin*; porque os ha criado y os conserva sólo para este fin: que sirváis á su gloria divina. Si hubieseis sido criada de otro que de Dios, pero fuerais criada para servir á Dios, deberíais ser toda de Dios, pues cualquier cosa es de su fin, y de su fin todo lo demás se regula. Ahora, ¿cuánto más debéis ser toda de Dios, pues sois toda para Dios, y toda también de Dios? Las bestias no son hechas del hombre; pero porque son hechas para el hombre, son tratadas del hombre como quiere, ya causadas, ya muertas, como le place; y vos ¿pretenderéis vivir como queráis, aunque tengáis tan entrañadas en vuestro ser estas dos obligaciones inmensas de haber recibido todos los bienes de Dios, y de haberlos recibido con este solo título de reconocerle por Señor y de servirle de todo corazón? ¡Oh qué gran desorden contiene vues-



tra vida hasta ahora, pues destinada para promover un bien inmenso, cual es la honra divina, la habéis consumido en servir á humanos fines y á cosas tanto más viles que vos! Luego también entráis en el número de los que son inútiles en el mundo: *Inutiles facti sunt* (Ps. xiii, 3); y se puede también decir de vos que en vano os han dado el ser: *In vanum accepit animam suam* (Ps. xxiii, 4); y veréis en breve todas vuestras operaciones perdidas, como golpe que no da en el blanco, sino es que las experimentéis como materia de gran fuego, por la deuda que habéis contraído con la Divina Justicia: *Labores populorum ad nihilum, et gentium ad ignem erunt* (Jer., li. 58). Pero en este ínterin, miradlo bien, porque si á Dios no le diereis una voluntaria gloria en esta vida, se la daréis forzada en la otra con vuestra pena, en compañía de las almas réprobas, que á su despecho ensalzan la divina Justicia con su eterna desesperación. Resolveos, pues, á comenzar una vida digna de vuestro fin: confesad que no merecéis que os sirvan las criaturas, no habiendo vos servido al Señor de ellas y vuestro: agradecedle el que os haya sufrido, aunque os hayáis opuesto tanto á su gloria divina: ofreceos á vivir en adelante toda para gloria de Dios, y haciendo reflexión sobre vuestras pasadas flaquezas, pedidle de corazón os conceda fortaleza sobrecabundante para ejecutar esta vuestra resolución: *Deus*

*cordis mei, et pars mea Deus in æternum*  
(Ps. LXXII, 26.)

III. Considerad que Dios, no sólo es vuestro primer principio y vuestro último fin, sino también vuestra *suprema bienaventuranza*. Podía Dios ordenar al hombre de tal suerte que se emplease todo á gloria divina, como el incienso se emplea en el sacrificio; y así, después de haber servido al Señor por muchos años, quedaríamos finalmente aniquilados, y esto nos sería de grande honra, deshacernos en obsequio del que nos dió el ser, y sería un gran premio de nuestra servidumbre el haberle servido. Y con todo, el Señor, no sólo quiere con premio distinto recompensar nuestros trabajos, sino ser él mismo este premio: *Ego ero merces tua magna nimis* (Gén., xv, 1); y esto con tanta magnificencia, que sus amigos no le pueden hacer un pequeño servicio que no se lo recompense con la posesión de un reino eterno é infinito. Y si cuando nuestros provechos estuvieran separados de la servidumbre de este Señor, tanto con todo el corazón le deberíamos servir, ¿cuánto le deberemos servir habiendo juntado con uno su obsequio con nuestra suma felicidad? Siendo, pues, vos destinada para reinar para siempre con vuestro Dios, y criándoos para una bienaventuranza casi inmensa, ¿cómo no despreciaréis como lodo cuanto os ofrece el mundo y el demonio? Principalmente estando ya colocada entre dos

eternidades entre quienes no hay medio, ó siempre en el Cielo entre delicias, ó siempre en el Infierno entre penas. ¿Paréceos, pues, negocio de poca monta esta necesidad en que os halláis? Y, con todo, ¿quién sabe cuántas veces os habéis puesto á peligro de perder para siempre esta eternidad de bienes que os espera, y precipitaros en aquella de males que os amenaza? Ahora que Dios os concede aún tiempo, ¿no será suma locura no encaminalle todo para asegurar vuestra salvación y conseguir este gran fin? Si éste no conseguís, ¿qué os valdrá cualquier otra cosa? ¿Qué os aprovechará el que os hayan estimado algo en este rincón de la tierra que es vuestro monasterio? ¿Qué el ver adquirido á fuerza algún placer de las criaturas, y haber vuelto á quitar al Señor vuestra libertad que habíais ofrecido en los santos votos? *Quid dabit homo commutationis pro anima sua.* Perdido vuestro fin, habéis para vos perdido para siempre todas las cosas: detestad todos los pasados desórdenes, en particular el tiempo tan precioso que habéis empleado en vano: agradeced al Señor que os dé modo para recompensar vuestras pérdidas con nuevas y mayores ganancias: proponed de conseguir vuestro fin á toda costa, cueste lo que costare, á la manera de una gran piedra que arruina á todo lo que se le pone delante para impedirle el ir á su centro; y, finalmente, rogad al Señor que os esfuerce, de

suerte que con su gracia no seáis ya como antes, de suerte que en vuestra mudanza se manifieste clara la fuerza de su omnipotente diestra: *Æc mutatio dexteræ excelsi*. (Salmo LXXVI, 11.)

## LECCIÓN PARA EL PRIMER DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

### SOBRE LA VIRTUD DE LA FE

La verdadera riqueza de las almas, su verdadera nobleza y su bienaventuranza en esta vida mortal es la virtud. Baste decir que se complace Dios tanto en ella, que premia hasta su imagen y hasta su sombra. ¿Y qué otra cosa fueron las virtudes de los antiguos romanos idólatras que una verdadera imagen de verdadera virtud, pues se encaminaban sólo al bien temporal de la vida civil, y, con todo, aun eran un vicio vestido de virtud cuando sucedía que no miraban otro en su obrar que el amor de la gloria mundana? Y todavía, como dice San Agustín, esta tal suerte de virtud, ó falsificada ó de tan bajo metal, la recompensó el Señor con tantas victorias y con el dominio universal de casi toda la tierra conocida. ¿Con qué género, pues, de premio podemos creer que el Señor premiará las verdaderas virtudes de los

cristianos que han salido de la mina de la gracia y traen consigo la imagen de Jesucristo? Pero, siendo esto así, no tendréis materia más útil para leer que la que trata de las virtudes, y nos encamina á aprenderlas, y hace que concebamos una justa idea para experimentarlas en nosotros mismos; por lo cual, por este mismo motivo, se vendrá también al fin propuesto de renovar el espíritu en los santos ejercicios, proponiendo para que se lea todos los días la materia en orden á alguna virtud de las más principales y de las más propias del estado religioso. Reducirás la doctrina á tres puntos. El primero, cuál sea la naturaleza de aquella virtud de que se trata. El segundo, con qué medio se deba conseguir. El tercero, con qué actos se haya de ejercitar para conseguirla. Comencemos hoy el de la fe.

#### QUÉ VIRTUD SEA LA FE CRISTIANA

La fe de que hablamos es una virtud teológica, que levanta nuestro entendimiento á tener firmísimamente por verdaderas todas las cosas que Dios nos ha revelado, por el mismo motivo por que las ha revelado. Es necesario que expliquemos por partes lo que hemos dicho, para que entendáis bien esta materia. En primer lugar, pues, la fe es una virtud teológica, porque tiene á Dios por su objeto primario, y su primaria excelencia consiste en vol-

verle el debido obsequio, como á primera verdad. Dicese también que levanta nuestro entendimiento, porque el creer es un don grande de Dios, á quien no puede llegar la naturaleza con sus fuerzas, sino que pide, tanto en su principio cuanto en su perfección, una asistencia poderosa de la divina gracia, que alumbre el entendimiento y mueva la voluntad para que consienta; por lo cual, la fe cristiana es una suma generosidad del entendimiento humano, y una participación de los divinos secretos y de aquella misma noticia que tiene Dios de sí mismo. A más de esto, se dice que este conocimiento que nos trae la fe es firmísimo; porque aunque ella es oscura todavía, es más cierta que lo que vemos con los ojos y tocamos con las manos, ó se nos muestra con la luz de la naturaleza; y así, á la fe se le apropian las palabras de los sagrados cánticos. Yo soy negra, pero hermosa: *Nigra sum, sed formosa* (Cant., 1, 15); pues su oscuridad encierra en sí más certeza que la evidencia misma de las ciencias. La razón es manifiesta; porque lo que creemos con las ciencias humanas, ó lo creemos por la relación de los sentidos, que tantas veces es falaz, ó lo creemos por la relación de la razón, que tantas veces yerra en sus juicios; pero las verdades de la fe las creemos por la autoridad de la divina palabra, que es imposible que se engañe ó que quiera engañarnos. Por tanto, no hay en el mundo ni

puede haber cosa alguna de que estemos más seguros que aquella de que nos certifica la fe; porque estriba sobre un fundamento que es imposible que vacile, cual es la autoridad divina; y así, el creer los artículos que la santa Iglesia nos propone, no ha de ser porque hemos nacido en el gremio de la misma Iglesia, ni porque los creen los otros fieles, ni porque nos los han propuesto para que los creamos los predicadores y maestros, sino únicamente porque Dios los ha revelado. Y para que en esta materia quedéis mejor instruída, habéis de saber que en el ejercicio de la fe intervienen dos actos: el uno, de querer creer las cosas reveladas; el otro, de creerlas actualmente. Ahora, el motivo de creerlas es, como hemos dicho, el haberlas revelado Dios, que, siendo la verdad y la bondad esencial, ni puede engañarse ni engañarnos á nosotros; pero el motivo de quererlas creer son todos aquellos testimonios que el Señor nos ha dado para que conozcamos que El ha hablado, y que los misterios que creemos los ha manifestado á la Santa Iglesia. Estos testimonios son siete más singulares, representados en aquellos siete sellos que hace mención el capítulo v del *Apocalipsis*. El primero es el cumplimiento de las profecías. Por una parte, el prever las cosas que han de venir, que dependen de la libertad, de la voluntad humana ó de la voluntad divina; y el preverlas por propia virtud y anunciar-

las con todas sus circunstancias antes que sucedan, no puede salir sino de Dios, como es manifesto. Por otra parte, se hallan tan anunciados, en particular los sucesos de la vida y muerte del Redentor, vestidos de todas sus circunstancias, aun las más mínimas, que no se puede decir sino que Dios mismo lo ha hablado por la lengua de los Profetas; y que, si así lo ha hablado, es verdadera aquella fe para cuyo principio y conservación se movió á hablar. El segundo sello es la santidad de la Ley cristiana en los preceptos que nos da, en los medios que nos provee para observarlos, y en los efectos que produce en los que perfectamente los observan. En todas estas cosas no hay duda; y así, no hay duda que la fe cristiana proviene de Dios, que es fuente de toda santidad: y si es santo en todas sus obras, como dice el Profeta, ¿cuánto más habrá de parecer santo en formar la Religión, que es la norma de toda verdadera santidad? Un solo santo, pues, es un argumento invencible de la verdadera fe; por lo cual, juzgad qué argumento será para la fe cristiana tener innumerales de este género. El tercer sello es la sabiduría, que se halla en grado tan excelente en tantos doctores de la Religión cristiana, los cuales, cuanto más han examinado los fundamentos de nuestra fe, tanto los han hallado más fuertes, y tanto más fuertemente se han afirmado en ellos; lo cual en ningún modo se



ve en todas las otras sectas, porque en ellas siempre sucede que los que más saben, menos creen. El cuarto sello es la propagación admirable de nuestra santa Ley; porque para plantarla en el mundo fué necesario destruir la idolatría (tan universal en todos los lugares y tan antigua en tantos siglos), y destruir también todos los vicios, y desarraigar y arrancarles del corazón de los hombres, donde habían echado tan profundas raíces. A más de esto, fué necesario plantar una creencia tan superior á los sentidos en los misterios que proponía, y tan contraria á los sentidos en los preceptos que daba; y, no obstante, en brevísimo tiempo se destruyó la idolatría y se plantó la fe cristiana; y por ella el mundo, de una zahurda de todas las maldades, se trocó en un jardín de todas las virtudes. Lo que también muestra con más evidencia el brazo divino en esta mudanza, es que se ha hecho por medio de pocos discípulos, pobres, ignorantes, humildes forasteros y aborrecidos de todos; y se ha hecho, contradiciendo los filósofos, repugnando los políticos y alterándose contra ellos, con sus armas y su poder, todos los príncipes de la Tierra. El quinto sello son los milagros, que propiamente se llaman sello del Omnipotente; porque, como los hombres acostumbraban hablar con las voces, así Dios habla con los prodigios. Estos milagros también no tienen número entre los cristianos; y

así su multitud, el testimonio que dan todas las naciones, la piedad de los obreros, el bien que han hecho en todos los pueblos y la continuación de todas estas maravillas en todos los siglos, son rayos tan vivos para testificar la verdad, que, para no verla, no basta cerrar los ojos, sino quitarlos del todo. El sexto sello es el testimonio que hacen todos los mártires con su número, con su dignidad, con los tormentos que toleraban, con el modo de sufrirlos, y, finalmente, con los efectos que manaron de su sangre. El número ha sido tan excelente, que casi se puede decir que Dios sólo le comprende; la dignidad de las personas es suma; porque, entre los mártires, unos fueron ilustres por nacimiento, otros insignes por doctrina, otros excelentes por santidad; y, á más de esto, viejos, niños, mujeres, doncellas; esto es, gente, ó débil por los años ó por el sexo, y acostumbrada á anteponer fácilmente la conveniencia á la honestidad; y éstos también, y los demás, sufrieron tormentos, los más horribles que supo inventar la crueldad; y los sufrieron con tanta constancia, con tanta alegría, con tanta piedad para con Dios, con tanta piedad para con el prójimo, que queda del todo imposible que otro que Dios mismo pudiese formarles de este temperamento tan invicto; particularmente, que fueron tan frecuentes los milagros para aligerarles las penas, y tan frecuentes las conversiones de los

idólatras, que se animaban á profesar nuestra fe á la vista de los mismos estragos con que los perseguidores pretendían extinguirla. Finalmente, el último sello es la constancia de la misma fe entre tantas olas, entre tantas revueltas y entre tantos asaltos, ó de fuera de sus enemigos, ó de dentro de sus rebeldes. Las cosas humanas todas son de tal naturaleza, que á la larga caen por sí mismas: ¿cuánto más caerán hurtadas? Por tanto, si la Religión cristiana hubiera sólo por poco tiempo mantenido sus maravillas, por ventura por este cabo daría alguna ocasión de dudar á los incrédulos. Las hojas de los árboles están también por poco tiempo sobre el agua; pero después, poco á poco, empapándose, bajan á lo profundo. No ha sucedido esto en la Religión de Cristo, la cual, aunque dilatada por todo el mundo, aunque profesada de todas las naciones y aunque examinada en todas las universidades, ha sido siempre la misma en más de diez y seis siglos. Ha creído los mismos dogmas, ha profesado los mismos ritos; ni tantas ni tan diversas sectas fuertes para combatirla han podido jamás moverla un punto, mostrando manifiestamente con su perpetuidad que es obra de un Dios Eterno.

Estos son los sellos de la doctrina evangélica; esto es, de aquel libro cerrado á cualquier otro que al Cordero divino, á quien sólo pertenecía traerla del Cielo á nuestro mundo;

y si cada uno de éstos, considerado con madurez, basta á mostrar que la fe cristiana no puede ser obra sino de Dios, ¿cuánto más bastarán todos juntos? Ciertó es que su conocimiento fuerza tanto á los mismos demonios, que creen y tiemblan, como dice el Apóstol Santiago: *Dæmones credunt, et contremiscunt* (Jac., II, 1), no porque su entendimiento sea ilustrado de luz sobrenatural como el nuestro, sino porque la apariencia de las señales que tiene la Religión cristiana para ser creída por verdadera, fuerza el entendimiento de aquellos malignos á juzgarla por verdadera (Luc., XXIV, 25); conociendo claramente que nuestros misterios no podían en algún modo ser invenciones del espíritu humano, y mucho menos del espíritu diabólico, sino sólo instituciones del Espíritu divino. Por tanto, no se puede ser tardo en creer nuestra fe, sin ser al mismo tiempo necio en juzgar, y merecerse la reprensión. *O stulti, et tardi corde ad credendum*. Todo lo opuesto sucede en las otras sectas que hay en el mundo; porque, no teniendo ellas á su favor ningún testimonio del Cielo, si sus secuaces las creen, las creen neciamente, y la firmeza en creerlas es vicio de obstinación, no virtud de constancia.

De tal, pues, naturaleza es nuestra santa fe, y de ella os hizo el Señor un liberalísimo don, infundiéndosla al principio en el santo bautismo, y perfeccionándola en muchos mo-

dos después que sois crecida, sin que casi os hayáis dignado de darle las gracias. Y, con todo, ¿qué seríais sin la verdadera fe? Aun cuando fuerais señora de mil mundos, ¿qué os aprovecharían todos sin ella? Pues la fe es el primer paso por quien el alma se llega á Dios, y es un principio para establecer su divina amistad. *Accedentem ad Deum oportet credere* (Heb., xi, 6), y también: *Sene fide impossibile est placere Deo*. Y es también grande el mérito de esta virtud, pues ella, en primer lugar, honra á Dios sumamente, teniéndole por lo que es; esto es, por suprema verdad, y ofreciéndole en sacrificio la más noble de nuestras potencias, cual es el entendimiento, pronto, como otro Abraham, á sacrificarle su amado primogénito, su propio juicio. Humilla después al hombre en extremo con un profundo rendimiento y obediencia, queriendo la fe que, en obsequio de la Divina Majestad, se renuncie á sí mismo y al modo de juzgar las cosas; por lo cual estima Dios tanto este holocausto, que, al creer en la Tierra, le ha de corresponder por premio en el Cielo el ver; esto es, el ser para siempre bienaventurado.

#### MEDIOS PARA CONSEGUIR ESTA FE

Si la fe es la primera, verdadera y perfecta virtud, y la raíz de todas las otras, será necesario en gran manera aprender el arte de

cultivar esta raíz de la inmortalidad. Tres medios valdrán grandemente para conseguir este fin. El primero es pedir con grande instancia al Señor que encienda siempre más vivamente esta luz celestial en vuestra alma, á imitación de los Santos Apóstoles: *Ad auge nobis fidem* (Luc., xvii, 5); y, á imitación de aquel pobre padre: *Credo domine adjuva incredulitatem meam* (Marc., ix, 23). Tanto más que la fe que se nos infunde, como hemos dicho al principio, se perfecciona con estos cuatro dones del Espíritu Santo: con el don de entendimiento, don de sabiduría, don de ciencia y don de consejo; pues el don de entendimiento nos enseña á penetrar con gran claridad los divinos misterios; el don de sabiduría, á estimarla como conviene; el don de ciencia, á juzgar con rectitud de las cosas criadas, ordenándolas como medios para conseguir el último fin; y el don de consejo, á aplicar el juicio especulativo á la práctica: *Per intellectum intuendo, per sapientiam gustando, per scientiam ordinando, et per consilium operando*, como enseña Santo Tomás. Esto supuesto, ¿qué modo más ajustado para crecer en la fe, que volverse muchas veces al Espíritu divino, y pedirle estos dones, en cuya virtud, de una mañana de fe común, se haga un día de fe escogida?

Y porque la fe, parte está en el entendimiento que firmemente cree, y parte en la

voluntad que manda al entendimiento una tal firmeza en creer, queda manifiesto que para fortificar esta virtud es necesario fortificar la una y la otra de estas dos potencias: entendimiento y voluntad. Por tanto, el segundo medio es confortar el entendimiento, poniéndose de propósito á ponderar los testimonios arriba referidos, y que nos ha dado el Señor para hacer que conozcamos que nuestros misterios El los ha revelado. De estos testimonios, dice el Profeta que son excesivos: *Testimonia tua credibilia facta sum nimis* (Ps. xcii, 5), porque son más claros que podremos razonablemente pedir, para movernos á creer los secretos que se nos han revelado; y así, aunque las cosas que creemos son oscuras, pero las razones para movernos á creerlas son evidentes. Ni el buscar y ponderar estas razones disminuye el mérito, antes le aumenta, pues se buscan y se ponderan á fin de creer más perfectamente, y esta misma diligencia nace de mayor prontitud del alma para con la santa fe, y de mayor devoción y amor para con los santos misterios: *Repleti omni pace, et gaudio in credendo*. Esta misma mayor paz y mayor alegría en creer se consigue también promoviendo en nuestro entendimiento la alta estimación del poder y bondad del Señor, pues cualquier duda que se levante contra la fe proviene, más que de otro, de la flaqueza de nuestro entendimiento, que no aprende cuanto de-

biera la inmensa esfera del poder divino y la incomprensible propensión que tiene el Sumo Bien de comunicarse á sus criaturas, para cuya satisfacción ha hallado invenciones tan maravillosas. Por otra parte, cuanto los misterios son más profundos y exceden los límites de nuestra corta capacidad, tanto son más dignos de Dios, y llevan aquel carácter ó divisa de verdad, que es el obrar proporcionado al ser. De esta suerte, Santa Teresa solía decir que, en las verdades de fe en que su razón natural hallaba menor luz para hallar los secretos, en ellas hallaba su espíritu más paz y más devoción para creerlos. A la verdad, ¿qué maravilla es que todo el mar no pueda caber en una cáscara de nuez? Eso es ser mar. ¿Qué maravilla que los misterios divinos sobrepugen al entendimiento humano? Eso es ser divinos.

Después de haber fortalecido bien el entendimiento, es necesario pensar en fortalecer la voluntad, la cual, en gran manera, se perfecciona en la fe con las buenas obras. La luz de vuestra antorcha, verdaderamente no nace del aceite, pero se sustenta y aumenta con él; de la misma suerte, la fe no puede nacer de las obras, pero se sustenta y crece con ellas. Por eso la limpieza de corazón aynda tanto á conservar y aumentar esta divina virtud; porque, aunque puede estar en un corazón junta con el pecado mortal, todavía se halla como en un estado violento y no durable por eso; por lo cual



no sucede que uno falte en la verdadera fe sin que primero haya faltado á su conciencia: *Repellentem bonam conscientiam, circa fidem naufragaverunt*, dice el Apóstol. (1 Tim., 1, 19). Raras veces sucede que los vahídos de cabeza tengan otro origen que la acedía ó replección del estómago: luego, el huir de los pecados con gran cuidado y atender á las buenas obras, aumentará en gran manera vuestra fe, y os sucederá como al águila, que, con la vista y con el vuelo, se acerca siempre más al sol de la primera verdad.

Sin estos medios de que nos podemos valer para fortalecer nuestra creencia, tal vez se vale el Señor de otro medio que parece opuesto, y maravillosamente aprovecha también para conseguir este mismo fin. Este medio es permitir que las almas más buenas, y que desean más esta virtud, sean más combatidas de vehementes tentaciones contra la santa fe. Ahora, así como sucede que una fortaleza, por la parte que es asaltada, se refuerce más y se haga más inexpugnable, así también sucede que el alma asaltada del demonio con estas dudas se fortifique más contra ellas, y formando continuamente actos contrarios á aquellas cavilaciones que le andan por el entendimiento, venga á ponerse más firme en la santa fe, y éste es el motivo por que principalmente el Señor permite este trabajo á las almas; y así, este género de tentación, cuanto más molesto, tanto también

es menos peligroso, pues el tormento que se experimenta es una señal de resistencia que hace el alma combatida; y para que si alguna vez os hallareis en estas experiencias estéis mejor instruída para triunfar y salir con victoria, presuponed que las dudas contra la fe se pueden hallar en nosotros de dos maneras: una, cuando la voluntad las acepta y por ellas juzga, ó por falta ó por mal fundadas, las verdades de nuestros misterios; y así, en vez de fortalecerse en la creencia, escoge vacilar y alegrarse al entendimiento que así titubea cuando había de corregirle. El otro modo de duda es la que se para en el entendimiento sin licencia de la voluntad, antes contra su orden; pues la voluntad forzada sufre que el entendimiento vacile; pero porque el entendimiento no está sujeto totalmente al imperio de la misma voluntad, sucede que en obedecerla experimenta una tal ansiedad, nacida de creer firmísimamente cosas superiores á su naturaleza, y en un modo también superior á ella; esto es, sin ver la evidencia en las cosas que ha creído.

El primer modo de duda que aceptó nuestra voluntad encierra un gravísimo pecado, porque encierra una gravísima injuria contra el Señor, cual es no fiarse de El; porque si se hace grande agravio á una persona docta y de bien cuando no se le da crédito á sus dichos, ¿qué agravio no hará á la sabiduría y bondad infinita de Dios quien no quiere recibir por ver-

daderas sus palabras? Por una parte, no puede justamente dudar el alma que no haya hablado Dios, habiendo tantas y tan manifiestas señales; por otra, si Dios ha hablado, ¿no es una solemne injuria á la primera Verdad poner en duda las cosas que no ha querido revelar?

El segundo modo de duda involuntaria, que á despecho nuestro ocupa nuestro entendimiento, no sólo puede ser sin culpa, sino que suele ser con gran mérito; ni por ella se pierde, sino que se fortifica la fe; pues para creer después que en el bautismo se nos infundió el hábito de la santa fe, no ha menester otro que estas dos cosas. La primera es, la asistencia de la divina gracia, que ilustre el entendimiento y mueva el corazón al ejercicio de esta virtud. La segunda es, que nuestro corazón, movido de la divina gracia, libremente consienta y delibere el querer creer; y así, si estas dos cosas se hallan en vos, podéis siempre, á despecho de todas las dudas contrarias, formar este acto de fe, y es ya creer actualmente el querer creer.

Por tanto, reduciendo á práctica la doctrina ya dada, si os sintiereis alguna vez molestada de esta suerte de tentaciones, aprovechaos contra esta molestia de alguno de estos tres medios. El primero es, despreciar cuanto en contrario os sugiere el demonio, y hacer el caso que se hace cuando nos habla un loco, volvién-

dole las espaldas y no atendiendo á lo que dice; el cual desprecio no se puede decir cuánto amargue á la soberbia diabólica del tentador. El segundo es, invocar la asistencia del Señor y de los Santos que se señalaron más en esta virtud, como son los mártires, que con tanta sangre la han confirmado y conservado entre tantos tormentos. El tercero es, protestar fuertemente en contrario, declarando que quiere creer, y perder mil veces la vida antes que perder la santa fe.

Cuenta Tomás Kempis á este propósito, que un buen religioso fué por mucho tiempo y con gran fiereza combatido del demonio con esta suerte de tentaciones, y llegó á estado que la vida le era tormento. Un día, entre otros, mientras celebraba la Santa Misa en el altar de Santa Inés, creció mucho la tentación y le redujo á grandes angustias; por lo cual el miserable, llorando, se volvió al Señor pidiéndole su asistencia. En esta oración oyó una voz que le dijo así en su corazón: «¿No quieres tú creer en el modo que creyó Santa Inés y otras santas y santos mártires, que dieron la vida en confirmación de la fe?» A que respondió prontamente: «Sí, Señor, que quiero firmemente creer como creyeron estas almas santas». Y al punto desapareció como humo aquella tentación infernal, y el siervo de Dios se halló más que nunca confirmado en esta virtud; por lo cual, para aumentarla

siempre más, iba muchas veces repitiendo dentro de sí: «Creo y quiero creer como creyeron los santos mártires, y como cree toda la Santa Iglesia». Con semejante ánimo podréis portaros vos también en semejantes experiencias, de las cuales, al fin, vuestra fe saldrá como el oro del crisol más fino y más precioso.

CON QUÉ SUERTE DE ACTOS SE PUEDA PRACTICAR  
ESTA VIRTUD

El justo, dice el Apóstol, vive de la fe: *Justus autem meus ex fide vivit* (Heb., x, 38). Los pecadores, ó viven vida animal, porque no piensan sino en lo presente y no aprecian sino el deleite, ó á lo más viven vida de hombres, cuando se guían sólo por la razón natural; pero el que verdaderamente es justo, *Justus autem meus*, se guía sólo con los principios de la fe, y por la fe actual; y avivado continuamente, conserva la vida del alma, que consiste en la gracia y crece en toda virtud hasta alcanzar la vida de la gloria que no verá jamás muerte. Por tanto, id con la fe animando también vuestras operaciones para que sean justas, pero en particular os habéis de valer en estas cinco ocasiones: al hacer vuestras oraciones; cuando lleguéis á los Santísimos Sacramentos; en las dudas que os ocurren; en las tentaciones, y en las tribulaciones que sobrevienen.

Para tener, pues, la oración, tanto vocal como mental, es muy necesaria la fe de la divina presencia: *Medius vestrum stetit, quem vos nescitis*, dijo San Juan á los judíos (Joann., 1, 26); pero cuántas veces nos lo pudiera decir también á nosotros, que, aunque creemos como fieles que Dios está en todo lugar, y en particular dentro de nosotros, todavía, no cuidando de esta divina presencia, tratamos con El, tanto en la oración como fuera de ella, como si estuviera ausente. Aplicad, pues, la fe para concebir vivamente esta verdad, acordándoos que el Señor está muy atento á oír y observar todos los pensamientos de vuestra alma, con ojos infinitamente más resplandecientes que el sol; con lo cual se os hará fácil aplicar vuestra voluntad á afectos devotos y á súplicas fervorosas.

Para llegar á recibir los Santísimos Sacramentos, acordaos que vais á meter vuestra alma en la sangre del Redentor; así, protestad que en la persona del sacerdote que veis con vuestros ojos reconocéis la persona de Jesucristo, que sólo veis con la fe; y, al recibir la absolución, haced cuenta que el que os absuelve pone la mano en el costado del Redentor y derrama sobre vuestra alma aquel divino licor para purificarla de todas sus manchas. Lo mismo habéis de decir de la Santísima Comunión, para la cual la mejor disposición, antes y después de recibirla, será siempre la fe viva

de la verdad de aquel tremendo misterio. Dichosa seríais vos si avivareis de suerte la fe, que se pudiera decir lo que dijo el Apóstol de Moisés, que, tratando con Dios invisible, trataba como si con los ojos le viera: *Invisibilem, tanquam videns sustinuit* (Heb., xi, 27): tanto era el respeto interior y exterior, y tales los afectos de su encendido corazón. Pocas son las plantas que producen el fruto en diferente puesto que en medio de su flor; y así, raras veces también os sucederá que produzcaís frutos de devoción agradables al Señor, de otra suerte que en medio de los actos de verdadera fe.

Las dudas que sobrevienen en las tinieblas en que vivimos no se podrán deponer con más autoridad que con la fe, reconociendo en el Padre espiritual y en el superior la persona de Cristo y su Divina Providencia, que quiere guiar los hombres por medio de los hombres: *Qui vos audit, me audit* (Luc., x, 16). Después, si no tuviereis pronta la obediencia para determinaros, aconsejaos por otro camino con la fe: *In omnibus operibus tuis; memorare novissima tua, et in aeternum non peccabis* (Eccles., vii, 40). Oid el modo seguro que el Espíritu Santo os propone para que, para siempre, no erréis en vuestras resoluciones; y es que lo determinéis con la viva memoria de las últimas cosas que esperamos. Basta, pues, que vos, cuando estáis dudosa, os digáis á vos

misma: ¿Qué partido querríais tener si ahora hubierais de morir? ¿Qué os daría más contento al corazón si ahora hubierais de ser llevada al divino Tribunal para ser juzgada? ¿No es locura no escoger de presente lo que entonces desearíais tanto haber escogido? ¿Cómo queréis coger en aquel tiempo lo que ahora no sembráis? *Quæ seminaverit homo, hæc metet* (Gal., vi, 8).

En las tentaciones que os combaten, ó con el placer ó con el espanto, resistid luego con la fortaleza de la fe, como lo aconseja San Pedro: *Resistite fortes in fide* (1 Pet., v, 9), avivando con esto la creencia de los bienes y males eternos. Decid al tentador: ¿Qué os dará por sus deleites? ¿Paraíso? ¿Cielo? ¿Seré, pues, tan necia, que por lo sucio de la Tierra quiera renunciar un mar inmenso de bienaventuranza en el Cielo? *Omnia arbitror ut estercora, ut Christum lucrifaciam* (Phil., iii, 7). ¿Qué me espantas, infeliz, con el horror de padecer? Los tormentos verdaderos son los que padecerán contigo tantas almas desesperadas, que, por haber consentido á tus sugerencias, pagan la pena encerradas para siempre en una cárcel de fuego; sé cierto que ésta es tu estancia, y podría ser también mía si consintiese con tu voluntad, y así no quiero consentir en ningún tiempo. En esta misma fragua de la santa fe se labran las saetas que se arrojan al demonio cuando, no sólo



no se rinde á la tentación, sino que con grande generosidad de corazón se forman actos contra ella. De esta suerte vió un siervo de Dios algunos demonios que, en forma de moros, arrojaban dardos contra los fieles, y algunos pasaban de parte á parte, y éstos eran los que consentían con la tentación; en otros, las saetas caían á sus pies, y éstos eran los que consentían con la mala sugestión; en otros, dando las saetas en medio del pecho, de tal suerte daban, que revolvían hiriendo á los moros que las habían arrojado; y esto sucedía, porque aquellas generosas almas, no sólo negaban el consentimiento á la tentación, sino que con actos contrarios la revolvían contra el demonio.

Finalmente, en todas las tribulaciones no hay consuelo verdadero sino es por medio de la fe. El cristal jamás se endurece en piedra sino en lugar expuesto al Mediodía. Tened por cierto que toda la constancia que os pueden dar los motivos humanos es constancia de vidrio; pero, si queréis que vuestro corazón se fortifique como un cristal, exponedle por mucho tiempo de esta suerte á los rayos de la santa fe. Ponderad siempre dos verdades: una acerca del principio de las tribulaciones, otra acerca de su fin. Las cosas que os afligen siempre os vienen de la mano de la Providencia del Señor, que *ab æterno* las ha dispuesto para vuestro bien, y ahora, con amor de Padre, os presenta este cáliz de su naturaleza verdade-

ramente amargo, pero suavizado con su voluntad; y así, decid también con vuestro Redentor: *Calicem quem dedit mihi Pater, non bibam illum?* (Joan., xviii, 11.) También el término á que nos guían las tribulaciones es el mismo Dios, sirviendo para unirnos más estrechamente con El, por amor en esta vida y por mérito de su gloria sempiterna en la otra: *Mala, quæ nos hic premunt, ad Deum ire compelunt*, dice San Gregorio: porque el padecer por el Señor, no sólo nos guía hacia El, sino que nos lleva y casi tira por fuerza á uniros con El. Si queréis también, al modo de aquellos santos animales que vió Ezequiel, imaginaros sobre la cabeza un retrato del Cielo por mano de la fe: *Similitudo super capita animalium firmamenti* (Ezech., i, 14), os será fácil participar de semejante fervor en obrar y en ir siempre adelante: *Ibant in similitudinem fulguris cæruscantis*. Por tanto, en todos vuestros trabajos, ó del alma ó del cuerpo, tomad para vos misma lo que al santo mártir Sinfiriano decia su santa madre: *Nate, nate, cælum suspice*; mira al Cielo, y considera qué corona de gloria sempiterna te espera despues de un tan breve trabajo. Al Cielo, pues, todos los pensamientos, sin hacer caso de los bienes ó males de la Tierra; al Cielo.

Con esta suerte, pues, de actos se hará siempre más robusta vuestra fe; y ¿quién

puede explicar la ventaja que tendrá vuestra alma? Baste decir que la victoria que vence el mundo, y con él todos vuestros enemigos, es nuestra fe: *Hæc est victoria, quæ vincit mundum fides nostra* (1 Joan., v, 4). Y así, cuanto el mundo se esfuerza para tirarnos á sí por medio de los sentidos, tanto la gracia nos tira á Dios por medio de la fe, contraria á los sentidos.

---

## MEDITACIÓN II

### PARA EL PRIMER DÍA DE LOS EJERCICIOS

#### SOBRE LOS MEDIOS PARA CONSEGUIR EL ÚLTIMO FIN

Todas las otras cosas que hay sobre la tierra han sido criadas por el hombre, para que le ayuden á conseguir el fin de su creación; de donde se sigue que es necesario valerse ó abstenerse tanto de ellas, cuanto son de ayuda ó de impedimento para conseguir el mismo fin.

(San Ignacio, en la sobredicha Meditación.)

I. Considera la copia grande de medios de que os ha provisto Dios para que consigáis vuestro fin, mostrando en esto cuánto pretende haceros para siempre dichosa. Estos medios

son: I. Los bienes de fortuna y exteriores, hacienda, honra y prosperidades temporales. II. Los bienes de naturaleza, ingenio, prudencia y entereza de vuestros sentidos y miembros. III. Los bienes sobrenaturales, las ilustraciones del entendimiento, los movimientos buenos del corazón, la gracia santificante, los dones del Espíritu Santo, las virtudes, los sacramentos, los sermones, los libros, los ejemplos de los santos, las instrucciones de los confesores, la paz y el remordimiento de la conciencia, la guarda de los santos ángeles, y el mismo Dios, que, no contento con ayudarnos á conseguir vuestro fin por medio de sus criaturas, ha venido en persona á procurar vuestra salvación hecho hombre por vos; y de último fin que es, ha querido hacerse como medio, no con las palabras y ejemplos, sino con la sangre y con la vida, no reparando en cosa, sólo á fin de disponeros libre el camino para ir al Cielo. ¡Oh cuánto os debe importar servir á Dios en esta vida y gozarle para siempre en la otra, pues por este fin emplea el Señor, no sólo todas sus criaturas, aun las más sublimes del Cielo, sino también su divina persona, sus caminos, sus sudores, sus oprobios, su pobreza, su muerte, y un tesoro infinito de méritos que os ha dejado por herencia! *Omnia vestra sum*, dice San Pablo. Todas las cosas son vuestras para que seáis toda de Cristo: *Vos autem Christi* (I Cor., iii, 21;

ibid., 23); por eso, si os perdiereis por vuestra suma desgracia, ¿de quién será la culpa? No tendréis excusa, pues el Señor os manifestará que lo ha hecho todo por vos: *Quid est quod debui ultra facere vincte mee, et non feci ei* (Isai., v, 4). Admirad, pues, la bondad del Señor para con vos; agradecédselo con verdadero corazón; confundíos de haber hecho menos para conseguir á vuestro Dios que para conseguir los bienes criados y que no son de provecho, y pedid gracia al Señor para que estas irrefragables verdades no se os aparten jamás del entendimiento, sino que os sean guía para todas vuestras operaciones.

II. Considerad el *abuso* que habéis tenido hasta ahora de estos medios. ¿Cómo os habéis valido hasta ahora de los dones de la gracia? Dios sabe si habéis sacado materia para ofender al Señor con más libertad de las luces con que la fe os ha manifestado la bondad y paciencia divina con sufridos; y si la esperanza del perdón no os ha inducido á multiplicarle las injurias, haciendo poco caso de ello por el remedio tan pronto que tenéis en la santa confesión, á lo menos es cierto que habéis recibido en vano tantos favores interiores y exteriores de la divina gracia, que, si se hubieran concedido á tantos infieles, á tantos herejes y á tantos pecadores, hubieran correspondido con suma diligencia: *Si in Tyro, et Sidone factæ essent virtutes, quæ factæ sunt in vobis;*

*olim in cilicio, et cinere pœnitentiam egissent* (Matth., xi, 21). Mucho más habéis abusado también de los demás bienes de la naturaleza y fortuna, pues las criaturas que os habían de ser escala para subir á Dios, las habéis trocado en muro para dividiros de El, y aun en armas ofensivas para hacerle guerra, habiendo únicamente con ellas contentado vuestros sentidos, á despecho aun de vuestro Sumo Bienhechor. Y esto ¿es servir á Dios? Esto es querer que Dios os sirva, y aun contra Sí mismo, suministrándoos fuerzas y asistencias para que podáis abusar de ellas á vuestro gusto: *Servire me fecisti in peccatis tuis* (Isai., xliii, 24). Y ¿hasta cuándo ha de durar esta guerra entre vos y Dios? ¿Dios concediándoos medios para la salvación, y vos volviéndolos contra su honra y contra vuestra salvación? ¿Dios haciándoos tanto bien, y vos volviéndole tanto mal? ¡Oh miserable, cuando en breve hayáis de dar cuenta de estas cosas, y cuando el Señor haya de poner por delante lo que ha hecho por vos. y lo que vos habéis hecho por El! Ajustad ahora vuestras cuentas con vuestro Redentor, antes que llegue á ser vuestro Juez. Confundíos de vuestra ingratitud para con Dios; pasmaos de vuestra prodigalidad en expender tan mal tantos tesoros que os comunicó con mano liberal para enriqueceros para siempre; detestad la vida desventurada con que tan á ciegas habéis vivido hasta

ahora, como si no hubieseis de servir á Dios y granjearle su voluntad, sino que fueseis señora del mundo; proponed de no buscar otro en adelante que dar gusto al Señor y asegurar vuestra salvación; y, finalmente, pedid gracia para tratar este grande negocio de conseguir vuestro fin con aquella seriedad y eficacia que se merece.

III. Considerad la *enmienda* que habéis de tener de este abuso. Esta enmienda consiste en tratar los medios como medios y no como fin, esto es, no aficionarse á ellos, sino tanto cuanto conduce al término deseado; por tanto, divididos todos en tres clases. Algunos siempre son útiles para el fin, como son los dones de la gracia, los sacramentos y las obras de piedad, y de éstos habéis de escoger una medida sobreabundante y aprovecharos de ella con suma diligencia; pues son tan preciosos, que un alma condenada compraría voluntariamente una de estas ocasiones buenas de que vos hacéis poco caso; llevando con paciencia ella sola todos los tormentos del Infierno por un millón de siglos. Los otros medios son los que siempre son nocivos al fin, porque siempre van juntos con el pecado, por ser prohibidos de la ley de Dios, y éstos los habéis de apartar enteramente de vos, aborreciéndoles de veras, como á enemigos de la gloria divina y de vuestra felicidad. Finalmente, los últimos serán los que tal vez aprovechan para conseguir

vuestro fin, y tal vez dañan; y en orden á éstos, consiste la enmienda en poner el corazón en un perfecto equilibrio, de suerte que no incline más á una parte que á otra, sino tanto cuanto sirven más ó menos para guiarnos á Dios. De la misma suerte, si no queréis cometer la mayor de todas las imprudencias, no habéis de anteponer la salud á la enfermedad, la abundancia á la pobreza, la honra á la deshonra, la vida á la muerte, sino sólo en cuanto promueven la feliz consecución de vuestra eternidad. ¿Qué consecuencia más cierta? Un peregrino no pide el camino más ameno, sino el más derecho á la patria. Un navegante no desea el viento más de gusto, sino el que más seguramente guía á su puerto. Un enfermo no pide la medicina más dulce, sino la más saludable á su mal. ¿Sólo, pues, en las cosas de la salvación se ha de hacer al contrario, y amar como bien la sanidad, la comodidad, la dignidad y los gustos, que son enemigos del alma? ¿Seréis vos también tan ciega en lo porvenir, que os valgáis de un peso tan falso, juzgando para vos como bien lo que os retarda ó impide la consecución del Sumo Bien? Esto es trocar á las cosas las voces para vuestra extrema ruina, llamando bien al mal, y mal al bien: *Vae qui dicitis malum bonum, et bonum malum.* (Isaí., v, 20.) Sacudid, pues, de vos una vez este sueño de la muerte, y resolveos de ir á vuestro último fin con todo



el esfuerzo de vuestro corazón, venciendo todos los impedimentos, y no parando jamás hasta que le hayáis conseguido, como un río que no se deja llevar de la amenidad de las orillas, ni volver atrás por los estorbos, y no para jamás hasta llegar al mar. ¿Qué hacen, pues, en vos los afectos inmoderados á las criaturas? Arrancadlos todos de vuestro corazón, aunque hasta ahora los hayáis estimado como las niñas de vuestros ojos: *Si oculus tuus scandalizat te, erue eum, et projice abs te* (Matth., v, 29.) ¿Qué hacen tantas ocupaciones, por quienes perdiste el tiempo debido á las cosas espirituales? Cortad todo el exceso, aunque lo estiméis como la mano: *Si dextera manus tua scandalizat te, abscinde eam, et projice abs te.* ¿Qué hacen tantos empleos en los otros negocios que no os pertenecen? Cortadlos y echadlos todos: *Si autem pes tuus scandalizat te, abscinde eum et projice abs te.* ¿Paréceos que se trata cosa de poca monta, tratando de perder ó ganar para siempre una inmensa felicidad en la posesión de un Dios infinito? Detestad, pues, los torcidos caminos por donde habéis caminado hasta ahora, y pedid al Señor que, si os ha hecho únicamente para Sí, os dé gracia que seáis únicamente para Él, y que vuestro único empleo sea vuestro único bien.

## EXAMEN PARA EL PRIMER DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

### SOBRE EL GOBIERNO DE LOS SENTIDOS EXTERIORES

I. Examinad cómo os portáis en orden al *ver*. Primero, si en el mirar no buscáis otro que el deleite y complacer la curiosidad. Segundo, si dejáis correr la vista á los objetos, aunque sean peligrosos. Tercero, si la empleáis, per lo menos, en ver cosas vanas que os llenen el corazón de imaginaciones impropias para el tiempo de la oración. Cuarto, si os acostumbráis á enfrenar de cuando en cuando la libertad de la misma vista, para ofrecer esta misma satisfacción al Señor. San Juan apareció á Santa Gertrudis con los ojos muy resplandecientes, en premio de no haberlos jamás fijado en el rostro de la Virgen Santísima en tanto tiempo que con ella habitó después de la Ascensión del Señor.

II. Examinad en orden al *oir*. Primero, si os deleitáis con saber nuevas del siglo sin causa y fruto. Segundo, si en las músicas, aun en las sagradas, tenéis por fin sólo vuestro deleite y no el provecho del espíritu ó cualquier otro motivo de virtud. Tercero, si queréis ser alabada, ó adulada, ó excusada en vuestros defectos. Cuarto, si queríais oír siempre pláticas

de burla y pasatiempo. Quinto, si oís con gusto hablar de los hechos de los otros. Sexto, si de mala gana oís alabar las otras hermanas, ó ser vos corregida cuando faltáis. Séptimo, si os enfadáis de los discursos espirituales. Octavo, si os causa tedio la palabra de Dios cuando no os viene á cuento.

III. Examinad el sentido del *gusto*. Primero, si sabéis privaros de todos los atractivos de la gula que no son necesarios en el uso de la comida. Segundo, si en la comida tenéis por fin sólo el deleite, ó contentar sólo el hambre, y no el conservar las fuerzas para servir á Dios, ó el obedecer á la religión que os llama á comer. Tercero, si coméis fuera de tiempo, ó con mucha ansia é indecencia, y sin atender á la lección que se suele oír en aquel tiempo. Cuarto, si alguna vez os quejáis de lo que os ha faltado en la mesa, ú os sentís de que no haya sido bien guisado, ó pensáis en ello, antes y después, en tiempo de la mesa. Quinto, si salís de la mesa sin haberos mortificado en alguna cosa, y sin haber ofrecido alguna cosa al que os lo da todo. Esta mortificación es el primer paso, adonde llegan tambien los principiantes, y es en gran manera necesaria para aliviar la otra necesidad que tenemos de dar lo necesario á nuestro mayor enemigo, que es el cuerpo.

IV. Examinad el sentido del *olfato*. Puede ser que sea éste más inocente que los otros

en conseguir de vos le fomentéis; pero también será necesario el mortificarle cuando se trata de servir á las enfermas, y evitar y tomar hastío en tal empleo.

V. Examinad cómo os portáis en el sentido del *tacto*. Primero, si buscáis más la delicadeza y aseo del vestido. Segundo, si procuráis blandura en la cama. Tercero, si dais mucho tiempo al sueño. Cuarto, si concedéis también mucho tiempo al ocio, dejando los empleos acostumbrados. Quinto, si usáis algún instrumento de penitencia; para afligir vuestro cuerpo, como han acostumbrado todos los santos. Sexto, si practicáis algunos de estos ejercicios penosos por vuestro capricho, sin la dirección de la obediencia. Séptimo, si dejáis las penitencias que os prescribe vuestra Regla, con pretexto insuficiente de la salud. Octavo, si sois más amiga de las austeridades que vos misma os elegís, que de las que se os han impuesto. Noveno, finalmente, si vuestros sentidos en general os dan ocasión de venceros con frecuencia, ó sólo sirven de espías al enemigo y de traidores para que le admitáis en vuestro corazón. Ellos son las puertas, y ¡ay de la plaza que tiene las puertas sin guarda! ¿Qué enemigo, por flaco que sea, no la podrá sorprender? Reconoced las faltas cometidas hasta ahora, que por ventura serán sin número; humillaos profundamente delante del Señor; ponderad los motivos que tenéis para venceros en

esta parte, y pedid al Señor os dé gracia que no os sirváis de vuestros sentidos en lo porvenir sino conforme la voluntad de quien os los ha dado, de suerte que no pequéis usando de ellos ó en la intención ó en el modo.



## MEDITACIÓN III

### PARA EL PRIMER DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

#### SOBRE LA GRAVEDAD DEL PECADO MORTAL

I. Considerad que la gravedad de una injuria se mide por estos tres cabos: por la calidad del ofendido, del ofensor y de la ofensa; y así, ponderad que el ofendido por el pecado mortal es Dios; esto es, un Señor infinitamente bueno para vos, é infinitamente bueno en Sí mismo. ¿Qué hubierais jamás hecho bueno sin el Señor, pues sin Él ni aun fuerais posible? Pecando, pues, habéis ultrajado á vuestro Criador, sin el cual jamás hubierais venido al mundo. Habéis ultrajado á vuestro Conservador, sin el cual no hubierais permanecido en el mundo ni aun por un instante. Habéis ultrajado á vuestro Redentor, sin el cual hubierais perecido para siempre, y con una muerte llena de ignomi-

nias y dolores os ha comprado una eterna bien-aventuranza en el Cielo. También habéis ultrajado á un Señor tan bueno en Sí mismo, que si los demonios, que tanto le aborrecen allá en los abismos, pudieran descubiertamente verle, cada uno de ellos estaría necesitado á amarle incomparablemente más de lo que le hubieran aborrecido todos juntos hasta aquella hora; y si el amarle también más hubiese de costar un nuevo infierno de penas, cada uno de ellos alegremente aceptaría aquel nuevo infierno por amarle mucho más y por no darle un mínimo disgusto, confesando á boca llena que todas estas demostraciones de afecto son siempre nada en comparación de lo que merece ser amado este Infinito Bien. Este es, pues, aquel Señor que habéis ofendido, ó, por mejor decir, no es sino un Ser infinitamente más perfecto y superior á todos vuestros pensamientos y á todos los pensamientos de todas las supremas inteligencias del Cielo. ¿Podéis, pues, creer estas cosas por fe divina y no morir de dolor acordándoos que, en vez de amar á esta Bondad tan sin medida, la habéis tratado como á enemiga pecando, y habéis hecho con ella un divorcio eterno, pues en vos no quedaba modo alguno de restaurar la divina Amistad y de destruir vuestro yerro? A lo menos, ahora que el Señor os previene con su gracia, detestad vuestras culpas, como lo sumo de todos los males, siendo un mal que toca al mismo Dios. Agradeced-

le también la paciencia tan grande que ha tenido en sufriros. Confesad delante de todo el Cielo la traición horrible que habéis hecho al Señor, haciéndoos como otro peor demonio, compañero de él en la culpa é inferior á él en la naturaleza. Confesad vuestras resoluciones de querer antes perder mil vidas que rebelaros de nuevo contra este gran Señor, y pedidle que os muestre su voluntad, trocándoos del todo el corazón, y haciéndoos todo para El.

II. Considerad la calidad de la *ofensa* que se hace á Dios por un pecado mortal, pues ella es una injuria horribilísima, que tiene un sumo desprecio contra Dios y una suma crueldad. Contiene un sumo desprecio, porque, concurriendo por una parte la voluntad divina y la permisión de aquella altísima majestad, y por otra parte vuestra voluntad y el consentimiento de una pasión brutal, cuando pecasteis antepusisteis vuestra voluntad á la divina, y disteis en vuestro corazón esta injustísima sentencia, que estaba bien desobedecer al Criador por contentaros á vos misma; y que aunque os mandaba Dios con toda su autoridad, aunque os amenazaba con toda su omnipotencia, aunque os atraía con toda su bondad, esto no obstante, el hacer vuestro gusto en la práctica valía más que Dios: *Projecisti me post corpus tuum* (III Reg., xiv, 9). Asimismo vuestra culpa contiene suma crueldad contra el Señor, porque tira directamente á disgustarle, y aun á

destruirle si fuera posible y aniquilarle, enturbiando aquella inmensa felicidad sin la cual Dios no podría subsistir; por lo cual, así como la caridad es de tal genio, que si el Señor no poseyese el bien que posee, se lo daría, el pecado, en todo contrario á la caridad, es de tanta malicia, que si el Señor pudiese perder el bien que tiene, se lo quitaría. Ved, pues, lo que hicisteis pecando; hicisteis á Dios todo el mal que le puede hacer una criatura, que es no obedecerle y despreciarle; y, lo que es más, el aniquilarle, que no ha quedado por vuestra perversidad, sino por la perfección divina, que no era capaz de mal intrínseco. Vos, pues, habéis obrado este horrible atentado, y con esto os habéis puesto en un estado que aborrecerá Dios eternamente, sin que jamás pueda el Señor dejar de mirarle, aborrecerle y oponerse con todas sus infinitas perfecciones. ¿Qué pena, pues, merecería el que ha hecho esto? Y vos ¿qué aborrecéis si no aborrecéis vuestro pecado? Dios le aborrece tan necesariamente, que dejaría de ser Dios si dejase de aborrecerle: y vos ¿hacéis tan poco sentimiento, que no os espanta el haberlo cometido, ni el peligro de poder de nuevo volver á caer en este abismo? *Nunquid parva est fornicatio tua?* (Ezech., xvi, 20.) Ilumílaos, pues, hasta lo profundo de vuestra maldad, y desead un mar de lágrimas para dignamente llorar las traiciones que habéis hecho al Señor; pedidle mil veces perdón, y rogadle



quiera volver bien á quien le ha hecho tanto mal; y que os quite primero la vida que permita que volváis otra vez á ofenderle.

III. Considerad la calidad del *ofensor*, la cual acaba de colmar la injuria. El ofensor sois vos; y así, para entender vuestra vileza, consideraos primero en orden al cuerpo, que ahora es un vaso de inmundicia, y poco antes era menos que una horiniga, porque era nada. Consideraos en orden al alma, llena de ignorancia, de fragilidad, de malicia, de impudencia y de maldad, cercada por fuera de enemigos sin número, visibles é invisibles, constreñida á caer por tantas ocasiones, humillada por tantos afectos desordenados, expuesta y pendiente al abismo de todas las culpas y de todas las penas, adonde caeríais cada instante si aquel Dios que habéis ultrajado no os detuviera con su gracia. ¿Que cuenta, pues, habéis de hacer de vos misma, no siendo buena para otro que para pecar y condenaros? *Perditio tua in me tantum modo auxilium tuum.* (Off., xiii, 9.) Todo lo que no es, ó nada, ó pecado ó infierno, no es vuestro, sino del Señor. Si con esto no llegáis á concebir una justa idea de vuestra vileza, haccos esta comparación: ¿Quién sois vos, comparada con todos los hombres que están ahora en el mundo! ¿Quién sois, en comparación de todos los hombres que ha habido ó habrá hasta el fin del mundo? ¿Quién sois, comparada con los ángeles y santos del Cielo? ¿Quién os

sabría hallar en esta muchedumbre? ¿Quién haría caso de vos, y qué le faltaría á este número tan sin medida si faltaseis vos? Faltaría un átomo de ser, que ni aun es vuestro, sino del Señor: juzgad, pues, qué le faltaría á la multitud de todas las criaturas posibles, y aun toda la masa de las criaturas, no sólo actuales, sino posibles, que, comparada con Dios, es infinitamente menor que un granito de tierra comparado con todo el universo: *Quasi pulvis exiguus* (Isaí., xl, 15.) Vos, pues, que sois menos que un punto de ser, y por mera gracia del Señor poseéis lo poco que poseéis, y ocupáis en este grano de polvo de todo lo criado el puesto que ocupáis entre las criaturas, ¿os habéis atrevido á rebelaros contra el Divino querer para vivir á vuestro gusto? Vos, que poco hace erais nada, ¿habéis irritado á un Dios eterno, que siempre ha tenido ser? Vos, que con vuestras propias fuerzas no podéis levantar una paja de la tierra, ¿os habéis tomado con un Señor omnipotente? Vos, necesitada hasta del aliento que respiráis, ¿os habéis levantado contra el Señor de todo? Vos que sois todo enanto sois, un compuesto de las divinas misericordias, ¿habéis voluntariamente renunciado á la amistad del Altísimo? ¿Así trata con un Dios infinito una criatura tan miserable y tan beneficiada? ¿Cómo es posible que hayáis hecho tanto mal? *Fecisti mala, et potuisti*. (Jer., iii, 3.) ¿Y por qué, pues, os habéis movido á hacer tanto mal? ¿Por

ventura por una gran necesidad? ¿Por ventura por conseguir una gran cosa? Antes bien habéis tramado y ejecutado la horrible traición por una cosa de nada que ya no es, y os hubiera sido bueno que nunca hubiera estado; y, con todo, ¿habéis antepuesto este lodo hediondo á aquel océano inmenso de perfección que es Dios? ¿Qué habrán dicho los ángeles del trueque que habéis hecho? ¡Cuánto se habrán alegrado los demonios de veros compañera de su yerro! Y, ahora, ¿qué abismo habrá tan profundo que se proporcione á vuestra vileza? Reconoceros cuál estáis por vuestras culpas; detestadlas millares de veces; proponed morir primero que volver á ellas, y pedid con fervor al Señor que, pues con su propia sangre ha querido dar la muerte al pecado, no permita jamás que las deis acogida en vuestro corazón.

---

## MEDITACIÓN IV

### PARA EL PRIMER DÍA DE LOS EJERCICIOS

#### SOBRE LAS PENAS QUE SE DAN AL PECADO

I. Considerad que, como por la sombra se pueden medir los cuerpos, así, por la pena que se da al pecado, se puede en algún modo me-

dir la malicia del mismo pecado. Por tanto, considerad el primer *castigo de los ángeles rebeldes*, ponderando en él cómo Dios les trató antes que pecasen, y cómo les trató después que pecaron. Fueron, pues, criados en el Cielo empíreo como primicias de las obras divinas, llenos de sabiduría, aventajados en todos los dones de la naturaleza y gracia, puros espíritus, dotados de sumo ingenio, provistos de sumo poder, respetados por una suma hermosura, santos por la caridad y por todas las virtudes, y vecinos á ser sumamente felices para siempre. Pero ¿cómo correspondieron á su Criador? Un gran número de ellos rehusaron obedecer á Dios, y emplearon contra su voluntad la libertad de su libre albedrío, que se les había dado para servir al Señor y sujetarse con mérito. Ahora, mirad cuán gran mal es apartarse de su último fin y pecar gravemente. Dios, ofendido por esta ingratitude y desobediencia, les precipitó á todos juntos al abismo. Este castigo tuvo tres circunstancias de grande horror: fué repentino, fué universal y fué sumo. Fué repentino, porque les cogió con las armas en las manos; esto es, con su soberbia, y, sin darles ni tiempo ni ayuda para arrepentirse, los dejó caer, más furiosos que los rayos, desde el cielo al fuego eterno. Si hubiera castigado sólo á Lucifer, ó si á lo menos se hubiera contentado el Señor con diezmar, al modo que se hace con los soldados amotinados, aquel

grande ejército de espíritus tan sublimes hubiera sido una demostración de justicia para atemorizar á todos los hombres, tanto más viles en la naturaleza. Ahora, ¿qué demostración será el haber del todo condenado á todos, sin haber atendido ni á la nobleza, ni al saber, ni al número, ni al bien que arrepentidos hubieran hecho, ni al mal que hicieran contumaces? Fué, finalmente, sumo este castigo, porque perdieron todos los dones de la gracia y encontraron una infinita miseria en su condenación, sin esperanza de salir de ella jamás. ¡Oh grande odio, pues, el que tiene nuestro Dios al pecado! ¡Ver contaminarse de aquel veneno las más hermosas obras de sus manos, y, en lugar de purificarlas, sin reparo echarlas todas al fuego sempiterno! ¿Quién no temerá á este gran Señor? ¿Quien le querrá por enemigo? ¿Quién querrá volverle á ofender? *Quis non timebit te, o Rex gentium?* (Jer., x, 7.) Comparad ahora vuestras culpas con el pecado de estos infelices, y admirad el diverso modo con que sois tratada. Los demonios pecaron una sola vez; vos tantas y tantas: ellos pecaron sólo por pensamiento, y vos también habéis puesto por obra vuestros atentados contra el Señor; ellos, pecando, no se sujetaron á criaturas más viles que ellos; vos, pecando, os habéis envilecido más que las bestias; ellos no tuvieron jamás gracia para levantarse, y vos, después de haber tenido tanta, habéis abusado tanto

de ella; ellos no hicieron injuria á la sangre de Cristo, que por ellos no se derramó, y vos tantas veces la habéis hollado; á ellos también se les negó un instante para arrepentirse, y á vos se os han concedido años y años; y el Señor, que para ellos fué inexorable, para vos no sólo ha muerto sino que es el primero que os busca con la paz, y os solicita el que queráis el perdón. ¡Oh Bondad incomprensible! Y ¿queréis vos volver otra vez á tomar las armas contra ella? Maldecid mil veces á todos los pecados; resolveos de vengar en vos misma, con toda suerte de penitencias, los que habéis cometido; pasmaos del peligro en que os halláis de volver á caer, y rogad al Señor que, habiéndose mostrado con vos Dios de las misericordias y no Dios de las venganzas, conserve en el corazón inviolable la resolución de no ofenderle jamás.

II. Considerad en el *castigo de Adán* la malicia inmensa del pecado, ponderando también aquí el bien que Adán había recibido de Dios, el mal que hizo y la pena que le ocasionó. Fué, pues, el primer hombre criado en el Paraíso á imagen del Señor, enriquecido con la gracia y justicia original, por la cual era dueño de sus pasiones y de todas las criaturas, exento de la muerte, libre de toda miseria, colocado entre las delicias, de quienes debía después pasar al Cielo para ser para siempre del todo dichoso. Pero el hombre se dejó engañar

de la mujer, y desobedeciendo al Criador, perdió por tan poco su divina amistad; y ved que este pecado, que entró en nuestro mundo, se llevó tras sí el ejército de todos los males, pues todo, guerras, hambres, pestilencias, terremotos, tempestades, inundaciones y muertes, y, lo que es más, la pérdida de la misma justicia original, la corrupción de la naturaleza, la oposición á todas las virtudes, la inclinación á todos los vicios, todas las injusticias, todas las maldades, la pérdida de tantos niños inocentes, la condenación de tantas almas culpables, son todas un concurso infeliz y un acompañamiento de la primera desobediencia de Adán. Y aunque Adán hizo nuevecientos años de penitencia, y aunque Jesucristo también, para remediar esta culpa suya, le ha hecho una medicina de su sangre, todavía el tósigo de aquel pecado, puesto en la raíz, que fué Adán, prosigue en dar á sentir su veneno en todas las ramas, que son sus descendientes, y proseguirá eternamente en lo mismo, si el mundo eternamente durase; y todo esto ¿no bastará para hacernos tocar con la mano cuán gran mal es desobedecer al Señor? ¿Cómo es posible creer esto por fe, y no pasmarnos de haber pecado, sino antes volver de nuevo á pecar? También podéis aquí reconocer vuestra maldad, en comparación de la culpa y del castigo del primer padre: su desobediencia fué en materia por sí misma muy ligera, su culpa fué sólo una, y el tiempo en

que pecó fué antes de haber visto otras demostraciones de justicia, y antes de haber visto muerto á un Dios por que no se peque; y así, cuán justo sería que fueseis castigada vos, que en el número de las culpas, en la materia y el tiempo, tanto excedéis al primer pecado culpable de Adán; y con haber recibido el perdón hebéis mil veces vuelto á disgustar á vuestro Criador, sin pensar también en hacer penitencia, como si no fueran vuestros los pecados. ¿Cuándo, pues, abriréis los ojos para vuestro bien? Sea ahora en este punto cuando, aborreciendo sobre todo mal vuestras culpas, os ofrecáis á descontarlas voluntariamente, y á recompensarlas con otro tanto amor y con igual diligencia en el divino servicio. Agradeced á la Bondad infinita que os ha sufrido, y pedid que se establezca entre las dos una amistad que no se rompa jamás por todos los siglos.

III. Considerad el *castigo que tomó sobre Jesucristo* la divina justicia, en cuya comparación se puede llamar como nada toda otra demostración hecha contra el pecado, ó en el Cielo, ó en la Tierra, ó en el Infierno. Ponderad, pues, la persona que padece, los tormentos que padece, y la culpa por que se nueve á padecerlos. La culpa por quien padece no es propia de Cristo, porque es la misma inocencia, y sólo es fianza. Los tormentos es un mar de dolores, no sólo exteriores por los enemigos, sino interiores por su amor; y, no sólo de penas



inauditas, sino de maltratamientos y oprobios jamás vistos semejantes en la Tierra. La persona que padece es una dignidad infinita. Hombre y Dios juntamente, y así, una sola herida de su santísimo Cuerpo se habia de juzgar mal mayor que todas las penas de los condenados y que todo el mal de las criaturas. Con todo, aunque este Señor se humilla por los hombres, y orando al Padre manifiesta la repugnancia que tiene el cuerpo á sufrir una muerte tan cruel é ignominiosa, se determina que muera; y aunque una gota de su sangre es sobreabundante paga de nuestros delitos, para satisfacer la Justicia divina le pide la derrame toda, y lo que se puede hacer con una lágrima quiere que se haga con un diluvio de dolores; si este odio que Dios tiene al pecado, y este rigor con que castiga en la humanidad sacrosanta de su Hijo, no basta para hacernos conocer la inmensa malicia del mismo pecado, se habrá de decir que nos falta, ó el discurso, ó la fe. Y ¿será posible que nos parezca como bien, y solicite nuestra voluntad á abrazarle, el mal que la sabiduría eterna de Cristo le ha juzgado mayor que el perder una vida divina en un abismo de dolores y oprobios? Pasmaos de vuestra ceguedad con haber hecho hasta ahora tan poco caso de las llagas, para cuyo remedio ha sido necesario y conveniente toda la sangre de vuestro Señor; sacad de aquí el celo de penitencia con que debéis en vos misma vengar los

ultrajes que habéis hecho á Dios con vuestras maldades; confundíos de haber acariciado tanto á un traidor de la Divina Majestad, cual es vuestro cuerpo; ofreced vuestro corazón á Jesucristo y á su Santísima Madre, para que no permitan que entre en vos jamás este monstruo del pecado, y pedid á entrambos esta gracia, que es la mayor de todas.

---

## MEDITACIÓN PRIMERA

### PARA EL SEGUNDO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

#### SOBRE LOS PECADOS PROPIOS

1. Considerad el *número* grande y espantoso de vuestros pecados, de quienes la menor parte quizá es la que tenéis en la memoria; pero, para acordaros algo, á lo menos confusamente, de los pecados, discurrid por los lugares en que habéis vivido, por los empleos que habéis tenido, y por todas las edades que habéis pasado. ¡Oh, cuán larga es la cadena de culpas que hasta aquí habéis continuado, no dejando parte de vuestra vida pasada que no hayáis ensuciado y profanado con vuestras maldades! Vuestros sentidos ¿han sido otros hasta ahora que tantas puertas por quienes en-

trase en vuestro corazón la muerte? Vuestras potencias, ¿de qué han servido más frecuentemente que de instrumento para todos los vicios de que es capaz vuestro estado? Pues habéis dejado de cometer el mal de que no fuisteis tentada, ó no tuvisteis comodidad de cometerle. Sobre todo, vuestra voluntad, criada para amar al Sumo Bien, ¿qué de veces se ha vuelto abominable al igual de las cosas indignas que ha abrazado, volviendo las espaldas al Señor? Y esto con una facilidad tan increíble, como si no tuviera sobre sí ni ley ni dueño. Por tanto, si advertidamente no os cegáis, debéis confesar que vuestra alma está, como Job en el cuerpo, toda llena de llagas, toda manando podre, y como una hedionda apostema en los ojos del Señor. Si sólo un pecado venial merece la muerte, y si el mortal Infierno, ¿cuántas veces habéis merecido morir y ser precipitada al Infierno? ¿Podréis, pues, negar que la misericordia de Dios no ha sido grande para con vos, pues no sólo os ha sufrido, aunque cargada con tantas culpas, sino que también os ha hecho tanto bien? Ahora, ¿hasta cuándo habéis de proseguir abusando? Daos una vez por vencida de la bondad del Señor; confesad vuestra malicia y detestadla cuanto podáis, proponiendo amar á Dios con tanto más fervor cuanto con más atrevimiento le habéis ofendido; pedid un arrepentimiento igual á vuestras culpas, para nunca más volver á ellas.

II. Considerad, á más del número, el *peso* de vuestros pecados. Si se habla de las culpas veniales, cada una de ellas es el mayor mal del mundo, fuera del pecado mortal. Si se habla de las culpas graves, cada pecado grave, por ser mal que toca á Dios, sobrepuja con infinito exceso todos los males que tocan puramente á las criaturas. Asimismo, el que emprendiese despreciar todas las criaturas posibles, estos desprecios, ultrajando siempre perfecciones finitas y limitadas, no serían comparables con un solo pecado mortal, que ultraja todas las perfecciones infinitas de Dios: por lo cual, si pudiesen venir en competencia todas las penas del otro mundo por sí solas con un pecado, sería menos infeliz el que las padeciese todas que el que comete un grave pecado: *Est utilis potius infernus quam illa.* (Eccel., 25.) Este es el peso de sola una de las culpas graves contra la voluntad divina; y así, ¿quién no se atemoriza de haber cometido tantas y de haberlas tan libremente cometido? Y como si ofendiera á un Dios pintado, tiene un corazón de piedra. ¿Qué os queda, pues, sino llorar esta temeridad y esta dureza, deseando un dolor el mayor de todos para volver la honra á aquella infinita Majestad que habéis con la ofensa tanto despreciado? Pedidle, pues, de corazón, pues sois tan miserable que podéis pecar, pero no dignamente arrepentiros sin la asistencia de aquella gracia que tantas veces habéis desmerecido.

III. Considerad la *medida*, á más, del número y peso de vuestras culpas. Esta medida es la retribución con que recompensáis la medida tan abundante de beneficios divinos para con vos. Pensad atentamente un poco la muchedumbre y excelencia de los beneficios que os ha concedido el Señor, tanto los comunes á todos, como los especiales en que habéis sido tan privilegiada entre las criaturas. Ponderad también vuestra suma indignidad para ser así favorecida, y la infinita grandeza del Bienhechor, que es Dios, por la cual cualquier pequeño don viene á ser sumamente estimable, y el amor infinito que el Señor ha empleado en vos, eligiéndoo desde *ab æterno* para haceros tanto bien. Si hubiera venido por vos del Cielo á la Tierra, se hubiera humillado, padecido y muerto, ¿qué dirían después los ángeles y los hombres, viéndoo tan poco agradecida al Señor? Pero vos no estáis menos obligada, pues el Señor se ha fatigado y muerto con tanto amor por vos, como si estuvierais sola en el mundo para recibir su fruto, y esto supuesto, viéndoo rodeada de tantos beneficios, os habría de parecer imposible, no sólo el querer ofender á Dios, sino también el poderle ofender, y habríais de decir: *Quomodo possum hoc malum facere?* ¿Cómo es posible que yo disguste tanto á mi Sumo Bienhechor? Todavía, no sólo habéis podido y querido disgustarle después que habéis recibido de El tantos benefi-

cios, sino que, en el mismo tiempo que El tan liberalmente os los concedía, le habéis ofendido, y, lo que es mas, os habéis valido de los mismos dones como de armas para arrojarlos contra El. ¡Oh! ¡Horrible cosa que Dios os haya criado de nada, y que vos por nada le hayáis vilipendiado! ¡Que Dios os haya antepuesto á tantos y tantos para haceros bien, y que vos le hayáis pospuesto á vuestro mismo cuerpo, que es una cosa vil! ¡Que Dios haya muerto para daros vida, y que vos, en lugar de dar la vida por quien ha muerto por vos, le hayáis renovado y acrecentado las llagas, y en lugar de amarle más que á vos misma, como merec, le hayáis amado menos que á una sombra de bien que ya desapareció! Comparad un poco estas dos medidas: aquella con que sois medida de Dios por los beneficios, y aquella con que habéis correspondido con las culpas, y avergonzaos de vos misma delante de Dios, de los ángeles y santos de su corte, que tan fielmente le sirvieron; renovad delante de ellos vuestra posesión; pasmaos que, tanto ellos como todas las otras criaturas, os hayan sufrido, y que no se hayan rebelado contra vos para vengar las injurias de su Señor, confesando que habéis merecido que se abra la tierra á vuestros pies, que el aire os ahogue, que el sol con sus rayos os abraze, y que á posta se haga otro infierno para vos; y pues que se os ha concedido tiempo de enmendar la infidelidad pasada,

prometed en adelante una nueva vida, pidiendo abundante gracia para ejecutar vuestros santos propósitos.

## LECCIÓN PARA EL SEGUNDO DÍA

---

### SOBRE LA VIRTUD DE LA ESPERANZA

La esperanza es el mayor bien de nuestra vida mortal en el asedio de tantos males: ella enjuga en nuestro rostro todas las lágrimas, mitiga nuestras fatigas, esfuerza las flaquezas y sana las llagas; por lo cual no hay ninguno tan miserable que no dé cualquier precio por lo que le prometen bueno sus esperanzas en lo porvenir. Pero cuanto es más precioso este bálsamo de la esperanza, tanto conviene estar más atentos á que sea puro y no adulterado; porque, de otra suerte, las esperanzas de los pecadores, no sólo son desestimadas en la divina Escritura como vanas, sino también detestadas como abominables, sirviendo de guía y de salvaguardia al pecado: *Spes illorum abominabilis* (Job, xi, 20).

La esperanza, pues, cristiana, de quien se ha de tratar, es una virtud teologal, que produce en nuestra voluntad una firme expectación de la eterna felicidad, y los medios necesarios y convenientes que nos guían para alcanzarla. Qué cosa sea virtud teologal, se dijo

en la lección pasada; á más de eso, debéis ahora entender que, como el sol con la luz acompaña al calor, así el Señor, habiendo alumbrado nuestro entendimiento, dando por medio de la fe á conocer un bien infinito, cual es El mismo, difícil pero posible que se consiga con su divino favor, inflama, por consiguiente, la voluntad y la levanta sobre sus fuerzas naturales para que desee este Sumo Bien, y que atienda á él con la promesa que le ha hecho, y sobre la resolución que tiene la voluntad de poner las condiciones que ha establecido el Señor para conseguirle, cooperando fielmente con la gracia.

Por tanto, este noble deseo de poscer á Dios por todos los siglos, y este esfuerzo de nuestro corazón para llegar á poseerle, es la esperanza cristiana. Pero así como la fe, no sólo lleva el entendimiento á creer en Dios como su objeto primario, sino también las otras verdades fuera de Dios, porque las ha revelado como objeto secundario; así la esperanza, no sólo lleva la voluntad para desear y esperar la posesión del Sumo Bien, sino también la de los otros bienes fuera de El, que provienen también de El, y sirven al hombre de medios para conseguir este tan levantado fin. Ved, pues, qué ancha esfera tiene la esperanza, y cuánto dilata nuestro corazón, pues le esfuerza á esperar todo el bien que está en Dios y fuera de Dios, en cuanto convenga ó sea necesario para



llegar á Dios. Ni esto es volar sin alas, ni hacer paso mayor que los pies, porque la esperanza estriba en Dios mismo: *Inititur super dilectum suum* (Cant., viii, 5); y así se muda en fortaleza divina: *Qui sperant in Domino mutabunt fortitudinem* (Isai., xi., 31). Verdad es que la esperanza no estriba del todo en el Señor, sino, en alguna parte también, en los méritos propios, en cuanto provienen de la gracia del mismo Señor, y éste les requiere para darnos la eterna corona con mayor honra nuestra; y así, el que espera rectamente, es como el ángel del *Apocalipsis*, que tenia un pie en la tierra y otro en el mar. Por la parte que estriba en las promesas de la divina Bondad, está del todo firme é inmovible; pero, por la parte que estriba en su cooperación con la gracia, puede vacilar sin desorden, temiendo el hombre no ponga impedimento por su parte á la salvación, aunque no pueda temer por lo que toca á la ayuda del Señor. Pero aquí os podría parecer que el confiar algo en vuestros méritos puede perjudicar mucho á la humildad, y así privaros de los mismos méritos. Ésto sería verdad cuando confiaseis en vuestros méritos atribuyéndolos á vos misma, como lo hacía aquel soberbio fariseo; pero si vos los miráis como efectos de la divina gracia, que los ha producido, conservado y hecho crecer, y dado fuerza á vuestro libre albedrío para concurrir á un efecto tan divino, el fundaros algo

en estos méritos es estribar en Dios mismo, que suele premiar como nuestras conquistas sus dones. Con esto se explica bastanteamente la naturaleza de esta virtud, la cual, aunque se nos infunde con la fe en el bautismo, con todo, no basta tenerla en hábito; es necesario reducirla con frecuencia al acto; ni menos contentarse con poseerla en un grado común, sino buscar poseerla en un grado heroico; y así, no sólo se espere en las divinas promesas, sino que se aumente la esperanza, como dice el Profeta: *In verba tua super speravi* (Ps., cxviii, 74). Ahora, para subir tan alto, os aprovecharán grandemente estos tres medios.

#### MEDIOS PARA ALCANZAR LA VIRTUD DE LA ESPERANZA

El primer medio para conseguir tanto bien como nos promete esta virtud, que nos los promete todos, es pedirla con grande instancia al Señor, como se dijo de la fe: *Credo Domine, adjuva incredulitatem meam* (Marc., ix, 24), decía aquel padre tan afligido allá en el Evangelio al Señor, y la pretendía, no sólo de la fe en el poder de Cristo que ya tenía, sino de la confianza que proviene en la voluntad de la aplicación de la misma fe. A imitación de este padre, conviene muchas veces pedir al Señor que nos dilate el corazón y que nos dé esta confianza, que suele ser la medida de todos los

otros dones; porque, al paso que camina la esperanza, sigue la misericordia: *Miseri-cordia tua super nos quemadmodum spera-vimus in te* (Ps., xxxii, 22).

El segundo medio es considerar de propósito, y esforzarse á penetrar altamente los motivos que tenemos para esperar en el Señor. Quiso allá Dios que los reos en la Ley antigua tuviesen cinco ciudades de refugio; pero para nosotros nos apresta una sola, cual es la esperanza, que vale por todas, ciudad puesta en cuadro: *Civitas in quadro posita* (Apoc., xxi, 16): porque por cuatro partes nos convida á que vayamos allá por refugio, y nos lo asegura; éstas son: la *Omnipotencia* de Dios, la *Misericordia*, la *Fidelidad* y la *Justicia*.

¿Por qué, pues, corazones flacos, perdéis el ánimo? ¿Por qué desconfiáis? ¿Por qué vuestros enemigos son sin número? ¿Por qué os ponen asechanzas á cada paso? ¿Por qué os esperan al paso estrecho de la muerte para asaltaros con gran furia? Pero todo este poder del Inferno, á vista del divino, ¿no es como nada? Si Dios nos quiere hacer bien, ¿quién podrá hacernos mal? *Si Deus pro nobis, quis contra nos?* (Ad Rom., viii, 31). Por este lado la esperanza es inexpugnable, porque estriba en el poder del Señor; cuanto es imposible que falte el divino poder, tanto es imposible, por esta parte, que esté mal fundada vuestra esperanza.

Verdad es esto, diréis vos, si estuviese ase-

gurada, que Dios quisiera emplear en mi defensa su brazo omnipotente; pero ¿quién me asegura que quiera hacer Dios tanto? Os lo asegura por el otro lado la divina misericordia. Ni vos, ni otro entendimiento criado, puede comprender la indecible propensión del Sumo Bien á comunicarse á sus criaturas, en cuanto son capaces, la ternura inmensa del Corazón divino para compadecerse y aliviar todas sus miserias. ¿Puede, dice el Señor por Isaías, por ventura, una madre olvidarse y no tener piedad de su tierno hijo? Ahora, pues, aunque se hallase madre tan loca, no seré yo de esa suerte: *Ego tamen non obliviscar tui* (Isai., xlii, 15). Penderad lo que por vos ha hecho hasta ahora. Por vos se ha hecho hombre en la Encarnación, se ha hecho como reo en la Pasión, se ha hecho comida en la Eucaristía. Y, así, ¿qué motivo más justo que esperar que cumpla lo que nos falta, y es que se haga nuestro premio en el cielo? *Per ea, quæ cognoscis præstita, discis sperare promissa*, dice con razón San Agustín. (Ser., cxxxix de *Tém.*) Gran dicha es la nuestra, pues tratamos con un Señor que no puede ser avaro, porque jamás puede ser pobre. Toda la dificultad que tienen los hombres de enriquecer á otros, es porque quitan á sí mismos lo que dan á los otros, y así temen empobrecerse. Pero imaginaos á un hombre, por otro motivo inclinado á hacer limosna á los pobres, que tuviese este

privilegio de hallar la mañana siguiente en su casa todo el dinero que les hubiera el día antes distribuído; ¿podría jamás éste con tal privilegio negar cosa á algún necesitado? Es cierto que le sería como imposible, si no es en caso que previese que el pobre, por alguna mala acción, abusase de la limosna. Ahora, ¿no habéis oído de boca del Apóstol que Dios es rico en la misericordia? Quiere decir que no pierde nada de cuanto da, porque es dueño, como antes, de lo que ha dado; de suerte que si sus riquezas pudieran crecer, crecerían difundiéndose, pues produciendo de nuevo el bien que causa en nosotros, no sólo no pierde nada del suyo, sino que dilata su dominio, poseyendo de nuevo el bien que estaba en Él solo y ahora está en Él y en vos.

Mirad, pues, cuánto por este lado se asegura la esperanza cristiana, y aun Dios, por el gusto que tiene de vernos estribar inmovilmente en Él; añade á la misericordia nueva firmeza con su fidelidad. Dios en dar no pierde nada; antes, como hemos dicho, en algún modo gana; pero si por imposible perdiese, vendría bien en perder sólo por mantener las promesas que tantas veces nos ha dado en la Sagrada Escritura de ayudarnos en nuestras necesidades y de oírnos en nuestras peticiones. Vuelvo á decir que Dios toleraría aquella pérdida menor por evitar la pérdida inmensamente mayor de su gloria divina, cuando sucediese que no había sido

infalible en su promesa. Y ¿cómo podría Dios sufrir que los miserables se jactasen de haber tenido mayor estima de su piedad y fidelidad que lo que ella fuese en efecto? ¿Podremos creer que Dios practique lo que sólo pensarlo es una blasfemia? ¿Que si aun un jefe de ladrones tiene por afrenta faltar á su palabra, hiciese gala de faltar á la suya divina un Dios omnipotente, de suerte que no pudiese jamás tener excusa de haber faltado? ¿Qué gloria sería de su voz decirse que sustenta inmóvil la tierra y todo el mundo sobre la nada, pudiéndose oponer justamente en contrario que no ha podido hacer que estuviera sin temer un corazón que estribaba en sus divinas promesas?

Ved, pues, que también por este lado es imposible que vacilen nuestras esperanzas, que se fundan en ella; y, con todo, ni aun esto ha bastado al Señor; pues viendo que plenamente no confiaban en Él las almas pusilánimes, ha hecho entrar á la parte en vuestra causa su divina justicia con sus méritos para premiarles en nosotros, y para hacernos bien. ¿Teméis, pues, que vuestros deméritos se opongan á la divina misericordia y al divino poder, á quien no permitan que sus divinas promesas se cumplan? Ea, pues; Jesucristo socorre vuestra esperanza: *Factus est mihi Dominus in adiutorium spei mee* (Ps. xcvi, 22); emprende como abogado defender la causa, y por jus-

ticia pide que se nos paguen sus créditos, sustituyéndonos en su lugar. No es, pues, verdad que no tenemos méritos para ser oídos de Dios, porque tenemos los sumos, pues tenemos los de nuestro Redentor, que son nuestros, por habernos hecho cesión de ellos en la cruz, y cada día nos lo ratifica en el sacrificio de la santa Misa, para que, ofreciéndolos al Padre, le podamos intrépidamente decir que nos libre de todo mal por su misma divina justicia: *In justitia tua libera me* (Ps., xxx, 2); porque, haciéndonos misericordia, paga al mismo tiempo las deudas á Jesucristo, que totalmente, por ser infinitas, no se pueden pagar. Es, pues, verdad que, al modo del siervo del Evangelio, os habéis adeudado con Dios en una suma que tanto excede nuestras fuerzas, pero no por eso dejaréis de pagar; decid al tribunal de Dios que pagaréis: *Pacientiam habe in me et omnia reddam tibi* (Matth., xviii, 26). El precio de la sangre del Redentor, las satisfacciones de su Pasión, y los méritos de su vida, son el fondo de tanta renta que, aplicándoosla vos con un acto de verdadera esperanza, no tenéis que temer todos los rayos. Jesucristo, con sus divinas espaldas, os servirá de defensa: *Scapulis suis obumbrabit tibi* (Ps., xc, 4). ¡Oh Dios de la esperanza! *Deus spei* (Rom., xv, 31). ¡Cuán bien os está este buen título, pues para todo acontecimiento está tan inmoble la confianza que en vos se pone! Razón tenéis de cas-

tigar severamente al que no quiere esperar en Vos, pues no os trata como quien sois, y os quiere quitar de la cabeza la mejor corona de gloria que os dan vuestros divinos atributos.

El tercer medio para alcanzar la virtud de la esperanza cristiana es conocer por tentación muy dañosa los pensamientos que nos vuelven desconfiados. Decía un alma santa: Dios me guarde de las tentaciones que no las conozco por tales; porque es muy fácil que, en vez de cerrarles la puerta del corazón, se las abra. En las tierras más septentrionales, donde, por la continua nieve que cubre casi siempre el terreno, los osos son blancos, hacen mayor estrago que en otras partes, porque son menos notados, hasta que os cogen de improviso y os matan. Asimismo sucede en aquella suerte de tentaciones que vienen con capa de virtud, cual es aquella desconfianza que muchas almas engañadas acogen y fomentan como si fuera humildad. Para entender, pues, este engaño, debéis presuponer que la esperanza no excluye al temor, antes le causa en el alma. Si le excluyese, sería menos segura, porque sería como una nave de grandes velas, pero sin el peso del lastre, para quien, cuanto es más próspero el viento, tanto es más cierto el naufragio. A más de esto, no daría á Dios la honra que se le debe, por ser terrible en sus obras, en sus consejos y en sus castigos, como frecuentemente nos lo representa la divina Escritura. Dí-



cese también que la esperanza causa este temor, para lo cual, á nuestro propósito, podemos distinguir dos suertes de temor bueno: uno se llama servil, y otro filial. El servil hace que temamos la pena eterna ó temporal, como contraria al bien de la criatura. El filial nos hace temer la culpa, como contraria al bien del Criador; y así, de la suerte que la caridad es madre del temor filial, así la esperanza es madre del servil; porque, al paso mismo con que se acerca á su bien, al mismo paso se aleja de su mal. Verdad es que, como el peso, que arriba se dijo, del lastre en una nave no debe exceder mucho, sino que ha de ser proporcionado para que ayude á caminar, así ha de ser el temor en nuestro corazón, y el exceso se conocerá luego en los efectos. Si os vuelven solícita en asegurar siempre más vuestra salvación; si os empujan á encomendaros con más fervor al Señor, á quitar con más resolución los impedimentos que se atraviesan en el camino de la perfección, fomentadle y acogedle como amigo; pero si sólo os perturba la paz, os inquieta la conciencia, os quita el ánimo de proseguir el bien comenzado, ¿no echáis de ver que este temor es una carga que os oprime, y que su frío es frío de calentura, y no natural? Débese, pues, temer en el negocio grande de la salvación; pero mucho más se debe esperar, y, como dice el Apóstol, aumentar la esperanza: *Ut abundetis in Spe, et*

*virtute Spiritus Sancti* (Rom., xv, 13); porque al fin mueve poco el temor á obrar, y ¿quien jamás vencería al enemigo si atendiese sólo á reparar sus culpas y se valiese de la espada sólo para cubrirse y no para herir? Por otra parte, nos estimula mucho para obrar la esperanza, y aun nos suministra mucho vigor. Porque, como observa Santo Tomás, ella es principio de la fortaleza; ni las almas buenas, esperando mucho, han de temer la soberbia, porque todas estriban en la ayuda de su Señor; ni tampoco han de temer descuido, porque saben que la gracia divina pide nuestra cooperación, y pide que de nuestra parte paguemos los medios establecidos para conseguir sus fines, por lo cual su confianza las hace siempre más santas, como dice el Apóstol San Juan: *Qui habet hanc spem sanctificat se* (1 Jo., iii, 4); á diferencia de la desconfianza de los pecadores, que siempre es vana ó mala, porque ó pretende la salvación sin méritos, ó estriba en lo que jamás les prometió el Señor, que es que harán bien en adelante, ó al último, cuando no puedan ya hacer mal. Por tanto, para concluir en nuestro caso si todo verdadero cristiano debe mucho más esperar que temer, mucho más se deben inclinar á la parte de la esperanza las almas que son naturalmente más temerosas, cuales son de ordinario las mujeres, y reconocer por tentación muy dañosa las desconfianzas que, en lugar de acercarlas más á

Dios, más las alejan, enfriándolas en su amor, y volviéndolas tardas y pesadas en obrar. Con este espíritu respondía San Francisco Javier á todos los que, con título de amistad, pretendían estorbarle alguna empresa difícil, ó con el temor de los naufragios y corsarios en el mar ó en la tierra, con la incomodidad extrema del país, y con la barbaridad y crueldad de los habitantes. El Santo, después de haber agradecido su afecto, respondía: «Que de todos los peligros que se le ponían delante, no temía otro que el desconfiar de la ayuda de Dios; y así, si no incurría en este peligro, quedaba en todo seguro. También San Pedro el hundirse lo atribuyó al viento: *Videns ventum validum timuit* (Matth., xiv, 30); pero Jesucristo sólo lo atribuyó á la poca confianza de San Pedro: *Modicæ fidei quare dubitasti?* No es el peso de las adversidades el que nos anega, sino la pusilanimidad en esperar y recurrir á Dios.

ACTOS POR LOS CUALES SE EJERCITA  
LA ESPERANZA

La esfera de la esperanza es tan ancha, que comprende el librarse de todos los males y el adquirir todos los bienes, por lo cual el Profeta, en el salmo xxi, tres veces, en muy pocas palabras, nos recuerda que los Santos han esperado en el Señor. *In te speraverunt, Patres*

*nostri; speraverunt, et liberasti eos; speraverunt, et non sunt confusi* (Ps., xxi, 5); enseñándonos que, á su imitación, hemos de esperar de Dios la salvación de todos los males de culpa y de todos los de pena y la consecución de todos los bienes en el Cielo, con todos los socorros necesarios ó convenientes, para que lleguemos á gozarle.

En esta forma fundaréis primero grandes actos de esperanza, en orden al perdón de los pecados pasados, protestando que si le habéis hecho traición al Señor, como otro Judas ofendiéndole, no le haréis traición desconfiando de su piedad y desesperando del perdón; y que la paciencia que con vos ha tenido esperándoos cuando os podía luego castigar, y el esfuerzo que os ha dado para detestarlos muchas veces y para manifestarlos al sacerdote en la confesión, os son una señal de perdón que os ha dado; y así, el haber sido vuestras deudas tan excesivas os animan á juzgarlas perdonadas. *Tu propitiaberis peccato meo, nullum est enim* (Ps., xxiv, 11). Lo mismo en orden á las faltas presentes, malos hábitos y viciosas inclinaciones, os deben también dar ocasión de ejercitar la confianza en el Señor, no abatándoos jamás por vuestras flaquezas, sino recurriendo con tanta mayor seguridad á vuestro médico, cuanto es mayor la experiencia que tenéis de no poder sanar por vos misma. *Fili in tua infirmitate ne despicias te ipsum;*

*sed ora Dominum, et ipse curabit te* (Eccl., xxxviii, 9). Decid, pues, al Señor: ¿No sois Vos omnipotente? Y Vos, que me habéis resucitado de muerte á vida, ¿no podréis enteramente sanar mis llagas? Sí, Señor; yo lo espero; y como por mi parte quiero poner todo esfuerzo para conseguirlo, así no temo quedar confusa.

En orden á la liberación de los males de pena, el grande ejército que os acomete, ó de tentaciones del demonio, ó de tribulaciones de las criaturas, ó de angustias de vuestro mismo corazón, tan lejos está de que temáis, que antes os debe animar: *Si consistent adversum me castra, in hoc ego sperabo* (Ps., xxvi, 33); porque, al fin, cuanto más peligrosa es la guerra, tanto será mayor la gloria de vuestro divino Libertador. Protestad, pues, delante de El que no confiáis en las criaturas, sino tanto cuanto os las da como medios para libraros; pero que confiáis tanto en El, que, aunque os vieseis con la espada de la divina Justicia en la garganta para cortarla á cercén, no obstante esperaríais en El: *Etiam si occiderit me in ipso sperabo, et ipse erit salvator meus* (Job., xiii, 15). ¡Oh qué noble corazón tiene la esperanza cristiana, si los peligros la aumentan el ánimo y las fuerzas, y las mismas negativas la añaden confianza! Mirad cómo la mujer cananea os da un heroico ejemplo de esta grande virtud. Levanta la voz á vista del

Redentor para conseguir su piedad; vuélvele el Señor las espaldas, y da muestras de no oirla. Interceden entonces por ella los Apóstoles, y, á vista de tantos intercesores, niega el Señor la gracia. Finalmente, sin perder el ánimo, postrada á sus pies, renueva sus súplicas, y Jesucristo, no sólo niega el oirla, sino que con términos del todo ásperos, y que nunca había su tierno corazón usado con alguno, la compara con los perros: *Non est bonum sumere panem filiorum, et mittere canibus* (Matth., xv, 26). Con todo, la generosa mujer, de éstos tan repetidos desvíos toma motivo de esperar con más firmeza, y así lo consigue todo, sin tasa y á medida de sus grandes deseos: *Fiat tibi sicut vis*. De este modo habéis de tratar con el Señor en vuestras oraciones; de suerte que, cuando le pidieréis lo necesari- y conveniente á vuestra salvación ó perfección, aunque se haga el Señor el sordo; aun- que á otros conceda las gracias y no á vos; aunque después de haberle invocado os trate con más aspereza que antes, en lugar de dejar las súplicas, las debéis aumentar, y decirle: Señor, bellamente me negáis lo que os pido; sé bien que, aunque tengáis apretadas en vuestra mano las gracias, la abriréis alguna vez, y las derramaréis sobre mí con mayor abundancia; tanto me encomendaré á vos, que, aunque no por otro, por la importunidad me consolaréis alguna vez. Este es el grado más

alto adonde sube esta virtud tan robusta que, á modo de una grande llama, al soplar de los vientos más crece. Diez y siete años lloró Santa Mónica por su hijo Agustino, y después le tuvo, no sólo cristiano, sino santo. A Abraham, á los cuarenta años se le prometió el hijo, y á los sesenta se le concedió, sin que jamás por tan larga dilación dejase de mantener y aumentar su confianza. *Contra spem, in spem credidit.* (Rom., iv, 18. — Lib, i, Vit., c. 18.) Y Santa Gertrudis también era tan generosa en aumentar su confianza entre todas las tardanzas con que dilataba el Señor el oírle, que le dijo que no podía por eso negarle cosa, y que su confianza sería llave de sus divinos tesoros.

Finalmente, más que nunca dilata su seno la esperanza para desear y esperar la posesión perfecta del Sumo Bien allá en el Cielo, aunque Dios, para aumentar nuestras diligencias y para conservarnos en la humildad, haya querido que nos quede el ministerio de nuestra predestinación escondido; con todo, nos manda que estemos con ánimo acerca de este negocio, y que, atendiendo á servirle con fidelidad, esperemos que le hemos de poseer para siempre con los bienaventurados. Esta confianza nos llena de generosidad entre las cosas adversas y prósperas de esta vida, de suerte que despreciamos sus bienes y no temamos sus males. Verdaderamente que un alma puede á sí

misma decirse con alguna seguridad: dentro de pocos años estaré en el Cielo con los Santos, para gozar por una eternidad de tanto bien que, por gozarle un momento sólo, los demonios del Infierno y todos los condenados sufrirían con alegría mil siglos de penas aumentadas en su abismo; y esta gloria me espera si yo fuere fiel á mi Dios, y de ésta tengo tantas prendas cuantos son los beneficios que me ha hecho, pues todos me los ha hecho por este fin, para que yo le goce para siempre. Un alma, digo, que puede animarse á sí misma con una esperanza tan grande, ¿cómo es posible que no se levante sobre la esfera de todos los deseos caducos y de todos los temores? El primogénito del emperador del Japón, como destinado á reinar después del padre, se cría con esta advertencia: que no toque jamás la tierra con sus plantas. Ahora, ¿cómo un corazón cristiano, destinado á reinar eternamente con Dios, puede, no sólo tocar la tierra con sus afectos, sino engolfarse también dentro de ellos, con peligro de perder su reino inmortal? Todo proviene de que se piensa poco en el Cielo, y aun menos se desca, como aquellas tribus ignorantes que no cuidaban de la tierra prometida, llevadas de la aparente amenidad de los campos vecinos. Es tanto el bien que espero, que toda pena me es deleite, decía San Francisco; y Santa Teresa: Tan alta vida espero, que muero porque no muero; y San Fe-



lipé Neri: ¡Cielo, Cielo!, decía al ofrecérsele algún bien terreno. Decid así también vos, armándoos con esta memoria contra todas las tentaciones, fortificándoos en los casos adversos, y levantándoos sobre vos misma y sobre todo lo criado, con decir á vuestro Dios: Para que llegue una vez á veros y gozaros eternamente, tratadme como queráis: *Hic ure, hic secca, hic non parcas, ut in æternum parcas*. Esta es la gracia que espero de vuestras promesas, ¡oh mi Señor!; y porque el conseguirla depende más de vuestra bondad quede mi cooperación, por eso estoy más segura, y más libremente descanso en vuestro seno, confiada en vuestras promesas y en los méritos de mi divino Redentor.

Si con semejantes afectos os ejercitareis en la esperanza, experimentaréis cuánto os ensanchará el corazón para correr en el camino de los divinos preceptos; cuánto os hará más solícita para no ofender á un Señor que os promete tanto bien; cuánto os hará morir consolada, dándoos una anticipada señal de vuestra bienaventuranza, como acontece á los navegantes, que, por el viento más fresco que les sopla, conocen que están más vecinos á la tierra. *Beatus homo, qui sperat in te.* (Ps. LXXXIII, 13.)

---

## MEDITACIÓN II

### PARA EL SEGUNDO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

#### SOBRE EL MAL QUE ENCIERRA Y CAUSA EL PECADO

1. Considerad *el mal que el pecado encierra en sí mismo*. Uno es el Sumo Bien, por quien se deben amar todos los otros bienes, y que debe ser amado por Sí mismo, y éste es Dios; y uno es el sumo mal, por quien se deben aborrecer todos los otros males, y debe ser aborrecido por sí mismo, y éste es el pecado. No es posible hallar mayor oposición que la que hay entre Dios y el pecado; y no puede dejar de ser pésimo aquel mal que en tan gran manera se opone con el muy bueno. De esta suerte, si Dios es un mar inmenso de perfección, el pecado es un abismo sin suelo de malicia; si Dios es un bien infinitamente superior á todos los bienes, el pecado es un mal infinitamente superior á todos los males; si Dios es un Ser que, en su comparación, todas las otras cosas no son, el pecado es una abominación que, en su comparación, todos los otros males no se pueden llamar males. El pecado, pues, es la mayor monstruosidad de esta y de la otra vida, y Dios mismo no puede conocer mayor ni más contraria á su bon-

dad y majestad divina; por lo cual, si del Infierno se pudiera quitar el pecado, el Infierno no fuera Infierno; y si se pudiera introducir en el Cielo, no sería ya Cielo. Ved, pues, lo que habéis hecho pecando: habéis dado vida á un monstruo tan abominable, que se opone á cuanto hay bueno en Dios, y es el enemigo jurado de todos sus divinos atributos; y así, amando vos á este mismo monstruo y acogién-dole en vuestro corazón, os habéis hecho en cierto modo tan perversa cuanto es bueno el Señor. Reconoced el estado de vuestra miseria y humillaos hasta el profundo, agradeciendo la bondad de vuestro Dios, que os ha extendido la mano para libraros de él; y pues el mal que habéis hecho no tiene otro remedio que detestarle, pedid al Señor dos fuentes de lágrimas en vuestros ojos, para que dignamente lo lloréis: *Eritus aquarum deduxerunt oculi mei, quia non custodierunt legem tuam.* (Ps. cxvi, 176.)

II. Considerad *el mal que el pecado causa de presente*. Primeramente destruye los hábitos de las virtudes sobrenaturales y los dones del Espíritu Santo, dejando el alma hecha un cadáver de fe y de esperanza muerta. Secundariamente priva al alma de los inmensos bienes que se encierran en la gracia, de quienes un grado solo vale más que el mundo. Lo tercero, despoja al alma de todos los méritos de las buenas obras y de la filiación de Dios, de

la divina amistad, y del derecho que tiene á la herencia de su Padre Celestial en el Cielo. Después de haber vaciado el alma de todos los bienes, la llena de toda suerte de miserias; llena el entendimiento de tinieblas y de errores; la voluntad, de dureza y de aversión al Sumo Bien; la concupiscible, de deseos desenfrenados; la irascible, de hastío de todo el bien; y el cuerpo de impureza, los sentidos de desorden, y hace una cueva de demonios á esta alma que era antes templo vivo de la Divinidad. ¿Cómo sería, pues, posible que una criatura racional se hiciese tanto mal á sí misma pecando, y después de haber pecado viviese alegremente en aquel estado y mascase la maldad con una atenta consideración? Pero se la traga de esta suerte entera: *Os impiorum devorat iniquitatem* (Prov., xix, 25). Avergonzaos de vos misma, y proponed de tratar en adelante como merece á vuestro cuerpo, que os ha engañado, y pedid al Señor que os comunique aquel espíritu de penitencia por quien podáis en vos misma vengar las ofensas que habéis hecho á la Divina Majestad.

III. Considerad *el mal que el pecado amenaza en adelante*, y ésta es la eterna condenación. Ponderad un poco con madurez qué quiere decir habitar con el cuerpo y alma en un fuego tan tremendo que consumiría los montes, y habitar allí por todos los siglos, pues no se puede sufrir con paciencia, por un

brevísimó espacio, la punta sólo de una llama de nuestro fuego; esto es, de una llama poco menos que pintada en comparación de las llamas infernales. Ponderad también un poco qué es perder para siempre á un Dios de misericordia, aplicado todo con sus divinas perfecciones á beatificar para siempre á un alma en el Cielo, y hallar á un Dios de justicia aplicado todo á atormentar para siempre á un alma rebelde, y á descargar sobre ella golpes tan pesados, que conozca siempre que la castiga el Omnipotente. Después de haber entendido algo qué es condenarse, observad que un tan fiero tratamiento con un alma antes tan amada del Señor, es un acto de divina justicia; esto es, de una infinita rectitud que no puede engañarse ni exceder, y que, después de haber puesto sobre su peso por una parte el pecado, y por la otra el abismo de todos los males, juzga que el pecado es un desorden tan grande, que, para volverle á ordenar y para dar á Su Majestad la honra que le quitó aquel malvado acto, es necesario un castigo inmenso por los dolores que encierra, é infinito por su duración. Este es el juicio que hace Dios de un pecado; ¿os atreveréis vos á oponer á su saber y á persuadiros que va errada en esto su divina sabiduría? Y si ella no puede errar, ni en esto ni en otra cosa, ¿cómo no os atemorizáis de haber pecado una sola vez, y cómo puede halagaros tanto este traidor, que tengáis necesi-

dad de nuevos motivos para no volver á admitirle en vuestro corazón? Por ventura ¿no se ha ejecutado ya en tantos y tantos esta sentencia por solo un acto pecaminoso? Y si un acto solo es bastante para encender un incendio sempiterno para aquellos miserables, ¿os atreveréis á allegar nueva leña con nuevas culpas para aquel incendio, que justamente podréis temer vos aun con más razón? Proponed, pues, de resistir con suma generosidad á toda suerte de tentación, aun cuando os conviniese dar mil vidas; pedid perdón de haber disgustado tanto á vuestro Dios, que le hayáis precisado á pronunciar contra vos una tan formidable sentencia cuando pecaste; y por aquella misericordia, que no merecéis, sino que es suya propia, pedid la gracia de derramar primero toda la sangre de vuestras venas que volverle á ofender.

## EXAMEN PARA EL SEGUNDO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

### SOBRE EL GOBIERNO DE LAS PASIONES

I. Examinad cómo os halláis en la mortificación de las pasiones, por quienes entendemos aquí los movimientos desordenados del apetito sensitivo. Primero: ved, pues, cuáles son estas pasiones y qué fuerza tienen para turbar vuestra paz y para impedir vuestro pro-

vecho; segundo: ved si entre ellas hay alguna que más os predomina, y hasta qué término; tercero: si sólo os acomete, ó si os lleva también tras sí; cuarto: si sólo os es importuna por accidente, ó también por hábito; quinto: si, tanto esta pasión predominante como las otras, se detienen sólo en lo interior, ó pasan también á lo exterior; sexto: á qué pecados os llevan, y si sólo con vuestro daño, ó también con escándalo ó mal ejemplo de las otras.

II. Examinad qué suerte de resistencia hacéis á estos movimientos de las pasiones. Primero: si sois siempre vencida, ó si alguna vez los vencéis; segundo: si tenéis ánimo de sujetarlos á la virtud con la ayuda de la gracia; tercero: si teméis el mal que os pueden causar, pudiendo fácilmente una pasión inmoderada, no sólo impediros todo provecho, sino también poner en grande peligro vuestra eterna salvación; cuarto: ved si os habéis acostumbrado á velar sobre de dónde nacen estos movimientos desordenados, como quien está en centinela para observar los pasos del enemigo, y también qué suerte de medios habéis tomado para vencer; quinto: si os habéis con más instancia encomendado al Señor; si os armáis con tiempo con la consideración de las verdades que os ha descubierto la fe, con la lección de los buenos libros, con las visitas más frecuentes del Santísimo Sacramento, y otras semejantes, ó si esta suerte de armas las ejercitáis

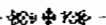
sólo en tiempo de devoción, ó si también en tiempo de sequedad. - -

III. Examinad vuestras pasiones más en particular, y en orden á las que pertenecen á la *irascible*: Primero: observad si os sentís mover por celo de las ofensas hechas al Señor; segundo: si con pretexto de celo desfogáis vuestra cólera, teniendo odio y aborreciendo, no sólo la falta, sino también la persona que la comete; tercero: si de repente os dejáis llevar de la cólera; cuarto: si por causas muy ligeras; quinto: si interiormente os turbáis y en qué grado; sexto: si exteriormente dais señal; séptimo: si os exponéis temerariamente á peligro de caer; octavo: si perdéis el ánimo por cualquier pequeña contrariedad; noveno: si teméis mucho los respetos humanos y las lenguas del que tibiamente habla.

Examinad también en orden á la *concupis-cible*: primero: si amáis desordenadamente alguna criatura; segundo: si estáis movida de alguna aversión contra alguna Hermana; tercero: cuáles son vuestros deseos, si muchos en número y muy violentos; cuarto: en qué objetos empleáis vuestras alegrías y vuestra tristeza, y los otros afectos de vuestro corazón, si en cosas contrarias al bien de vuestra alma; quinto: si en cosas vanas y superfluas, ó en cosas verdaderamente necesarias, pero no por otro sino porque son conformes á vuestra inclinación.



Estos y otros semejantes movimientos del apetito deben mortificar las personas espirituales, ó abstenerse de aquellas acciones que son deleitables, y esto se llama negarse á sí mismo, ó, finalmente, cuando convenga obrar según estos movimientos, moverse en tal caso por algún fin de virtud, y no por contentar en esto al amor propio. El hacerlo de otra suerte es confirmarse con la prudencia de la carne, toda opuesta á la sabiduría de la cruz de Jesucristo. Observad aquí el número de vuestros defectos y los motivos que tenéis para detestarlos, como arriba se dijo, y concluid este ejercicio en el modo que se dijo en los otros exámenes.



## MEDITACIÓN III

PARA EL SEGUNDO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

### SOBRE LA MUERTE

1. Considerad que el Profeta, para describirnos la muerte, la llamó tres veces fin: *Finis venit, venit finis, nunc finis super te.* (Ezech., vii, 2.) Y esto, porque la muerte es fin de tres cosas: fin de todo lo sensible, de todo el engaño y de todo el tiempo. Es, pues, la muerte *fin de todo lo sensible.* ¿No habéis

jamás conocido á alguna otra religiosa compa-  
ñera vuestra, antes viva y ahora muerta? Aho-  
ra, mirad cómo para ella se acabaron las co-  
modidades, las amistades con los seculares,  
las conversaciones á las rejas, las ganancias  
de sus tratos, la vanidad del vestir, la estima  
del bien hablar y todo lo demás que ella, por  
suerte, había buscado para contentar sus sen-  
tidos con perjuicio de la observancia. Así, en  
breve se acabará también para vos todo, y  
vuestro cuerpo en breve se parará tan hedion-  
do, que, aunque se pueda sufrir por mucho  
tiempo habitar vecino á un estiércol, ninguno  
podrá sufrir el habitar mucho tiempo con vues-  
tro cadáver sobre la tierra. ¿Por qué, pues,  
tanta solicitud para las cosas temporales? ¿Por  
qué tanto cuidado para este saco de podre, cual  
es vuestra carne? Si todo el mundo, en breves  
años, se hubiese de reducir á ceniza, le mi-  
raraís vos como si ya lo fuese; ahora, como  
vos seáis muerta, el mundo para vos se ha  
vuelto ceniza, porque ya no lo veréis más sino  
reducido á ceniza en el último día; con todo,  
os aficionáis á estos bienes transitorios, como  
si nunca los hubieseis de dejar muriendo; aten-  
deís á cargar con tantos peligros, con tantas  
fatigas, una nave que comienza ya á abrirse  
é irse á fondo; atendéis á fabricar una casa  
sobre esta movediza arena que ya mueve y  
está para caer y oprimiros con su ruina; ca-  
da día volvéis más difícil esta separación que

amenaza de todo lo sensible con asirse siempre más vuestro corazón; y ¿hasta cuándo queréis ir perdida tras una sombra de bien que huye? *Usque quo gravi corde?* (Isai., iv, 20.) Pasmaos de vuestra inconsideración; resolveos, pues habéis en breves días de dejar por fuerza cuanto hay en el mundo, á dejarlo ahora con más mérito, deshaciéndoos de la afición y poniéndola en lo que jamás os podrá quitar este gran ladrón de la muerte, sino que os acompañará en la otra vida y estará siempre con vos; agradeced al Señor que os da tiempo para corregir los yerros, y pedidle con humildad que, si hasta ahora habéis vivido como si jamás hubierais de morir, viváis de aquí en adelante como si ya fuerais muerta.

II. Considerad cómo la muerte es *fin del engaño*. El engaño más común de esta miserable vida es que nos parecen grandes las cosas de la Tierra, como más vecinas á nuestros sentidos; y las del Cielo, como más apartadas, nos parecen pequeñas; las tribulaciones también y las penitencias nos parecen graves, cuando los pecados nos parecen ligeros: *Dicitis bonum malum, et malum bonum* (Ps. iv, 20). Estamos como en una estancia llena de humo, que no nos deja ver bien, ni lo que está dentro de ella, ni lo de fuera; mas á la hora de la muerte se quitan estas tinieblas, y el alma, que, á modo de un topo, ha tenido siempre cerrados los ojos, comienza á abrirlos;

todo lo temporal parece nada, como en la realidad lo es, y lo eterno parece únicamente grande: *Quod æternum non est; nihil est.* Y porque los pecados nos ponen en duda nuestra suerte, vienen á agravarnos con desmedida, como una nave sacada á tierra, que allá en las aguas no daba muestras de su peso. ¿Qué será, pues, de una religiosa que espera á desengañarse en aquella hora? ¿Qué cuenta hará entonces de los respetos humanos, por quienes no ha cuidado enriquecerse con las obras buenas, teniendo más cuenta con el decir de las criaturas que con la voluntad divina? ¿Cuánto le pesarán los escándalos, por quienes ha perjudicado la observancia y despreciado las otras menores que ella con el mal ejemplo? Aprended á aconsejaros con la muerte con tiempo y estar á su juicio, que siempre es recto: *O mors bonum est judicium tuum* (Eccl., xli, 3); haciendo luego lo que entonces querriais haber hecho, y huyendo con tiempo lo que desearíais entonces haber huído; pero lo desearéis en vano, si antes que venga no os prevenís con lo necesario. aparejando, como sabia virgen, el aceite y la lámpara antes que venga el esposo. Confundíos, que estando tanto tiempo en la religión para aprender á morir, habéis aprovechado tan poco en esta escuela. olvidándoos casi del fin para que vinisteis, y rogad al Señor os conceda su gracia para enmendaros.

III. Considerad que la muerte es también *fin del tiempo*. Gran beneficio nos ha hecho el Señor; pues habiendo dado á los ángeles un tiempo de pocos instantes para merecer su corona, nos da á nosotros un tiempo tan largo de años y años; pero ¿qué nos aprovecha este beneficio si, en vez de emplear bien el tiempo tan precioso, ó se desprecia, ó se emplea en daño del alma? Ea, pues; este favor tan señalado, en breve acabará: *Tempus non erit amplius* (Apoc., x, 6). Y, en efecto, ahora que meditáis estas cosas, ved por cuántas personas acaba el tiempo, las cuales, si pudiesen volver á vivir y ajustar mejor las cosas de su conciencia, ¿qué no darían? Preguntaos un poco á vos misma: si en este instante hubieseis de morir, ¿qué no daríais por un poco más de tiempo para hacer penitencia y colocar en mejor estado vuestra salvación? ¿Cómo, pues, voluntariamente perdéis tantas oportunidades de obras buenas, y no dudáis de exponeros siempre á mayor peligro con nuevas culpas? ¿Por ventura, si una vez murieseis mal, tendríais tiempo de volver á enmendar el error? *Statutum est hominibus semel mori* (Hebr., ix, 27). Ya lo sabéis, y con todo remitís para en adelante el preveniros para un negocio de infinita consecuencia, cuya importancia no se podría bastantemente explicar con las lenguas de todos los ángeles. En un momento dejaréis de vivir á todo lo temporal; en un momento

veréis á vuestro juez; en un momento se manifestarán todas vuestras ingratitudes; en un momento oiréis vuestra sentencia irrevocable, ó de estar para siempre con los réprobos, ó con los escogidos. ¿Podéis tener jamás momento de más importancia en todo vuestro tiempo? ¿Y vos vivís olvidada de él, como si no hubiese en breve de venir? Si hubieseis de ir á Indias, ¿con qué cuidado prevendríais lo necesario para tan gran viaje? Y ahora que habéis de pasar en un salto el inmenso espacio que hay entre el tiempo y la eternidad, ¿tenéis ánimo de hacer de repente este salto tan grande, sin retiraros un poco atrás para preveniros con tiempo? ¿No os parece una monstruosa insensibilidad la vuestra, si, habiendo de tratar de un tan grande interés, os estáis con todo dormida? ¡Ya, despertad vuestros pensamientos, y proponed de juzgar por sueño todos los otros negocios, en comparación de este importantísimo negocio, que habéis de concluir muriendo bien. Ninguna diligencia puede ser excesiva, con que podéis colocar en mejor puesto las esperanzas de una eterna felicidad: *Magis satagite ut per bona opera, certam vestram electionem faciatis* (II Pet., 1, 10). Avergonzaos, pues, del descuido pasado; detestadle de corazón, y pedid al Señor, que es Rey de los siglos, que os dé gracia para que os valgáis bien del tiempo que os concede, y para que generosamente obréis para vuestra salvación

antes que venga la noche: *Venit nox quando nemo potest operari* (Joan., IX, 4).

---

## MEDITACIÓN IV

### PARA EL SEGUNDO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

SOBRE LA DIFERENCIA QUE HAY EN EL MORIR  
DE UNA RELIGIOSA RELAJADA Á OTRA FERVOROSA

I. Considerad que aunque la muerte iguala á todos, pobres y ricos, nobles y plebeyos, doctos é ignorantes, con todo, no los iguala en todas las cosas, sino que en muchos pone grande diferencia; y así, observad esta diferencia en la muerte de una religiosa relajada y otra fervorosa, y primeramente *en las cosas que preceden á la muerte*. Una monja, pues, que, olvidada de las promesas que hizo á Dios en los santos votos, ha vivido á su gusto, finalmente reducida al último, desahuciada de los médicos, avisada por el confesor, para que se disponga á morir, vuelve los ojos atrás, y ve desaparecido de un golpe todo su contento; desaparecida la libertad que se tomó contra la obediencia; desaparecida la salud de que abusó por sus gustos; desaparecidos los aplausos que le daban las compañeras de sus desórdenes; desaparecidas las delicadezas con que ha tra-

tado á su cuerpo; desaparecidos los engaños en que ha empleado todo su tiempo y aun todo su corazón: *Aperiet oculos suos, et nihil inveniet* (Job., xxvii, 19). De todo lo pasado, tan alegre, no ha quedado sino un amargo despecho de haberlo gozado, confesando la miserable en su corazón haber errado, pero confesando más tarde de lo que conviene. Por el contrario, una religiosa fervorosa no pierde nada en la muerte, sino lo que ha despreciado antes y ofrecido á Dios, su cuerpo, su pobreza, su sujeción, su penitencia, que todo se ha mudado ya en un tesoro de méritos para enriquecerla para siempre: *Opera enim illorum sequuntur illos* (Apoc., xiv, 3). ¿Qué os parece, pues, de estas dos suertes de muerte tan diferentes? ¿Cuál es la que elegís para vos, pues está en vuestra mano con la gracia que os da el Señor? Si queréis morir como fervorosa, es necesario vivir fervorosamente, porque, de otra suerte, al último no hay tiempo de aparejarse, sino de estar aparejada; y no hay tiempo de buscar á Dios, sino de hallarle. Pasmaos de haber pensado tan poco hasta ahora en esta verdad, y de haberos tan poco prevenido para lo que únicamente importa, que es morir bien; y pedid al Señor que, pues se llama *Adjutor in opportunitatibus* (Ps., ix, 10), os asista ahora en esta gran necesidad, para que os halléis prevenida para entonces, y podáis salir con felicidad.



II. Considerad esta misma diferencia *en las cosas que acompañan á la muerte*. Una religiosa, de hábito solamente, no de virtud, reducida al último de la vida, se halla horriblemente atormentada, tanto en el cuerpo como en el alma. En el cuerpo, por haberse acostumbrado á contentar sus sentidos en todas las cosas, se agrava por las medicinas, por las vigiliass y por los dolores del mal, mudándose con la impaciencia en aflicciones aun los descansos; pues le parece que los médicos se han descuidado de ella, que las enfermeras son negligentes, que las superiores no asisten, que las compañeras no se compadecen bastante-mente. En el alma se acuerda de sus pecados, y le parece que le cercan cada instante; y el demonio, que nunca duerme, aumenta la confusión con sus sugestiones, y aun la pone en riesgo de nuevas caídas. La miserable, pues, adquiera que vuelva los ojos, todo le causa temor; ó dentro de sí, por su conciencia turbada; ó sobre sí, porque mira ya cercano al Juez; ó bajo sí, por la pena que le amenaza; sobre todo, al aviso de la muerte se pasma, como una esposa culpada y desobediente al oír las nuevas de su cercano esposo. Por el contrario, una religiosa mortificada está como una esposa fiel, esperando con ansia que llegue su esposo; y aunque, cuanto á la parte inferior, teme la separación del alma al cuerpo, con todo, se consuela con la fe, esperando salir de

un país lleno de lazos, peligros y tentaciones, para ir á un lugar donde eternamente ame y goce de su Dios. al modo que una golondrina sacude las alas y se dispone para pasar de un país frío á un clima templado. No la aflige demasiado la enfermedad, porque, instruída en el ejercicio de la paciencia, sabe ofrecer sus penas al Señor, y recibir de sus manos lo amargo por dulce; no le aflige la memoria de sus pecados, porque los ha llorado muchas veces y procurado con tiempo cubrirles con las obras virtuosas; mucho menos la aflige dejar este mundo y lo que podía tener en él, pues las espinas, que tanto punzan al que las aprieta en la mano, no dañan al que las tiene sin apretar la mano. ¿Qué decís ahora, considerando una tan buena cosecha? Toda es para vos también si quisierais sembrar en tiempo actos de penitencia, de mansedumbre, de humildad, de obediencia y de todas las otras virtudes que son propias de vuestro estado: *Quæ semina-verit homo hær et metet* (Gal., vi, 8). No perdáis, pues, más tiempo; y la incertidumbre de la muerte que hace descuidar á las almas tibias, á vos os vuelva más solícita. ¡Qué confusión sería para vos querer el fin y no los medios proporcionados para él! Detestad este descuido pasado, y después de haber deseado una muerte como santa, poned los medios para conseguirla viviendo santamente, y arrancando luego de vuestro corazón lo que entonces

no quisierais que se hallara, y rogad al Señor que os dé ahora tiempo para que os conceda gracia que os sepáis aprovechar.

III. Considerad esta misma diferencia *en las cosas que siguen á la muerte*. Verdad es que el cuerpo, tanto de una religiosa relajada en sus costumbres cuanto el de otra fervorosa, queda igualmente privado de sus sentidos, descolorido, desfigurado, frío, feo, esperando el vestido más vil de casa y la estancia más obscura de un sepulcro, donde, olvidado, temido y dejado en poder de los gusanos, se queda para no volver á vivir hasta el último día del mundo; pero ¡cuán grande es la diferencia para el alma! El alma de una buena religiosa es presentada delante de Dios y recibida con aplausos de los ángeles como triunfante, por haber vencido al mundo, á la carne y al demonio; pero ¿cómo será recibida el alma de una religiosa relajada? No imaginamos que haya llegado á morir en desgracia del Señor, porque entonces su muerte no merecería otro título que de pésima: *Mors peccatorum pessima* (Ps. vi, 8), y sería principio de una infinita miseria; con todo, no se puede negar que ella lleva, sin esto, consigo grandes deudas, para cuya satisfacción hasta el último maravedí será echada en una prisión de fuego, y fuego en la misma suerte que el que atormenta á las almas réprobas, aunque debe en diferente modo ser atormentada. Allí sus

penas serán sin comparación mayores que cuanto haya experimentado en esta vida, porque serán penas sobrenaturales, y el fuego obrará como instrumento de la divina Justicia. Y aun eso será lo menos en comparación de la gran violencia que experimentará la miserable siendo privada por aquel tiempo de la vista de su Soberano Bien, que es Dios, y por la incertidumbre del tiempo que quedará privada en pena de las tibiezas pasadas, sin que, en este tiempo, todos los dolores que experimenta puedan jamás hacer que consiga un grado sólo de mérito ó de gloria. Ahora, esta diferencia de tratamientos, ¿no bastará á poner vuestra conciencia en un estado de gran fervor? Vos, pues, ¿temeréis la escarcha y no temeréis una tan horrible nieve que sobre vos ha de caer? *Qui timet pruinem, irruet super eum nix* (Job, vi, 16). ¿Temeréis una centella de fuego cual es la penitencia de esta vida, y no temeréis un tan largo incendio y un estado tan violento cual es aquel en que Dios Omnipotente colocará á vuestra alma para quitarla toda la escoria de sus descuidos pasados? Pasmaos de este trueque tan desigual que hacéis á ojos cerrados; aprended á temer con el santo Job todas vuestras obras, y resolveos á pagar con tiempo vuestra deuda, venciendo las dificultades que lleva consigo la observancia religiosa, antes que llegue la hora de pagarlas por fuerza con tanta pena.

## MEDITACIÓN PRIMERA

### PARA EL TERCER DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

#### SOBRE EL JUICIO PARTICULAR

1. Considerad el *examen* que se hará de una religiosa luego que haya muerto. En el mismo lugar donde el alma se separará de su cuerpo, en el lugar en donde, por ventura, otras veces con más libertad ha quebrantado las órdenes de su Señor, verá levantado el horrible tribunal, y Dios le hará conocer su presencia y su venida para juzgarla. En este juicio se le manifestará luego todo el mal que ha hecho, desde el primer uso de razón hasta el último punto; ni quedará cosa oculta: no la palabra infructuosa, no la vista inconsiderada, no el pensamiento más libre. Manifestarase todo el bien que se ha dejado de hacer por negligencia, el tiempo mal empleado y las inspiraciones rechazadas. También se manifestará el bien que se ha hecho malamente: los sacramentos que se han frecuentado por costumbre; las oraciones sin respeto á la divina Presencia; la palabra de Dios, ó leída ú oída sin atención y sin fruto; los pecados ocultos, los pecados ajenos hechos nuestros, ó por haber cooperado con el mal ejemplo, ó con la lengua, ó por no

haberlos impedido como convenía á la obligación de nuestro oficio. Todo esto verá el alma en un punto, sola y temblando, sin que alguno hable por ella y la excuse; y, lo que es más, verá todo esto con una grande luz, que le participará la sabiduría de Jesucristo, y así juzgará al pecado, no como ahora le juzga, por una cosa ligera, sino como le juzga Dios, por una cosa horrible; de suerte que, el verse entonces á sí misma será para el alma un objeto más espantoso que si viese la fealdad de todos los demonios juntos. ¡Qué dirá, pues, la miserable al reconocer tan escaso el peso de las buenas obras, y tan superior el peso y número de las culpas de que ella, ciega, hacia tan poco caso, y tan fácilmente las cometía! ¡Oh cómo querría volver entonces á tejer desde el principio la tela de su vida! ¡Oh cómo abrirá entonces los ojos, que para lo pasado tuvo cerrados! ¡Oh cómo será diferente el concepto que en aquel tiempo formará de la penitencia, del retiro, de la mortificación! Luego, si sois sabia, proveed con tiempo éstos vuestros casos, y prevenid este examen tan riguroso y tan universal que os aguarda; imaginaosle muy vecino, pues puede ser que esotro año á estas horas estéis ya juzgada. Pasmaos de vuestro descuido pasado en temer tan poco lo que tanto han temido los mayores Santos de la Iglesia, y volviéndoos á vuestro Juez, que aun todavía es vuestro Abogado, rogadle

que os perdone todas vuestras culpas, y que os dé esfuerzo para pagarlas con una voluntaria penitencia, antes que llegue la hora de darle cuenta de todas.

II. Considerad la *sentencia* de este juicio, la cual será definitiva, inmutable, justísima, y pronunciada por la boca misma del Salvador, con voz interior en el corazón del alma. Si se hallase, pues, una religiosa en aquel punto como una esposa infiel, la diría Cristo con tono de espanto: Apártate de Mí, maldita, pues no has merecido estar en mi presencia ni ser admitida para participar de mi gloria; vete al fuego eterno, adonde te lleva el peso de tus pecados, en compañía de los demonios, á quienes quisiste obedecer más que á Mí; ésta es la parte que te has escogido, ésta habita para siempre, y sirva mi sangre para tu condenación, pues no quisiste que te sirviera para tu remedio. ¡Oh sonido espantoso! Y ¡qué dirá entonces un alma pecadora cuando le oiga! ¡Cómo quedará confusa, cómo quedará desesperada, no viendo lugar de apelación de la sentencia, y viendo que se la ha merecido con sus culpas! ¿Quién puede, pues, concebir con qué rabia maldecirá entonces sus placeres? ¡Cómo le parecerán horribles sus faltas que tan poco le pesan ahora! ¡Cómo se llamará mil veces loca, por no haber dado oídos á su Angel de Guarda y á las inspiraciones interiores de su Señor! Por el contrario, una religio-

sa que habrá mantenido su profesión, oyendo una sentencia de bendición, por la cual es convidada por su mismo Esposo para el Cielo, ¡cómo bendecirá la penitencia, la humillación, la obediencia y la caridad! ¿Es posible, dirá, que éstas mis pocas fatigas se recompensen con tanto bien? ¿Tan poca pena, pues, se trueque en tanta gloria? ¿Tan poco llanto se convierta en una alegría sempiterna? Una de estas dos suertes os ha de tocar; y ¿vos no estáis un punto solícita? ¡Oh increíble ceguedad! ¡Saber por la fe estas cosas, y vivir neciamente como si no se supieran! ¡Saber que el arrepentimiento en aquella hora servirá para aumentar la pena y no para quitarla, y, con todo, tardar hasta aquella hora á arrepentirse! Agradeced al Señor que os da tiempo; proponed de emplearle en lo que única é infinitamente importa, y en mereceros una buena sentencia en aquel día; confundíos del peligro en que habéis estado por lo pasado de ser desechada de vuestro Esposo Celestial, y pedidle que la sangre preciosa con que dotó á vuestra alma la guarde ahora para pagar sus deudas, y no para incurrir en otras nuevas con nuevas culpas.

III. Considerad *la ejecución de esta sentencia*. A una esposa infiel se le quitan todos los adornos que le había dado su esposo; así, á un alma pecadora se le quitará todo lo bueno que le quedaba; la fe, la esperanza, las virtu-



des morales; y, lo que será más, el carácter del bautismo servirá para su mayor confusión y mayor tormento, pues será perpetuamente insultada de los infieles y de los demonios allá en el abismo. De esta suerte despojada, degradada y abandonada de los ángeles, será entregada en manos de los enemigos infernales, los cuales en aquel mismo punto la arrojarán al profundo, en donde vivirá para siempre, sin morir en aquella tempestad de todos los males, en una estancia de fuego que se ha escogido la infeliz, renunciando por ella el Cielo. ¡Qué dolor será, pues, estar en aquella sempiterna habitación, cuando sólo un momento sería un grande dolor! ¡Qué penitencia no hubiera querido entonces haber hecho una de estas desventuradas almas para remediar su yerro! ¡Qué humillaciones no aceptaría! ¡De qué gustos no se privaría! Aceptaría por gran favor estar cien años al umbral de la puerta, pisada con los pies de todas las Hermanas; aceptaría todas las austeridades que practicaron todos los Santos contra su cuerpo, y le parecería alivio todo el cúmulo de los tormentos que han padecido de los tiranos los mártires. Ahora, pues, cuánto menos basta para aseguraros de tan gran mal, como es una poca más observancia en vuestras reglas; un mantener más exacto vuestros votos; una manifestación más sincera de vuestra conciencia al Padre espiritual; una resistencia más generosa contra las tentacio-

nes, y un tratamiento no tan delicado de vuestro cuerpo: ¿y rehusaréis vos hacer tan poco, estando cierta que vendrá presto tiempo en que deseareis en vano el haber hecho sin comparación más por vuestra salvación? Lloras es ya en que debéis resolveros á mejorar vuestra vida, sin atender á lo que en contrario dicta vuestra sensualidad; de otra suerte, ¿cómo compondréis vuestro vivir con vuestro creer? ¿La frialdad de vuestro obrar con la gravedad del peligro en que á ojos abiertos ponéis á vuestra alma? ¿Qué confusión sería para vos el ver á las otras Hermanas vuestras, compañeras de vuestra profesión y monasterio, que, habiendo vivido con vos, pero no como vos, por haber sido fieles á su Celestial Esposo, son llamadas de El á la corona, levantadas por manos de ángeles al Cielo, y llevadas con triunfo al Paraíso, quedando vos infelicitísima en las manos de los demonios, para no tener jamás bien eternamente? Si sólo el representaros estas cosas os causa tanto horror, ¿qué sería el experimentarlas? Agradeced al Señor que os da tiempo para enmendaros; detestad el olvido pasado de estas tan importantes verdades, y, poniéndoos en las llagas de vuestro Redentor, pedidle que no deje perecer á la que ha recobrado con el precio de tanta sangre: *Tantus labor non sit casus.*

## LECCIÓN PARA EL TERCER DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

### SOBRE LA VIRTUD DE LA PENITENCIA

Grande agravio hicieron á la tierra de Palestina aquellos exploradores que la propusieron al pueblo hebreo tan bárbara, que se tragaba á los habitantes en lugar de alimentarles: *Terra, quam lustravimus, devorat habitantes suos* (Núm. xiii, 33); siendo tan abundante, que se podía decir que la anegaban la leche y la miel. Semejante agravio hacen los del mundo á la penitencia, diciendo que el darse á esta virtud es como ponerse en los brazos de la muerte; siendo las lágrimas de los penitentes más dulces que las alegrías de los teatros; y no sólo los hombres robustos, pero aun las tiernas doncellas reciben de la penitencia esfuerzo para maltratarse con gran rigor, y para hacer que en medio de este rigor experimenten un deleite cual jamás ha experimentado el mundo. Para que, pues, no entréis vos también en el número de estos muy tímidos y engañados, será bien que estéis bien informada de la naturaleza de esta virtud y de cómo se pueda con facilidad conseguir y ejercitar.

La penitencia, pues, es una virtud moral, que tiene por oficio destruir el pecado y satis-

facer á la divina Justicia por las ofensas que se han hecho contra el Señor. Esta virtud, dice Santo Tomás, es una especie de la justicia vindicativa; porque viendo el alma que es tan grande la santidad del Señor, que no puede disimular algún pecado ni dejar de infinitamente aborrecerle y perseguirle como á enemigo de su gloria divina, concibe también semejantes sentimientos, y se coliga con Dios, aborreciendo en extremo todas sus culpas y vengando en sí los agravios que ha hecho á su Criador. Por tanto, esta virtud de la penitencia es una participación grande de la divina perfección y santidad; y entre las virtudes, como dice Santo Tomás, es la mejor, si no absolutamente, á lo menos en aquella parte de santidad que consiste en declinar del mal. Divídese también la penitencia en dos partes, como dice el mismo Santo: una es interior, cual es la contrición; otra exterior, que se llama satisfacción, y se diferencia de la paciencia, porque sufre cosas duras, pero voluntariamente admitidas: la paciencia, empero, aunque sufre cosas duras, son las que otros nos causan contra nuestra voluntad. Esta virtud de la penitencia, entre todas las virtudes morales, camina de suerte entre dos extremos, que no es fácil dar en el medio sin que decline á una parte. Algunos ponen toda su diligencia y toda su perfección en la penitencia exterior, cuidándose poco de animarla con otras virtudes, co-

mo si para formar un grande edificio bastase levantar una sola pared y emplear en ella todo el gasto. Pero éstos, al fin, son pocos en comparación de lo restante de las personas á quienes causa horror sólo el nombre de penitencia; por lo cual parece que, así como allá en los romanos, para que se dejasen regir, fué necesario mudar á los regidores el vocablo de réyes en el de cónsules, así también, para que estos delicados se sujeten algo al ejercicio santo de afligir sus cuerpos, será necesario hallar nuevas voces y menos aborrecidas para inculcar esta virtud; de otra suerte, luego se excusan con las pocas fuerzas, con la poca salud, y el que tiene fuerza y salud para buscar el deleite entre mil incomodidades de unas libres Carnes-tolendas, le falta á punto todo para pasar con menor incomodidad la Cuaresma, renovando en mal sentido las maravillas del antiguo maná, que sufría los ardores del fuego y se deshacía al primer rayo del sol. Por tanto, para no dar en uno de estos dos extremos, y de una parte cargarse tanto de armas que no se pueda combatir, y por la otra estar del todo desprovisto y desnudo en batalla contra los sentidos, será el mejor partido escogerse un Padre espiritual y regirse por él; una cuerda en el instrumento, si está poco tirada, suena roncamente; si está mucho, chilla, y así es necesario entregar el instrumento al maestro para que no exceda. Al Padre espiritual, pues, per-

tenecerá el juzgar qué suerte de aflicción más os convenga, y qué cantidad pueden llevar las fuerzas del espíritu y de la carne. Y porque algunas penitencias, como los ayunos y vigili-  
 lias, nos afligen por dentro, y otras, como la aspereza de un cilicio y de una disciplina, nos  
 afligen sólo por de fuera, toca al director, no sólo el tasar la medicina de estas asperezas, sino también elegir las más oportunas. Por  
 otra parte, el quererse regular por su capricho en esta parte, como también en otras mate-  
 rias de espíritu, es hacerse discípulo de un maestro del todo ignorante, como dice San  
 Bernardo: *Qui se sibi magistrum constitui, stulto se discipulum subdit* (Epíst. 87). En  
 tanto, puede haber razón para no hacer alguna suerte particular de penitencia y no para  
 dejarlas todas en todo tiempo, y para desear y pedir una suerte mayor que la que se nos ha  
 concedido; pues el espíritu que nos mueve á practicar las austeridades siempre ha sido una  
 contraseña de las almas escogidas y estimadas de Jesucristo, como nos lo avisa el Apóstol:  
*Qui autem sunt Christi carnem suam cruci-  
 ficerunt cum vitiis, et concupiscentiis* (Gal.,  
 v, 24). Por lo cual corría un tal proverbio en-  
 tre los Padres antiguos del yermo: dame san-  
 gre y te daré espíritu; queriendo significar con  
 esto que, al paso que caminase la penitencia,  
 habría caminado la conquista de la virtud.

MEDIOS PARA CONSEGUIR EL ESPÍRITU  
DE LA PENITENCIA

La hija de Caleb se quejó á su padre de haber tenido en dote una tierra muy seca; y el padre, por darla gusto, la concedió otra al doble regadía y fecunda: *Dedit ei Caleb irriguum superius, et irriguum inferius* (1 Judic., xiv). Por esto, si un alma hallare su corazón y su cuerpo mal dispuesto para el ejercicio de la penitencia, habrá de pedir con repetidas instancias á Dios este espíritu tan contrario á nuestra sensualidad; y el Señor, como amoroso Padre, le concederá las aguas superiores de la penitencia inferior, *Irriguum superius*, y las aguas inferiores de la penitencia exterior, *Irriguum inferius*, con que el alma, al doble fertilizada, dará abundante fruto en todo género. A la verdad, ésta es la primera lección que el Espíritu Santo enseña á un alma. Cuenta Surio que en el palacio de Maximiliano hubo una doncella, por nombre Donna, la cual, felizmente imbuída en el libro de las *Epistolas* de San Pablo y de los *Actos de los Apóstoles*, sacó de ellos tanta luz de verdad, que se resolvió á hacerse cristiana. Y, aunque estaba en mucho retiro, supo, á escondidas, hacer que la bautizasen; pero, apenas la tocó el agua del santo bautismo, cuando se mudó en otra. Vendió luego sus joyas y sus preciosos vestidos, para dar su precio á los pobres;

dióse á un riguroso ayuno, á dormir sobre la dura tierra, á huir las conversaciones, á renunciar todo otro deleite que el que sacaba de pasar horas enteras en oración delante de una cruz que con sus propias manos se había formado. Este tenor de vida, tan contrario al sentido, hizo que luego la conociesen por cristiana, disponiéndola también á un ilustre martirio. Invocad, pues, con frecuencia en vuestro corazón al Espíritu Santo; y, si se dignare venir á habitar en vos, no dudéis que no sea para comunicaros luego un grande amor á la penitencia. El otro medio es el esforzarse á penetrar los motivos que nos persuaden esta virtud. Dice Santo Tomás que la fe es principio de la penitencia: avivad, pues, la fe en el entendimiento y en vuestro corazón, y producirá luego la fe en vos frutos dignos de penitencia, como los pide el Señor. La fe, pues, viva de las cosas que han de suceder os descubrirá luego en la penitencia de todos los bienes lo *honesto, útil y deleitable*.

Acerca de la penitencia interior, ¿qué cosa más honesta y más justa que coligarse con la divina Justicia? Y pues ella quiere que en toda suerte sea el pecado castigado, ó de Dios, que ha sido el ofendido, ó del pecador, que es el ofensor, elegid castigarle de mano propia con una voluntaria satisfacción, esto es, con un modo tanto más fácil para nosotros cuanto una pena temporal es menor que una eterna,



y con un modo tanto más glorioso para Dios, cuanto es más honrado de una voluntad virtuosa que de una forzada necesidad; y esta misma consideración muestra también cuán justa y honesta sea la satisfacción exterior. ¿Qué cosa más conforme á un ánimo honrado y de bien, que pagar sus deudas? Los antiguos persianos tenían por grande infamia morir endeudados; y con más razón habría de avergonzarse un alma de partir de este mundo sin haber antes satisfecho sus partidas y sus deudas ante el tribunal divino, negando á Dios aquella suerte de penitencia que, como en la mirra, es más estimable; si no se espera al yerro, más se da espontáneamente al Señor; de otra suerte, el no querer pagar sino por fuerza es endeudarse más con Dios, como dice San Cipriano: *Ecce majora delicta, peccasse, nec satisfacere; delinxisse, nec delicta deflere.* (San Cip., *De laps.*) Fué siempre grande impedimento á una perfecta amistad tener con el amigo otra deuda que para amarle con más firmeza: *Nemini quidquam debeatis, nisi ut invicem diligatis.* (Rom., xiii, 8.) Por esto las almas santas procuran satisfacer mucho más todas sus culpas; y más que esto mismo las hace que crezcan en caridad por la mayor semejanza que consiguen con el Redentor, todo cubierto de cardenales y llagas: *Nolo vivere sine vulnere, cum te video vulnkratum* (San Bernardo).

Más difícil será el mostraros la penitencia por lo deleitable y alegre, y corregir en esta parte la traición que nos hacen nuestros sentidos; y así, los verdaderos penitentes, cada hora confiesan que antes no experimentaron tanto deleite en contentar sus pasiones, cuanto experimentan después en mortificarlas y en llorar sus excesos. Dos suertes de lágrimas reconocen los médicos: una de lágrimas frías, que provienen de enfermedad; otra de calientes, que nacen del efecto interior del alma enternecida, ó por amor propio ó por ajeno. De esta última especie, pero siempre más preciosas, son las lágrimas de la penitencia, con que le sirven al corazón de comida y de bebida. *Cibabit nos pane lachrymarum, et potum dabis nobis in lachrymis* (Ps. LXXIX, 6), decía en prueba de esto el Santo Rey David. No quiero por esto decir que en la práctica de las austeridades sucede lo que soñaban los pitagóricos de la música, que sanaba todas las enfermedades con sólo su sonido y su armonía. Sé que si al alma le fué dulce el pecar, es fuerza le sea acerbo el satisfacer el pecado; con todo, como en una solitaria tortolilla, lo que es gemido lo es también canto, así en un corazón contrito y penitente, lo que le es dolor y aspereza lo estima de modo que no le trocaría con todos los gustos mundanos el que lo experimenta. La esperanza más fundada de haber conseguido de Dios el perdón y los amorosos

indicios de haber reintegrado con El la amistad, ¿cómo puede ser que no den contento á un alma si no ha perdido la fe?

Pero, aunque la penitencia sea dura cuanto queráis, austera en el rostro y áspera en el tratamiento que nos hace, si junto con eso nos es tan provechosa y necesaria, que hasta los Santos, por decirlo así, que no necesitaban de ella, la han querido juntar con la inocencia, y aunque su vida ha sido al modo de aquellas antiguas pirámides que no hacian sombra fuera de sí, con todo han practicado el consejo de San Agustín, que ninguno debe partir de este mundo, aunque haya vivido inocente, sin haber ejercitado también esta hermosa virtud, tan propia de nuestro destierro; juzgad después si necesitará de ella absolutamente el que ha pecado, y esto más de una vez. Pero los hombres comunmente son tardos en persuadirse esta necesidad, porque se imaginan en Dios, ó la misericordia apartada de la justicia, ó á lo menos la misericordia contraria á la misma justicia, y como si la entretuviera, al modo que una madre detiene tal vez al padre para que no castigue al hijo mal criado. Pero, á la verdad, no es así, porque estos atributos son igualmente infinitos en el Señor; y aunque son contrarios entre sí sus afectos, estas divinas perfecciones son una cosa sola, de donde se sigue que Dios quiere ejercitarlas ambas á dos en compañía, para obrar digna-

mente y como á Dios conviene; y así, si perdona la culpa con misericordia, no quiere perdonar la pena por justicia, ó á lo menos no la quiere perdonar enteramente. *Verebar omnia opera mea, sciens quod non parceres delinquenti* (Job, ix, 28), decía el Santo Job; quiere decir, que Dios no perdona al delincuente de suerte que no pida alguna satisfacción de sus culpas. Esto supuesto, es necesario pensar en no ofender al Señor; pero, si le ofendiéremos, será gran crueldad contra sí mismo no pensar en hacer penitencia; pues lo que podría pagarse con una ligera satisfacción, será fuerza algún día pagar con un indecible peso de tormentos. Sucede tal vez que un enfermo tenga una llaga llena de gusanos y que el cirujano, para ahorrarle el dolor al enfermo, le permita que la exprima y limpie con sus manos; pero si después conoce que el enfermo no la exprime y limpia bastantemente, pone sus manos, y deja que grite y gima sin piedad, porque al fin la llaga se ha de curar. Así lo hace la divina Justicia con las almas delicadas, y así, si sucediere que alguno sobradamente teme un poco de escarcha, cual serían las austeridades voluntarias, es después abrumado de una horrible nieve, cual es el rigor del tribunal del Cielo. *Qui timet pruina, irruet super eum nix* (Job, vi, 16).

Ni sólo es provechosa y necesaria la penitencia para restaurar lo pasado, sino también

para asegurar lo presente, y aun para prevenir los males venideros. Algunas veces ha declarado el demonio que ninguna cosa le espantaba más que un brazo armado con una disciplina. ¿De qué aprovecha, pues, dolerse de ser tentada, si se descuida de lo poco que es necesario para vencer? ¿Dolerse que sea después contumaz el siervo del cuerpo que, como si fuera señor, delicadamente se cria? Con tratarle con aspereza, el alma se vuelve más fuerte en lo porvenir, disminuyendo la violencia de los hábitos que se han contraído y merecido del Señor mayor socorro para sujetar las rebeldes pasiones. Así respondió el abad Moisés á los que le exhortaban á que dejase sus asperezas: haced que mis pasiones no me hagan guerra, y luego concederé paz á mi cuerpo: *Quiescant passiones, quiescam, et ego.*

De esta doctrina, y del ejemplo de todos los Santos que siempre se han señalado en ejercitarla, podréis fácilmente comprender cuán mal de propósito desprecian también la penitencia ciertas personas muy delicadas, que á su capricho se fingen la devoción, diciendo que la perfección no consiste en la penitencia, sino en la caridad. Esto es verdad; pero también el fruto de una viña no consiste en su cerca, pues las vides, y no las espinas, producen la uva; pero, con todo, la cerca guarda este mismo fruto, y sin sus espinas serían vanas todas las otras fatigas: *Ubi non est sepes, diripie-*

*tur possessio* (Eccl., xvi, 23). Hallad un Santo que no haya hecho mucha estimación de la austeridad exterior, y que con ella no haya comenzado y proseguido su carrera, y entonces vendré bien en que se haga poco caso de la penitencia en la vía del espíritu. Volviendo á nosotros, si la fe viva abriera los ojos de vuestra consideración para ponderar los sobredichos motivos, no dudo que vuestro corazón conseguirá luego un temple de tanta dureza contra sí mismo. El coral, que dentro de las aguas del mar es tierno como una planta, sacado fuera á vista del cielo se endurece como una piedra. Luego que Santa María Magdalena conoció estos provechos de la penitencia, comenzó á hacerla, y no dejó de continuar en ella, no sólo después que estuvo segura del perdón, sino también después que los ángeles cada día la subían al Cielo, como que en cierto modo quisiese introducir sus lágrimas y rigores en el Cielo.

#### ACTOS CON QUE SE EJERCITA LA PENITENCIA

Aunque son muchos los actos que atribuyen los doctores á esta importante virtud, podemos en la práctica reducirlos á cuatro: dos que pertenecen á la penitencia interior, y son la *atracción* y *contrición*, y dos á la exterior, y son *el encontrar las cosas austeras* y *el recibir-*

las cuando nos vienen al encuentro, para satisfacer al Señor.

En orden á la atrición, ya sabéis que es un dolor del alma, por quien se detestan los pecados cometidos, como un mal contrario á nuestra alma, y así, para ejercitar este dolor con más viveza, llevad vuestro corazón á la vista de aquella horrenda fragua del Infierno, y mirad con atención aquella prisión, en donde todo lo que hay es fuego, y los mismos prisioneros están todos penetrados del fuego; después decíos á vos misma: *Aut penitendum, aut ardendum*: ó yo he de detestar de veras mis pecados, ó he de arder eternamente y sin descanso en este abismo de llamas. Con esto os será fácil concebir este saludable arrepentimiento del mal que habéis cometido contra el Señor, y os será también menos difícil pasar de este género de dolor, que es como la aurora, á un día claro de caridad, detestando sumamente el pecado, no ya como mal que toca á la criatura, sino como mal que toca al Criador, mirando á este monstruo más que infernal como á enemigo capital del Señor, que en extremo se opone á aquella infinita bondad; desprecia su inmensidad, su justicia, su misericordia y su amor; quebranta sus preceptos, pervierte sus designios, y así la misma Bondad infinita le aborrece tanto cuanto se ama á sí misma. ¿Qué corazón, pues, algo ilustrado de la fe no detestará con todas sus fuerzas un mal contra-

rio en todo al Sumo Bien? ¿Y quién no deseara primero no haber venido al mundo, que haber dado una sola vez acogida voluntaria á está traidor de su Dios? En esta suerte de actos es conveniente que un alma muchas y repetidas veces se ejercite, como el que hiere muchas veces á una serpiente, ó por odio que le tiene, ó temor que no está del todo muerta.

Y porque no basta hacer el juicio, sino que es menester también hacer la justicia: *P'acere judicium, et justitiam*, es necesario castigarle; por esto conviene de los actos internos de la penitencia pasar á los externos, abrazando las cosas que son más contrarias á nuestra sensualidad en el tratamiento del cuerpo, en lo que os permitiere la obediencia, teniendo delante de los ojos las injurias que habéis hecho al Señor, para recompensarlas con ese obsequio, y encendiéndoos con una santa ira contra vuestro mismo cuerpo, como autor de un tan horrendo mal, cual es el que pertenece á un Dios infinito. A la verdad, el perdonarnos á nosotros mismos en esta parte causa en gran modo el poco provecho en el espíritu; sucediéndole luego á las almas como á la vid, que por ninguna otra cosa se esteriliza más que por podarla con un hierro que corta poco: *Si præcidetur ferro habetiori* (Philip. 1, 7, 24). En lo demás, no sólo se ejercita esta virtud con tomar las asperezas, sino también con privarse de varios deleites, aunque no sean ma-



los, de suerte que el penitente, acordándose que se ha concedido á sí lo que no era lícito, voluntariamente se priva de lo que le sería permitido, para satisfacer con esto á la divina Justicia: *Consideravit quod fecit, et voluit moderari, quod facere*, podemos decir con San Gregorio.

Pero porque es grande nuestra delicadeza, cuando se pueda algo conseguir que emprendáis á encruelecceros contra vos misma buscando las cruces, á lo menos no queráis ser tan floja en abrazar las que os encuentran y os buscan, pues de una y otra suerte de tribulaciones está sembrado el camino del espíritu, como dice David: *Tribulationem et dolorem inveni*; y en otra parte: *Tribulatio, et angustia invenerunt me* (Ps. II, 14). Por tanto, aplicaos á recibir de las manos del Señor con agradecimiento todo lo que os conviene padecer al día de incomodidad, ó de las estaciones y tiempos contrarios á vuestro temperamento, de las costumbres de los otros contrarios á vuestro genio, ó de vos misma, por la poca salud del cuerpo ó por la poca quietud del alma: finalmente, todo lo trabajoso y penoso de vuestro oficio, la obediencia, la observancia de los votos y reglas, el estado de religiosa, que él sólo equivale, como dice Santo Tomás, á la más grande penitencia que en el siglo se haga. (2, 2, q. 18, ar. 3, ad 5.) Estas molestias y otras semejantes conviene que se

reciban con verdadero espíritu de penitencia, esto es, con verdadero deseo de glorificar en nosotros la divina Justicia y destruir toda reliquia de pecado, intensísimo enemigo y único de la inmensa santidad del Señor. Verdaderamente es gran bondad de nuestro Juez aceptar también para satisfacción de las culpas las suertes de penas de que no podemos huir, como son las molestias que cercan nuestra vida; pero, por otra parte, no es menor, dirélo así, nuestro descuido en no procurar con solicitud pagar las deudas á tan poca costa, reservando pagarlas en la otra vida con indecible rigor. Todos los que no harán penitencia se hallarán en una grandísima tribulación: *In tribulatione maxima erunt, nisi poenitentiam egerint*; así nos lo intimó el Señor por boca del apóstol San Juan. (Apoc., II, 22.) Que si la vida de todo cristiano, como dice el sacro Concilio de Trento, debe ser una continua penitencia, ¿cuánto más lo debe ser la vida de una persona religiosa? Al fin una palma en Italia puede tener alguna excusa si no sazona sus frutos, ó porque el terreno es poco á propósito, ó porque el sol menos la calienta; pero ¿qué excusa puede tener si no da fruto sazonado en la Palestina, donde el cielo y la tierra le son tan propicios, y donde tantas otras plantas se llenan en abundancia? Yo no creo que podrán defenderse ni aun los seculares en el divino Tribunal, si no han hecho penitencia; pero

¿cuánto menos se podrá defender una persona feligiosa, que con el hábito y estado hace profesión de penitencia?

---

## MEDITACIÓN II

### PARA EL TERCER DÍA DE LOS EJERCICIOS

#### SOBRE EL JUICIO UNIVERSAL

1. Considerad que el día último del Juicio en las divinas Escrituras no se nombra con más frecuencia que con el nombre de día grande; porque será grande singularmente por tres cabos: por las personas que en él se juntarán, por las cosas que en él se tratarán, y por las cosas que en él se concluirán. Será, pues, *día grande por las personas que en él se juntarán*, habiendo de intervenir delante del Juez todos los ángeles y todos los hombres. Imaginaos un grandísimo anfiteatro, en donde en lo alto se sienta el Rey rodeado de su corte; en el medio los nobles, más abajo el pueblo, y, finalmente, en lo hondo las fieras y los reos condenados á ser comidos de las fieras. El valle de Josafat será este ancho anfiteatro, y sobre él, en el aire, en un trono de nubes, estará Jesucristo con tanta majestad por su divina natura-

leza, con tanta gloria por su humanidad deificada, que ni el sol ni la luna ni las estrellas tendrán luz á su presencia; y los réprobos y los demonios, atónitos de su grandeza, serán, á su despecho, constreñidos á doblar las rodillas y adorarle. Asistirán con Cristo, primeramente la Virgen Madre, en un trono conforme á la dignidad de Reina: *Astitit Regina a dexteris tuis*; y después, al uno y otro lado, todos los espíritus angélicos y todos los Santos, y éstos tendrán sus cuerpos gloriosos, cada cual el suyo propio, después de la resurrección, tan resplandeciente, que pueda alumbrar toda la Tierra; y los ángeles, para aumentar la pompa á los buenos y el terror á los reos, se dejarán también ver en un cuerpo aéreo, más luminoso también que el Sol. Bajo de los Santos estará el resto de los escogidos, separado ya del montón de los pecadores, y, finalmente, en lo hondo estarán, en pie, atónitos y temblando, todos los demonios y todos los réprobos separados de los buenos; y éstos también con su cuerpo (pero, ¡oh cuán diferente!) feo, espantoso, y que sirva al alma infeliz de otro Infierno. A vos, que meditáis estas cosas, ¿qué puesto os ha de caber entre tantos? Si observareis fielmente lo que habéis prometido al Señor en los santos votos, os tocará, como lo ha prometido el Señor al que dejare todas las cosas por seguirle, un puesto honroso y sublime entre los otros jueces: *Sedebitis super tronos judicantes tri-*

*bus Israel* (Luc., xxii, 30); pero si flojamente siguiereis al Señor, y fuereis usurpando de poco en poco lo que habéis ofrecido á Dios en vuestra profesión, será fuerza estéis en pie entre la otra turba para ser juzgada. ¿Qué sería después de vos, si vuestra infidelidad llegase á tanto que le fuera fuerza estar temblando entre los reos? ¡Oh Dios! ¿Es posible que, después de haber comprado á tan poca costa el Reino de los Cielos, se halle después una religiosa tan necia que le deseche, se puede decir, este Reino por un no nada? *Projecit Israel bonum.* (Oss., viii, 2.) Pasmaos de esta tan extraña locura; renovad con nuevo fervor vuestros votos, y pedid gracia al Señor para seguirle tan de cerca en vuestra vida, que entonces, en aquel día grande, podáis estar bien cerca de él.

II. Considerad cuán grande será aquel día, *por las cosas que en él se tratarán.* Cuanto bueno y malo se ha hecho en todos los siglos, todo se habrá de examinar públicamente. Cuantas palabras pronuncia en un solo día una persona, cuantos pensamientos le pasan por el entendimiento, cuantas operaciones diversas pone en ejecución; juzgad después á qué suma lleguen estas cosas en todo el tiempo que una tal persona viva en este mundo. También aparecerán á un tiempo, no sólo las obras, las palabras y los pensamientos de una sola persona, sino de todos los hombres juntos y de todos los

ángeles: el bien, para que sea juzgado con juicio de aprobación; el mal, para que sea reprobado. Y, lo que es más, el mal y el bien no aparecerán como parecen ahora en nuestra estimación, sino como parecen en la estimación del Señor; la piedad, inmensamente más noble y más preciosa de lo que se deja ver á nuestros ojos tan oscuros, y la maldad, inmensamente más culpable. ¿Qué será entonces de una religiosa, si hubiere perversamente vivido en el lugar santo? Verá contra sí escuadrado un ejército de pecados; y en él verá tantos que los tenía por nada. ¿Qué hará la miserable para dar cuenta de todos, si tanto le penaría dar cuenta de uno solo? *Non poterit respondere unum pro mille* (Job, ix, 3); y, con todo, no habrá de responder sólo por los pecados, sino también por los beneficios, que estarán también escuadrados, y reñirán también con los pecados, y harán que aparezcan más horribles á su vista; finalmente, será necesario que responda también por los ejemplos de Cristo, por sus llagas, por sus clavos y por su cruz. No sin gran misterio será este juicio en el valle de Josafat, vecina á Gethsemaní, donde Cristo sudó sangre por nosotros; vecina al torrente de Cedrón, por donde fué llevado á los tribunales; vecina á Jerusalén, donde fué condenado, y de donde salió entre ladrones con su cruz; vecina al Calvario, sobre quien expiró el alma entre tantos dolores

y oprobios. Todo esto servirá para justificar la sentencia y para glorificar la cruz, que está en alto, como estandarte real, y con sola su vista da á entender cuánto ha hecho el Redentor para salvarnos, y cuánto hemos despreciado nosotros para dejarnos de salvar. ¿Qué os parece ahora de este día? ¿Habéis ajustado vuestras cuentas para aquel tan grande examen? Los pecados, que estarán cubiertos con una legítima penitencia, ó no aparecerán entonces, ó no os causarán terror; pero los que habréis dejado sin penitencia, y mucho más si los habéis escondido al sacerdote; los beneficios inmensos que habéis trocado con tantas ingratitudes, llegando, no sólo á olvidaros de ellos, pero á servirlos de ellos contra vuestro bienhechor; la obligación de no frustrar el exceso de los sufrimientos y ejemplos que os dejó Jesucristo, ¡oh cómo os llenarán de espanto en aquella hora! ¿Qué maldita seguridad, pues, es aquella que hace que no temáis aquel día que tanto temieron los mayores Santos! ¿Hacéis vos tanto caso de los juicios de los hombres, y no lo hacéis de aquel tribunal que pone horror hasta á los demonios cuando se acuerdan de ellos? Determinad en adelante pensar con más seriedad en él, pues si toda la vida pensarais, la vida sería corta para un tan importante pensamiento. Confundíos delante de vuestro Juez, y rogadle se haga ahora vuestro Abogado y use con vos de misericor-

dia, antes que llegue el tiempo de la justicia.

III. Considerad que aquel día será finalmente grande, *por las cosas que en él se concluirán*. No se trata allí de una miserable heredad y de pocos palmos de tierra; trátase de un bien y un mal eterno: *Ibunt mali in supplicium æternum, justi vero in vitam æternam* (Matth., xxv, 46). Trataráse de una bendición de Dios que llevará consigo para siempre todas las felicidades, y de una maldición que llevará consigo todas las miserias. Cesará entonces todo el movimiento de los elementos y de los cielos, y no quedará sino una noche sempiterna para los réprobos, que jamás verá día; y un día perpetuo para los escogidos, que no verá jamás noche. Toda la malicia, todos los vicios, todos los pecados, como heces del mundo, colarán en la sentina infernal; y todas las criaturas purificadas y libres de la servidumbre de los pecadores, bajo de quien vivían tanto tiempo, gozarán de un nuevo ser más feliz: *Tempus omnia rei tunc erit*. (Eccl., iii, 17.) En una palabra: aquel día será el ocaso del tiempo, y el oriente y aurora de la eternidad, y así, no ha habido ni habrá día más grande: *Non fuit antea, nec postea tam longa dies* (Jos., x, 14), se podrá decir entonces con más razón. Vos ahora miráis estas cosas como de lejos, y no sabéis atemorizaros con utilidad; pero, si están lejos, vendrán también una vez; si están lejos, son verdaderas,



pues cuanto es verdad que hay un Dios, tanto es verdad que habrá un juicio final. Acercaos, pues, á aquellas verdades con la fe, y no hagáis cuenta ahora en vuestros días sino de lo que haréis entonces en el día del Señor; de la penitencia, de la humillación y de los trabajos; esto es ser sabia, conocer las cosas antes que sucedan; porque, de otra suerte, los necios también las sabrán conocer cuando hayan venido. Confundios de haber entrado tanto hace en este número con vuestra inconsideración, y rogad al Señor, por aquella santidad que le trocará entonces de Padre de misericordia en Dios de las venganzas, que os mude el corazón de suerte que merezcáis oír de su boca una buena sentencia.

## EXAMEN PARA EL TERCER DÍA DE LOS EJERCICIOS

### SOBRE EL GOBIERNO DE LAS TRES POTENCIAS DEL ALMA

I. Examinad cómo os portáis con la *memoria*. Primero, si os acordáis de Dios muchas veces, y de sus divinos beneficios. Segundo, si os acordáis de los que os hacen bien, ó espiritual ó temporalmente. Tercero, si os acordáis de las injurias que habéis recibido, y las vais ponderando entre vos. Cuarto, si la me-

moria de los pecados pasados os ayuda para detestarlos frecuentemente.

II. Examinad en orden al *entendimiento*. Primero, si procuráis aplicarle seriamente á conocer los divinos misterios y ponderar la sublimidad y utilidad que de ellos os proviene. Segundo, si sois diligente en libraros de las sospechas y juicios temerarios contra el prójimo. Tercero, si deliberáis vuestras resoluciones con prudencia y madurez, ó con precipitación. Cuarto, si mudáis parecer ligeramente por cualquier nuevo motivo que se os representa. Quinto, si sois pertinaz en el parecer que habéis concebido, sin querer sujetarle al parecer de vuestros mayores y al consejo de los más sabios. Sexto, si tomáis por regla de vuestra obra el juicio de los hombres, y la estimación que hacen de las cosas. Séptimo, si sois curiosa en saber cosas inútiles al bien del alma, ó nocivas también, en que se desdicen de vuestro estado. Octavo, si conserváis aún viva en vuestra mente alguna máxima mundana, como sería que, quien no se siente cuando es despreciada, mueve á otros que la desprecien. Quien se hace oveja, mueve á otros para que se hagan lobos; que necesita de no disgustar á alguno de la comunidad quien quiere tener paz en la comunidad; que el hacer caso de las cosas pequeñas es querer hacerse tísico; que es fuerza conceder alguna cosa á la naturaleza y á la juventud, y otros

semejantes axiomas del amor propio que repugnan á la doctrina del Evangelio.

III. Examinad en orden á la *voluntad*. Primero, cómo sois amiga de vuestra propia voluntad, lo cual sucede siempre que, queriendo alguna cosa, no os movéis á quererla y procurarla por algún motivo espiritual y por fin de virtud, sino para hacer en eso vuestro gusto ó inclinación, que tenéis en orden á ella, contaminando tal vez las obras buenas. Segundo, ved si os sujetáis perfectamente á la dirección de los superiores y Padres espirituales. Tercero, si en el obrar tenéis por mira sólo vuestros intereses, vuestras comodidades, el ser más amada ó más estimada de los otros. Cuarto, si sois fácil en negar cuando sois preguntada de alguna cosa. Quinto, si queréis ser servida luego y con puntualidad cuando mandáis. Sexto, si pretendéis que las otras se acomoden á vuestro querer, no por servicio de Dios y bien de ellas, sino por vuestro solo propio gusto. Séptimo, si sois fácil á excusaros en las cosas que os han impuesto contra vuestro genio. Octavo, si hacéis con más gusto las cosas que os son más acomodadas. Noveno, si estáis muy asida también á las cosas espirituales, de suerte que perdáis la paz del corazón cuando el Señor dispone que seáis privada de alguna de ellas, como de la compañía de las personas virtuosas, de la asistencia de los directores. Décimo, finalmente, si sabéis mo-

derar los ímpetus de la misma voluntad, dilatando la ejecución, si se puede, hasta que pase el calor y aquella excesiva inclinación á las cosas que queréis, como también si lleváis con resolución y presteza el emprender las cosas dañosas.

Detestad las faltas que habéis hallado; confundíos por ellas delante de Dios; representaos á vos misma los motivos para resolver seriamente el enmendaros, y rogad al Señor que os dé esfuerzo para conservar vuestras resoluciones.



## MEDITACIÓN III

### PARA EL TERCER DÍA DE LOS EJERCICIOS

#### SOBRE LAS PENAS DEL INFIERNO

1. Considerad la *multitud de las penas* que un alma condenada padece en el Infierno; puédesse decir que no tendrán número, pues cada suerte de dolor tendrá licencia de acometer á aquella infeliz: *Omnis dolor irruet super eum* (Job, xx, 22). Todos los sentidos externos é internos, como han sido instrumentos para que el alma pecara, así serán instrumentos para que sea afligida. Las potencias

internas, como más nobles, así serán más capaces de mayores tormentos. La fantasía ó imaginación andará siempre en un mar de tristeza. La memoria se dolerá siempre por las buenas ocasiones que ha dejado pasar en vano. El entendimiento no podrá aplicarse á otro que á considerar su miseria. La voluntad rabiará siempre de odio y despecho contra Dios, que le castiga; contra las criaturas, que le ayudaron á pecar: contra sí misma, que pecó. Sólo el fuego bastaría para una inmensa infelicidad; pues en el Infierno, porque la llama es como una espada en las manos de Dios, adquirirá una fuerza sobre lo que se puede creer para atormentar al cuerpo y al alma de aquellas rebeldes, con tal ardor, que si en el Infierno cayese una montaña se desharia luego entre aquellas llamas como una pella de cera. ¿Quién podrá, pues, habitar con aquel fuego abrasador? *Quis poterit habitare de vobis cum igne derorante?* (Isaí., xxxiii, 14.) Y con todo, esta miseria sería, como dije, llevadera, si no se le juntase otra incomparablemente mayor, y es la pena del daño, la cual se puede decir infinita, privando á los réprobos de un bien infinito, cual es la posesión de Dios por todos los siglos: pues así como el ver á Dios cara á cara es lo que constituye propiamente el Cielo, así el no poder ya jamás ver á Dios es lo que propiamente constituye el Infierno; y todo lo demás de la prisión, de los

compañeros, de los verdugos, de las tinieblas, de los alaridos y de todo mal, es como accesorio, y no el principal de aquel gran cúmulo de dolores. ¿Qué dice vuestro corazón al representársele tan grandes verdades? ¿No se despierta en él un afecto semejante al de Santa María Magdalena de Pazzis, que iba besando las paredes del monasterio, y decía: «Paredes dichosas, vosotras me encerráis; pero ¿me defendéis?» ¿Por ventura os angustia tal vez la estrechez de vuestra clausura? ¿Por ventura os agrava el peso de la observancia? Pero acordaos un poco que estas angustias os defienden de caer en aquella horrenda prisión, y este peso os da esperanza de eximiros de la carga de tantos males. Si Dios os hubiese hecho llevar á la orilla del Infierno, y estando ya para caer hacia abajo en aquel abismo, os dijese: «Yo te perdono, con este pacto: que lleves con gusto la estrechez de la Religión y de la obediencia», ¿rehusaríais por ventura tal pacto, ú os juzgaríais ahora agravada en observarlo? Confundíos, pues, de vuestra delicadeza; ofrecos al Señor para que os trate como quiera, con tal que os perdone para siempre: *Hic ure, hic secca, ut in æternum parcas.*

II. Considerad la *atrocidad* de las penas infernales, sin mezcla de ningún bien. Así como en el Cielo los gozos son puros, sin que se les junte ningún dolor, porque el Cielo es el lugar propio de todos los bienes; así en el lu-

fierno los tormentos son puros, sin que se les junte algún alivio; porque el Infierno es lugar propio de todos los tormentos ¡Cuán poco pedía el miserable rico avariento, pidiendo sólo una gota de agua en la extremidad de un dedo! Y, con todo, esto poco se le negó. ¡Qué alivios, cuando enferma una religiosa, por la gran caridad de las otras que la asisten! Todas la consuelan, todas están ocupadas por ella; todas, cuando no hagan otro, ruegan á Dios por su alivio; pero si alguna vez una religiosa, por desgracia, cayese en el abismo infernal, ya no hay alivio para ella; no podrá jamás respirar un poco de aire fresco, no ver un poco de luz, no oír una palabra de consuelo, no concebir un pensamiento de alivio, no cesar ni aun un momento, no disminuirse á lo menos un instante la pena, sino antes aumentarse su penar con la junta de nuevas almas condenadas. ¿Habéis jamás merecido que la divina Justicia os precipitase en esta patria de todas las miserias, de donde está desterrado el bien? Si lo habéis merecido, ¿qué agradecimiento habrá jamás proporcionado á un tan grande beneficio de no ser condenada para siempre de vuestro Juez? Esto es más que si os hubiese dejado caer en aquellas llamas, y después os hubiese sacado fuera; y, con todo, si en tal caso hicierais tanto para dar gusto á vuestro Libertador, ¿cuánto debéis hacer ahora pues estáis tanto más obligada? Si no habéis jamás merecido

con alguna grave culpa esta miseria, el beneficio recibido de Dios es también más singular; y como ha sido singular para con vos su providencia, ha de ser también singular vuestro reconocimiento y vuestro amor para con Él, que tanto os ha favorecido. Pasmaos de vuestra ingratitud; ofreced al Señor todo lo restante de vuestra vida, haciendo cuenta que se os ha dado para este solo fin, para asegurarnos de no caer en aquellas penas, y rogad al Señor que, habiendo comenzado á haceros bien, no se deje vencer de vuestra ingratitud, sino que con su bondad venza vuestra malicia.

III. Considerad la *eternidad* de estas penas. Esta es la que acrecienta inmensamente la miseria de las almas condenadas. Una ligera pena se hace inmensa si se le llega el peso de la eternidad: ¿qué será, pues, si el peso de la eternidad se allega á las penas, de su naturaleza tan horribles, tan universales y tan lejos de todo alivio? No se hallaría entre los hombres, ni aun uno solo, que aceptase todos los placeres de Salomón. si después de ellos, y después de haberlos por extenso gozado, hubiese de estar un día entero en un vivo fuego; y, con todo, ¿se hallarán tantos necios que por un momento de placer brutal escogerán estar para siempre en un fuego en cuya comparación el nuestro es pintado! ¿Cómo es posible que se cebe tanto nuestro sentido en la comida que consigo acarrea una muerte sem-



piterna? *Potest aliquis gustare, quod gustatum affert mortem?* (Job, vi, 6.) No es maravilla que los Santos hayan huído con tanto cuidado los pasatiempos del mundo, y abrazado con tanto ardor las austeridades de la penitencia, pues revolvían de continuo en su entendimiento este gran pensamiento de la eternidad. ¡Oh eternidad! ¡Oh eternidad! ¡Todos nosotros estamos llamando á tus puertas, y, con todo, tenemos tiempo para reir y holgar, como si estas cosas fueran fábulas! Si vuestra alma, por gran desgracia, cayese en algún tiempo en aquel abismo de llamas eternas, ¿qué sería de vos? Pues no tendríais jamás una gota de bien, y penaríais siempre en un océano de todos los males. Pasarían tantos millones de años y de siglos cuantos son los átomos del aire y granillos de arena en las riberas del mar, y de vuestro tormento no se habría pasado nada. Si esta prueba se renovase millares de veces, después de un tan largo tormento estaríais aún en el principio. ¿Y, por ventura, ahora no hay en el Infierno más que han servido en su tiempo á Dios mejor que vos, y después, prevaricando, se han hecho, de estrellas del Cielo, tizonas infernales? ¿Cómo, pues, no teméis vos? ¿Cómo no os despertáis de vuestra pereza? El daros el Señor tiempo para pensar estas verdades, es señal de que no os quiere condenar; pero, el no sacar fruto después de haberlas considerado, sería para vos

motivo de gran terror. Humillaos, pues, reconociendo el lugar que ha merecido vuestra ingratitude en el Infierno; agradeced al Señor que os da modo para libraros; proponed corresponder con nueva forma al beneficio que recibís, comenzando una vida toda humilde y penitente; ofreceos, sin reserva, toda en obsequio de este Sumo Bienhechor, y rogadle por aquella inmensa santidad por quien castiga con tanto rigor el pecado, os quiera santificar á vuestra alma y hacerla digno albergue de Su Majestad.

---

## MEDITACIÓN IV

### PARA EL TERCER DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

#### SOBRE LOS AFECTOS DE UN ALMA CONDENADA

I. Considerad uno de los más horribles espectáculos que el entendimiento puede figurar, y es una religiosa condenada; y ponderad los afectos de aquella miserable que el Sabio expresa en boca de todos los impíos: arrepentimiento de lo pasado, displicencia de lo presente, y desesperación de lo por venir: *Pœnitentiam agentes; præ angustia spiritus gementes, turbabuntur timore horribili in su-*

*bitatione insperatæ salutis.* (Lap., v, 3.) El primero, pues, de estos afectos es el *arrepentimiento de lo pasado*. ¿A qué se redujo todo el bien por quien la miserable dejó el amor de su divino Esposo? Redújose á emplear sin licencia alguna miserable ganancia de sus labores; redújose á colocar su corazón en algún amor profano; redújose á manchar su alma con algún afecto menos decente. El demonio la ganó, se puede decir, con un no nada: *Venatione ceperunt me inimici mei, quasi avem gratis* (Tria, iii, 29); y así, aquel poco, tan corto, tan vil y tan breve, ¡qué funesta memoria dejó de sí, haciéndose pagar con una pena sempiterna! Una hora sola de esta pena, bastaría á quitar la memoria de mil siglos de placeres: *Malitia horre oblivionem facit luxuriae magnæ.* (Eccles., ii, 29.) Juzgad cuál aparecerá entonces lo que os pareció como una sombra, y si la Tierra, tan dilatada en comparación del Cielo, no es otro que un punto, cuál aparecerá entonces en el entendimiento de un alma condenada un momento de buen tiempo, un punto de libertad, comparado con una eternidad de suplicios. ¿Quién, pues, puede concebir cuán grande rabia tendrá la infeliz cuando se hallará condenada á aquel abismo de males, por una gota de miel envenenada, ella que, como esposa, habia recibido la investidura del Cielo? *Gustans gustavi paululum melis, et ecce morior.* (I Reg., 14.) ¡Cómo

maldecirá á los demonios que la engañaron, y á sí misma, que se dejó engañar! El día que nació, la madre que la parió, la religión que la acogió, el hábito santo que tan indignamente vistió. Procurad de aprender vivamente este doloroso é inútil arrepentimiento, para que os aprovechéis de él. Detestad los años tan mal empleados en la casa de Dios; resolveos de tener como un sueño todo lo que pasa, y rogad al Señor que os dé gracia de llorar aquí con los penitentes, para no llorar después siempre con los condenados.

11. Considerad el otro afecto de una religiosa condenada, y es *la displicencia de lo presente. Præ angustia spiritus gementes*. Esta displicencia se medirá con el mal inmenso que ha encontrado la infeliz, y con el bien inmenso que ha perdido. ¿Qué mal no será para ella el haber de habitar para siempre en una tal prisión, donde las paredes son de fuego, el pavimento de fuego, el techo de fuego, las cadenas de fuego, el aire ó ambiente de fuego, y los prisioneros mismos penetrados todos del fuego! Pero ¿de qué fuego? ¿de qué fuego? No del fuego que ha hecho Dios para nuestro servicio, como el de este mundo, sino del fuego que ha hecho Dios para instrumento de venganza contra sus rebeldes, y que su Omnipotencia atiza y maneja con tal eficacia, que los que no han querido conocer la grandeza de Dios, la reconozcan al peso de las heridas que

les hará con su propia mano: *Scietis quia ego sum Dominus percutiens.* (Ezech., vii, 9.) También, el bien perdido, ¿qué congoja no causará en los réprobos, si el bien perdido es inmenso? ¿Y si se ha perdido por nada? ¿Y si se ha perdido cuando podía tan fácilmente conseguirse? ¿Y si, finalmente, se ha perdido sin remedio? Y ellos, de vaso de misericordia que habían de ser, se han hecho vaso de ira, para un profundo de miserias, superiores á todo nuestro pensamiento. ¡Oh lugar cruel, que para su estancia y habitación ha escogido un alma que tanto tiempo habitó en la casa del Señor! ¡Y, con todo, es habitación que ha escogido la miserable para satisfacer á sus sentidos con un soñado placer! ¡Oh maldito pecado, que obliga á un Dios tan bueno á tratar con tanta crueldad á un alma que un tiempo fué esposa, y ahora será para siempre un trofeo de la divina Justicia, plantado inmovilmente en el fuego! Si Dios ahora volviera á la vida de este mundo á una de estas almas condenadas, ¿qué penitencia no haría con voluntad y gusto? ¿Qué tratamientos le parecerían más crueles? ¿Qué penitencia, pues, no debéis hacer vos para aseguraros de no caer en aquella profundidad? Proponed, pues, renovar vuestra vida, y volver á encender el antiguo fervor: confundíos por haber perdido tanto tiempo de misericordia: acusad vuestras ingratitudes en la presencia del Señor; agradecedle la paciencia con

que os espera, y rogadle por su divina sangre que quiera glorificarse en vos con perdonaros, y no, como podría igualmente glorificarse, con castigaros.

III. Considerad el tercer afecto de una religiosa condenada, y es *la desesperación en lo porvenir: Turbabitur timore horribili insubitatione insperata salutis*. Esta desesperación será lo que con el inmenso peso de la eternidad acabará de abrumar del todo á las almas infelices. Por otra parte, si en aquellas tinieblas se pudiera hacer que se viera un solo rayo de favorable esperanza, aunque fuese después de tantos millones de siglos cuantas fueron las gotas de agua del gran diluvio, bastaría á enjugar todas las lágrimas, á hacer tratables y llevaderas las llamas, á cerrar para siempre las bocas á toda queja; pero no podrá entrar allí este rayo, pues la cárcel es eterna, los verdugos son eternos, el fuego es eterno, el alma es eterna, el pecado eterno, y el decreto de la sentencia eterno; y, así, no queda otro que buscar siempre la muerte, y no hallarla jamás. ¡Si á lo menos pudiesen engañarse á sí mismas, imaginándose, aunque falsamente, este fin que no ha de venir, ó si no otro; si pudiesen olvidarse por breve tiempo de esta incomprendible eternidad! Pero no podrán, porque la divina Justicia les tendrá siempre delante de sus ojos aquel *jamás*, y aquel *siempre*, sobre los cuales estriba su miseria; de suerte que, si

no falta la omnipotencia del Criador, su inmensidad y su santidad, menos faltará su pena. Por tanto, ved lo que causa la desesperación de las almas condenadas; sufrir, no sólo el peso de todos los males por una eternidad, sino el peso de la misma eternidad, la cual, si está siempre presente á su conocimiento, las oprime también con una carga, cual es el ser infinita. ¿Qué dice á estas cosas una religiosa tibia, pues por fe divina las tiene por verdaderas? Se queja de la pobreza, por quien no tiene las comodidades que querría; se queja de la obediencia, por quien le conviene sujetarse á voluntad ajena; se queja de la clausura, por quien queda privada de su libertad; se queja de su estado, por quien está excluida de los gustos mundanos; pero considerad un poco: ¿Qué será de ella si cae en el Inferno? ¡Oh! ¡Aquella sí que será pobreza, no tener otro que fuego! ¡Aquella sí que será obediencia, estar bajo los pies de los demonios, y no hallar jamás lo que con tanta ansia se desea, y encontrar siempre lo que con tanta rabia se huye! ¡Aquella sí que será clausura, no poderse volver de un lado por toda la eternidad, sino estar siempre en una cama de llamas, cuando sería una pena intolerable estarlo un año solo en una cama de rosas! ¡Aquella sí que será mortificación, haber de sufrir eternamente todos los males sin el poco descanso de tanto bien cuanto es una gota de agua sobre la len-

gua! ¿Y éste es el lugar de los tormentos adonde se encamina una religiosa que, después de haber ofrecido á Dios su libertad en los santos votos, se la vuelve á usurpar con quebrantarles? Antes bien, no es éste el lugar adonde se encamina, sino un abismo de males inmensamente más crueles, siendo aquellas penas de un orden superior á todos los dolores que han probado ó conocido los hombres. Vos, pues, ¿no los temeréis? Pero el temor no ha de ser sólo para afligiros sin fruto, sino para animaros á obrar y alejaros del pecado, por quien sólo se ha fabricado el Infierno. Detestad, pues, con todo el corazón este monstruo, peor que el mismo Infierno, el pecado mortal; confundios de haberle alguna vez albergado en vuestra alma, estimando tan poco un mal que Dios con tanto fuego persigue; reprendeos á vos misma por vuestra maldad, y rogad al Señor que, habiéndola ya Él llorado con lágrimas también de sangre, os conceda ahora que podáis dignamente detestarla en esta vida, para no detestarla con la eterna desesperación en la otra.

---



## MEDITACIÓN PRIMERA

### PARA EL CUARTO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

#### SOBRE EL MAL DE LOS PECADOS VENIALES

I. Considerad la gravedad de las faltas que llamáis vos leves, principalmente si por otro las cometéis, no por mera fragilidad, sino de industria y á sabiendas y de propósito del todo deliberado; y antes considerad *esta gravedad en sí misma*. Aunque un pecado venial se llama leve y pequeño, no por eso se entiende que, absolutamente considerado, es leve y pequeño, sino sólo en comparación del pecado mortal, que es un mal casi infinito. También un lago se llama pequeño en comparación de todo el mar, y, con todo, encierra en sí tanta agua: lo mismo es del pecado venial: á vista de una culpa grave, se desaparece; pero por sí mismo es un mal grande, que es mayor que todos los males, quitado el pecado mortal. Ved, pues, en qué verdadero sentido se pueden llamar leves vuestras faltas; pues, por otra parte, si pudierais conocer del todo la malicia que en sí encierran, moriríais de horror y espanto. ¿Por ventura estas faltas no desagradan al Señor? ¿No se oponen en algún modo á su increada voluntad? ¿No disminuye en aquella gloria divina, que es supremo fin del

Universo y el excelso bien que Dios de sus criaturas pretende? No se puede dudar; y así el pecado venial con esto se hace un mal de orden superior á todos los males; un mal que de algún modo toca á Dios; un mal que no puede justamente escogerse jamás; de tal suerte, que si sobrevinieran todas las guerras, todas las esterilidades, todas las pestilencias que destruirán el mundo hasta el fin, y por imposible pudierais vos impedir esta ruina con un pecado venial, no debierais cometerle; antes, si pudieseis vaciar el Infierno de los condenados ó detener que no cayesen en aquel abismo todos los bienaventurados del Cielo, debierais permitir estas ruinas y esta condenación, primero que dar un leve disgusto al Señor; pues que el sumo mal de todas las criaturas es infinitamente menor que el mínimo mal que toca al Criador. Aquí, á la luz de verdades tan ciertas, pasmaos de vuestro increíble atrevimiento en renovar tantas veces contra el Señor una cosa tan odiosa á sus ojos; confundíos de haber estimado tan poco lo que desagradaba al Sumo Bien, pues el contentarle del todo debíais estimarlo más que la felicidad de todas las criaturas. Detestad mil veces cualquier falta vuestra, y rogad al Señor que, pues son tantas las culpas veniales en que caéis por flaqueza de la naturaleza, os haga ahora gracia de no cometerlas jamás en adelante á ojos abiertos y con toda advertencia.

II. Considerad la gravedad de vuestras faltas *en los efectos que causan*. Dos suertes de males llevan consigo las enfermedades: una es el mal que causan de presente, esto es, la flaqueza, el hastío y la palidez de todo el cuerpo; la otra es lo que amenazan en adelante, que es la muerte y la separación perpetua del alma al mismo cuerpo. Así, el pecado venial, siendo una enfermedad espiritual de nuestra alma, de presente le quita, si no la hermosura substancial de la gracia, á lo menos el mayor esplendor por quien atraería los ojos del Señor, si del todo estuviese sin mancha. A más de esto, en gran parte la priva del fruto de los Santísimos Sacramentos, particularmente de la divina Eucaristía, poniendo obstáculo á aquella íntima unión que el Señor en ella pretende: finalmente, vuelve al alma desabrido todo ejercicio de piedad, disminuyendo el fervor de la caridad y los espíritus vitales que por otra parte le influiría su cabeza, que es Cristo. Lo peor también es el mal que amenaza al alma en adelante; esto es, la muerte del pecado grave á quien esta enfermedad va acercándose poco á poco, parte acostumbrando la propia voluntad á vivir á su capricho, parte debilitando los buenos hábitos y los otros reparos que del todo defendían de las tentaciones, y parte, en fin, dando motivo á la divina Justicia de retirar su mano, por lo cual el alma, con menos esfuerzo asistida, venga

á caer. ¿Cómo, pues, podéis con tanta facilidad y tan de propósito multiplicar aquella suerte de culpas que os puede llevar á la profundidad de todos los males posibles, que son el pecado mortal y la condenación? Por ventura, ¿no ha llevado hasta ahora á muchas almas mejores que vos, que, comenzando á ser infieles en lo poco, llegaron á ser infieles en lo mucho, y, paso á paso, vinieron al precipicio, y allí también han quedado? *Qui spernit modica, paulatim decidet.* (Eccles., 1, 19.) Detestad, pues, todas vuestras faltas cuanto podáis; confesaos del todo ciega en la vida que con tanto descuido habéis tenido hasta ahora; proponed de pesar en adelante vuestras culpas con el peso del santuario, pues son tan detestables delante de Dios y para vos tan peligrosas; resolveos de antes morir que advertidamente cometer alguna, implorando el favor de Jesucristo y acordándole la ofrenda que ha hecho de su Pasión, de su Sangre y de su Muerte, para destruir todo pecado.

III. Considerad la gravedad de vuestras faltas *en los castigos que os acarrecan*. Si vieséis un reo condenado de la justicia humana á ser quemado vivo en la plaza, no os podríais persuadir que fuera pequeño y leve su delito; ahora, ¿cómo os podéis persuadir que sea leve y pequeña una culpa venial, pues la Justicia divina la castiga tan dilatada y cruelmente en el fuego del Purgatorio? El alma que está en

aquellas llamas es esposa amada del Señor, es destinada para las bodas del Cielo, desea en extremo unirse al Sumo Bien, y todavía un solo pecado venial la detiene por fuerza en aquella hoguera, que es como decir en aquel pequeño infierno, y se pone delante para que el alma no vea á su Dios y no llegue á ser bienaventurada. Y, lo que es más, no sólo el pecado venial, sino un avance de él, una deuda de pena que por él contrajo, que es como decir una huella de la culpa pasada, pesa también tanto en el peso del divino juicio, que obliga á un Dios amante á detener á una alma amada en aquellas penas hasta que haya pagado lo último de su deuda; ¿tendréis ahora ánimo para llamar pequeño y leve mal á una sola de vuestras faltas de aquí en adelante, y atenderéis á cargaros de muchas y muchas advertidamente y como por pasatiempo? Ahora bien: cuando os salvéis con que vuestras culpas no os hagan mayor mal, no obstante os harán siempre éste de sustentar por mucho tiempo vuestras llamas en el Purgatorio, y de poner un odioso obstáculo para ver á Dios y para llegar á ser bienaventurada. Entonces no llamaréis leves estas cosas, pues será tan excesivo vuestro dolor en aquel incendio, y os veréis rechazada del Señor y tratada como culpable, experimentando por una pesada cadena que os pide el Sumo Bien lo que vos, ciega con vuestro descuido, juzgasteis que era una

cosa muy leve. Aprended, pues, á hacer justa estimación de vuestras culpas, y á pagarlas anticipadamente con voluntaria penitencia, antes que la santidad del Señor llegue á penetraros toda el alma con tan indecibles tormentos para purificarla. Confundíos como leprosa cubierta de pies á cabeza de estas llagas; admirad la grande paciencia del Señor en sufrir de vos tantas faltas en su divino servicio; proponed de no dar ya advertidamente lugar á tan gran mal en vuestro corazón, y rogad al Señor que, por el odio que tiene á todo pecado, os fortifique de suerte que no volváis á cometer más de lo que lleva vuestra humana flaqueza.

## LECCIÓN PARA EL CUARTO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

### SOBRE LA VIRTUD DE LA HUMILDAD

No es mucho que la soberbia se hallase en el Cielo, donde la naturaleza angélica, desde el principio, abundaba tanto en la estimación; pero que la soberbia se halle en la Tierra, donde la naturaleza humana es un compuesto de pobreza y miserias, ciertamente causa grande admiración: *Humiliatio tua in medio tui*, dice el profeta Micheas (vi, 14): no hemos nosotros de ir á lejanas tierras para hallar materia de humillarnos: basta que fijemos la vista

dentro de nosotros, y en todo tiempo hallaremos entrañado en nuestra nada, en nuestro ser y en nuestro obrar un motivo abundantísimo de despreciarnos. Y, á la verdad, así es: el hombre naturalmente es tan pronto á juntar la pobreza con la soberbia, que, al modo de un pavo real, cuanto más está vacío de todo bien, tanto más de ordinario está hinchado. Será, pues, una de las más importantes lecciones la que os enseña á humillaros; y si la soberbia es principio de todo pecado, como dice el Espíritu Santo, el aprender la humildad será para vos principio de toda virtud.

¿Qué cosa es, pues, la humildad? Es una virtud moral que, descubriendo en el entendimiento la grandeza de Dios y la miseria del hombre, nos obliga á reprimir el desordenado apetito de la honra temporal, y á contenernos en las cosas proporcionadas á nuestra bajeza. Aunque esta virtud, pues, resida esencialmente en la voluntad, todavía presupone en el entendimiento el conocimiento de nuestras miserias, como regla y medida de los actos de la misma voluntad, y por eso San Bernardo (Serm. 42, in cap.) la distinguió en humildad de juicio y humildad de afecto; y á más de esto, así como no puede ser perfecta esta humildad de afecto sin el fundamento de la otra humildad de conocimiento, así este conocimiento de sí mismo no puede ser perfecto sin el conocimiento de Dios; por lo cual San Agus-

tín juntaba ambas á dos cosas en su oración, diciendo al Señor aquellas célebres palabras: *Noverim te, noverim me, ut amen te, et contemnam me*. Está, pues, tan lejos de ser vil esta virtud, como podría parecer á primera faz, que antes ella nos constituye en un grado eminente, aun para con los hombres, si las cosas se miran con los ojos de la razón y de la fe; primeramente, porque la humildad es una profesión patente de la verdad, y por eso tan amada del Señor, como se lo dijo á Santa María Magdalena de Pazzis; lo segundo, porque en el mismo tiempo que protestamos nuestra nada, y no tener de nosotros mismos otro que imperfecciones y pecados, venimos á protestar que todo nuestro bien nos viene de Dios, y que á Dios se le debe toda la gloria; por lo cual, al modo que la virtud de la Religión profesa directamente reconocer la divina excelencia é indirectamente nuestra vileza, así, por el contrario, la virtud de la humildad profesa reconocer directamente la bajeza del hombre é indirectamente la alteza de la Divina Majestad. Finalmente: porque la humildad es tan semejante á la magnanimidad, que algunos doctores la han tomado en su lugar, pues la humildad, aun en sentir de Santo Tomás (2.<sup>a</sup>, cuest. 161, art. 4, ad. 3), conviene mucho con la magnanimidad en la materia, y se diferencia más que otro en el modo; de donde se sigue en la práctica que los más



humildes en sí propios salen más generosos en las empresas de la gloria divina, porque lo grande que en sí mismos no ven lo ven en la ayuda del Señor, y dicen también con el Apóstol: *Omnia possum in eo, qui me confortat*. ¿Qué más? Es tan excelente esta virtud, que la vista de los antiguos filósofos no llegó á divisarla, y convino que Jesucristo la trajese consigo del Cielo, y se nos hiciese el ejemplar, primero en la vida y después en la doctrina, diciendo á todos los hombres: Aprended de Mí el ser mansos y humildes de corazón: *Discite a me, quia mitis sum, et humilis corde*; porque, como observa San Agustín, es tan grande el hacerse pequeño, que, si no lo hubiera practicado el que es solamente grande, no se podría aprender: *Ita magnum est esse parvum, ut nisi a te, qui tam magnus es, fieret, disci omnino non posset*. No se puede levantar el arco-iris al cielo si el sol no baja.

#### MEDIOS PARA ADQUIRIR LA VIRTUD DE LA HUMILDAD

En primer lugar, conviene que se pida instantáneamente al Señor, como lo han hecho siempre todos los Santos; porque, de otra suerte, si fuera grande soberbia el pretender adquirir con propias fuerzas otras virtudes menos difíciles, ¿cuál sería el pretender adqui-

rir con solas sus fuerzas ésta tan rara? Antes bien, importando esta virtud tanto como veremos, conviene añadir á los ruegos otras asperezas y penitencias. para mover más presto y eficazmente al Señor para que nos la conceda. Si un niño pide á la madre la leche, ésta tal vez lo deja pedir en vano; pero, si la pide llorando y afligiéndose, la madre corre luego á contentarlo. En este sentido dijo el ángel á Daniel, que del primer día que había el profeta hallado esta invención de afligirse con el ayuno y el llanto, había luego sido oído: *Ex die primo quo posuisti cor tuum ad intelligendum, ut te affligeres in conspectu Dei tui, exaudita sunt verba tua* (Dan., x, 12).

El otro medio pertenecerá á nuestra industria, y será éste. Ya hemos dicho que hay dos suertes de humildad: una de conocimiento y otra de afecto; y así convendrá reforzar la una y la otra con la consideración de sus propios motivos. Ahora, en orden á los motivos que pueden hacer que nos conozcamos á nosotros mismos, es necesario presuponer que el hombre es como una hermosa pintura, que, si se mira por la parte que el artifice ha extendido los colores con tanta valentía, no se puede hallar cosa más hermosa; pero, si se mira por la otra parte, no se ve otro que una sórdida tela, que es todo el fondo. Si se considera el hombre, principalmente si está adornado de la gracia divina y de los hábitos de las virtudes so-

hennaturales que lleva consigo, se ve una obra del Cielo; pero, si se considera lo que por sí mismo, y separado de los dones de Dios, tiene el hombre, se halla, no sólo un fondo tosco de tierra y ceniza, sino un abismo de nada y pecado: *Nemo habes de suo, nisi mendacium, et peccatum*, dice el Concilio de Orange. Ved, pues, dónde está todo el secreto del conocimiento de sí misma: en hacer esta separación y dar á Dios lo que es de Dios, y tomarse para sí lo que es propio nuestro: *Si separaveris pretiosum a vili, quasi es meum eris* (Jeremías, xv, 19), nos dice el Señor por Jeremías; porque, si especulativa y prácticamente atribuyéramos á Dios todo lo precioso que hay en nosotros, esto es, todo el bien, y á nosotros todo lo vil, esto es, la nada del ser y de la culpa, daremos una sentencia tan justa, que parecerá que Dios haya hablado por nuestra boca. Conforme, pues, á esta doctrina, poneos de propósito á considerar: ¿qué es lo que habéis sido? ¿Qué sois de presente y qué podéis ser en lo porvenir? *Quid fui? Quid sum? Quid esse possum?* Y en estos tres puntos comprenderéis toda la ciencia de la humildad.

*Quid fui?* Si os ponéis á pensar lo que habéis sido por lo pasado, no hallaréis otro que nada, y pecados, y penas debidas á los pecados. Ahora cien años, ni teníais cuerpo, ni alma, ni fuerza, ni mérito para salir de aquella concavidad donde habéis estado por una

eternidad antecedente; era más grande que vos, sin comparación, un granillo de arena del mar. Pesaos, pues, con vos misma en el peso de la verdad: en aquel estado, en aquel abismo, ¿os era, por ventura, debida alguna suerte de alabanza, de benevolencia y de estimación? Eso mismo se os debe ahora, si os consideráis con vuestro ser; y así, ¿cómo aquí puede hallar lugar la vanidad, si la nada que habéis sido por infinitos siglos, sois ahora también por vuestra parte? *Substantia mea tamquam nihilum ante te.* (Ps., xxxviii, 6.) Os sacó después el brazo del Omnipotente del abismo de las tinieblas á la luz de este mundo; pero aquí no puede dejaros ni aun por un momento á vos misma, porque si continuamente no os conservase, os alejariais en un momento como el rayo ó resplandor luego que el sol se esconde, y todos vuestros bienes, fundados también sobre la nada, desaparecerían en un instante. Y con todo esto, que por sí mismo es tan grande, es el título menor que tenéis para humillaros; id adelante, y acordaos de los pecados cometidos. Si alguna vez habéis, por alguna culpa grave, perdido la amistad del Señor, os habéis reducido á una vileza tan grande, que un escuerzo lleno de veneno y un cadáver podrido es, sin comparación, más digno y menos abominable que vuestra alma delante de Dios; si á más de esto juntareis pecado á pecado, vuestra vileza y vuestra ignominia cre-

ció de suerte, que el mismo Dios se pasmó é hizo que se explicara su admiración por el profeta Jeremías en aquellas palabras: *Quan vilis facta es nimis, iterans vias tuas.* (Jer., II, 36.) Y porque la divina Justicia no debía dejar el desorden de vuestras culpas sin volverle á ordenar con la debida pena, os destinó luego el lugar en el Infierno, tanto más hondo, cuanto andaba creciendo vuestra maldad; y en aquel pozo de fuego os destinó vuestra habitación para todos los siglos; de suerte que, tanto os adelantasteis á penar en el abismo, cuanto os convenía gozar de Dios en el Cielo. Esto es lo que tenéis en orden á lo pasado; atended bien alrededor, y mirad si por alguna parte os pudo entrar con razón la soberbia y estimación propia.

Pero vos puede ser que no estéis ahora en este estado, si bien no estáis cierta; y cuando Dios os haya sacado de él por su piedad, á Dios se le debe la honra y las gracias, y á vos la confusión; porque, así como no se deja de llamar seca á la tierra aunque la rieguen tantos ríos, porque por sí misma, sin el agua, es seca, así no debe dejar de juzgarse vuestra alma pecadora y abominable, pues lo habéis sido y lo seríais, atendido sólo á vos misma.

También el tiempo presente es bastante para humillaros: *Qui sum?* ¿Quién sois? Sois ahora, en primer lugar, lo que habéis sido otras veces, como habéis entendido, y lo que

sobre esto hay es todo don de Dios. Pero porque el amor de vuestra alma y de vuestra propia excelencia os puede lisonjear en aquel poco de virtud que por suerte echáis de ver en vos misma, será bien desengañaros también en esta parte. Por tanto, tomemos una obra buena, como sería vuestra oración, y hagamos de ella anatomía para separar lo precioso de lo vil. Para que vos podáis obrar este poco bien que hacéis orando, ha sido necesario que Dios os sacara de la nada con la creación, lo cual sólo debiera bastar para que dieseis á Dios toda la honra, como una viña que plantó su dueño le tributa á él todo su fruto. A más de esto, son necesarias vuestras potencias, en particular las supremas, y éstas también son hechuras del Señor, y sobre esto, para que ellas puedan obrar, es necesario que Dios les ayude en ello como primera causa, sin la cual las causas segundas no podrían moverse para cosa alguna, no de otra suerte que si no estuvieran en la naturaleza. Y porque el orar y tener este comercio con el Señor es una obra sobrenatural, es necesario que Dios, como autor de la gracia, suministre á vuestras potencias una ayuda también sobrenatural, para que lleguen con sus actos á levantarse sobre sí mismas. Finalmente, es necesario que Dios os comunique la gracia santificante, por la cual os hagáis capaz de ejercitar una obra buena y meritoria de vida eterna. Todo esto es necesario que Dios

os lo conceda por su bondad; no sólo que os lo conceda, sino que os lo mantenga también y os lo conserve de continuo hasta que obréis; de otra suerte, no podríais producir una acción verdaderamente virtuosa. ¿Qué hay, pues, de vuestra parte en esta obra buena de la oración? Está vuestra cooperación con la gracia y el buen uso de vuestras potencias; pero esto también es un beneficio de Dios y un don suyo; no porque nosotros no obramos el bien que hacemos; de otra suerte no sería bien nuestro, sino sería como si una vid se asiera á los racimos que no había producido, que jamás serían suyos: esto es verdad; pero porque el bien que queremos y que obramos, no lo podemos querer ni obrar sin la ayuda divina: *Non quia non volumus, aut non agimus, sed quia sine ipsius adjutorio, nec volumus aliquid boni, nec agimus*, dice San Agustín. Son, pues, vuestras obras todas de Dios, y todas también vuestras; pero de Dios son por tantos títulos cuantos habéis oído, y vuestras son por sola vuestra cooperación; y así, al modo que en los hijos nacidos de padre noble y de madre plebeya, toda la honra viene de la parte del padre y toda la confusión de la madre, así en los partos de las obras virtuosas, nacidos de la ayuda divina y de la voluntad del hombre, toda la alabanza se debe refundir en Dios, y toda la confusión en nosotros mismos: *Tibi Domine iustitia, nobis autem confusio*. (Daniel, ix, 7.)

Y esto cuando, en vuestras operaciones buenas, vos hubierais del todo cooperado con la gracia y no hubierais en ella mezclado nada de vuestra parte con las imperfecciones y con las faltas; pero ¿qué se habrá de decir después, viendo cuánto mal añadís por vuestra parte en todo acto de virtud? Hay tantas negligencias, tantas intenciones torcidas, tantas complacencias vanas de vos misma, tantas faltas de comisión y omisión que no tienen número, y que, si del todo pudieseis conocer vuestras obras buenas, recibiríais grande espanto y diríais también con el santo Job, con tanta más razón cuanto sois menos santa que él: *Verebar omnia opera mea.* (Job, ix, 28.) Yo me llenaba de temor mirando mis operaciones, aun las que en los ojos de los hombres parecían dignas de alabanza.

Finalmente, lo que causará una lección más terrible en el conocimiento de vos misma será lo porvenir: *Quid ergo?* ¿Qué seré ó qué podré ser? Vos no volveréis jamás á la nada, porque el Señor ha decretado conservaros para siempre; pero os podéis reducir en otra nada más espantable de la culpa y de la pena sempiterna que le corresponde. Quien padece mal de corazón, no cae siempre en todo tiempo en tierra; pero, no obstante, la ley le considera como enfermo, porque tiene en sus entrañas y en sus venas aquel maligno humor que le puede hacer caer, no sólo en tierra llana, sino



también en cualquier horrible precipicio; así, aunque por ventura no caigáis en pecados graves, tenéis, no obstante, entrañada toda aquella malignidad de amor propio y de corrompida naturaleza que basta á haceros precipitar en cualquier exceso mayor, sólo con que Dios os abandone y deje en mano de vuestra malicia. Por tanto, como humildemente confesaba San Agustín, debéis singulares gracias al Señor por todos los pecados que no habéis cometido, y que jamás cometeréis; porque, si Dios no os hubiera ayudado con su gracia y apartado de vos los peligros, y hubiera permitido al demonio que os acometiera con toda su fuerza, no hubiera cometido ó cometido un hombre maldad que vos no cometerais ó hubierais cometido también. Al mismo modo podéis consideraros, no sólo cubierta de todas las maldades, sino también circuida de un profundo fuego y de penas que por las mismas maldades habiais merecido y podríais merecer en adelante, sin que podáis huir de esto sino por medio de una continuada misericordia del Señor. ¿Y cómo, si las Historias Sagradas no refirieran tantas veces funestos acontecimientos sucedidos á personas mucho tiempo ejercitadas en la virtud, enseñadas á combatir contra el Infierno, consumadas entre las asperezas de la penitencia y después miserablemente caídas, y alguna de ellas caída sin levantar? Haced, pues, también

vos como los navegantes, al ver desde el mar los montes que arrojan fuego, y es valerse de aquella luz, para otros tan funesta, para navegar más seguros, al leer ejemplos tan espantosos; humillaos hasta el abismo de todas las culpas posibles, y os aseguraréis de no caer; mirad cómo los grandes Santos temían tanto de su flaqueza, y, aunque fueron leones tan generosos, dormían también como leones, con los ojos abiertos; y vos, que sois medrosa liebre, ¿no queréis temer, como temieron ellos? Habíais de temer mucho más, teniendo tanta mayor ocasión; mas, á lo menos, temed como ellos, y si no otro, como ellos hicieron, poneos firmemente en tierra llana, para aseguraros de no caer.

Después de haber fortificado el entendimiento con el conocimiento de sí mismo, es necesario pensar en fortificar la voluntad, representándole estos tres motivos, para abrazarse con la humildad, y son: *la grandeza de esta virtud, la utilidad, la necesidad.*

Miserable mundo, tan ciego en dar el justo peso á las cosas, que llega á tener por oprobio y falta de corazón y de espíritu el humillarse por el Señor. ¿Cómo puede decir estas cosas sin renunciar primero á su bautismo, á su fe y al nombre de cristiano? ¿Puede, por ventura, negar que Jesucristo no se humilló hasta parecer como un gusano entre los hombres, despreciado y pisado? Ciertamente no lo puede.

negar; y así, ¿quién no ve cuánto el Señor ha sublimado todas las humillaciones, tomándolas El en sí? A este modo, los desprecios y abatimientos han sido ensalzados sobre el trono de la Divinidad, y se han hecho adorables en la Santa Cruz, por lo cual acarrean al alma tanta gloria cuanta puede recibir en esta vida mortal, en la cual nuestra mayor honra es acercarnos á Jesucristo anonadado por la humildad; como la honra de la otra vida será acercarnos á Jesucristo sublimado en la gloria. De suerte que las humillaciones han sido tan estimadas del Verbo divino, que él las mantendrá para siempre y adonde los Santos en el Cielo serán, si bien humildes, pero no podrán ser jamás humillados; y el Verbo divino, permaneciendo en las humillaciones que se dignó tomar en la Encarnación, juntará por todos los siglos á una suma exaltación una humillación infinita. Cuando San Pedro llamó inmundos á aquellos animales que se le pusieron delante en el lienzo que bajó del Cielo al tiempo de aquella su célebre visión, oyó que se le dijo luego: *Quod Deus purificavit tu commune ne dixeris*; no es bien que llames inmundo lo que ha purificado el Señor. De esta suerte debe un alma cristiana oír, con cierta suerte de enojo, las voces temerarias de aquellos mundanos que se atreven á despreciar los actos voluntarios de la humildad, después que el Hijo de Dios, no sólo los ha deificado de paso en su vida mortal, sino

que les conservará en el mismo esplendor y nobleza en su divina Persona, mientras reinará en el Cielo.

El otro motivo es de la *utilidad*. Ninguna otra virtud ayuda tanto á nuestra perfección, quitando los impedimentos é introduciendo las debidas disposiciones, como la humildad. ¿Qué se requiere para que el Océano inunde un país con la avenida de sus aguas, sino que el tal país esté hondo y colocado á lo llano de su ribera? Dios, que es un Océano de todo bien y tiene una propensión tan sin medida de comunicarse á sus criaturas, no halla mayor obstáculo que la soberbia; y así, humillándose el alma como debe, la inunda con una avenida de gracias (Act., x, 15). Asimismo se dice que la humildad es fundamento de todas las virtudes, no porque las preceda á todas, pues no precede á la fe, sino porque remueve todos los obstáculos, y vuelve al hombre capaz de los influxos divinos para conseguir las todas, y principalmente para conseguir y aumentar la caridad, que es la reina de todas. Con un espejo convexo enfrente del sol, no encenderéis jamás el fuego; pero sí con un espejo cóncavo. En vano os presentáis delante de la luz increada con un corazón hinchado por la estimación de vos misma, si pretendéis encender en vos la divina caridad; ella tiene gran repugnancia con la altivez; para encender este dichoso fuego, es necesario un corazón contrito y humi-

llado, y que esté bien persuadido de su propia vileza y de la divina grandeza. No sólo se requiere la humildad para introducir en nosotros las virtudes, sino también para conservarlas. El que junta las riquezas espirituales sin humildad, junta el polvo contra el viento, dice San Gregorio; así, de la suerte que la señal que el olivo nuevamente plantado comienza á arraigarse, es, según dicen los labradores, el ver que baja las ramas y las hojas, así es grande indicio de perseverancia en los buenos propósitos el observar que se han establecido sobre la desconfianza de sus fuerzas, y porque todos faltamos en muchas cosas: *In multis offendimus omnes* (Jac., iii, 2); ved otra ventaja de la humildad, y es suplir por nuestros defectos, y recompensar todas las pérdidas. *Sola humilitas* (dice San Bernardo) *est læscæ charitatis reparatio*. De la misma suerte no se contenta con recompensar lo perdido, nos ahorra la pena contraída con nuestras culpas, aplacándose luego el Señor á vista de un pecador humillado, y trocándole en un justo, como hizo con el Publicano; por lo cual hallaréis siempre en la humildad aquella seguridad que en vano buscáis en otra parte. Cuando con más ímpetu caen del cielo los rayos, no penetran en la tierra más que cinco pies; así, cuanto más se enoje la divina Justicia con las almas y emprenda á herirlas con sus rayos, si oportunamente se bajan á lo profundo de su

miseria y de su nada, no llegarán á tocarlas todos sus rayos.

Si tantas ventajas no bastan á persuadiros la humildad, ¿no bastará á persuadíros la su necesidad? Ciertamente os queréis salvar; luego, si así es, también queréis ser humilde. Vos salvaréis los humildes, dice el Profeta, y humillaréis los soberbios: *Populum humilem salvum facies, et oculos superborum humiliabis* (Ps. xvii, 28). No sólo es estrecho el camino del Cielo, como nos lo enseña el Señor, sino también es baja su puerta, y no se puede entrar con la cabeza alta sin bajarla. Si el Señor, pues, os hace esta gracia de comunicaros un humilde sentimiento de vuestras miserias, alabad al Señor en gran manera, porque podéis confesar con verdad, dice San Agustín, que os ha descubierto los caminos para entrar en la vida: *Notas mihi feciste vias vite*. Por tanto, estableced en vos misma que, aunque podáis entrar en el Cielo sin el acompanyamiento de muchas otras virtudes, pero no sin el de la humildad, porque sin éste, hasta ahora, ni entre los hombres ni entre los ángeles, ha entrado uno tan solo: *Visi efficiamini sicut parvulus iste, non intrabitis in regnum celorum* (Matth., xlviii, 3). Oid si habla claro el Señor. Y, en fin, el demonio también otras veces ha declarado que no perdía la esperanza de ganar un alma por verla sublime en santidad, confiando el maligno que la podría indu-

cir á ensoberbecerse, principalmente antes de morir, y así echarla al profundo con el peso de sus mismas riquezas y dones.

ACTOS POR LOS CUALES SE PODRÁ EJERCITAR  
LA HUMILDAD

El humildísimo San Francisco de Borja nos da el camino para la práctica de esta virtud, no sólo con el ejemplo, sino también con un libro suyo, que dió á la estampa siendo aún Duque; en él enseña á confundirse cualquier suerte de personas, principalmente religiosos. Con esta guía, aprended á humillaros *para con Dios, para con el prójimo y para con vos misma.*

*Para con Dios*, poneos muchas veces delante de El; y, después de haber levantado los ojos á la incomprensible alteza de Su Majestad, bajaos á lo profundo de vuestra miseria, y decíos á vos misma: si Dios te quitase todo el bien que te ha dado y todo lo que es suyo, ¿qué te quedará al fin? Un abismo de nada y de pecados. Este abismo, pues, eres tú por ti misma, y como tal te debes tratar, porque, á la verdad, tal eres delante de los ojos de Dios, y tal es la estimación que de ti hace la Sabiduría divina.

Pasad después á admirar la bondad del Señor, que ha escogido colocar sus dones en un hondo tan afeado como sois vos, y en un co-

razón tan ingrato, pudiendo colocarlos tanto mayor en las otras Hermanas vuestras y en las otras criaturas, que hubieran sacado tan gran fruto. En esta confusión, despojaos sinceramente delante de Dios de todo el bien que tenéis natural y sobrenatural, confesando que no es vuestro, sino del Señor, y que vos no lo habéis jamás merecido antes de tenerle, y, después de haberle liberalmente recibido, no lo podéis conservar. Pedidle después perdón de haberós usurpado tantas veces la gloria que se le debía á El solo, y, declarándoos que habéis sido ladrón de su honor, hacedle una solemne restitución. Confesad también con sinceridad que, no sólo sois inútil para todo el bien, y desmerecedora de su ayuda y providencia, sino que sois digna de todo mal y de toda infamia, de toda persecución y de toda miseria: y que, si todos conocieran vuestra maldad como la conoce el Señor, huirían todos de vos como de un hediondo cadáver, que con su podre inficiona por todas partes, y con su hedor apesanta al que se le acerca. Finalmente: porque esta misma confusión debe engendrar una gran confianza en aquel Señor que tan voluntariamente enriquece á los pobres, después de haberse del todo sujetado á su grandeza, pasad á pedirle su ayuda para todas vuestras necesidades, y no dudéis que en esto os falte: *Subditus esto, Domino, et ora eum, et ipse faciet*; así lo asegura el Profeta (Ps. xxxvi, 7).



*Para con el prójimo*, conviene entender que, así como es genio propio de la soberbia considerar en sí solamente los dones y en los otros los defectos, así es genio propio de la humildad considerar en el prójimo el bien que tiene de Dios, y en sí sólo el mal que tiene el hombre por sí mismo. De aquí nace en el humilde el no despreciar jamás á ninguno, aunque parezca despreciable, ó por faltas de bondad ó de talentos naturales, sino en lo interior del corazón reputar á cada uno superior á sí mismo, y en lo exterior mostrarle la honra que él se merece, según el grado. Y en este modo de comparar sus deméritos propios con los méritos que echa de ver en los prójimos, está fundada aquella gran palabra, que tantas veces ha salido de la boca de los mayores Santos, y es ser ellos los mayores pecadores del mundo. Así lo publicó principalmente San Pablo, así San Francisco, así Santa Catalina de Sena, y de uno en otro, cuanto más se han adelantado los Santos en la perfección, tanto se han adelantado en esta humilde persuasión. Y la razón de esto y de esta persuasión era, en primer término, lo que hemos dicho, esto es, que los Santos, entendiendo que debían ser jueces de sí mismos y no del prójimo, en sí mismos se portaban como jueces, condenándose con rigor por el mal que tan claramente echaban de ver en sí, y para con el prójimo se portaban como una madre que excusa cual-

quier defecto de su hijo y no sabe considerar en él sino el bien. A más de esto, así como el que tiene mucho que hacer en su casa propia, poco ó nada sabe de la ajena, así los Santos, ocupándose de continuo en la consideración de sus culpas, poco ó nada atendían á las ajenas; y las mismas que se les venían al encuentro sin buscarlas, ó las excusaban ó las disminuían, ó las referían á la inadvertencia ó á la fuerza de la tentación y pasión. Los Santos también, no sólo comparaban sus defectos con el bien que echaban de ver en el prójimo, sino que los comparaban también relativamente con las gracias que habían recibido de Dios. Si un asesino de caminos, decía el humilde San Francisco, hubiese recibido las luces y favores que Dios tan liberalmente me ha dado, sería un serafín de amor, yendo yo en este ínterin arrastrando por la tierra como un gusano. Finalmente, lo que sobre todo causaba estos humildes sentimientos en los Santos era el penetrar bien adentro en la malicia del pecado, y quedar del todo persuadidos del gran mal que encierra un mínimo acto contra la divina voluntad; y así como un herido de pasmo juzga que no hay otro en el mundo más enfermo que él, así estos heridos en el corazón de un sumo pesar de haber ofendido á la suprema Majestad del Señor que tanto aman, juzgan que no hay en el mundo reo semejante á ellos. Ni hay en esto mentira; porque, debiendo cada uno de-

testar más una culpa ligera en sí mismo que un pecado gravísimo en los otros, se sigue en la práctica que el que se acostumbra á pesar sus pecados con este justo peso, adquiere un hábito de reputarse mayor pecador que todos los otros, y de ponerse en su corazón á los pies de todos.

*En orden, pues, á sí mismo*, es amplísima la esfera de la humildad, tanto en evitar el mal de la soberbia, cuanto en procurar el bien que lleva consigo esta virtud. En pensamientos y deseos se evita el mal de la soberbia, huyendo y reprimiendo aquella interior complacencia y estimación propia que causan en nosotros los dones de la gracia que con tanto amor nos ha concedido el Señor: *Nos autem, nos spiritum hujus mundi accepimus, sed spiritum, quid ex Deo est, ut sciamus, quæ a Deo donata sunt nobis.* (II Cor., II, 12.) Por otra parte, este mismo bien no se nos ha comunicado para que nos sirva de gloria, sino para gloria del dador; y, á más de esto, nosotros le podemos perder cada momento, y quedar del todo privados de él, y cuando el Señor nos le conserve, comparado con los inmensos bienes que Dios goza como Océano de perfección, es siempre un bien de nada. Esto supuesto, un alma humilde é ilustrada de la verdad, en vez de complacerse vanamente de sus riquezas, teme más que nunca á sus enemigos, como una nave más rica teme más el encuen-

tro de los corsarios; y á más de esto, mirando esta misma abundancia como un bien de Dios y como un empréstito que le ha hecho, está más que nunca solícita de la cuenta que ha de dar; así también, un corazón humilde huye las alabanzas y las teme también como un viento apestado, y, como acostumbraba decir la Beata Catalina de Génova, cuando uno es alabado, entiende luego que no se habla de él, sino de los dones que en él ha puesto el Señor. Y esto verdaderamente es un ser grande, despreciar tanto las alabanzas cuanto los vituperios. ¿Habéis jamás entendido que el águila vaya á caza de moscas? *Sicut Angelus Dei, sic est Dominus meus Rex, ut nec benedictione, nec maledictione moveatur.* (II Reg., xiv, 17.) Finalmente, en las obras, el cuidado principal de un humilde es huir los puestos honrosos, y las preeminencias principalmente del siglo, ó por juzgarse indigno, ó por juzgar que no tiene cabeza bastantemente firme para regir un puesto tan alto.

En cuanto á la otra parte de procurar el bien de la virtud, y no sólo de evitar el mal de la soberbia, el que es de veras humilde de corazón, en todas las ocasiones se juzga indigno del bien que tiene y del que no tiene aún; indigno de estar en la presencia de Dios y de alabar al Señor, si ora; indigno de llegarse á los Sacramentos, si se allega; indigno de ser consolado, si el Señor le consuela; indigno de

padecer con los Santos, si el Señor le aflige; indigno de la compañía de los buenos; indigno de la comida que toma, del descanso de la salud y del servicio que de las criaturas recibe; y tiene por firme que todo lo que no es Infierno y separación eterna del Sumo Bien, todo es menor que su deuda. En palabras: como se guarda con grande advertencia de no alabarse, así también no es fácil para hablar de sí, ni aun en vituperio, por que el tal hablar no sirva como de asidero para atraerse á sí la honra y la estimación de los otros; pero, cuando es inducido á manifestar sus defectos, lo hace con ánimo de que sean creídos por verdaderos del que los oye. En obras: toma prudentemente todas las ocasiones de ejercitar la humildad, eligiendo los oficios más bajos, el vestir más desusado, el puesto menos honroso, el empleo más rehusado de los otros, y todo esto para satisfacer aquel interior conocimiento por quien se juzga inútil para todo el bien; es tanto más pequeño en sus ojos, cuanto es más grande delante de Dios; al modo de las estrellas que, cuanto están más altas, tanto en nuestro mundo parecen más pequeñas, aunque de verdad en sí mismas sean de una desmesurada grandeza. Este es un bosquejo de un alma humilde, que, ejercitándose generosamente en estos actos, llega al fin á tal término, que, no sólo tolera con paciencia las injurias y desprecios, sino que anhela á ellos

con más ansias que los ambiciosos á las honras, á fin de imitar á aquel Señor que ha dado á la humildad este hermoso título de virtud propia suya, como allá los Santos Apóstoles, que tanto se juzgaban honrados por las contumelias recibidas por causa de su Maestro: *Ibant Apostoli gaudentes a conspectu Concilii, quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati.* (Act., v, 41.)

---

## MEDITACIÓN II

### PARA EL CUARTO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

#### SOBRE LA PARÁBOLA DEL HIJO PRÓDIGO

1. Considerad la *partida* de este hijo de la casa del padre: mostróse verdaderamente este joven estar sin juicio; pues ¿qué cosa le faltaba bajo el gobierno paterno, siendo proveído, servido, acariciado, reconocido por heredero, y poco menos que señor de todas las cosas? Pero el deseo de una engañosa libertad de hijo le redujo á envidiar la condición de siervo; comenzó á arrepentirse de aquella vida sujeta siempre á la obediencia; comenzó á disgustarse de aquel vivir á su modo, de aquel tratarse como los otros, y este tedio y esta

gana le persuadió á pedir licencia de partirse, y le aconsejó á pedir la parte en aquella herencia que toda entera se le había destinado. ¿Habéis jamás partido también vos de la casa del Padre Celestial, alejándoos de El con la memoria, abandonando el acostumbrado ejercicio de la oración por divertir os en vanas ocupaciones, y por conceder vuestro corazón al amor de alguna criatura negándole á Dios? Si os habéis entregado á estos desórdenes, vuestra partida no procederá de otro que de este mal nacido deseo de libertad. ¿Qué os faltaba también á vos cuando os dejasteis guiar del todo de la providencia de vuestro Dios, que, no sólo os tenía en su casa, sino que os tenía siempre en sus brazos? Y vos, falta de juicio, quisisteis vivir á vuestro modo y serviros, contra vos y contra Dios, del arbitrio de la voluntad que os había dado, y por quien os sujetasteis con sumo mérito á sus paternas disposiciones. ¿Y á ésta llamáis vos también libertad? Si fuerais prudente, echaríais de ver presto que no hay más triste esclavitud que el serviros á vos misma. La verdadera libertad de una nave es estar bien recomendada á buena áncora, con buenas gúmenas en medio de una tempestad, y la verdadera libertad de un alma es estar sujeta al divino querer y depender toda de él, y del que está en su lugar, que son los superiores. Detestad esta falsa libertad si ya la habéis admitido, y, reco-

nociéndoos indigna de que Dios tome el cuidado de vos, proponed que no saldréis jamás de su casa, sino que viviréis del todo sujeta á su gobierno, comenzando en la Tierra á hacer su voluntad, como se hace en el Cielo.

II. Considerad la *estancia* de este pobre joven fuera de la casa paterna, y los daños que le sobrevinieron. Estos daños fueron en particular cuatro: el primero, fué el consumir malamente toda su parte de herencia; el segundo, el sujetarse por servir á un dueño cruel; el tercero, el emplearse en la más vil de todas las ocupaciones, que es apacentar animales inmundos; el cuarto, reducirse á tanta hambre, que le faltase lo que no faltaba á su vil rebaño de puercos. Ved á do llega un alma que se aleja de la casa de Dios. Desde el principio, sólo como por divertimento, la miserable poco á poco llega á perder la gracia y la amistad del Señor, con todas las inmensas riquezas de las virtudes que la acompañaban; se sujeta á su mayor enemigo, que es el demonio, el cual la maltrata, de suerte que, haciendo olvidar su nacimiento y su educación en el lugar santo, la emplea en la ocupación más vil que haya en el mundo, que es el apacentar los apetitos brutales, en cuyo indigno ministerio no puede ni aun contentarse á su placer; de suerte que, creciendo más su hambre cuanto más se alimenta de una tan vergonzosa comida, viene á faltarle lo que sobra



á las bestias del campo. A este tan espantoso término han llegado más de una vez aquellas mismas almas que estaban antes sustentadas con mucho regalo en la casa de Dios: *Qui nutriebantur in croceis, amplexati sunt ster-cora.* (Thr., v, 4.) Si teméis vos algo de este precipicio, guardaos desde los primeros pasos, porque cualquiera que en él cae, jamás á los principios se imaginó que caería; y ¡cuántas veces os habéis encaminado hacia un término tan funesto, y el Señor, con su providencia, os ha cortado los pasos! Agradecédselo, pues, con verdadero corazón; pasmaos de vuestra temeridad y del peligro en que habéis incurrido, pues á tantico que el Señor os hubiera dejado en mano de vuestra voluntad, os hubierais perdido: *Nisi quia Dominus adjuvit me, paulominus habitasset in inferno anima mea* (Ps. xciii, 72); proponed de dejaros guiar en todo y por todo de vuestro Padre Celestial, y pedidle que si alguna vez, abusando de vuestra libertad, intentáis saliros de casa, os cierre el camino con las espinas de tantas tribulaciones, que volváis luego atrás.

III. Considerad la *vuella* de este miserable joven á la casa del padre, y los estímulos que tuvo para volver á ella, que fueron tres. El primero, fué ponderar con atención la miseria del estado presente; el segundo, el comparar esta miseria con la suerte del que habitaba en casa del padre; el tercero, concebir una viva espe-

ranza del perdón, por la bondad tantas veces experimentada del mismo padre. Todo esto es necesario que tengáis también vos. Es necesario entrar un poco en vos misma, y pensar con madurez en la miseria de vuestro corazón cuando está lejos de Dios, de suerte que no hagáis como los esclavos que ya han hecho callos con los golpes, que no sienten ya el azote. ¡Cuántas inquietudes, cuántos escrúpulos, cuántas angustias, cuántas pérdidas de incomparables tesoros de la divina gracia y favores divinos! ¿Será posible que ni á vos misma queráis creer, y, después de tantas pruebas en contrario, confiáis todavía hallar el bien fuera de Dios? Comparad un poco el estado presente de vuestra tibieza con el estado de fervor que tuvisteis otras veces en vuestros ejercicios de piedad, mortificación y caridad; comparadle con el fervor de las otras personas en medio del mundo. ¿Cuántos siervos, esto es, cuántos seculares de vida buena, aunque estén como en un estado de servidumbre, en comparación de los religiosos, que son los hijos, tienen todavía saciado su corazón por una paz sobreabundante y vos perecéis de hambre? ¿Qué empleo, pues, más indigno de una esposa del Señor que ir tras de apacentar sus sentidos y contentar sus bestiales apetitos? Haced, pues, una resolución generosa: *Surgam, et ibo ad Patrem meum*. (Luc., xiii, 18.) Levantaos de aquel lodo, y encaminaos á largos

pasos á encontrar á vuestro Padre, en cuyos brazos está vuestra salud, vuestra paz y vuestra eternidad. ¿Qué teméis? Si habéis perdido por vuestra culpa lo que es propio de un hijo, ¿no ha perdido él, por su bondad, lo que es propio de un padre? Y así vos, que seguís el ejemplo de este pródigo desperdiciador en el pecar, seguid el ejemplo en arrepentiros. Humillaos hasta la tierra en la presencia de vuestro Dios; confesad delante de El y de su corte celestial haber errado, y que no merecéis ser tratada como las otras en la casa del Señor, habiendo contaminado con vuestro mal vivir el lugar santo de la Religión, que es un eterno paraíso, y digno de ser sólo habitado de quien vive una vida de ángel. Ejercitad en vos una confianza grande de que vuestro Padre Celestial, viéndoos tan miserable que ni aun tenéis zapatos en los pies, movido á piedad os salga al encuentro, se eche sobre el cuello abrazándoos, y os dé el ósculo de paz, os haga vestir de hábitos de virtud y se olvide de todos vuestros pecados; y vos entre tanto, admirada de esta infinita caridad, detestadlos más que nunca; proponed de hacer una continua penitencia, y pedidle gracia para no apartaros jamás de su gobierno y de la obediencia que le debéis por tantos otros títulos.

## EXAMEN PARA EL CUARTO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

### SOBRE EL ESTADO DE VUESTRAS FALTAS Y DE VUESTRAS VIRTUDES

I. Examinad la cuenta que hacéis de los pecados veniales, y el camino que tenéis de evitarlos. Si huisteis sólo los pecados mortales y admitisteis libremente todos los veniales, ¡pobre de vos! No se podría hacer sino un mal juicio de vuestra salvación; porque, así como el que muchas veces se desmaya, al fin muere de improviso, así el que muchas veces cae en pecados veniales deliberados, finalmente en ellos muere. Observad, pues, si estáis bien resuelta de no cometer deliberadamente ninguna falta, y si en vuestro corazón tenéis el debido horror á esta suerte de culpas del todo voluntarias, las cuales, aunque no rompen la amistad que hay entre el alma y Dios, todavía mucho la enflaquecen. Lo primero, porque esta amistad perfecta consiste en la unión de nuestra alma con el Señor, y el pecado venial impide esta íntima actual unión de nuestro espíritu con el mismo Señor. Lo segundo, porque la amistad entre Dios y el alma se funda en la santidad, y el pecado venial se opone á esta más perfecta santidad. Lo tercero, porque la amistad requiere semejanza y una tal igual-

dad entre los amigos; y el pecado venial, parte impide esta mayor semejanza, y parte la mancha. Lo cuarto, porque la amistad requiere una conformidad de pareceres y de voluntad, y el pecado venial deliberado patentemente se opone á la voluntad del Señor, tan claramente conocida. Lo quinto, porque la amistad requiere el ser notoria á los amigos, y el pecado venial vuelve siempre más dudosa la gracia divina. Lo sexto, porque la amistad requiere la comunicación de los secretos, y el pecado venial hace que Dios se esconda al alma y que el alma tema de presentarse delante de Dios. Lo séptimo, porque la amistad requiere que el amigo no viva para sí, sino para el amigo, y busque los intereses de él más que sus propios, y el pecado venial vive para sí y para sus propias conveniencias, y con esto pone siempre al alma en riesgo de perder del todo la caridad y la constancia que le es tan propia. Por tanto, ó es necesario renunciar manifiestamente á la perfección, ó resolverse del todo á no dar lugar á ninguna culpa venial con plena advertencia. Primero, ved, pues, si cometisteis ninguna de esta suerte de culpas, y si frecuentemente ó pocas veces. Segundo, si las cometisteis por alguna gran tentación, ó también por cualquiera ligera ocasión que se os ofrezca. Tercero, si habiendo propuesto de huir todos los pecados veniales cometidos adrede, queréis con todo con-

servar las ocasiones que frecuentemente os inducen á la caída. Cuarto, de cualquiera suerte que sea la materia en orden á la cual pecasteis venialmente, porque una cosa es pronunciar voluntariamente palabras inútiles, otra cosa es murmurar voluntariamente de los hechos ajenos, ó faltar en otra manera contra algún otro objeto que en su género sea pecado grave, y solamente sea leve por accidente. Quinto, qué dolor tenéis después de haber incurrido en alguna semejante falta, ó si os arrepentís sólo por vuestro daño, ó principalmente por el disgusto del Señor. Sexto, qué fruto sacáis de vuestras caídas por medio de la humildad, reconociendo vuestra flaqueza; y por medio de la penitencia, recompensando con nuevo fervor y con nuevas mortificaciones el descuido pasado.

II. Examinad el estado de vuestras virtudes, si con el fervor y ayuda de la divina gracia habéis adquirido alguna, para perfeccionarla y promoverla. Primero, ved si en vos hay algún grado considerable de virtud, y éste le conoceréis de estas dos señales: la una si ejercitáis la virtud en los casos repentinos y no previstos, porque esto muestra que obráis por hábito; la otra, si la facilidad que experimentáis en obrar virtuosamente nace de muchos actos repetidos en tal materia, y de haber, en orden á ella, vencido muchas veces; porque, de otra suerte, la facilidad que nace de la

devoción sensible, y se halla también en los principiantes, no es virtud. Segundo, en qué suerte de virtud os ejercitáis más de propósito, si en las teologales, que os unen inmediatamente con el Señor, ó si en aquella suerte de virtudes que pertenecen más al padecer que al obrar; porque éstas no son muy difíciles; y más presto vencen el amor propio. Tercero, con qué fervor ejercitáis estos actos virtuosos; porque un acto generoso vale más para adquirir la virtud, que cien remisos. Cuarto, con qué suerte de intención practicáis la virtud; porque la intención es el alma de las obras virtuosas, y el camino más perfecto de practicarla y ejercitarla en la caridad, esto es, para agradar á Dios: *Omnia vestra in charitate fiant.* (I Cor., 16. 14.)

#### ADVERTENCIAS

PARA EL TIEMPO QUE EN LOS EJERCICIOS  
SE DA Á LA VÍA CONTEMPLATIVA

El fin de las meditaciones de la vía iluminativa es, después de haber quitado los impedimentos, introducir las disposiciones para una perfecta caridad, incitándose á la imitación de Jesucristo en todas las virtudes, con la consideración de los misterios de su vida divina y de su muerte. Esta consideración es de tanta importancia, que el mismo Señor llegó á decir que la vida eterna consistía en conocerle: *Hec*

*est vita æterna, ut cognoscant te Deum, et quem misisti Jesum Christum* (Joan., xvii, 3); porque, conociendo vivamente la infinita dignidad de su Persona y los admirables ejemplos que nos ha dejado, nos animamos á servirle, y, caminando sobre sus pisadas, llegamos con seguridad á vivir eternamente en el Cielo. Para que podamos, pues, sacar fruto de esta suerte de meditaciones, observaréis las advertencias que se os dieron para las meditaciones de la vía purgativa, variándolas algún poco, como se sigue.

I. No leáis de propósito y no os pongáis á considerar otro misterio que el de la meditación corriente de una en otra.

II. Luego que despertéis, procurad excitar en vos el deseo de conocer mejor y de imitar con más cuidado las virtudes de Jesucristo; de regular vuestra vida con sus máximas, y de compadeceros de sus dolores cuando consideráis su Pasión, no admitiendo entre día aquella suerte de pensamientos que no son acomodados al fin de vuestras consideraciones.

III. Valeos también, ó de la mayor obscuridad de la celda, ó de la luz mayor, según que más os aprovecha para excitar la devoción, ó para conseguir el fin que en este tiempo se pretende.

---



## MEDITACIÓN III

### PARA EL CUARTO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

#### SOBRE EL REINO DE CRISTO

1. Considerad á Cristo Nuestro Redentor, en semejanza de un rey de suma majestad, poderosísimo, sapientísimo, amorosísimo para con los suyos, y dotado de todas las prerrogativas que se requieren para gobernar, pues que El también por su sacratísima humanidad tiene el ser Rey de reyes y Señor de señores: *Habet in fcmore suo scriptum, Rex regnum, et Dominus dominantium.* (Apoc., xix, 16.) Imaginaos, pues, que Cristo, convocando á todos los hombres, y á vos entre ellos, declara públicamente que su resolución es de expugnar á los suyos y nuestros enemigos, mundo, demonio y carne; y así, que convida á cada uno para la empresa, con esta ley: que Cristo, que es el Rey, vaya delante de todos en la batalla, y que durante la guerra sea el primero en las incomodidades del vivir, el primero en los riesgos del pelear, el primero en recibir las heridas, después de las cuales la victoria y el premio sea todo de sus soldados. Y ved que, como El ha cumplido exactamente esta ley, viviendo en compañía de la pobreza, del dolor

y del desprecio todos sus días, así le han seguido innumerables almas sobre las triunfantes pisadas de sus ejemplos, y, después de haber peleado contra los enemigos, ahora triunfan con El en el Cielo. Y vos ¿qué hacéis? ¿Qué respondéis al convite? ¿Tendréis tan poco corazón que rehuséis de salir en campo, bajo la conducta de un tan excelso Rey, que con seguridad os promete la victoria? Mirad bien que la guerra es breve, y el triunfo dura para siempre; y los enemigos que quiere sujetar Jesucristo son más enemigos vuestros que suyos; porque á El no le pueden privar de su reino, pero á vos sí. Ea, pues, ofreceos generosamente á seguir á este Señor de más cerca. y á imitarle en todo con gran corazón y ánimo. Y, por ventura, este negocio ¿requiere mucho tiempo para deliberar? ¿Puede veniros otro que una suma felicidad de acercaros á vuestro Dios? Confundíos de vuestra vida pasada, tan contraria á la vida de Cristo, pues habéis tenido por contrarios vuestros á los que El ha tenido por sus compañeros, la pobreza, la penitencia, las humillaciones; asemejándoos más á Lucifer, cabeza de los pecitos, que á vuestro Redentor, cabeza de los predeterminados; pedidle gracia para mirar con otros ojos en lo porvenir las cruces que os envía; esto es, miradlas como ennoblecidas y deificadas por su ejemplo, de suerte que, viviendo aquí como compañera suya en el sufrir, seáis

después compañera suya para siempre en el gozar: *Si sustinebimus, et corregebimus.* (II Tim., II, 12).

II. Considerad *tres suertes de personas* que pretenden seguir á Cristo en esta guerra. La primera se para toda en admirar la justicia de esta causa, pero nunca se resuelve á tomar las armas para pelear y vencer; esto es, no se resuelve jamás á aplicar los medios necesarios para imitar los ejemplos de Jesucristo, según lo que El nos pide. La segunda es de aquellos que toman las armas y salen al campo, pero quieren pelear á su modo, poniendo sólo los medios que son conformes á su genio, y no los que pide el divino querer; queriendo antes ir delante del Señor que seguirle. La tercera es de aquellos que, persuadidos que todo nuestro bien y toda la gloria que podemos dar al Señor consiste en imitar los ejemplos de Jesucristo y dejarnos guiar de El, no sólo aplican los medios con resolución, sino también sin reserva de su propia voluntad; por lo cual están al doble dispuestos para seguir al Señor, y para seguirle por el camino que El quiere de ellos; dispuestos para pelear, y para obedecer peleando; pudiendo lo decir que su corazón está dos veces aparejado: *Paratum cor meum, Deum; paratum cor meum.* (Ps. LVI, 7.) Y vos, hasta ahora, ¿en qué número entráis? Por ventura queréis y no queréis, como lo hace el hombre perezoso: *Vult,*

*et non vult piger?* (Prov., xiii, 4); porque querriais la virtud sin el trabajo de ejercitarla; querriais la humildad sin la humillación; la pureza sin mortificaros; la paciencia sin encontrar qué padecer. Que si también os disponéis á obrar bien, pero queréis hacerlo á vuestro modo, anteponiendo las devociones privadas á las observancias públicas, atrayendo la voluntad de vuestros superiores á vuestro querer, confundíos, pues, por este abuso, y detestadlo sumamente: ofreceos al Señor como una cera blanda en sus manos, y no para dar vos las leyes, sino para recibirlas: *Sequar te, quocumque jesis* (Luc., ix, 57): rogad, por último, á este gran Rey del Cielo y de la Tierra que os dé gracia que, á su imitación, el hacer la voluntad del Padre Celestial sea vuestra comida y toda vuestra recompensa en lo porvenir.

III. Considerad *tres grados*, por los cuales se llega á seguir á Jesucristo de cerca, y á vencer en esta guerra que se ha emprendido contra nuestros enemigos. El primero es sujetarse de tal suerte al divino querer, y abrazar de tal suerte la cruz del Salvador, que la persona quiera primero perder la misma vida que apartarse de El por un pecado mortal. El segundo consiste en unirse á la voluntad del Señor y á su cruz tan estrechamente, que se resuelva la persona antes morir que disgustar al Señor en cosa alguna, aunque mínima,

con plena advertencia, pecando venialmente. El tercero consiste en una adhesión tan perfecta á la voluntad divina y á la imitación de Jesucristo, que cuando fuese igual bien del alma la pobreza y la abundancia, la humillación y la honra, la comodidad y la mortificación, elegiría más presto la pobreza, el desprecio y la cruz, para sujetar la propia sensualidad, y asemejarse mejor á aquel Señor que hizo semejante elección por nuestro amor: *Proposito sibi gaudio, sustinuit crucem.* (Heb., xii, 2.) Examinad ahora aquí cuán lejos estáis de este grado; á lo menos animaos á llegar con el deseo; y en el ínterin poned bien en los otros dos, refirmando los clavos de vuestros santos propósitos de tal suerte, que, no sólo os pasméis al nombre del pecado mortal, sino aun también al de un pecado venial, con plena deliberación cometido, pues éste también desagrade á nuestro Dios. ¿Paréceos, por ventura, que no merece el Señor tal horror á todo lo que es contrario á su divino querer? ¿Qué importa que sea pequeña la materia de vuestra transgresión? No es pequeño atrevimiento el anteponer en aquello poco vuestro gusto con el de vuestro Esposo Celestial. Con esto no le dais del todo á Dios el tratamiento de grande que en Sí tiene; y si el mínimo grado de su gloria debe justamente preferirse al bien de todas las criaturas, ¿qué injusticia será el posponerlo á un bien de na-

da, como es el contentar tan escasamente una pasión vuestra? Confundíos por vuestra pasada ignorancia y por vuestra ingratitud para con el Señor, que os ha amado y os ama con tanto exceso; ofreceos á guardar en adelante con toda diligencia esta ley de sujeción y de amistad, de no darle advértidamente jamás algún disgusto, y rogadle que os asista en tal modo con su gracia, que jamás volváis atrás de observar lo que habéis ofrecido, sino que, prosiguiendo constantemente en pelear con El y por El, lleguéis finalmente á vencer y triunfar con El y por El en el Cielo por todos los siglos.



## MEDITACIÓN IV

### PARA EL CUARTO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

#### SOBRE EL BENEFICIO DE LA ENCARNACIÓN

I. Considerad *el profundo* donde estaba sumergida la naturaleza humana por el pecado y por la eterna condenación que se le seguía al pecado. No había fuerza alguna criada que pudiese librarnos de tanto mal, de suerte que, incluyéndose en el pecado mortal una expresa injuria del Criador y una cierta infinidad de

malicia, no podían, ni aun todas las criaturas posibles, recompensar dignamente esta misma malicia, y satisfacer dignamente á Dios por tal injuria; juzgad si podían hacer tanto los hombres, que estaban tan manchados de maldad y eran abominables sobre toda criatura delante del Señor. Por tanto, si todos los ángeles hubieran estado en nuestro favor, no sólo no hubieran remediado nuestro mal con ofrecerse á ser aniquilados por nosotros, pero ni aun hubieran, por toda la eternidad, hallado un modo con que contentar la divina Justicia, de suerte que volviese á poner al hombre en su gracia. Reconoceos en esta gran desesperación de salvación, y colocaos con la consideración en aquel grande abismo de esclava del demonio, enemiga de Dios y condenada á morir eternamente, para humillaros y agradecer á vuestro divino Libertador; con todo vuestro corazón, confundios de haberos olvidado tanto de un favor tan excelente; juzgad entre vuestros afectos el que amáis más tiernamente, y ofrecedle á este gran Señor por víctima y reconocimiento de haber empleado su divina sabiduría en hallar modo con que sacaros del profundo de todos los males, y volver á poner en buen estado vuestra causa, del todo perdida; rogad al Señor que, pues os obliga tanto con los excesos de su amor, os conceda luz para conocerlos, para hacer la debida estimación y para no vivirle del todo ingrata.

- II. Considerad *la alteza* del puesto á que habéis sido levantada por la divina Encarnación. Podía Dios, con una simple condonación extrínseca, libraros del mal de la eterna condenación, como hace un príncipe dando la vida á un reo condenado á muerte, y esto mismo habría sido un incomprensible beneficio. Pero el Señor no se contentó sólo con sacaros del abismo de todos los males, sino que os ha levantado á un estado divino por medio de la gracia santificante; os ha adoptado por hija y hecho para siempre heredera de todos sus bienes en el Cielo. Ahora, ¿quién podrá medir la distancia infinita que hay entre aquel profundo y esta alteza, entre el estado de un pecador condenado al Infierno y el de un justo destinado á la Gloria? Quedan los serafines atónitos midiendo estos dos extremos; y vos ¿no os sentiréis, ni aun ligeramente, tocar el corazón por un tan estupendo favor? Añadid también que, previendo el Señor nuestra locura en despreciar nuestro tesoro y en precipitarnos de nuevo de la alteza de la gracia al profundo del pecado, ha dejado también modo con que restaurar la pérdida con la penitencia y sacramentos, para volvernos á poner de nuevo en el puesto abandonado. Y ¿dónde hallaréis vos entre los hombres ni aun una sombra de semejante caridad? Y, con todo, ¿tanto os juzgáis obligada á cualquier pequeña demostración de las criaturas para con vos! Si os olvidáis de



vuestro Bienhechor, si rehusáis de servirle de veras, y mucho más si volvéis á ofenderle, no hallaréis igual ingratitud ni aun entre los demonios, los cuales no han recibido jamás semejantes favores, sino que, después de haber caído una vez, han sido para siempre abandonados en su ruina. Confesad, pues, vuestra ingratitud, y humillaos hasta los pies de los mismos demonios, menos ingratos que vos; proponed de darlo todo por aquel Señor que ha hallado tantos modos para haceros bien, y, después de haber ejercitado con los ángeles rebeldes tanto rigor, se ha enternecido tanto sobre vuestras miserias, y pedidle que, pues su amor para con vos no se ha dejado apagar con la avenida de vuestros pecados, os conceda gracia para que vuestra correspondencia para con El no se deje vencer de ningún trabajo.

III. Considerad *el medio* de que se ha valido el Señor para haceros tanto bien. Este medio ha sido humillarse á Sí mismo, comunicando su divinidad á la naturaleza humana, en quien pudiese padecer y morir por nosotros. En esta asumpta naturaleza, no sólo se privó de aquella gloria y felicidad que era debida desde el primer instante de su Concepción á su santísimo Cuerpo, sino que, en su lugar, abrazó fatigas, pobreza, oprobios y muerte de Cruz, hasta sufrir más de lo que había jamás padecido hombre alguno sobre la Tierra, tanto de

sus enemigos exteriormente en sus divinos miembros, cuanto interiormente en su corazón por otros dolores, incomparablemente más grandes, que se les acrecentó su amor. Ahora, la mínima humillación de esta excelsa Majestad y la mínima pena prepondera con infinita ventaja á cuanto jamás podían ó hacer ó padecer por vos todas las criaturas pasibles. ¿Qué beneficio, pues, será un abismo de ignominias y tormentos en que por vos se ha metido un Dios hecho hombre? Si el Señor, para haceros bien, criase otro mundo aposta para vos, ¿cuánto os juzgaríais obligada por un tan grande favor? No hallaríais ni afectos ni palabras que fuesen bastantes para agradecerlo; y, ahora que recibís un beneficio infinitamente mayor, ¿quedáis fría y no sabéis amar al que tanto os ha amado? Si fueseis condenada, no sería El por eso menos feliz, y, con todo, parece casi que no sabe ser dichoso sin daros parte. ¿Qué más podía hacer el Señor, si hubiera tratado, digámoslo así, de asegurar su divinidad, de lo que ha hecho para mereceros y para asegurarnos la eterna bienaventuranza? Y vos ¿no queréis hacer por El lo que haríais por un esclavo si hubiera expuesto su vida para defender la vuestra? ¿Qué deben, pues, decir los ángeles de vuestra ingratitud? Y ¿qué dirían los hombres si la conocieran bien? ¿Qué debe decir el Señor? A la verdad, si las vidas de todas las criaturas fueran vuestras y todas las hubierais

empleado en obsequio de vuestro Redentor, no pagaríais ni aun una mínima parte de vuestra deuda; juzgad qué deuda os queda, pues no empleáis ni aun la miserable vida que tenéis en corresponder á vuestro Dios. Confundíos, por último, considerando vuestra ingratitud, por quien, no sólo habéis trocado con amor los excesos de la divina caridad, sino que los habéis trocado con ofensas; agradeced al Señor lo que ha sufrido de vos; ofreceos á su divina voluntad, para que disponga de vos á su modo, como de cosa suya; pedidle con toda instancia que con el fuego inmenso de su caridad consuma toda vuestra ingratitud y os mude en otra, de suerte que en adelante no admitáis en vuestro corazón otro amor que el suyo.

---

## MEDITACIÓN PRIMERA

### PARA EL QUINTO DÍA DE LOS EJERCICIOS

#### SOBRE EL NACIMIENTO DE JESUCRISTO

1. Considerad que nace el Señor en este mundo para hacerse vuestro Maestro, y así, haced cuenta que el establo sea la escuela, el pesebre la cátedra, y el ejemplo la voz de este

pequeño niño. La primera lección que os da es de *pobreza*. ¡Mirad á qué miseria se ha reducido por vuestro amor el que distribuye todos los bienes de esta y de la otra vida, y llena con abrir su mano todas las criaturas de bendiciones! ¿Dónde está el palacio? ¿Dónde los aparatos? ¿Dónde la noble cuna? ¿Dónde el cortejo de criados? Visitad parte por parte la cueva: no sólo no hallaréis cosa superflua, sino gran falta de todo lo necesario, pues Jesucristo nace casi al descubierto, á la media noche, en el corazón del invierno, sin fuego, sin reparo, ni aun sin las cortas comodidades de la pobre casa de Nazaret. Ni sólo esto; sino que, á más de la pobreza que espontáneamente se escogió, quiere otra casi forzada, pues dispone que se le niegue el hospedaje á vista de tantos bien proveídos: *Non erat ei locus in diversorio*. (Luc., II, 7.) También os parecerá á vos que estáis mal servida en vuestras enfermedades, y que os parecerá mucho el haber de quedar privada de lo que pedís para vuestro alivio; pero ¿no habéis prometido con voto al Señor la *pobreza*? ¿Cómo, pues, os olvidáis en la ocasión? Y mucho más, ¿cómo dais lugar en vuestro corazón á tan gran solicitud de trabajar, vender y amontonar para que jamás os falte cosa, llegando hasta envidiar á los mundanos sus comodidades, y no avergonzarnos de otro más que de ser pobre y parecerlo? Cristo, no sólo no se avergüenza en su pes-

bre, sinó que hace gala de ello, llamando de la vecindad á los pastores y de lo lejos á los reyes, para que le reconozcan y adoren en aquel estado tan pobre. ¡Oh, cuán poco habéis aprovechado en la escuela del Redentor, si en tantos años no habéis llegado á llevar con paciencia la falta de las cosas temporales, debiendo gozaros en eso y reconocer la pobreza por un alivio de la carga pesada de los cuidados de los seculares, por un desembarazo del corazón capaz de los bienes eternos, y por una nobleza del espíritu, que se hace señor de todas las cosas eternas con despreciarlas! Confundíos de vuestra miseria, proponed de cortar en adelante tantas inquietudes por conseguir lo superfluo, y tantas impaciencias cuando os falta lo necesario, como que quisierais sólo una pobreza monstruosa, á quien jamás le faltase cosa. Rogad, por último, al Señor que, pues tanto ha hecho viles las riquezas despreciándolas, y tanto ha ennoblecido la pobreza aceptándola, os dé gracia para que aceptéis por gran favor todas las ocasiones de haceros semejante al Señor, siendo mal asistida en vuestras necesidades y cuidando malamente de vos misma por este fin.

II. Considerad la otra lección que os da Cristo niño, y es de la *pureza*. Se encargó el Señor de todas nuestras miserias, y pudiendo tomar para sí un cuerpo grande y perfecto como dió á Adán, quiso tomarle pequeño, en

el seno de una Doncella, y vivir con gran pena por nueve meses, y ser después sustentado con leche y empañado con todas las otras flaquezas de la infancia; pero se quiso sujetar á la miseria común de nacer de padre y madre, eligiendo ser concebido y parido de una Virgen, más pura antes y después del parto que lo son los serafines del Cielo, para mostrarnos con esto cuánto horror tenía á toda sombra de mancha y cuán lejos quería á sus Esposas de los puestos terrenos. Y porque esta azucena de pureza no se conserva sin las espinas de la mortificación, ved cómo se enseña á maltratar vuestro cuerpo, tomándose tantas incomodidades á un tiempo sin reparo. ¿Cómo os habéis vos aprovechado hasta ahora de estos documentos? Ninguna virtud debe faltar á una esposa del Señor; pero mucho menos la de la santa pureza, que más que cualquier otra virtud la compara á su Esposo, la herмосea y la adorna, le ilustra el entendimiento, le ennoblece el corazón y el cuerpo mismo, haciéndole superior á toda la Tierra y colocándole en un estado, no sólo igual á los ángeles, sino aun superior, en cuanto la castidad en los ángeles es naturaleza, pero no es virtud, como en los hombres. ¡Gran riqueza, pues, si poseéis este tesoro! Pero este tesoro está puesto en un vaso de barro, y poco seguro sin la guarda de los sentidos y sin la mortificación del cuerpo. ¡Cómo os hallaríais, pues, en gran ignorancia

si os persuadieseis conservar este don con buscar las delicadezas, cuanto y más las comodidades, y con servir á vuestro cuerpo como á señor, en vez de reconocerle como enemigo! O ¡cómo quedaréis atónita en el Tribunal divino, si el Señor podrá reprenderos que habéis hecho por vuestro cuerpo más que no por El! Confundíos por todas vuestras faltas, teniéndos por indigna del santo lugar donde estáis, del grado que tenéis, del hábito que vestís; proponed de absteneros de todo lo que en algún modo no conviene á vuestro estado, y guardaos con gran cuidado de las aficiones muy sensibles, para asegurar siempre más este tesoro del Cielo, y rogad al Señor que, pues la pureza es un fruto especial de su cruz, os dé gracia para que podáis adornaros el alma de suerte que seáis digna de acompañar en el Cielo de cerca al Cordero divino con las otras vírgenes.

III. Considerad la tercera lección de *obediencia*, que os da vuestro celestial Maestro. En el mundo, ninguna cosa más se aprecia que el ser superior, el hacerse estimar, el mandar á otros, el vivir á su modo; y Cristo, por el contrario, quiere nacer en tiempo de actual sugestión, y casi se pone debajo del mundo, por hallar ocasión de humillarse. Por tanto, aunque el mandato de Augusto era indiscreto para los pobres que habían de caminar en aquella cruda estación; aunque el que mandaba no era

legítimo superior de Cristo; aunque el fin de mandar era una mera ambición, todavía nuestro divino Maestro no atiende á eso, sino que, para enseñaros á obedecer, comienza la vida sujetándose. Esta obediencia habéis también prometido con voto; pero ¿cómo cumplís la promesa? ¿Con qué puntualidad en la ejecución? ¿Con qué sujeción de voluntad y juicio? ¿Y qué sería si, no sólo repugnaseis interiormente las órdenes de los superiores, sino que quisieseis también en lo exterior vivir á vuestro modo, pretendiendo que todas las cosas del monasterio se acomodasen á vuestro genio? Confundíos, pues, de haber tantas veces quitado al Señor lo que habéis tantas veces ofrecido, que es vuestra libertad; ofrecédsela ahora firmemente, con una renunciación total de vos misma, de suerte que en adelante juzguéis que no hay ninguna jurisdicción sobre vos, para vivir á vuestro gusto, tanto en las cosas pequeñas como en las grandes. y tanto en las cosas fáciles como en las difíciles. Rogad, por último, al Señor que, pues tanto le cuesta el enseñaros en la obediencia, os dé gracia para reconocer su divina voluntad en vuestros superiores y para obedecer á ciegas por su amor, de suerte que, no sólo os dé lecciones tan claras de todas las virtudes, sino también entendimiento para entenderlas: *Da mihi intellectum, et discam mandata tua.* (Ps. cxviii, 34.)



## LECCIÓN PARA EL QUINTO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

### SOBRE LA VIRTUD DE LA POBREZA

El vivir privado y el público, las casas, las familias, los pueblos, los reinos, la paz, la guerra, y, en una palabra, todos los negocios mundanos, estriban sobre las riquezas, que justamente las llamó el Apóstol San Juan substancia de este mundo: *Qui habuerit substantiam hujus mundi* (1 Jo., iii, 17); como que sin ellas no puede subsistir el mundo. De aquí nace que la pobreza ha sido siempre tan abominada para con el común de las gentes, que los poetas se tomaron licencia para colocarla á las puertas del Infierno, como si fuera una furia infernal. Pero séase lo que se fuere de la pobreza forzada, no lo es de verdad tal la pobreza religiosa; antes bien, por el contrario, ella es la substancia de las religiones, el fundamento de la perfección, el tesoro escondido, y la que, finalmente, en vida nos da una patente del dominio del Reino de los Cielos, y despues de la muerte nos lleva hasta la puerta del Cielo, y para siempre nos da su posesión. De esta, pues, nobilísima y riquísima virtud entre las otras pretendo que quedéis hoy informada, tanto por lo que toca á la doctrina especulativa, cuanto por lo que toca á la práctica.

¿Qué cosa, pues, es la virtud de la santa pobreza? Para hablar de ella en general, es una virtud que lleva al hombre á despreciar de corazón las riquezas y los bienes temporales y transitorios, como vanos y viles en consideración de los bienes sobrenaturales y eternos. Este desprecio es de sumo mérito por quien, aprendiendo los hombres mundanos las riquezas como un bien universal que les pueda procurar cualquier otro bien, se sigue que el que hace poco caso de las riquezas por motivo de virtud viene en eso á despreciar á un tiempo todo lo grande que puede darnos el mundo. Esta virtud también, así pronunciada, es necesaria para la salvación á todos los cristianos, de tal suerte que se determinen firmemente en su corazón no consentir jamás en ningún pecado mortal, ni aun por codicia de aumentar los bienes temporales, ni por temor de perderlos. Y en este sentido, es verdad que los ricos están excluidos del Reino de los Cielos; esto es, cuando de tal suerte están asidos á sus haciendas, que con el afecto ó con la obra las anteponen á la observancia de la ley divina; por lo cual les sucede lo que al águila que pesca, que habiendo hecho presa de un pez mayor que sus fuerzas, tiene tan asida entrelas mallas la presa, que, por no dejarla ir, se deja tirar al fondo, como presa de la misma presa. Pero la pobreza religiosa se adelanta mucho más sobre este primer grado necesario á todos los fieles,

porque ella no sólo desprecia los bienes caducos que llamamos de fortuna, sino que los abandona, y se priva de ellos, ni sólo se priva de ellos cuanto á lo pasado, sino que se priva de la voluntad de poseerlos en lo porvenir, y se hace incapaz de adquirir jamás dominio y propiedad sobre tal suerte de bienes, estableciendo todo esto con un voto ofrecido solemnemente al Señor para que, quitados todos estos impedimentos que llevan consigo las riquezas, pueda más expeditamente ir á Dios, como lo hace el ciervo que, quebrado y depuesto el peso de las grandes puntas, corre más ligero á la fuente. Con esto, ¿quién no ve la suerte de tesoros celestiales que se procura una persona religiosa? Pues si el no asir el corazón á los bienes que temporalmente se poseen llama el Espíritu Santo obrar cosas maravillosas en su vida: *Fecit enim mirabilia in vita sua; qui post aurum non abiit* (Eccl., xiii, 9), podéis fácilmente inferir cuánto será mayor prodigio de virtud el pisar este mismo oro con el corazón, y, lo que es más, con el afecto, despojándose de él, y haciéndose incapaz de poseerlo jamás como propio en la Tierra, por dar gusto al Señor, que, siendo la plenitud de todos los bienes, se ha hecho pobre por nuestro amor: *Cum dives esset propter nos egenus factus est* (II Cor., viii, 9). Baste decir que este despojo interior y exterior de los bienes caducos es una virtud tan perfecta, que casi ninguno

la conoció antes de la venida del Salvador al mundo; y así, quitados algunos de los Profetas, los mayores amigos que tuvo Dios en la Antigua Ley pusieron su cuidado en poseer virtuosamente sus haciendas, y no en privarse de ellas; y Dios, acomodándose á la rudeza de su escogido pueblo, les prometía expresamente por premio la abundancia de los bienes temporales, como se acostumbra hacer con un hijo ignorante que se anima á cumplir su obligación con la promesa de una manzana. Venida, pues, la plenitud de los tiempos, cuando se fundó la Iglesia, comunicó luego el Señor este espíritu de pobreza á los primeros fieles, de suerte que se cree que los Apóstoles hicieron voto, y que, á su ejemplo, lo hicieron también los que se bautizaban; por lo cual ponían todos los bienes en común, desapropiándose de ellos, y llevando á los pies de los mismos Apóstoles el precio de lo que habían vendido, para que los distribuyeran también en común. Todos los Santos, pues, por consiguiente, han hecho sumo aprecio de una tal desapropiación y de un tal voto; y entre todos los Santos fundadores de las religiosas familias, San Francisco de Asís, como dice San Buenaventura, hablaba siempre con ternura de la pobreza, y unas veces la llamaba su esposa, otras su madre, su señora y su reina; declarando que tenía envidia á los mendicantes que veía más pobres y más desnudos que él, y acostumbrando, cuan-

do algún gran señor le convidaba á comer, el ir antes á mendigar algunos pedazos de pan, que ponía después sobre la mesa, como que, sin el sainete de la pobreza, cualquier otra comida le era desabrida. Semejante afecto han mostrado en sus reglas y en su vida los primeros instituidores de los monjes en el Oriente y Occidente; y mientras que en las sagradas comunidades se ha mantenido este espíritu, se ha mantenido también su primer fervor. Por lo cual San Ignacio llama á la pobreza el muro de la religión; porque los primeros asaltos del Infierno y las primeras máquinas se encaminan á echar por tierra esta muralla; ni los desórdenes que con el tiempo entran en los sagrados claustros han entrado jamás por otro camino que por la brecha que se ha hecho en este muro.

#### MEDIOS CON LOS CUALES SE PODRÁ ALCANZAR LA VIRTUD DE LA POBREZA

El afecto y la codicia de adquirir y poseer los bienes terrenos, la llamó San Pablo raíz de todos los males: *Radix omnium malorum est cupiditas* (II Tim., vi, 20); y así, al molo de raíz, se arraiga tanto en nuestro corazón y se ahonda, que no es poca empresa enteramente arrancarla y plantar en su lugar un santo amor de la pobreza religiosa y de las incomodidades que le acompañan. Por tanto, es

necesario una grande ayuda del Señor para cumplir esta obra tan dificultosa, y para conseguir esta gracia es necesaria una continua y fervorosa oración. Allá el Sabio pedía á Dios que no le hiciese ni pobre ni rico: *Mendicitatem, et divitias, ne dederis mihi* (Prov., xxx, 9); pero esta petición era proporcionada á la dureza de aquellos tiempos que dijimos arriba. Pedid vos también alegremente al Señor que os haga pobre, y que quite de vos todo el amor á las cosas temporales y terrenas, colocándoos en un puesto de alteza de corazón superior á todo lo criado, para acercaros tanto más á vuestro Dios, como le sucede á la luna, que cuanto más pobre está de resplandores, tanto más está vecina á su sol. Y esta oración será el primer medio para alcanzar la virtud de la pobreza.

El otro medio será fijar frecuentemente la consideración en Jesucristo crucificado, y en El, como en un libro de vida, comprender estas dos cosas: el *ejemplo* que nos ha dado de pobreza, y el *premio* que nos ha prometido.

Y comenzando del *ejemplo*, ¿qué ejemplos más provechosos podía un alma desear, para aficionarse á esta virtud, que los que nos ha dado Jesucristo, naciendo, viviendo y muriendo? En el establo donde nació, ved si se puede hallar, ó mayor desnudez de lo superfluo ó mayor falta de lo necesario; en la vida que después tuvo hasta la cruz, no sólo se sustentó

con los pobres trabajos de sus manos, sino que, en los tres años de su predicación, se sustentó con las puras limosnas, y llegó á poder decir que las zorras tenían sus cuevas y los pájaros del cielo sus nidos, pero que el Señor del Universo no se había reservado tanto lugar, como propio suyo, que fuese bastante á reclinar su divina cabeza. En el Calvario también, finalmente, dió las ultimas demostraciones de pobreza, muriendo desnudo, sin alivio, y viendo á sus mismos ojos que pasaba á otros poseedores lo que le quedaba de sus vestidos. ¿Qué pobreza, pues, pudo jamás semejarse á ésta de Jesucristo? Nosotros, haciéndonos pobres por su amor, nos privamos sólo de una pequeña parte de esta Tierra, y Cristo ha dejado por nosotros la Tierra y el Cielo, y, no pudiendo renunciar al dominio soberano y divino que sobre todas las cosas tenía, renunció el dominio temporal y humano, y de todas no se reservó sino la posesión de nuestro corazón, que también le pide, sólo por enriquecernos de los tesoros celestiales. En cuanto al afecto interior acerca de este despojo y desnudez exterior, que viene á ser como el alma de la santa pobreza, ¿quién puede compararse con Cristo? Cristo, de la pobreza ha hecho uno de sus principales precios y le ha tomado por uno de sus títulos más gloriosos, diciendo de sí por el Profeta: Yo soy pobre y mendigo: *Ego autem mendiculus sum, et pauper*; ha tomado

á los pobres por sus amigos, y muchas veces se dice en la divina Escritura que les es refugio su esperanza, su consuelo, su herencia y sus glorias; y que, si de los otros tiene providencia, de los pobres tiene solicitud y cuidado; y si de los otros oye sus súplicas, oye de los pobres hasta el deseo, no esperando á que le supliquen. En la pobreza ha querido que se pongan las riquezas más copiosas de su gracia; en ella ha escondido las delicias más sinceras de sus siervos; la pobreza ha escogido para disposición de comunicar antes que á cualquier otro los misterios de su venida al mundo, como hizo á los pastores; y también ha querido que la pobreza sea disposición para elegir los primeros predicadores de los mismos misterios, que fueron los Apóstoles. Considerad, pues, con atención estas verdades, y pasmaos de vos misma si, confesando estas cosas por verdaderas, que os ha descubierto la fe, anteponéis después á la honra y tesoros de esta santa virtud el poco apego y comodidad que os puede acarrear el no ser enteramente pobre por amor de Jesucristo, como lo habéis prometido serlo en vuestra profesión. Valeos del argumento de San Bernardo: *Aut Christus fallitur, aut mundus errat*. O se engaña Cristo escogiendo para sí la mayor desnudez y despojo de los bienes temporales, ó vos os engañáis en la sobrada codicia que tenéis de amontonar, poseer, conservar y proveer para



en adelante, temiendo como un gran mal la pobreza, no sólo cuando de presente ella viene á hallaros, sino aun cuando sólo de lejos se deja ver con incomodidades imaginarias.

A más de esto, si el ejemplo de Jesucristo y la estimación que ha mostrado de la santa pobreza no bastase para hacérosla preciosa, bastará ciertamente, según yo entiendo, el premio que le ha prometido. Este premio es de tres suertes: el cien doblado de esta vida, la potestad de juzgar en el día último, y un tesoro eterno en la posesión del Cielo, cumpliendo con esto el Redentor las tres suertes de retribución expresadas en el Evangelio: *Mensuram bonam confertam, et coagitalam, et super et fluentem dabunt in sinum vestrum.* (Luc., vi, 38); de suerte que la medida buena sea la que da á los pobres en este mundo; la medida hollada, la que da á los pobres al fin del mundo; y la medida sobreabundante por todas partes sea la que da á los pobres en la eternidad.

Y en cuanto al cien doblado de esta vida, consiste primeramente en recompensar los bienes temporales, abandonados por Dios, con la abundancia de los bienes espirituales de la gracia, de las celestiales consolaciones, de la interior paz del corazón, de las virtudes y del amor divino: bienes todos inmensamente más estimables que cuanto puede darnos la naturaleza. A más de esto, en este cien doblado se

encierran también los bienes necesarios y convenientes para sustento de nuestro vivir, empuñando el Señor la providencia de su Padre Celestial y la caridad de sus fieles para comunicárseles, cuanto le parezca al Señor, para nuestra salud y perfección.

La segunda medida, bien hollada de retribución, se dará al fin de los tiempos á todos los pobres voluntarios que habrán dejado todas las cosas por amor del Señor; pues ellos en el Juicio universal serán asesores del Sumo Juez, y confirmarán con El la sentencia, y expondrán con pública y legítima declaración el bien y el mal que se habrá decretado para siempre, á los escogidos por premio, y á los réprobos por pena. Santo Tomás trae tres conveniencias por las cuales el Salvador ha concedido á los pobres de espíritu esta suerte de premio, de juzgar al mundo junto con El.

La primera es, porque los pobres voluntarios juntamente serán escogidos por jueces, habiendo ellos en la vida hecho un tan recto juicio de los bienes de la Tierra, y habiendo, con el desprecio que hicieron de las cosas temporales, dado á entender que en el juzgar no se dejaron apartar de la rectitud por respeto alguno terreno.

La segunda conveniencia es de mérito; porque, habiéndose humillado por amor de Cristo hasta abrazar lo que es más despreciado en el mundo, cual es la pobreza, merece que el Se-

ñor les levante á la excelsa honra de juzgar todo lo restante de los hombres.

La tercera conveniencia es de disposición; porque la pobreza voluntaria, vaciando el corazón de todas las aficiones terrenas, prepara el alma para que sea instruída en las divinas verdades, y, por consecuencia, le da un tal derecho de manifestar á los otros y de publicar los decretos de Jesucristo. Con esto, ¿qué honra más grande podía hacer el Redentor á sus pobres? Vendrán los ricos del mundo, todos temerosos, delante del trono de aquellos religiosos miserables que fueron el objeto de sus mofas: vendrá Nerón de su casa de oro, arrastrando delante del tribunal de Pedro, aquel descalzo, aquel mendigo, aquel que, al modo de un vil esclavo, hizo crucificar sobre un collado. Ni sólo esto; sino que los mismos justos, que habrán ejercitado la misericordia con los pobres, y habrán distribuído sus haciendas virtuosamente, pero no las habrán abandonado por Cristo, recibirán el bien de la gloria como misericordiosos; pero no recibirán el premio particular de jueces celestiales; antes bien, ellos serán juzgados de los jueces, que serán en el último día los pobres voluntarios, intimando con legítima autoridad la sentencia favorable para los escogidos, y no sólo la sentencia de condenación para los réprobos, como se ha dicho. Ved, pues, de cuánta honra y de qué recompensas se privan los religiosos im-

perfectos, que buscan en la habitación, en el vivir y en el vestir todas sus comodidades; que llenan de quejas toda la casa, y que querrian, si pudiesen, juntar la honra de la pobreza evangélica con los aguijones de las riquezas terrenas. No basta haber profesado la pobreza para ejercitar esta tan alta potestad judiciaria en el día último: es necesario haberla ejercitado con perfección: *Veniet ad judicium Dominus; cum senioribus populi*, dice Isaías (Is., iii, 14); el Señor vendrá al juicio con los ancianos del pueblo; esto es, como explica San Agustín, con los perfectos y con los que, manteniendo á Cristo la promesa de vivir pobres por su amor, han merecido que Cristo les mantenga la promesa de tomarles por compañeros en el juzgar.

Y sería también ligero premio todo lo que hasta ahora se ha dicho, sin la medida sobreabundante del premio eterno en el Cielo. Tan seguros están, pues, de esto los pobres de espíritu, que Jesucristo no dijo que de ellos sería el Reino de los Cielos: *Ipsorum erit Regnum Cœlorum* (Matth., v. 3); sino que de presente era: *Ipsorum est Regnum Cœlorum*. Porque, aunque no han tomado aún la posesión, han desembolsado el precio y hecho la compra, y adquirido el dominio. ¡Oh cuánta razón tenía, pues, San Jerónimo de escribir á su Pamasio!: *Parva dimissimus, et grandia posidemus!* Nosotros nacemos pobres, y todos

igualmente morimos pobres; y, con todo, si eligiéramos vivir pobres, los pocos momentos que hay entre nuestro nacer y morir se nos recompensarían con un premio tan excelente en el tiempo y en la eternidad. ¿Podrá, pues, suceder que nuestro corazón, tan codicioso de poseer, rehusé comprar á precio tan vil, cual es la renunciación de los bienes caducos, un tan inmenso tesoro cual es el mismo Dios?

ACTOS POR LOS CUALES SE EJERCITA LA VIRTUD  
DE LA POBREZA RELIGIOSA

La virtud de la pobreza comprende, como se ha dicho, dos cosas: el desasirse del afecto de los bienes terrenos y la renunciación voluntaria de los mismos bienes con el afecto, por lo cual se practica con dos suertes de actos exteriores é interiores. Comencemos de los exteriores, que son como el cuerpo de esta noble virtud.

*En primer lugar* se ejercita, pues, la pobreza exteriormente, *observando la substancia del voto* prometido. Pero conviene que vos aquí entendiis la obligación que por vuestro voto os habéis encargado, y es, que habéis solemnemente prometido al Señor un despojo tal de todos los bienes temporales, que os habéis hecho para siempre incapaz de tener de ellos jamás dominio y propiedad. Por tanto, todo aquello que os sirve, los vestidos, la celda, los muebles, el precio de vuestros trabajos, y

cuanto os dan los parientes y conocidos, no puede ser vuestro, sino que todo el dominio es siempre del monasterio; y vos, de todas estas cosas, no podéis tener otro que el uso, siempre dependiente de la licencia de los superiores. Esto es del todo cierto entre los doctores; y así, el recibir alguna cosa temporal para disponer á su gusto el dar, el prestar y el vender sin facultad de los superiores, ó general, ó particular, ó tácita, ó expresa, es como si aquello se hurtase de los otros, y es peor aún que el hurto; porque, si la materia es grave, en esta acción se hallaría la materia del sacrilegio contra el voto. El Beato Luis Gonzaga no quiso ni aun prestar una hoja de papel á un compañero suyo, sin pedir primero la licencia al superior; y para ejercitar mejor la pobreza y la obediencia, no quería ni aun una licencia general, sino que la pedía cada vez cuando le era necesario. Vos, á lo menos, pedid una licencia general de dar, recibir ó prestar cosas de poco momento y de poco valor, si no tenéis ánimo de imitar á este santo joven en todos los casos particulares. Así también, para cumplir en esta parte vuestra obligación, tened igual cuenta de las cosas comunes del monasterio que tenéis de las que se os han concedido para uso vuestro; porque el hacer diferencia en conservarlas daría á conocer el apego que vos les tenéis y que poseéis como vuestro, lo

que á la verdad no es vuestro, sino que os lo concedieron los superiores para vuestro uso.

Cuenta Casiano, que el procurador de uno de aquellos santos monasterios, pasando por la cocina, vió en tierra tres granicos de lentejas que se le habían caído al cocinero, y dió aviso al abad, el cual reprendió y dió penitencia al mismo cocinero, como negligente en manejar las cosas del monasterio; esto es, la hacienda dedicada al Señor. En lo demás, no se puede fácilmente explicar el rigor con que han sido castigados en el primer fervor de las religiones los propietarios que faltaban contra el voto, aunque ligeramente. Renaldo, prior del convento de Santo Domingo, en Bolonia, habiendo entendido que un lego había tomado sin licencia un pedazo de saya para remendar el hábito, le llamó á capítulo delante de todos sus religiosos, y le reprendió y penitenció como á un ladrón, y quemó en el mismo lugar aquel pedazo de túnica que había el miserable tomado. Que si la materia también apropiada sin la debida licencia era más notable, más notable era el debido castigo; porque, después de muerto, se desenterraba el cadáver y se sepultaba en un muladar, como hizo el Beato Alberto Magno, y la ropa que se hallaba ó se sepultaba con él, como lo hizo San Macario ó San Gregorio, ó se quemaba también, diciendo en alta voz: Tu ropa y tu dinero sea contigo en perdición, como se lee en las *Crónicas*

*de San Jerónimo.* Y que el Señor aprobase tal severidad, es muy notorio por muchas historias. En aquellas de la santa religión de los Capuchinos se cuenta que, habiendo un fraile quitado para sí un Breviario, el demonio apareció en hábito de un monje vestido de negro á lamentarse con el guardián de este hurto; y el guardián, habiendo juntado todos los religiosos para que se justificase, el espíritu maligno echó los ojos sobre el ladrón; y, apareciendo en su propia figura de demonio, arrebató al fraile, á quien, cayéndole en aquel acto de la manga el Breviario, hizo patente la verdadera causa de un castigo tan espantoso.

Pero sería poca alabanza para vos sólo el no ser sacrilega quebrantando vuestro voto; es, á más de esto, necesario pasar al *segundo grado* de pobreza de espíritu, *privándoos voluntariamente de todo lo que es superfluo*, esto es, de lo que no sirve á la necesidad ó caridad. Santa Teresa acostumbraba reconocer algunas veces su celda para observar si en ella había algo de que pudiese despojarse, y luego lo sacaba fuera. Pero porque la pobreza no se puede practicar en todos los institutos de un modo, observad las personas que en vuestra casa vivan con mayor perfección, y á éstas procurad imitar en la pobreza del vestir, de la celda y de las otras cosas. Por tanto, aquello sólo podéis juzgar por superfluo que traspasa la costumbre y el uso de las almas más perfectas y



de conciencia más delicada que vivan junto con vos. Ni os dejéis engañar con el pretexto de retener lo que tenéis con la licencia de los superiores; porque tal licencia no os vale á vos, si no es justa, como de dar á otro más de lo que convenga á una persona religiosa; y si la licencia es justa, os libra sólo de la culpa, pero no os concede el premio prometido á los pobres de espíritu.

El *último grado* de la pobreza exterior de espíritu es, no sólo privarse de las cosas superfluas, sino *el tolerar tal vez alguna falta acerca de las cosas necesarias*; de otra suerte, dice San Bernardo, ¿qué modo de pobres son éstos que no quieren que les falte cosa alguna, y alborotan la casa si no son cumplidamente proveídos? Esto es querer la honra de la pobreza y la comodidad de las riquezas, y una riqueza tal, que muchas veces ni aun en el siglo se halla, donde á los más ricos faltan á menudo muchas cosas que ellos juzgan necesarias á su estado. Sobre todo tendréis ocasión de ejercitar esta pobreza en el tiempo de la enfermedad, en que, si no otro, el tedio de vuestro mal os hará creer que estáis mal proveída del monasterio, y que se olvidan de vos las oficialas; y, por ventura, no será verdad, sino que vos os habéis olvidado de que sois una pobre religiosa y que habéis sido llamada á la religión para aprender á morir por Cristo, y no para ser bien tratada por su amor.

Estos son los tres grados de la pobreza de espíritu que deben parecer en lo exterior; pero no serán perfectos si no les animan los otros tres actos interiores, y son: recibir las ocasiones de practicar la pobreza con *alegría*, con *hacimiento de gracias* y con *admiración*. Si la pobreza que practicamos no es una miserable mendiguez, sino una virtud tan excelsa como hemos dicho, y un acto de religión por el voto, muestra bien que no entiende su estimación el que la ejercita forzadamente. Los verdaderos pobres de espíritu querrian, si fuese posible, estar en el mundo como una bola está sobre un plano, y es tocándole sólo en un punto; pensad también si gimen, viéndose despojados de lo que ellos juzgan por impedimento para seguir y llegar á su Redentor. Antes bien, en estos reencuentros, dan gracias al Señor de veras porque les admite á la parte de una virtud tan amada de Jesucristo como la pobreza, en cuya compañía estuvo siempre de continuo desde que comenzó la vida en la cueva de Belén, hasta que rindió el último espíritu en el Calvario. Por lo cual les parece que son levantados á una dignidad superior á todo lo criado, y quedan pasmados de llevar á las espaldas las libreas de su Señor, juzgándose indignos por todas partes.

Un grande ejemplo de esta verdad y de estos afectos, tan desconocidos de los mundanos, nos dió Santa Isabel, reina de Hungría.

Quedó viuda en la edad de cerca de veinte años; y, apenas muerto el marido, sublevándose el pueblo contra ella, fué echada vergonzosamente de su palacio, y aun de todos sus Estados, y le convino huir de noche de la furia de sus vasallos amotinados, seguida sólo de algunas de sus pocas criadas, que la llevaban en brazos á sus hijitos, sus compañeros en su mendiguez y destierro. En este estado, pues, despreciada de sus parientes, abandonada de sus criados y escarnecida de los mismos pobres, que en su mayor fortuna había sustentado con tanta caridad, vino, por gran favor, á ser hospedada en un establo, incierta si allí hubieran aún de terminar y tener fin sus desamparos y desgracias. Pero desamparos y desgracias para quien no tenía la fe de Isabel. Ella, en este estado, llena de santa alegría, pasmada de haber venido á tanta semejanza con la vida que tuvo Cristo en la Tierra, y de verse tan rica delante de Dios, para corresponder á un tan grande favor, quiso ayuda, no confiando de que podía bastante-mente dar las gracias al Señor por sí sola; y así, yendo á la iglesia de San Francisco, pidió humildemente á aquellos santos religiosos que todos en el coro cantasen el *Te Deum*, en acción de gracias al Señor por tanto bien. Es creíble que los ángeles respondiesen en otro coro á estas voces y á estos afectos, que cuanto son contrarios á la estimación de los

hombres carnales, tanto deberían ser propios de las personas religiosas que, habiendo prometido á Dios con voto esta desnudez de los bienes temporales, debían practicarla en esta forma, por honra de aquel divino Maestro que de la pobreza comenzó el ejemplo naciendo en un establo, y de la pobreza comenzó su primera predicación en el monte, llamando bienaventurados á los pobres voluntarios: *Beati pauperes spiritu.* (Matth., v, 3.)



## MEDITACIÓN II

### PARA EL QUINTO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

#### SOBRE LA CIRCUNCISIÓN DE CRISTO

1. Considerad que, habiendo Cristo venido al mundo para ser Médico de vuestra alma, apenas nacido comienza á ejercitar su oficio en la Circuncisión, y da luego su santísima *sangre* para remedio de vuestra sensualidad desordenada por el pecado. Esta sangre es una señal de la mucha que ha de dar por vos en la Pasión; pero el amor con que la derrama es tan grande, que aun toda la derramaría de presente si no la reservara para mayores tormentos y para vuestro mayor bien. ¿Qué ha-

béis hecho hasta ahora para corresponder á estos excesos de caridad para vuestra salvación? El Señor se da prisa á padecer por vos, y admite un cuchillo tan doloroso y una tan dura ley, aun cuando en ningún modo está obligado á sujetarse á ella, ¿y vos podéis contar, después de tanto tiempo que servís al Señor, que habéis sufrido por su amor algún notable trabajo, ó conseguido alguna señalada victoria de vuestras pasiones? A más de esto, por cualquier leve motivo os dispensáis de cumplir vuestra obligación, y estáis pensando lo que os obliga gravemente, como que temáis traspasar el término y ser muy liberal con vuestro Redentor. ¿Y esto es imitarle? ¿Esto es corresponder á su amor? Confundíos de vuestra ingratitud, pues no sólo no habéis dado sangre por sangre, pero ni aun tal vez una leve mortificación por penitencia de vuestras culpas. Agradeced al Señor que á tanta costa suya quiere remediar los desórdenes de vuestra sensualidad, y enseñaros con tanto trabajo á circuncidar vuestro corazón. Proponed, pues, la señal de quien sirve á Dios, que es la mortificación de privaros en adelante de las comodidades y divertimientos que no son del todo necesarios, y de tratar vuestro cuerpo con mayor rigor, como lo han hecho los Santos que han caminado sobre las pisadas del Redentor. Rogad al Señor que, por esta sangre que derrama por vos, os endurezca el corazón contra

vos misma, y os le enternezca en su amor, para que, si no le disteis las primicias de vuestra vida, no le neguéis, á lo menos, lo restante de ella.

II. Considerad que Jesucristo, no sólo dió su sangre para sanar nuestra sensualidad gastada y corrompida, sino que da también su *honra* para sanar nuestro espíritu, todo inficionado por la soberbia. Aunque Jesucristo en toda su vida se humilló por nosotros, con todo, no lo ha hecho jamás con tanto exceso como en la Circuncisión. Allí, no sólo parece en forma de hombre, sino de hombre flaco y sujeto á miserias, como lo está un niño; no sólo parece en forma de pecador, y llevando en su herida la cicatriz del pecado, sino que, á más de esto, no se ve testimonio alguno del Cielo que venga á ensalzar esta humillación tan prodigiosa como se vió otras veces. Los ángeles y la nueva estrella disminuyeron las humillaciones del nacer; el Padre y el Espíritu Santo disminuyeron las humillaciones de bautizarse en el Jordán; el sol obscurecido, y todos los elementos que hicieron sentimiento, vinieron á disminuir las humillaciones de su muerte; pero en la Circuncisión no se vió ningún milagro; se vió una pura humillación, queriendo Jesucristo, á costa de su honra, dar medicina á vuestra altivez, que es la raíz de todos los otros pecados vuestros. Pero ¿qué sería, si ni aun este exceso bastase á sanaros? ¡Oh,

cuánto os debéis confundir por este mismo título de no saberos confundir! Cristo quiere parecer pecador sin alguna excusa, siendo la misma inocencia; y vos, cargada de tantas culpas, quedáis satisfecha con no parecer la que sois á los ojos de las criaturas, y halláis cien excusas para parecer inocente, sin que os dé pena el no ser inocente delante de Dios. ¡Oh, cuán grande es vuestra miseria, si estos ejemplos del Redentor no sólo han sido necesarios para curar vuestro orgullo, sino que aun ahora no bastan para una tal curación! Estableced de no querer en adelante ser tan solícita de vuestra reputación delante de los hombres; echad una vez á tierra este ídolo maldito de la honra mundana; hacedlo una vez pedazos, pisadlo, sed aquella que sois delante del Señor, y nada más. ¿Queréis, pues, perder la verdad por una sombra? Agradeced al Señor que os enseña tan á costa suya en una tan importante lección para vuestra salud y perfección. Rogadle por aquel exceso de amor por quien quiso tomar las señales del pecado, siendo la misma santidad, para daros gracia de confundiros siempre de vuestras culpas, y no de los remedios y corrección de las mismas culpas.

III. Considerad que el Señor, circuncidándose, no sólo da por medicina de vuestros males su sangre y su honra, sino que, para preservativo de vuestras flaquezas, os da también

su Santísimo *Nombre* lleno de consuelo y de salud. Este Nombre de Jesús, no sólo es un compendio de todas las perfecciones que convienen á vuestro Salvador en cuanto Dios, y de todas las virtudes que le convienen en cuanto hombre, sino que también es una suma de lo que ha hecho por vuestra salud, y de lo que hará, si no lo impidiereis vos, para cumplir la obra, guiándoos efectivamente á vuestro último fin, que es el Cielo. Mas ¿cuántas veces os habéis opuesto á estos amabilísimos desig-nios, y, queriendo ser vuestro Salvador, os habéis huído de su mano pecando, y no cui-dando de vuestra salvación? ¿Qué hubiera sido de vos si os dejara en vuestros desórdenes, si amara menos de lo que ha amado á vuestra alma? ¿En qué abismo de miserias hubierais quedado eternamente sin Él? ¿En qué abismo de tinieblas sin este Sol divino? Confundíos ahora, como merece esta ingratitud y este ex-ceso, y resolveos de estampar firmemente este nombre en el corazón, acudiendo al Señor con gran confianza en todas las necesidades de vuestra alma, trabajando sin cesar por vuestra salud y perfección, y guardando atentamente el dar buen ejemplo y cooperar en otros modos á lo que pretende Jesucristo, con un nombre de tanta dulzura para nosotros, y de tanto tra-bajo y dolor para Él.



## EXAMEN PARA EL QUINTO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

SOBRE EL MODO CÓMO OS PORTÁIS PARA CON DIOS

I. Examinaos *sobre las omisiones*. Primero, si dejáis de dar gracias á Dios de los beneficios recibidos, y de estimar su peso y su número. Segundo, si os arrepentís pocas veces de vuestros pecados, y no procuráis satisfacer á su divina Justicia con los actos de la penitencia interior y exterior. Tercero, si dejáis de reconocer la Divina Providencia en vuestros trabajos y en los otros acontecimientos. Cuarto, si os olvidáis del todo de la presencia de Dios, obrando como si Él no os mirase. Quinto, si no le rendis la gloria de los buenos sucesos. Sexto, si no acudís á Él prontamente con la oración en vuestras necesidades. Séptimo, si dejáis de prepararos para hacer bien vuestros ejercicios espirituales, y de apartar con diligencia las distracciones y dar el debido tiempo á las cosas de piedad. Octavo, si os olvidáis de la recta intención y os acostumbráis á obrar habitualmente ó acaso. Noveno, si sois negligente en apartar los pensamientos contrarios á la santa fe, y las desconfianzas que os enfrían en su divino servicio.

II. Examinaos *sobre los pensamientos*. Primero, si sentís aversión á las obras buenas. Se-

gundo, si no os alegráis en oír alguna buena nueva concerniente á la gloria del Señor, ó no os entristecéis oyendo alguna contraria. Tercero, si no hacéis la debida estimación de los consejos que el Señor os da en el Evangelio. Cuarto, si no os conformáis con gusto con la divina voluntad. Quinto, si deseáis poco amarle é ir á verle en el Cielo. Sexto, si en vuestras acciones no miráis únicamente á darle gusto. Séptimo, si le amáis más por vuestra utilidad que porque lo mérezca, pues este amor, aunque no sea malo, es, con todo, imperfecto; y si éste sólo estuviera en vuestro corazón, no bastaría para la salvación.

III. Examinaos *sobre las palabras*. Primero, si habláis en el coro ó en la iglesia sin necesidad. Segundo, si no habláis con gusto de cosas buenas. Tercero, si juráis sin necesidad y sin la debida consideración llamáis el Nombre del Señor. Cuarto, si rezáis el oficio divino con mucha prisa, ó todo junto á la tarde sin justa causa, ó en lugar de distracción. ó en puesto poco decente.

IV. Examinaos *sobre las obras*. Primero, si procuráis santificar las fiestas, dando más tiempo á la oración y á otros ejercicios de piedad. Segundo, si con semejantes ejercicios os aparejáis, en los nueve días antecedentes, á las mayores solemnidades. Tercero, si procuráis la atención oyendo la palabra de Dios en los sermones. Cuarto, si dais el tiempo debido

á la lección espiritual, y si leéis por curiosidad ó para aprovecharos. Quinto, si sois solícita en cumplir las obras prescritas para conseguir las indulgencias. Sexto, si estáis con reverencia interior y exterior á la presencia de Dios en los ejercicios de devoción. Séptimo, si dejáis la bendición antes de sentaros á la mesa, ó la acción de gracias después de la comida. Octavo, si rezáis sin devoción el *Angelus Domini* cuando oís la señal. Noveno, si muchas veces os priváis de alguna conveniencia vuestra por amor del Señor. Décimo, si obedecéis á las divinas inspiraciones, y no hacéis la estimación que conviene. Undécimo, si honráis á los Santos vuestros abogados cumpliendo las devociones que habéis emprendido. Duodécimo, si profesáis un obsequio y una particular devoción á la Santísima Virgen como á la más santa que todos juntos; y si la invocáis muchas veces y con confianza en su piedad y en su poder, y si os mortificáis muchas veces por su amor. Detestaréis las faltas halladas, y practicaréis los otros actos referidos otras veces.

## MEDITACIÓN III

### PARA EL QUINTO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

#### SOBRE LA VENIDA DE LOS REYES MAGOS Á ADORAR Á JESUS

I. Considerad el camino que os enseñan los Magos para hallar á Cristo, en la prontitud de emprender su viaje, en la constancia de proseguirle y en la liberalidad de terminarle, con sus misteriosas ofrendas y dones, y primeramente considerad la *prontitud* dicha de estos Reyes en obedecer á la voz de Dios que les anunció la estrella. Parece que esta prontitud sobrepuja en algo á la prontitud de Abraham, á quien inmediatamente habló el Señor con una voz más clara que la de un cuerpo resplandeciente aparecido de nuevo en el Cielo: á lo menos es cierto que la obediencia de los Magos se señaló, en comparación de los otros gentiles que vieron la misma estrella, y aun en comparación de los judíos, que tenían, á más de esto, las profecías, y, con todo, no se movieron para buscar al Señor. Cuando los Magos dejaron luego las casas, haciendas y estados, y se pusieron en un viaje largo, cansado y arriesgado, en países extraños, y para un término incierto, ¿cuánto creéis

que se cansaría también el demonio, el mundo y la carne para aumentar estas dificultades reales con otras muchas aparentes, como acostumbran estos tres nuestros enemigos cuando se trata de servir al Señor? Y, con todo, los Magos cerraron los oídos á toda persuasión, y los abrieron para oír sólo el llamamiento de Dios. Ponderad un poco cuántas estrellas ha hecho resplandecer el Señor para atraeros á Sí: son tantas cuantas las inspiraciones que os ha enviado; tantas, que, como las estrellas del cielo, no las podriais contar; pero ¿dónde está que os hayáis dejado guiar de estas estrellas, pues por no dejar alguna comodidad, alguna amistad, alguna conversación, no queréis moveros, y, después de tantos años de religión, no dais un paso? Ha venido, pues, el tiempo de comenzar ahora en este retiro á dejaros guiar de la divina voluntad para hallar á Jesús. Ahora El os llama con una mayor luz; y ¿quién sabe si, despreciando vos esta voz, seréis llamada con más semejante forma? Entre las inspiraciones del Señor, hay algunas más señaladas y como estrellas de primera grandeza, de quienes en gran manera puede depender nuestra llegada al Cielo, y que no se pueden rechazar sin ponerse en gran riesgo nuestra salvación, pues puede acaecer que, en pena de nuestra desobediencia, nos dé Dios en adelante sus gracias, siempre más flacas y menos fuertes, por lo cual vengamos á pere-

cer. Pedid, pues, perdón de vuestra mala correspondencia; observad cuál es el mayor apego que tenéis á esta miserable Tierra; resolvos á romper con gran ánimo para daros toda al Señor sin reserva, y rogadle que, habiendo muerto para mereceros la gracia de sus interiores llamamientos con su misma sangre, os dé fuerza para seguirle con prontitud á doquiera que os llame.

Considerad la *constancia* de los Magos en proseguir su viaje, no obstante todos los impedimentos que tuvieron en la misma Jerusalén. Primeramente faltó la estrella, que era un tan grande consuelo de sus pasos; después se turbó la ciudad por esta novedad; y, finalmente, Herodes, enemigo jurado del nuevo Rey, que es Cristo, se turbó todo. Pero ved que ni por esto perdieron el ánimo los santos Magos, y que, en lugar de la estrella, acuden á pedir á los doctores, y en la corte de un tirano, sangriento y soberbio, animosamente piden noticias de un Rey. Comparad esta constancia con vuestra pusilanimidad, para confundiros y para aprender el remedio: desaparecerá la estrella, esto es, faltará la devoción sensible; pero por eso no habéis de interrumpir el camino de la perfección; si la estrella no resplandece, no faltan los que están en su lugar, y son, dentro de vos la fe, y fuera de vos los superiores y confesores, y éstos os enseñarán el camino, si los consultareis

como conviene por la obediencia. A más de éstos, luego que tratareis de daros enteramente al Señor, no sólo se levantará contra vos Herodes, esto es, el demonio, sino la misma Jerusalén, esto es, otras personas espirituales: ó sea por un tal amor natural y terreno para con vuestra persona, ó sea por sentimientos contrarios al espíritu, lo revolverán todo, diciendo que queréis mataros con tanto fervor, que no podéis durar y que es necesario volver atrás. Aquí, pues, se ha de ver vuestra constancia en no dejaros desmayar, sino que, confiando en la ayuda de El, que os convida, no atendáis á otro que á seguirle, y no consultéis en vuestro viaje á otro que al que está en lugar del Señor. Arrepentíos de no haberos guiado hasta ahora con estas máximas de salud; ofreceos toda al Señor, para que os guíe por los medios que más gustare, como os encamine á hallarle; y pedidle gracia que, pues son muchos los llamados y pocos los escogidos, entréis vos en el número de los pocos para llegar á la salvación.

III. Considerad las *ofrendas* de los Magos luego que llegaron á encontrar al Niño. Aunque llegados al establo, no hallaron algún aparato ó señal de reino, sino sólo pobreza y humillación; con todo, guiados de la fe, reconocieron á Jesús por Señor de Cielo y Tierra, por Redentor del mundo; y, postrados para adorarle, le ofrecieron sus dones. Con esto ved

cómo rindieron al obsequio del nuevo Rey, primero el alma y el corazón por la fe, después el cuerpo por la adoración, y, finalmente, los bienes exteriores por el oro, mirra é incienso. ¡Oh, dichosa vos si supierais hacer otro tanto, y supierais dedicar al Señor cuanto poseéis interior y exteriormente sobre la Tierra! Pero ¿qué sería si, después de haber hecho esta grande ofrenda en vuestra profesión, quisierais después revocarla viviendo á vuestro modo, y no querer que este Rey de paz domine en vuestro corazón? Y con todo este desorden renovaréis todas las veces que queráis con Él dividir en el dominio el amor de vos misma: pero no: porque Jesucristo quiere reinar solo y no quiere compañeros, y por esto dice que no podéis á un tiempo servir á dos señores contrarios; renunciad, pues, á cualquier otro señor que no sea Jesús; pedidle perdón de la pasada infidelidad. Confirmad vuestro vasallaje renovando vuestros votos, y rogadle que, aceptando vuestras puras ofrendas, os dé gracia para no disminuirlas en adelante, volviendo á vuestra antigua tibieza.

---



## MEDITACIÓN IV

### PARA EL QUINTO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

#### SOBRE LA PÉRDIDA Y ENCUENTRO DE JESÚS EN EL TEMPLO

I. Considerad cómo se pierde Jesús, esto es, el más tierno sentido de devoción por quien el Señor se nos comunica en la oración, y juntamente cómo le buscan las personas espirituales, y dónde al fin se encuentra: *Jesús se pierde á la vuelta del templo; cum redirent* (Luc., iv, 43); esto es, cuando el alma vuelve atrás en el divino servicio, comenzando á dejar ó cumplir malamente sus acostumbradas penitencias, sus devociones, el ejercicio acostumbrado de las virtudes; por quien, aunque tal vez se pierde sin culpa, como le perdió la Santísima Virgen y San José, pero no pocas veces tal pérdida es pena de algún notable descuido. Lo peor es que las almas, después de haber dado ocasión al Señor de alejarse, creen vanamente que le tienen consigo: *Existimantes illum esse in comitatu*, no cuidando de él en los peligros á que se exponen, como si estuvieran del todo seguras. Esta es la ceguera á que se llega poco á poco con el descuido, y aun se llega á un estado sin compara-

ción peor, pues se llega á perder, no sólo la devoción sensible con los pecados veniales, sino también la amistad del Señor con los pecados graves. Examinad aquí el origen de vuestras desolaciones, para ver si Jesús se ha escondido de vos para probar vuestra fidelidad, ó por justa indignación y por castigo; y humillaos siempre, pero con más cuidado, si habéis dado ocasión culpable para este retiro y habéis caminado mucho á la orilla de tan gran precipicio, sin temerle, aunque dierais al Señor motivos para abandonaros del todo por vuestra perversa voluntad. Detestad, pues, tal temeridad, y agradeced al Señor que no se ha dejado vencer de vuestra malicia; prometed de que queréis caminar en adelante con gran solitud en su divina presencia: *Sollicitum ambulare cum Deo tuo* (Mich., vi, 8), para no perder por vuestra culpa las demostraciones de mayor familiaridad que está pronto el Señor á ejercitar con vos, y mucho más para no perder su divina gracia. Rogad, por último, á vuestro Salvador que no quiera jamás abandonaros en modo alguno tan horrible, y que vengáis á ser su enemiga; pero que, asistiéndoos con su gracia, os conceda que, si perdiereis la devoción sensible, no perdáis la devoción substancial, y que antes perdáis mil veces la vida que su divina amistad.

II. Considerad *cómo se busca á Jesús* después de haberlo perdido. La Virgen Santísima

nos lo enseña, habiéndole buscado con presteza, resignación y perseverancia. Luego que la Virgen advirtió la pérdida, volvió á Jerusalén con San José. No se quejó buscándole; aunque le sucedió el perderle en ocasión de honrar á Dios yendo al templo, sino que por su humildad, juzgándose que no era digna de la compañía de tal Hijo, prosiguió en buscarle día y noche, hasta que, después del tercer día, le encontró. Ved el modo con que habéis de buscar la devoción más tierna para con el Señor, cuando la habéis perdido; no deis tiempo al tiempo, sino que al mismo punto ponéis los medios aptos para encontrarle, volviendo á tomar ó continuando los acostumbrados ejercicios de piedad; porque el tardar muestra cuán poca pena os da tal pérdida, y que por eso amáis poco el bien, que se os da tan poco el recuperarle. A más de esto, conviene humillarse y reconocerse indigna de los favores de vuestro Esposo, y no dolerse con soberbia, y querer hallarle como por fuerza; y, finalmente, conviene que con la dilación crezca vuestro desco, de suerte que no tengáis jamás reposo hasta que lo hayáis hallado. De esta suerte se busca á Jesús; pero vos, que muchas veces le habéis perdido, ¿no llegaréis una vez á buscarle de esta suerte? Confundíos de vuestra pereza en un negocio de tanta monta para vuestra salvación y perfección; proponed de imitar á la Santísima Virgen en adelante, y rogadla

que os conceda esta gracia, ó de no perder jamás la devoción, ó de buscarla hasta tanto que la halléis.

III. Considerad *dónde se halla Jesús*. No se halló entre los parientes, sino en el templo y entre los doctores. Cuando hubiereis perdido la gracia de la devoción más tierna, no la hallaréis en las cosas que son conforme á nuestra naturaleza y que lisonjean nuestros sentidos; en el conversar, en el distraerse, en ir á las gradas á entretenerse: *Non invenitur in terra suaviter viventium*. (Job., xxviii, 13.) Hállase en el templo, esto es, en el tratar con Dios en la oración, en el leer libros buenos, en acordarse de los ejemplos de los Santos, y también se halla entre los doctores de la Ley; esto es, descubriendo sinceramente su interior á los padres espirituales que ha dejado el Señor en su lugar, para que nos enseñen el camino y nos guíen por donde se pueda hallar. Haced ahora reflexión al modo tan diverso con que, por el contrario, os habéis portado en vuestras desolaciones espirituales. Por vuestra negligencia habéis perdido la dulzura de la divina presencia, y por la misma no le habéis sabido hallar no buscándole, ni cómo ni donde conviene: *Si queritis, querite*. (Isai., xxi, 12.) Confundíos dos veces, y aprended á ser más cauta y más fervorosa en lo porvenir: de suerte que, cuando os halléis oprimida de algún grave trabajo de espíritu, os manten-

gáis fiel en el ejercicio de la oración, y en el rehusar el consuelo de vuestros sentidos: *Re-nuit consolari anima mea memor fui Dei, et consolatus sum.* (Ps. LXXVIII, 3.) Acudid á la Santísima Virgen y á su santo esposo José, para que impriman estas verdades en vuestro corazón, y para que el dolor que experimentaron en la pérdida de la presencia corporal de Jesús, y por el gozo que en hallarle tuvieron, os alcancen gracia para aprovecharos igualmente del tiempo de la sequedad y del desconsuelo, para que crezcáis en el amor divino.

---

## MEDITACIÓN PRIMERA

### PARA EL SEXTO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

#### SOBRE LA TENTACIÓN DE CRISTO EN EL DESIERTO

I. Considerad la *preparación* que hizo Cristo para la tentación. Como para nuestro ejemplo quiso ser tentado, así para nuestro ejemplo quiso prepararse para la experiencia. é hizo este retiro con la oración y penitencia. Apartóse primero de la conversación de los hombres, yéndose á un desierto, y allí, con los ruegos de cuarenta días y con el ayuno, se dispuso para recibir al tentador. Puede ser

que en todas estas tres cosas faltéis vos mucho. Primeramente, en lugar del retiro y de huir los peligros, puede ser que los encontréis dando toda libertad á los ojos y á los sentimientos, y esparciendo en varias conversaciones el tiempo y el corazón; á más de esto, ¿cómo os encomendáis muchas veces al Señor, y con qué ardor, para que asista á la guarda de vuestra alma y, ó no permita que el demonio os tiente, ú os dé fortaleza para vencerle y confundirle? También, ¿cómo os hacéis digna de recibir esta asistencia con la mortificación, tanto interior de vuestras pasiones como exterior de vuestro cuerpo? Queréis vos vencer, pero no queréis poner os en orden para pelear; camináis por un país lleno de lazos, y no queréis abrir los ojos para ver los lazos antes que poner en ellos el pie; y así, ¿de qué podréis quejaros en vuestras pérdidas, sino de vos misma y de vuestra temeridad? Confundíos, pues, delante del Señor; arrepentíos de veras; resolveos de proveer á una tan gran necesidad y á una falta de quien puede depender vuestra eterna salvación, y rogad al Espíritu divino que guió á Cristo al desierto para que allí os diese estos ejemplos, os quiera dar fuerza para amar el retiro, la penitencia y la oración, y de este modo haceros invencible contra el tentador.

II. Considerad el *asalto* del demonio contra Cristo, con tres suertes de tentaciones,

para que, cuando la una cayese en vacío, tuviese la otra su efecto pretendido. La primera fué tentar un pecado menor, cual era hacer milagros sin necesidad, convirtiendo las piedras en pan; y esto para que el pecado menor abriera la puerta al mayor. Así también os tienta frecuentemente, haciendo que creáis que es poco mal lo que es grande; porque es mal al principio y puede llegar en la continuación á ser grande: una amistad, al principio sólo sensible, puede fácilmente salir sensual, y rematar con enemistad con Dios; de donde podéis ver cuán neciamente no habéis temido por lo pasado, en que había tanta razón de temer. A más de esto, el demonio se transforma en ángel de luz, y propone á Cristo el mal más grande, como es el precipitarse á sí mismo, con apariencia de bien, y sobre él confiar en la asistencia divina. ¿Cuántas veces ha procedido con vos el tentador de esta suerte, persuadiendo que es condescendencia de caridad el acomodarse al genio de las compañeras no observantes, cuando esto era una condescendencia de flaqueza y de respeto humano; persuadiéndose también que es humildad de corazón el fomentar aquellas desconfianzas para con el Señor, lo cual, á la verdad, era una mera pusilanimidad de vuestro espíritu? Por este camino le ha venido bien engañaros muchas veces; y así, supuesto que el Señor os asiste con mayor luz, aprended á re-

chazar las tinieblas del enemigo. Finalmente, el maligno, viendo que el primero y segundo asalto contra Cristo había sido en vano, se quitó la mascarilla, y á la clara, representando una imagen de todo lo que puede lisonjear el corazón humano, con el dominio de todo el mundo, prometió concedérselo tódo, como resolviese adorarle por Dios. A esto también mira tentándoos; y cuando con la disimulación no aproveche, vendrá á cara descubierta á pintaros por bienes grandes los viles que habéis dejado en el mundo y ofrecido á Dios en los santos votos, pretendiendo el maligno que volváis las espaldas al Señor con una rebelión manifiesta, y le deis á él las llaves de vuestro corazón. Ved, pues, cuán necesario sea estar sobre aviso, habiendo de pelear con un enemigo no menos fuerte que un engañador, por lo cual conoceréis aquí vuestra inconsideración, pues tan poco habéis temido en lo pasado sus asaltos. No lo hacían así allá los Santos, que, aunque leones y durmiendo, tenían los ojos abiertos. Confundíos de vuestro descuido y temeridad, y decíos á vos misma: Si Dios no me hubiera tenido en pie con una singular protección, á estas horas, no sólo hubiera caído en un abismo de maldad, sino que ya tuviera por habitación el Infierno: *Nisi, quia Dominus adjuravit me, paulominus habitasset in inferno anima mea.* (Ps. xciii, 17.) Rogad al Señor que no pare de asistiros, sino



que en vuestras tentaciones os conceda la gracia que os ha merecido, queriendo ser tentado por vuestro amor.

III. Considerad la *victoria* de Cristo contra todos los asaltos del tentador, que al fin se marchó confuso, si bien con ánimo de volver: *Recessit ab illo usque ad tempus*. (Luc., iv, 13.) Ahora, para que aprendáis también el modo de vencer, observad cómo el Señor consiguió esta victoria. Primeramente, comenzó luego á resistir, oponiendo los dichos de la divina Escritura á las primeras sugestiones. Después peleó con el maligno con tranquilidad de espíritu, no dejándose en modo alguno turbar. Por último, rechazó la tentación con grande fortaleza, arrojando al demonio con el imperio de su voz. En este tenor de vencer conoceréis la causa verdadera de ser vencida. Primeramente, os ponéis tal vez á razonar con el demonio, como lo hizo Eva con la serpiente, deteniéndoos así á mirar la tentación, en lugar de arrojarla al primer encuentro. ¿No echáis de ver que la fortaleza que tiene tratos con el enemigo no está lejos de rendirse y de abrirle las puertas? Otras veces os dejáis perturbar del demonio; y aunque estáis prevenida del Padre espiritual, con todo queréis creer á vuestro modo, permitiendo que os turbe la paz del corazón el demonio, el cual, en esta turbación de vuestros afectos, saca siempre alguna buena pesca. Finalmente, en las ten-

taciones que más á la clara tiran á dar muerte á vuestra alma, quitándoos la gracia de Dios cuantas veces os portáis con flaqueza, contentándoos con decir apenas *no*, en vuestro corazón, cuando debierais al punto, como una esposa tentada de infidelidad, revolveros contra el demonio con grande ánimo, y, no sólo no dar muestras de rendirse, sino de hacer tantos actos de la virtud contraria á la tentación, que el demonio se marche confuso, viendo que sus saetas, en lugar de heriros á vos, las revolvéis contra él. Ved, pues, aquí cuánta materia tenéis de correreros de vuestra cobardía en pelear contra el Infierno; sois como los soldados que, cuanto más valientes en la reseña, tanto son más temerosos en la batalla; y esto, después que por tanto tiempo militáis bajo las banderas de Cristo en la religión. Pedid, pues, perdón al Señor de vuestras faltas; proponed, mirándole con atención, de querer pelear con generosidad, de suerte que las tentaciones os sirvan de ganancia; rogad á este gran Señor de los ejércitos que dé vigor á vuestra flaqueza con su gracia, y con ella venza en vos y por vos, encendiéndoos en el corazón una viva fe; esto es, la que vence al mundo y á todos nuestros enemigos: *Hæc est victoria, quæ vincit mundum, fides nostra.* (1 Joan, v, 4.)

## LECCIÓN PARA EL SEXTO DÍA DE LOS EJERCICIOS

## SOBRE LA VIRTUD DE LA OBEDIENCIA

Es mucho que cuando el mundo ha sido destruido por la desobediencia de Adán y restaurado por la obediencia de Jesucristo, se halle en el mundo quien no esté aún persuadido del gran mal que lleva consigo el seguir la propia voluntad, y el gran bien que lleva consigo el sujetarla. Pero ¿qué sería si esta ignorancia se hallase, no sólo en los seculares, sino en los mismos religiosos que con voto han prometido solemnemente á Dios esta sujeción? Para quitar tal desorden, será muy importante la presente lección sobre la obediencia, si aprendiereis aquí la excelencia de esta virtud y el modo de ejercitarla.

La obediencia, pues, es una virtud moral, por la cual nuestra voluntad es llevada á ejecutar las cosas mandadas porque son mandadas. Todas las flores tienen por propio el volverse al sol y abrir su seno á aquel calor celestial que les da vida; pero, entre todas, ninguna se vuelve al sol con tanta constancia como la gigantea, la cual no le pierde jamás de vista todo el tiempo que este planeta resplandece en el cielo. Ahora, del mismo modo, todas las virtudes profesan que dependen de

la voluntad del Señor, y ejecutan fielmente lo que le agrada á Dios; pero la obediencia con más especialidad se vuelve á este Sol del divino querer, pues nos hace prontos á ejecutar todo lo que quiere de nosotros por este mismo título, porque nos lo manda, ó porque nos lo mandan los superiores que están en su lugar y de El tienen la autoridad. Hay, pues, dos suertes de obediencia: una natural y política, y es cuando se obedece al superior como á hombre, al modo que la hija obedece á la madre, el escolar al maestro, el siervo á su señor, y el súbdito á su soberano. La otra es espiritual y religiosa, en que entra Dios como fin, pues por ella se obedece á la voluntad del superior por obedecer últimamente á la de Dios, de quien el superior es lugarteniente y ministro. De esta última suerte de obediencia se entienden aquellas palabras tan amorosas por las cuales declaró allá Cristo que publicaba sus oráculos por boca de sus ministros, y que recibía por suyos los agravios que les hacían: *Qui vos audit, me audit; qui vos spernit, me spernit.* (Luc., x, 16.)

A ésta también llaman San Agustín y San Gregorio madre de todas las virtudes, porque, como observó Santo Tomás (2.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup>, q. 104, art. 2 ad 2), la obediencia es el medio por quien se adquieren y se conservan todas, como la caridad es de todas el fin. Quien posee esta virtud, no mira al superior como nombre,

sino que mira en él la Persona de Jesucristo; ejercitando en este acto parte la fe, por reconocer el querer divino, y parte la esperanza, confiando que por este camino es gobernado con especial providencia, y parte la caridad, amando el divino beneplácito más que cualquier otra propia inclinación y afecto. En una palabra: al modo que las esferas celestes, cuanto son más altas, tanto menos tienen de movimiento propio, y tanto más se dejan regir del ímpetu del primer móvil, así las almas santas, cuanto son más santas y más levantadas sobre la tierra de las pasiones humanas y de la naturaleza, tanto menos tienen de propia voluntad, y tanto se dejan llevar por medio de la obediencia del ímpetu de este primer móvil, que es el querer de Dios. Pero si después, á esta virtud tan noble y tan perfecta se le añade el voto que hacen los religiosos, ¿quién puede decir cuánto se le añade de precio? Creen algunos que las piedras preciosas no son otro que jugos de los metales endurecidos, y que, en particular el diamante, no es otro que un jugo que proviene del oro. ¡Oh qué hermoso diamante es, pues, la obediencia que se ha prometido á Dios solemnemente con voto, pues ella, al oro de todas las virtudes, añade la firmeza de la inmovilidad por la promesa que se ha hecho al Señor! De suerte que, aunque los religiosos prometen á Dios con voto también la pobreza y castidad, todavía se rinden mucho

más estas dos piedras preciosas al valor de la obediencia y á su voto, como también lo observa Santo Tomás, por muchas razones, pero particularmente por ésta: porque, con el voto de la obediencia (2.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup>, q. 186, art. 10), el hombre ofrece más á Dios que con los otros dos, pues por la pobreza ofrece su hacienda, por la castidad su cuerpo, pero por la obediencia ofrece su voluntad, su juicio y su espíritu, y con éste á sí mismo todo.

MEDIOS CON LOS CUALES SE PODRÁ CONSEGUIR  
LA VIRTUD DE LA OBEDIENCIA

El primer medio, como sabéis, será pedir á Dios con instancia esta suprema virtud: *Doce me facere voluntatem tuam, quia Deus meus es tu* (Ps. cxlii, 10), decía el santo rey David; como si dijese: Vos, con vuestra infinita perfección, tenéis sobre mí querer una infinita razón para que yo siga en todo y por todo vuestro divino beneplácito; pues Vos, ¡oh Señor!, movéis mi entendimiento para conocer, y aficionáis mi corazón para depender en todo de vuestro gusto. De esta misma suerte también diréis vos al Señor con gran confianza, acordándole á más de esto que, cuando le pidieréis que cumpla vuestra voluntad, os niegue también la demanda; pero no cuando le pidieréis que se cumpla su divino

querer, pues al fin á esto os obliga el ser El Dios y Dios vuestro; esto es, el ser El, por Sí y para vos, la plenitud de todos los bienes: *Domine, doce me facere voluntatem tuam, quia Deus meus es tu.* Pero si, como reveló la Virgen Santísima á una devota sierva, que Jesucristo ha muerto con amor especial para con los obedientes, y que con amor especial ofrece por ellos en el Cielo al Padre su Pasión, podéis fácilmente persuadiros que no os negará al fin la conquista de esta virtud, que siempre la ha deseado tanto.

El segundo medio es persuadirse bien que para ir á Dios no hay camino mejor que la obediencia. Tres condiciones se pueden desear en un camino: que sea *fácil*, que esté *seguro* y que sea *breve*, atajando el camino y guiándonos más presto al término deseado; y todas estas tres condiciones tiene la obediencia maravillosamente.

En primer lugar, es un camino *fácil* para ir al Señor y para adquirir gran perfección: *Utinam attendisses mandata mea; facta esset sicut flamen pax tua*, dice el Señor por Isaías. (Isai., XLVIII, 1.) El alma que toma por guía la obediencia goza de una paz sobreabundante, cual es la avenida de un río verdadero que jamás falta en cualquier estación del tiempo. La razón es porque, considerando que Dios ha hablado por la boca de los superiores, y que por medio de ellos la ha

puesto en aquel estado, en aquel empleo y en aquel peligro, se llena de invencible fortaleza para no temer, y para persuadirse que Dios la ayudará y volverá los peligros en seguridad. Por otra parte, sin la obediencia todo es inquietud, todo terror y todo confusión: *Confundetur Israel in voluntate sua.* (Oss., x, 6.) Jonás, desobediente, no halla paz sobre una nave bien segura, y él mismo, reducido á cumplir la obediencia, halla tanta paz en el vientre de una ballena, que allí compone un cántico de alabanza al Señor. Cierto es que la felicidad de los bienaventurados toda está puesta en la voluntad de Dios; y así, ¿cómo puede ser que en la voluntad de Dios no esté también puesta la felicidad de los viadores? *Beati sumus Israel, quia, quæ Deo placent, manifesta sunt nobis.* (Bar., iii, 4.) Cada cosa está bien sólo en su lugar; ahora, la voluntad criada tiene por lugar suyo el estar debajo de la voluntad de Dios; y así, cuando ella se aparta por no sujetarse al divino querer, es como un hueso fuera de su lugar, que, por cuantos fomentos le prevengan alrededor, no halla jamás descanso sino volviendo á su puesto y á su junta. Este consuelo y esta paz se experimentan después más que nunca, al tiempo de la muerte, en que los verdaderos obedientes comienzan á gozar una parte de aquel gran bien que les espera por premio; y como los vientos más frescos son para los navegantes indicio de es-



tar la tierra vecina, así el fresco que les envía el Señor á los obedientes les es una gran señal de estar vecinos al Cielo. Un monje cisterciense, llamado Gerardo, estando cercano á la muerte, estuvo tres dias enajenado de los sentidos, y, vuelto después en sí, dijo á los circunstantes: «¡Oh cuán buena es la obediencia! Yo he sido presentado ál divino Tribunal, y el Señor me ha mostrado las almas bienaventuradas de nuestros religiosos, y entre ellas un lugar también para mí, añadiéndome que el que amare de corazón la obediencia y su Religión no perecerá». (L. de Doct., de Bern.)

A la facilidad de este camino se añade la seguridad. Un verdadero obediente no tiene que dar cuenta de otro á Dios que de una sola cosa, esto es, si ha ejecutado con puntualidad cuanto se le ha mandado, y á esto sólo se reduce todo su examen y todo su proceso; por lo cual exclama San Jerónimo: ¡Oh suma libertad de la obediencia, por la cual se consigue que apenas el hombre puede pecar! *O summa libertas, qua obtenta, vix homo possit peccare!* ¿Qué pensáis, dice San Juan Clímaco, que es el obedecer en la Religión? Es buscarse una defensa y una excusa para el tiempo de su juicio; pues si os pidieran ¿por qué no habéis hecho más dilatadas oraciones? ¿Por qué no habéis hecho más ásperas penitencias? ¿Por qué no habéis repetido otra confesión general, para aseguraros mejor? ¿Por qué tantas ve-

ces habéis llegado á la santa Comunión?, y á otras preguntas semejantes en vuestro examen, cuando podáis responder á todas que así lo ha ordenado el superior, no se pasará más adelante en vuestro proceso, y donde el santo Job no confiaba poder responder entre mil preguntas del Señor á una sola: *Non poterit ei respondere uno pro mille* (Job., ix, 3), un alma obediente responderá enteramente á mil preguntas con una sola palabra: he hecho la voluntad de mis superiores; y esta sola palabra le conseguirá la victoria. Semejante seguridad no pueden tener allá los seculares, aunque sean píos, porque con dificultad pueden regularse en todas sus obras con la obediencia, y el mismo director que quieren que les encamine ha sido escogido de ellos, y no se los ha dado inmediatamente el Señor, al modo que da el superior á los religiosos. Los antiguos pilotos, porque no tenían ni la brújula ni la carta de navegar, caminaban sólo de día, tierra á tierra, temiendo engolfarse en lo alto: ahora nuestros pilotos caminan igualmente también de noche, y se engolfan en alta mar con seguridad, porque siempre saben dónde se hallan, y han notado en sus cartas todos los escollos y todos los puertos.

Imaginaos, pues, que semejante diversidad pasa entre los buenos religiosos y los mundanos también buenos: los mundanos siempre han de tener abiertos los ojos para ver tantos

escollos que se atraviesan en su viaje; pero los religiosos basta que miren lo que les dice la obediencia, y en ella pueden, entre todas las tinieblas, caminar con seguridad. San Simeón Estilita, como en otra parte os dije, vivía una vida tan extraordinaria y tan superior á las fuerzas de la naturaleza sobre aquella su columna, siempre en pie, que los padres del yermo comenzaron á dudar si en ello podía haber alguna ilusión diabólica, y, juntos en consulta, determinaron aclararlo por este camino: enviaron un mensajero en nombre de todos al Santo, con esta orden: que bajase luego de su columna, y volviese á la vida común; significándole después en particular al mismo enviado que, si el Santo luego se movía para obedecer, revocase él también el orden, y le esforzase de parte de todos á proseguir en el tenor que había comenzado; pero si, por el contrario, se mostraba duro á la obediencia, en este caso le arrojase por fuerza de la columna, y no le permitiese más tiempo estar sobre ella. Fué el mensajero, y notificó á San Simeón el mandato de sus superiores, y el Santo, apenas oyó la intimación, cuando luego comenzó á bajar con un pie; pero fué detenido, y revocada la orden, fué exhortado en nombre de todos los padres á la perseverancia. Tanto es esto verdad, que, entre todos los peligros de la vida espiritual, no han sabido jamás hallar los Santos mayor seguridad que en la verdadera obediencia.

Con todo, aún hay más; porque el camino del obedecer no sólo es el más fácil y el más seguro para ir á Dios, sino también el más *breve*. Los Santos comparan la obediencia al martirio; porque si con el martirio se corta la cabeza á nuestro cuerpo, por la obediencia se corta la cabeza á la propia voluntad, y este segundo martirio gana con la dilatación lo que el primero ganaría con el horror: *Horrore, quidem mitius, sed diuturnitate molestius*. Aunque siempre es gran mérito obedecer los mandatos del Señor, todavía parece que, cuando la divina voluntad se nos intima por medio de los superiores, es más meritorio el ejecutarla que si inmediatamente nos la intimase el mismo Dios. ¿Quién no daría con gusto la limosna si viniera á pedírsela en persona Jesucristo? Y así, si el hombre reconoce en los pobrecitos la Persona del Señor, y si sufre las molestias que le causan, y si con gran corazón les da socorro, es cierto que ejercita más la fe, la humildad y la paciencia que no ejercitaría si Jesucristo enviase un ángel ó viniese El mismo á encomendarse. Lo mismo decid de la obediencia, por lo cual en este sentido afirmó Fr. Gil, discípulo tan querido de San Francisco, que más era obedecer al hombre cuando era superior por amor de Dios, que obedecer inmediatamente al mismo Criador. Por tanto, con la obediencia, lo que por sí mismo es bueno, sale siempre mejor, y

es como un licor dulce que, puesto en un vaso de oro, siempre más se endulza. A más de esto, las cosas pequeñas se hacen por la obediencia grandes, por lo cual solía decir el beato Enrique Susón que hubiera escogido con más gusto ser un gañán por la voluntad de Dios, que un serafín por su propia voluntad. También las mismas obras indiferentes, que de su naturaleza ni son buenas ni malas, como el dormir, comer, trabajar y divertirse, todos los pasos y todos los movimientos por medio de la obediencia, reciben grande precio. En el monasterio de San Odón había una regla, que al fin de la mesa se recogiesen las migajas y se comiesen; había también otra regla, que, acabada la lección, ninguno comiese cosa. Sucedió una vez que un monje, habiendo recogido sus migajas, y estando para ponérselas en la boca, oyó el fin de la lección, y así, teniéndolas en el puño, fué con ellas al abad para acusar su negligencia y descuido, en presencia de todos; y ved que, abriendo la mano, vieron todos que las migajas se habían transformado en otras tantas piedras preciosas, con cuyo milagro quiso Dios que entendiesen aquellos buenos religiosos que no había acción tan menuda y tan indiferente que por la obediencia no alcanzase un sumo precio delante de Dios. Esto supuesto, no os maravillaréis si aquellos antiguos santos ermitaños, después de haber empleado muchos años

en la soledad viviendo, entre austerísimas penitencias y elevadas contemplaciones, una vida más que humana, volvian tal vez de la soledad al monasterio para ejercitarse en la obediencia, anteponiendo el mérito de esta virtud á todos los otros ejercicios; así lo cuenta Casiano, en sus *Colaciones* (Cas., col. xix, c. 2), de un monje llamado Juan, hombre de excelente santidad, por la cual, habiendo vivido veinte años en la comunidad con un admirable ejemplo, se fué al desierto, y allí vivió otros veinte años en una oración tan elevada, que á las veces era arrebatado fuera de sí y aun con el cuerpo levantado á Dios. Todavía, habiendo por mucho tiempo comparado el provecho que había hecho en la soledad con el del monasterio, volvió al monasterio bajo la obediencia, y se puso entre los novicios, confesando que la ganancia que dejaba intermitiendo las largas contemplaciones, lo recompensaba con ventaja por la humilde sujeción á los superiores, por lo cual quedaba muy contento con este trueque.

Bastará todo esto, á lo que creo, para fortificaros mucho en el afecto á esta soberana virtud; pero, si no bastase, sería necesario hacer con vuestra alma como con las cosas que amenazan ruina, y es restablecer de nuevo sus fundamentos. Toda la fábrica excelsa, pues, de la obediencia se afirma sobre dos fundamentos: el primero, que nuestro verdadero

bien, provecho y mérito, únicamente consiste en hacer la voluntad de Dios; pues siendo el Señor el Dios de las virtudes, no puede jamás ser un acto virtuoso, sino sólo tanto cuanto place á su divina voluntad. El otro fundamento es que, para conocer esta divina voluntad, no hay otra regla más segura que el obedecer á los superiores en todas las cosas donde no se vea manifestamente pecado. Esta regla no tiene ninguna excepción; y así, el que del todo no es enemigo de sí mismo, no puede hacer otra cosa mejor para sí, y ni otra de mayor gloria al Señor, que ponerse todo en las manos de la obediencia y dejarse guiar, estando cierto en tal caso que hace lo mejor, y que siempre acierta en todas las resoluciones. Esto supuesto, ¿qué motivo razonable os podrá quitar de este camino de la obediencia, si las revelaciones mismas del Señor no os asegurarían tanto cuanto os aseguran las órdenes de vuestro superior? Entendía bien esto Santa Teresa; y así, aunque el Señor le revelaba tal vez alguna nueva resolución, para emprenderla, y aunque no tenía razón alguna de dudar que las revelaciones no fuesen de Dios, con todo, no ejecutaba jamás cosa sino después que la había aprobado la obediencia. ¿Qué queréis, pues, oír más en esta materia? Basta, si amáis á Dios y á vuestra salud y provecho, que os convenzáis vos misma con este argumento. Todo nuestro bien consiste en obedecer á Dios;

pero no obedeceremos jamás mejor á Dios, ni con más seguridad de encontrar su gusto, que cuando obedecemos á los superiores que tienen su lugar y su autoridad, pues en esta obediencia á los superiores consiste nuestro mayor bien.

ACTOS POR LOS CUALES SE EJERCITA  
LA OBEDIENCIA

Con tres actos se ejercita entera y perfectamente esta celestial virtud de la obediencia, y son: *ejecutar, querer y juzgar*. Procuraremos explicar todos los tres con brevedad y claridad.

El primer acto, pues, es el *ejecutar* con diligencia y presteza las órdenes y las señales mismas del que preside. Si os persuadiereis vivamente que la voz de la obediencia es voz de Dios, bastará ciertamente para quitaros toda tardanza y negligencia. El pulso del viejo en un joven es segura señal de que ha de morir presto; y si estáis sin fuerzas para ejecutar las cosas que se os han mandado, yo hago pronóstico de corta vida á vuestra obediencia. Ahora, si os movéis con lentitud y pereza, y de aquí á poco estaréis del todo firme, ahora arrastráis la víctima al sacrificio, y de aquí á poco la dejaréis ir libre y vagante á su placer. En todo caso que prosigáis en obedecer, vuestra mirra no será jamás escogida, si trasuda con tanta pena, ni vos experimentaréis



los efectos admirables y los favores que tal vez experimentan sensiblemente los diligentes. San Columbano halló una vez en su monasterio muchos monjes enfermos á un tiempo, y para experimentar su virtud les mandó que luego se levantasen todos de la cama y fuesen á la era á recoger y trillar los granos para la provisión de todo el año. Algunos, más fervorosos, apenas oyeron al superior, pidieron el hábito y se vistieron prontamente, y éstos todos sanaron luego; por el contrario, otros se detuvieron á discurrir sobre esta orden, y concluyeron que era imposible levantarse, y mucho más emplearse en un trabajo tan molesto; y á éstos se les agravó su mal y por un año entero padecieron muchos dolores, en pena de su poca fe y tardanza. Por tanto, no os dejéis llevar de la pereza; sino, al oír la señal de la obediencia, dejad luego todas las cosas, aun cuando no os faltase más que acabar una letra sólo de la palabra que escribís. Santa Francisca Romana, habiendo por tres veces interrumpido una antífona comenzada en el Oficio, á fin de cumplir con prontitud lo que le mandaba el marido, al fin halló la misma antífona toda con letras de oro. Ciertamente que el demonio gana mucho si puede robarnos las primicias y llevarse la flor de vuestra obediencia.

El segundo acto es *querer*, acompañando la ejecución de la obra con el afecto de la volun-

tad. Si obedeciereis en lo exterior de la obra, pero con interior queja del corazón ofreciereis á Dios un cuerpo sin alma, será vuestro sacrificio poco mejor que el de Caín; á lo menos no será seguramente semejante al de Abel, en quien el afecto de la ofrenda fué tanto más estimado que la víctima. Y de verdad, este ejecutar con gusto las cosas mandadas contra vuestro genio, dará á conocer más que otro si sois verdaderamente obediente. Cuando el pozo roto está dentro del pozo, no se puede conocer si está roto, porque está lleno de agua como el que está entero; pero si le subís á lo alto, luego se ve que está roto y que no tiene agua. Mientras os mandan cosas conformes á vuestro gusto, no podéis declarar si tenéis la virtud de la obediencia; pero lo declararéis bien presto si se os mandan cosas contrarias; entonces entenderéis luego si tomáis por regla de vuestras operaciones la vuestra ó la divina voluntad. Pero ¿qué sería si sólo por este cabo os desagradase una cosa porque se os ha mandado de suerte que, si os saliera de corazón, no os parecería difícil, y porque la obediencia os la ha impuesto os parece intolerable? Poco se podría esperar bueno de vos, aunque en lo demás hicierais grandes cosas, porque la dureza de vuestra voluntad las haría á lo menos inútiles para la gloria de Dios. Los cedros serían el mejor género de madera que se pudiese labrar para un grande edificio; pero quedan in-

útiles, porque rechazan los clavos que se clavan en ellos para ajustarlos á la obra. ¡Pobre de vuestro corazón, si rechaza las órdenes que se le dan y se contenta sólo con admirarle con la ejecución! No será bueno para levantar el templo al Señor, y vuestra obediencia, dirélo así, se levantará poco sobre la obediencia de un esclavo, y aun diría casi sobre la obediencia de un perro á su señor.

El último acto de obediencia es el *juzgar*, y éste cumple y perfecciona el holocausto, cuando no sólo se ejecutan con prontitud y diligencia las órdenes del que manda; no sólo les acompañáis con la voluntad, ejecutándolas alegremente y no por fuerza, sino que les acompañáis también con el juicio, juzgando bien mandado lo que se os ha mandado. En los niños, lo que primero crece entre los otros miembros es siempre la cabeza; así sucede á las veces á las personas espirituales, que, cuanto más tiempo caminan en el camino de la devoción, tanto más salen de su propio entendimiento, porque se persuaden que son más hábiles para guiarse, y notan de inexperto ó indiscreto al que no las guía á su modo. No lo hagáis de esta suerte, sino persuadios que no tenéis ningún consejero peor que vos misma, y que sois, por vuestras pasiones, como un enfermo, por lo cual más os aprovecha lo que menos os da gusto. Por tanto, no dejéis de hacer entero el holocausto de vos misma, ofre-

ciendo á la obediencia, no sólo las potencias inferiores para ejecutar, sino también las superiores de la voluntad y entendimiento para contentaros y aprobar como bien hecho y bien mandado lo que se os manda. En este modo de obedecer se encierra aquella obediencia ciega, tan alabada de los Santos, la cual se llama ciega, no porque no vea si lo que se manda es pecado ó no, sino porque no mira si el superior es prudente ó poco práctico, y si se mueve de pasión ó de celo, sino sólo se para en acordarse que el superior está en lugar del Señor, que es su ministro y tiene de El autoridad; y que Dios, con su providencia, nos quiere guiar por medio de los hombres, y toma á su cuenta el mudar en provecho nuestro aun sus errores, alumbrándonos, como al ciego del Evangelio, con el lodo que parecía que había de hacernos mucho más ciegos. Cocluyamos toda esta materia, de quien tan á la larga se podría discurrir, con dos advertencias. La primera es, que no es contra la obediencia el representar con humildad las razones y las dificultades que tenéis contra las órdenes que se os dan; porque, al fin, los superiores no son profetas que vean lo profundo de vuestro corazón; ni son ángeles que lo conozcan todo en un instante, sino hombres que, informados mejor de la verdad, pueden mudar de parecer. Verdad es que antes de proponer es necesario encomendaros bien al Señor, y mirar que el motivo de

proponer no sea únicamente el amor propio y la gana de condescender á la propia sensualidad; y así también, después de haber propuesto, conviene aquietarse y quedar contenta igualmente, aunque el superior persista en las órdenes ya dadas. El no aquietarse en este caso, á más de que muestra dureza de voluntad y de juicio, disgusta también tanto al Señor, que lo compara con la idolatría: *Quasi scelus idolatriæ est, nolle acquiescere* (I Reg., xv, 23); porque, en este caso, el desobediente quiere hacerse á sí mismo la primera regla de obrar, que es un título que compete sólo á Dios; y así, por la desobediencia se constituye el arbitrio y juicio propio como un ídolo, y se trata como Dios.

La otra advertencia es, que el tirar con industrias y con máquinas á los superiores á mandarnos lo que cada uno quiere, no es obedecer á Dios y á ellos, sino querer que Dios y los superiores nos obedezcan; y muchas veces este modo de obediencia paliada, y estas licencias sacadas con violencia, han tenido un éxito muy infeliz. En las Historias de Santo Domingo, del P. Fr. Hernando del Castillo (lib. II, cap. v), se cuenta de un religioso que, haciendo gran fruto en las almas con sus sermones, y dando á todos un ejemplo de singular virtud, comenzó á pedir licencia de hacer algunas visitas por motivo de caridad y por consuelo de algunos prójimos. Pero los superiores,

juzgando tales visitas por superfluas, le negaron esta licencia; por lo cual él, fiándose más de sí mismo que de ellos, procuró conseguir semejante licencia del Sumo Pontífice, y la consiguió. Verdad es que la consiguió para su mal; y aun á él, como á la hormiga, le crecieron las alas de esta mayor libertad en daño propio, porque de allí á poco le sobrevinieron muchas desgracias, y también, yendo de allí á no mucho camino, enfermó de muerte, y antes que llegasen algunos religiosos que había enviado á llamar pasó á la otra vida, con alguna señal de estar abandonado, no sólo de los hombres, sino también de Dios. Vuestras instancias, pues, han de ser encaminadas sólo á conocer mejor la voluntad del Señor; y habiéndola conocido del persistir los superiores en su antigua determinación, no os queda á vos otro que tomar para comida vuestra esta divina voluntad, interpretada de la obediencia; comida que os sustentará la vida espiritual del alma, os confortará las fuerzas, os deleitará y hará crecer: *Meus cibus est, ut faciam voluntatem ejus, qui misit me.* (Joan., iv, 34.)

---

## MEDITACIÓN II

### PARA EL SEXTO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

#### SOBRE LAS DOS BANDERAS

I. Considerad que en el mundo se hallan dos señores: uno legítimo dueño, que es Cristo, y el otro tirano, que es Lucifer: ambos á dos levantan bandera, y hacen gente, procurando de atraer á muchos á su propio partido. Representaos, pues, á Jesucristo sentado en un lugar humilde, con un rostro apacible y hermoso, cercado de sus discípulos, á quienes ordena que vayan por todos los lugares á llamar á los hombres á su servicio y alistarse bajo la bandera de su Cruz. De la parte contraria, imaginaos á Lucifer, príncipe de las tinieblas, sobre un trono de fuego, en aquel aspecto espantoso y monstruoso en que se ha dejado ver otras veces, con la frente altiva, la boca ensangrentada y llena de humo, que también él, con inmensa rabia, envía á innumerables demonios que le cercan para que se esparzan por toda la Tierra y llamen á todos á rebelarse contra el Señor. Como son también tan diferentes estos dos capitanes, así son diversas las armas con que quieren que se pelee. Lucifer quiere que sus soldados peleen contra Dios, con las fuerzas

del amor propio, que es aquel monstruo de tres cabezas que vió San Juan; concupiscencia de carne, concupiscencia de ojos y soberbia de la vida: *Concupiscentia carnis, concupiscentia oculorum, et superbia vitæ* (1 Joan., II, 16), convidando á todos para que se procuren gustos, riquezas y honras, á despecho también de la divina voluntad. Jesucristo, todo al contrario, quiere que sus soldados peleen con el odio santo de sí mismos y con la mortificación universal de todos los desordenados afectos: *Si quis vult venire post me, abneget semetipsum.* (Matth., XVI, 14.) *Qui non accipit crucem suam, et sequitur me, non est me dignus.* (Matth., VIII, 38.) Mirad, pues, vos bien al uno y al otro de estos dos señores, y reconoced bien los designios del uno y del otro antes de elegir; y si os resolvéis, como debéis, seguir la bandera de Cristo, acordaos que habéis de tomar de veras sus intereses, para promover su gloria y adelantar su partido, no sólo en vos misma con una constante mortificación, sino también en los otros, dando á todos buenos consejos y buen ejemplo, según las ocasiones. Esto es militar bajo el estandarte de Jesucristo; pero ¿qué sería si vos, después de haber renunciado por el bautismo, y mucho más por la profesión religiosa, la bandera de Lucifer, quisierais después vivir con sus dictámenes de buscar los pasatiempos, las comodidades y las preeminencias? ¿Qué sería si,



en vez de promover los intereses de Jesucristo, os armaseis contra ellos, con motejar á la que atiende á la devoción más de propósito, á mayor retiro y á mayor frecuencia de Sacramentos? ¡Oh qué horribles agravios serían éstos para la honra de Dios! Detestadlos de veras, y ofreceos á recompensarles con un lenguaje todo contrario.

II. Considerad la *paga* que dan de presente á sus soldados estos dos capitanes, Cristo y Lucifer, para fortificar siempre más vuestra elección. Jesucristo habla sólo de cruces, de pobreza, de humillaciones y de odio de sí mismos; pero esta humillación es un verdadero ensalzamiento; esta pobreza es una verdadera abundancia, y esta cruz una fuente de verdadera paz. No sólo suministra interior asistencia de la gracia para vencer las dificultades de la vida espiritual, sino que las suaviza de tal modo con su asistencia, que hace más deleitable el llanto de los penitentes que el gozo de los teatros: *Ego veni, ut vitam habeant* (Joan., x), dice, pues, el Redentor; y así como un amigo, cuando nos convida á un convite, nos convida diciendo que vamos á hacer penitencia con él, así Cristo convida á todos á padecer, y después les trata con tanta suavidad, que sólo el gozo de la buena conciencia basta para el cien doblado prometido, aun en la tierra, á todos nuestros trabajos. Todo lo opuesto tiene la paga que da el demonio: al uso de los

traidores, promete lo que no puede dar, y lo que ni aun daría si pudiese; promete gustos, y no da otro que angustias, y lo poco que os da, ó es vano, ó vil, ó vergonzoso, y más de esto está mezclado con tales inquietudes del espíritu, que mil contentos no equivalen á un solo tormento: *Ecce universa vanitas, et afflictio spiritus*. (Eccles., 1, 14.) Haced reflexión á lo pasado, y creed á lo menos á vos misma. ¿Cuándo habéis tenido jamás bien sin vuestro Dios, y cuando habéis tenido jamás mal con El, habiendo siempre sufrido más por huir su cruz que por abrazarla? Persuadíos, pues, que no hay paz para vos si no os dais toda al Señor: *Quis restitit ei, et pacem habuit?* (Job., ix, 4.) Ninguno jamás ha hecho guerra á la voluntad divina y ha tenido paz consigo mismo, ni seréis vos la primera en experimentar lo contrario; y así, resolveos á caminar de veras á la perfección, como piden vuestras obligaciones y los ejemplos de vuestro Redentor, sus consejos y amor que le debéis. Sólo por amor de vos misma debierais hacer esta elección, y también para quietud vuestra; ¿y no queréis hacerla por tantas otras ventajas y por tantos otros bienes que lleva consigo el seguir los intereses y el partido del Redentor? Confundíos de haberos dejado engañar tanto tiempo de un traidor que con fingidos gustos y verdaderas miserias ha pagado siempre vuestras fatigas. Agradeced al Señor que os ha

alumbrado, y renunciad á todo lo bueno que os pueden dar las criaturas sin Dios, y rogadle que, si alguna vez os queréis apartar de El, os cierre el camino con tantas tribulaciones, que estéis forzada á volver atrás para servirle con fidelidad.

III. Considerad la paga que os prometen en adelante estos dos capitanes. Una recompensa se da á los soldados en el tiempo que dura la guerra, y otra mayor después de la victoria. Por tanto, Lucifer, manteniendo esta costumbre, después de haber tratado tan mal á sus secuaces en la presente vida, no les da en la venidera otro que llamas: *Fur non venit, nisi ut furetur, et mactet, et perdat.* (Joan., x.) Este ladrón infernal no pretende otro que robaros en vida la paz del corazón y el bien de la virtud: *venit ut furetur*; después pretende también dar muerte á vuestra alma con el pecado grave: *ut mactet*; y, finalmente, pretende dar una muerte sempiterna al alma y al cuerpo, allá abajo en el abismo: *ut perdat*, privándoos también de aquel bien inmenso de la gloria, de quien ha sido él privado por su culpa. Pero Jesucristo ha venido, no sólo para daros una vida de espíritu sobre la Tierra: *Ego veni ut vitam habeant* (Joan., x, 10), sino para daros otra infinitamente más abundante de bienes en el Cielo: *Ut vitam habeant, et abundantius habeant.* Acabada la guerra contra los suyos y vuestros enemi-

gos, os promete para siempre una felicidad tan grande, que para comprárosla dió el Padre Eterno á su Unigénito; el Unigénito del Padre se ha dado á Sí mismo, y el Espíritu Santo ha concurrido á esta donación con un amor infinito. Vuestro galardón, pues, si peleáis con fidelidad, será la vida eterna; esto es, una vida de quien solos pocos instantes suavizarían todas las penas de los condenados, de quien solos pocos momentos se podrían con ventaja comparar á los tormentos de todos los mártires. Una vida que para siempre os haga vivir más en Dios que en vos, sumergiéndoos en el piélago de todos los contentos sin fin. ¿Y vos estaréis todavía sin ánimo para escoger el partido de Jesucristo y consagraros toda á su voluntad? ¿Por ventura os persuadís que podéis servir á uno y á otro de estos dos señores tan contrarios? Pero no se puede: *Nemo potest duobus Dominis servire* (Matth., vi, 24); y después, en el camino de la tibieza, se sabe el principio, pero no el fin, que puede ser espantosísimo y de una eterna separación del Sumo Bien. Mirad, pues, que el tiempo es breve, y que la eternidad no pasa jamás: no tardará mucho que os halléis vos al último de la vida, y entonces, ¡cuánto os penaría y os arrepentiréis de no haber seguido los ejemplos del Salvador, y de no haber vivido con perfección! Cierto que, si no entonces, en el Tribunal divino os arrepentiréis y maldeciréis mil

veces lo que únicamente habéis rehusado, la gracia que os había ofrecido vuestro Salvador. ¿Y qué sería si, por haberla rehusado, os diera en rostro vuestro Esposo diciéndoos: No te conozco: *Nescio vos?* Poneos, pues, en seguro, pues se trata de un tan gran negocio, y resolveos de atender de propósito á mortificar vuestras pasiones y adquirir algún particular grado de amor divino, por quien seáis para siempre dichosa. Confundíos de vuestro pasado descuido, y rogad al Señor que os conceda fuerza para mantener vuestra ofrenda á su divina voluntad, como os ha dado gracia para concebirla á gloria suya.

## EXAMEN PARA EL SEXTO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

### SOBRE EL MODO CÓMO OS PORTÁIS CON VUESTRO PRÓJIMO

1. Examinad las faltas que cometéis contra el prójimo, de *omisión*. Primero, si dejáis de alabar alguna persona cuando se ofrece justa ocasión de hacerlo. Segundo, si dejáis de corregir algún defecto suyo cuando os toca ó por oficio ó por caridad. Tercero, si no defendéis su fama cuando está maltratada, pudiendo con facilidad defenderla. Cuarto, si huís su conversación por aversión de ánimo.

Quinto, si no os compadecéis del que gime, sino que antes le notáis de muy delicado. Sexto, si no impedís algún disgusto de otro, pudiendo impedirlo con mérito. Séptimo, si negáis el hacerle estos servicios que son razonables. Octavo, si dejáis de encomendarle al Señor en vuestras oraciones, con pretexto que valen poco.

II. Examinad las faltas de *comisión*. *En pensamientos*: Primero, si despreciáis enteramente á ninguno. Segundo, si le juzgáis temerariamente, ó á lo menos sospecháis de él sin fundamento. Tercero, si le tenéis enteramente aversión, y no os parece que ninguna de sus cosas está bien hecha. Cuarto, si tenéis envidia al que es alabado ó amado más que vos, ó le salen mejor sus negocios. Quinto, si interpretáis á mal sus acciones, condenando tal vez en vuestro corazón aun la intención de los otros que os es oculta. Sexto, si amáis alguna persona, no por bien del alma, sino por seguir vuestro genio.

*En las palabras*: Primero, si lisonjeáis á alguna persona para entrarle en gracia, ó aprobáis ó defendéis sus faltas más de lo que se debe. Segundo, si descubrís sus imperfecciones al que no las sabe, ó si convenís en hablar mal, no por buen fin, sino por intento de vituperar. Tercero, si le culpáis sin razón. Cuarto, si habláis con desprecio ó con algún enojo, en presencia ó en ausencia. Quinto, si

le disgustáis con respuestas secas, ó con negativas, ó con palabras ásperas ó arrogantes, ó picantes y mortificativas. Sexto, si le habéis amenazado ó reprendido indiscretamente y sin autoridad, ó le mandáis con imperio, ó le zaheris sus imperfecciones y aun sus faltas naturales. Séptimo, si le burláis ó picáis, motejándole á él ó á sus parientes ó á las personas que más le pertenecen. Octavo, si le dais malos consejos. Noveno, si descubrís las cosas que os había dicho en secreto. Décimo, si vais sembrando discordia entre una y otra persona, dando señal de gusto por verlas de rompida. Undécimo, si mantenéis con soberbia y dureza vuestro parecer contrario al de los otros. Duodécimo, si llamáis hipocresía el bien que hacen, ó en otros modos dais ocasión con vuestra lengua á los prójimos para enfadarse ó airarse contra vos, ó para venir á juramentos porque mostráis no creer sus palabras ó sus excusas.

*En obras:* Primero, si hacéis alguna cosa por venganza contra el que os causó disgusto. Segundo, si, después de haber ofendido á alguna persona, no procuráis restaurar el mal que le habéis hecho con humillaros y excusaros. Tercero, si os oponéis á los designios de las otras, procurando que no salgan con su intento por no verlas contentas. Cuarto, si hacéis lo que con razón las disgusta. Quinto, si las servís con poco gusto en las enfermedades.

y mostráis un corazón duro á sus quejas, y dais la culpa de su mal á los desórdenes que han hecho, ó también á su mucho fervor. Sexto, si huis la conversación de algunas como enfadosa, ó asistís de mala gana con mostrarles mala cara. Séptimo, si dais á otros mal ejemplo. Octavo, si vais acechando los hechos de los otros y os ponéis á escoudidas para oír lo que razonan. Noveno, si os tomáis siempre lo mejor para vos y buscáis siempre el puesto más honroso sobre las otras. Décimo, si queréis enseñar á las compañeras y jamás aprender de ellas, y queréis que en todas las cosas sigan vuestra voluntad, y que os sufran en vuestras imperfecciones, sin quererlas vos jamás sufrir. Undécimo, si hacéis de la enfada y os retiráis á la celda, no por amor de la soledad, sino por dar muestra de estar ofendida de alguna. Duodécimo, si echáis los pobres con mal modo y no les dais, á lo menos, buenas palabras, que siempre se pueden dar.

Humillaos por los defectos que habréis hallado, y ejercitad los actos acostumbrados, como otras veces se ha dicho.

---



## MEDITACIÓN III

### PARA EL SEXTO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

#### SOBRE LA VOCACIÓN Á LA RELIGIÓN

I. Considerad el *beneficio* inmenso de la divina vocación, por la cual os ha llamado Jesucristo para que le sirváis en la religión, con una voz menos sensible, pero no menos amorosa, que aquella por quien llamó allá á sus Apóstoles. Y para quedar bien persuadida, considerad el lugar de donde os ha sacado y adonde os ha colocado. Os ha sacado del mundo, esto es, del medio de una junta de personas entregadas al desordenado amor de los gustos carnales, de las riquezas y de las honras, de cuyo amor cada hora sale con ímpetu una avenida de pecados que anega esta junta y la hace enemiga de Jesucristo, y, como excomulgada, la excluye de sus divinas oraciones: *Non pro mundo rogo* (Joan., xvii, 9); y aunque no todos los que habitan en este lugar son perversos, todavía no se puede negar que no vivan en un grande peligro de pervertirse, por las continuas ocasiones de pecar, por los malos ejemplos que ven, por las molestias que reciben de los mundanos, si por conservar la

inocencia no se quieren conformar con las leyes del mundo. Así también en los países de aire malo se hallan también personas sanas; pero están siempre en gran peligro de enfermar; y, á más de esto, la robusta complexión que tienen en un sitio infecto, ¡cuán esforzada estaría si se hallase en lugar sano! El sólo haberos sacado de un mundo tan maligno: *Mundus totus positus est in maligno* (Joan., v, 19), ¿no es una gran gracia para vos? Ahora, ¿qué gracia será el haberos colocado también en la religión? Aquí, á más de estar lejos de los impedimentos que se hallan en el siglo para la perfección, tenéis, á más de esto, las asistencias que se requieren para conseguirla, los votos, las reglas, la frecuencia de sacramentos y oraciones, el estímulo de los buenos ejemplos y el pasto de los buenos libros, pláticas santas y palabras de Dios, y, sobre todo, las visitas interiores del Señor, la gracia más abundante, y el espíritu de la religión infundido en nuestro corazón. ¿Podéis vos negar que Dios no os haya amado con singularidad habiéndoos escogido, entre otras innumerables, para libraros de tantos males y para haceros tanto bien? Puede ser que hayáis venido á la religión como acaso; pero para Dios no fué acaso el guiaros á la religión. No le pedisteis este favor, no le merecisteis con vuestras obras, pues vuestra vida, por lo menos, era un continuo olvido de vuestro Dios; y con

todo, en este ingrato olvido, Dios se acordó de vos y os quiso eficazmente colocar en el arca en un universal diluvio de tanta gente: *Salvum me fecit, quoniam voluit me.* (Ps. xvii, 20.) Agradecedlo, pues, de veras; resolveos daros toda al Señor, que entre tantos os ha privilegiado, y rogadle acepte vuestra ofrenda tomando una firme posesión de vuestro corazón y echando afuera todo lo que no es Dios.

II. Considerad la *correspondencia* á un tan señalado beneficio. Podréis contar los años de la religión, pero ¿cómo? ¿Son años llenos? ¿Dónde está el fruto de los buenos ejemplos que veis en las otras hermanas vuestras? ¿Dónde el fruto de los sacramentos, del tratar con Dios en la oración, de las inspiraciones que os ha enviado, y de todas las asistencias para obrar bien, de que habéis sido provista en tanta abundancia? Habéis puesto, como dice el Profeta, todos estos tesoros en un saco roto, que, cuanto recibe por una parte, tanto desprecia por la otra. Si los bienes espirituales que se os han dado se repartieran en una entera comunidad, bastarían para santificarla toda; y, con todo, puestos en vos, no rinden fruto. Habéis dejado el mundo; pero ¿le habéis dejado de veras, ó le habéis llevado con vos á la religión, conservando el corazón lleno de afectos terrenos, de indicios seculares, de curiosidad, de vanidad, de pretensiones, de comodidades superfluas, con que, al fin, ni sois religiosa ni secular, sino

un monstruoso compuesto de una y de otra, que pretende dar solamente una parte á Dios, Dueño de todo? Os excusaréis con decir que es poco lo que le negáis al Señor; pero esto es lo que más gravemente os acusa. ¿Por este poco, pues, no contentáis del todo á vuestro Dios? ¿Por este renunciáis su íntima familiaridad? ¿Por este echáis á perder las señales de su divina Sabiduría, por quienes os llamó, para que con mayor perfección le sirvierais en esta vida y le gozarais con más gloria en la otra? ¿Y vos, despreciando el exceso de tanto amor, pensaréis que bastantemente habéis hecho en vestiros el santo hábito, infamándole en el ínterin con hacer que sirva sólo para cubrir vuestras faltas? Por lo cual podrá el Profeta daros también el afrentoso título de ignominia de la Casa de Dios: *Ignominia domus Domini tui*. (Isai., xxii, 18.) Confundíos, pues, á medida de vuestras faltas; pedid perdón de la pasada tibieza; proponed de recompensarla con otro tanto fervor, y rogad al Señor que quiera borrar el abismo de vuestra ingratitud con el abismo de su caridad.

III. Considerad el *peligro* que corre una persona religiosa si no corresponde al fin que el Señor pretendió llamándola. El estilo del Señor es pedir mucho á los que ha dado mucho: *Qui multum datum est, multum quæretur ab eo* (Luc., xii, 48): compasión que hallaríais en el siglo, no creáis que la habéis de

hallar en la Casa de Dios, como sucedió á los que, idolatrando en Babilonia, no eran castigados; pero prosiguiendo en idolatrar en la tierra santa de Palestina, adonde fueron á habitar, fueron tragados por los leones. No sería de verdad la primera vez que el Señor ha arrojado con hastío al alma que se había entibiado, por lo cual vino después la miserable á condenarse. Si no temieseis esta misma severidad, sería mala señal para vos, porque sería señal de que comenzase ya Dios á castigaros con la substracción de sus luces y de sus gracias, dejándoos caer en la ceguedad del entendimiento y en la dureza del corazón, esto es, en los dos mayores castigos de la divina Justicia. Acordaos que los juicios divinos no tienen suelo: *Juditia tua, abissus multa* (Ps. xxxv, 7); y que la vida relajada de una religiosa no es otra cosa que una cadena continuada de pecados, pues llena de defectos todas sus acciones, y viene á hacer tanto mal, aun cuando obra el bien: *Maledictus qui facit opus Domini, negligenter*. (Jer., xlviii, 10.) Pero, sin esto, si en la religión no se había de conseguir de vos otra cosa más que una virtud imperfecta, no era necesario hacer tanto como es dejar el siglo y encadenar la propia libertad. Una amistad, pues, terrena, un empleo y una dignidad de nada, ¿os ha de impedir el conseguir la perfección, y quizás también la salvación? ¿Qué se pierde con renunciar esta ganancia de mun-

do que os ha quedado en el corazón? Se pierde una miseria. Y si lo renunciáis, ¿qué no se gana ganándose á Dios? Ea, pues; haced una generosa resolución de querer ser toda de vuestro Esposo Celestial; concebid pensamientos dignos de vuestro estado; imaginaos lo que querríais haber hecho cuando, salvándoos, pareceréis en la presencia del Señor, que ha hecho tanto por vuestro amor, y os veréis en medio de innumerables religiosos que han hecho y padecido tanto por El. Si entonces pudierais confundiros, ¡cuánto os confundierais por no haber correspondido á la divina Voluntad, y por haberos dejado atar á la tierra con un tan débil hilo de un respeto humano y de una consolacioncilla que os ofrecían las criaturas! Por último, encomendaos al Señor, para que, después de haber formado el dote para vuestro desposorio con su misma sangre, os dé nueva asistencia para mantenerle la fe, que ahora le re-firmáis, hasta la muerte.

---

## MEDITACIÓN IV

### PARA EL SEXTO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

SOBRE LA DOCTRINA EVANGÉLICA QUE EXPLICÓ  
CRISTO EN LAS BIENAVENTURANZAS

I. Considerad el Maestro de la doctrina evangélica, la calidad de su doctrina y la escuela en que se enseña, para aficionaros á aprenderla con más cuidado. El *Maestro* es Jesucristo: *Magister vester unus est Christus.* (Matth., xxiii, 10.) A este fin ha sido enviado al mundo, no sólo para redimirle, sino para instruirle también: *Ad hoc veni, ut testimonium perhibeam veritati.* (Job, xviii, 38.) Y para acreditar con ventaja este magisterio nos lo intimó solemnemente el Padre Eterno, diciendo que le oigamos: *Ipsam audite.* (Matth., vii, 5.) Tanto más que El, que no sólo es Maestro, como los otros, con palabras, sino mucho más con obras, con lo cual, no sólo se hace oír, sino aun ver, conforme la promesa ya hecha: *Erunt oculi tui videntes præceptorem tuum.* (Isai., xxx.) Ponderad, pues, cuánto cuesta á nuestro Redentor el haberse encargado esta carga de enseñaros la verdad: el criar todas las cosas, y con ellas á nosotros, no le costó más que una palabra; pero el en-

señarnos sus máximas le costó despojarse de sus grandezas, tomar la forma de siervo: *Formam servi accipiens* (Ph., II, 7), y aun la de pecador: *In similitudinem carnis peccati*. ¿Qué podría, pues, hacer más la verdad esencial é infalible que hacerse nuestra verdad: *Ego sum veritas*? Comprando á tan caro precio de humillaciones, desprecios, flaquezas y penas el enseñarnos el camino para ir á la vida; y, así, ¿qué excusa podremos tener delante de El, si no hubiéremos dado crédito á sus documentos, y no hubiéremos caminado á su luz? Confundíos de haber seguido tantas veces las máximas engañosas del mundo, de la carne y del demonio, y de haber antepuesto á los consejos de la sabiduría increada las sugestiones de una sabiduría terrena, animal y diabólica, no aspirando á otro que á ser amada y estimada de las criaturas, y á contentar vuestros sentidos y pasiones con una vida llena de comodidad y reposo. Pedidle perdón al Señor, y proponed de enmendaros, y rogadle que no os castigue según merecéis, dejándoos de hablar é instruir, sino que antes bien, compadeciéndose de vuestra ignorancia, se haga vuestra luz, alumbrándoos á un mismo tiempo el entendimiento, é inflamándoos la voluntad para amar y para ejecutar lo que os enseña.

II. Considerad la *doctrina* de este celestial Maestro, explicada en su primer sermón en el monte: *Et aperiens os suum docebat eos*



(Matth., v, 2), ponderando con madurez estas sus divinas calidades. ¿Qué son la grandeza, la certeza y la utilidad? La grandeza de esta doctrina manifestamente se echa de ver del haber estado escondida en el entendimiento de todos los sabios: *Eructabo abscondita a constitutione mundi*. (Matth., XIII, 35.) Hasta aquel tiempo se tenía por dichoso en el mundo el que poseía más riquezas, honras y pasatiempos; y así, ¿cómo no debía quedar pasmado todo el género humano al oír la primera vez una tan excelente y levantada doctrina de que eran bienaventurados los pobres, bienaventurados los que lloraban, y bienaventurados los perseguidos y calumniados? En especial, que tal sabiduría, tan sublime, era otro tanto infalible verdad, pues salía de la misma boca del Altísimo: *Ego sapientia ex ore Altissimi prodivi* (Eccles., XXIV, 4), por lo cual no podía poner en duda ni aun una sílaba el que la oía. Finalmente, era otro tanto provechosa á los hombres cuanto cierta, porque era ciencia de salud: *Ad dandam scientiam salutis* (Luc., I, 77), y encerraba todos los principios de la teología moral cristiana, ordenándonos perfectamente en orden al bien, y apartándonos del mal, y parte despojándonos del hombre viejo, y parte vistiéndonos del nuevo. ¿Qué dicen vuestros sentidos al oír estas cosas? ¿Qué vuestras pasiones? ¿Qué vuestro corazón? Por una parte, no se puede negar la dignidad

de Maestro á nuestro Redentor, ni la fe á sus documentos, como sabéis, pues son tan ciertos como lo son todos nuestros misterios; por lo cual, como erraríais negando la trinidad de las divinas Personas, así erraréis negando que no es bienaventurado el ser pobre y el padecer por amor del Señor; atento que estas dos verdades se apoyan sobre la ciencia y palabras de Jesucristo. Por otra parte, ¿cómo mostráis con las obras esta fe? Mientras el Evangelio os enseña las verdades especulativas, vos os sujetáis á sus máximas; pero cuando suben estas máximas á las verdades prácticas para regular estas costumbres, todos los afectos se oponen y se esfuerzan para no aceptar las leyes, creyendo por verdadera la doctrina, pero viviendo como si la creyerais por falsa. Mirad, pues, bien que esto mismo forma el proceso para condenaros: *Qui non accipit verba mea, sermo, quem locutus sum, ille judicabit eum in novissimo die.* (Joan., xii, 48). Si no creéis que es bienaventurado el que se despoja por Jesucristo de todas las cosas terrenas, el que llora sus culpas y el que lleva con paciencia y alegría sus penas, seréis condenada como infiel; pero, si creéis todo esto por verdadero, y todavía os guiáis con los principios del mundo y de la carne, seréis condenada como enemiga de vuestra fe, que combatís con la vida tanto como profesáis con la lengua. Despertaos, pues, con el terror de estas reprensiones; avi-

vad vuestra fe; encended vuestra caridad para con el divino Maestro; avergonzaos de haber sustentado en vuestro corazón hasta ahora una aversión tan grande á todo lo que el Maestro aprueba con su ejemplo y con sus instrucciones; confesad que todo es caminar en tinieblas el no seguir su luz; proponed de no querer otra regla de vuestro vivir que el Evangelio, y rogad al Señor que, siendo El dueño de los corazones, muestre este dominio con vos, dándoos el amor para aficionaros y el esfuerzo para practicar lo que enseña.

III. Considerad la *Escuela* donde se enseña esta celestial doctrina. Esta escuela es el Monte: *Ascendit Jesus in Montem* (Matth., v. 1); esto es, la Santa Iglesia, y en ella, con más justo título, la Religión. Todo cristiano está precisado, por su vocación, á profesar esta doctrina, renunciando las riquezas, los gustos y las honras, á lo menos hasta estimar más que todo bien terreno la Ley de su Señor, y ser pronto á dejarlo todo por no perder su divina amistad: *Qui non renunciat omnibus, que possidet, non potest meus esse discipulus.* (Luc., xiv, 33). Pero ésta es la ínfima clase de la escuela de Cristo; ¿cuánto se debe levantar más una persona religiosa que profesa abrazar, no sólo los preceptos, sino también los consejos del divino Maestro? Y así, ¿qué error sería si el que es tan escogido discípulo por razón de su estado, se hiciese

enemigo de la doctrina que profesa y llegase á declarar que ni aun la quiere oír? *Scientiam viarum tuarum nolumus.* (Job., xxi, 14.) Así lo haría el que dejase de leer los libros buenos, y tratar con los Padres espirituales, y oír pláticas santas, por no despertar la conciencia que duerme, cerrando así las ventanas para descansar con comodidad, sin advertir cuán fácil sea que un tal sueño de tibieza pare en letargo de muerte. Si alguna vez os habéis dormido de esta suerte, detestad mil veces este funesto sueño. Confundíos de que, habiendo empleado tantos años en la escuela de Cristo, no hayáis aún aprendido los primeros elementos de negaros á vos misma, de renunciar á vuestra voluntad, de crucificar vuestras inclinaciones perversas; de suerte que, cuando, para ablandar el corazón de otros semejantes á vos, bastó tal vez una sola palabra de Jesucristo, no baste después para ablandaros el oír continuamente tantas lecciones de vuestro Celestial Maestro. Proponed en adelante que ha de ser vuestro mayor cuidado considerar las máximas del Evangelio, para reconocerlas siempre con más claridad por verdaderas, y para regular con más eficacia por ellas vuestras acciones. Rogad, por último, al Señor que, habiendo vos hasta ahora luído todo lo que El os enseña que debéis abrazar, y habiendo buscado hasta ahora lo que El os enseña que debéis despreciar, se digne de trocar el corazón

y purificarlo, de suerte que, á modo de un terso espejo, exprima al vivo todas las facciones y todos los documentos de su Celestial Maestro.

---

## MEDITACIÓN PRIMERA

### PARA EL SÉPTIMO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

#### SOBRE LA INSTITUCIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

I. Considerad que pueden concurrir tres cosas para hacernos un don estimabilísimo: la grandeza del mismo don, el afecto del dador, y la utilidad que saca el donatario. Ahora, todas estas tres cosas, maravillosamente se hallan en la divinísima Eucaristía; y así, considerad primero la *grandeza del don*. Grandes cosas había dado á los hombres el Señor; habíamos dado á nosotros mismos, y nos había dado también innumerables criaturas por el beneficio de la creación y conservación; pero, al fin, estas cosas, aunque, por otra parte es-estimables, eran limitadas. En la Encarnación hizo también á los hombras un don infinito; pero éste aún fué hecho inmediatamente á sola la humanidad de Jesucristo, y á nosotros me-

diatamente por ella; y así, aún le quedaba al Señor que darnos, en caso que hubiese querido darse á Sí mismo á cualquiera de sus fieles en particular, extendiendo en esta forma y alargando el inmenso beneficio de la misma Encarnación. Y esto hace con la Eucaristía, comunicándonos cuantas riquezas y bienes tiene; su cuerpo, su sangre, sus méritos, su virtud, su alma, su divinidad, con una invención tan admirable, que por toda la eternidad no se les hubiera jamás ofrecido á los serafines del Cielo. No se puede, pues, ahora pedir más á nuestro Salvador; y, si pidiésemos otra cosa más en esta vida, podría respondernos que, aunque sea la plenitud de todos los bienes, ahora no tiene más que darnos, habiéndonos dado todas las cosas en el pan de los escogidos, y en el vino, que engendra vírgenes: *Prumento, et vino stabili-vi te; et post hæc, fili mihi, ultra quid faciam.* (Genes., xxvii, 57.) En comparación, pues, de una tan excesiva liberalidad de vuestro Dios con vuestra alma, ¿cuánto creéis que vuestra avaricia le quitará si no le ofrecieseis entera la poca libertad que os queda? Habéis resistido hasta ahora á todos los otros dones; pero ¿podréis aún resistir á un Dios que se os da á Sí mismo? ¿Qué dirán los Santos del Cielo, que conocen tan bien uno y otro extremo, la liberalidad de Cristo y la cortedad de vuestro corazón? Confundíos por vuestra ingrati-

tud; proponed darle todo á quien todo, sin reserva, lo da por vos; agradeced al Señor una tan excesiva magnificencia para con vos, y rogadle que á tan grandes favores añada éste de daros un nuevo espíritu y un nuevo corazón, para estimarles y corresponder como debéis.

II. Considerad el *afecto* con que os hace Jesucristo este don. En esto consiste más propiamente el beneficio, pues el amor es el alma de los dones cuando lo que se da es como el cuerpo. Ahora, este amor de Cristo ha sido tan grande en darnos la divina Eucaristía, que llegó al último término: *In finem dilexit eos*. (Joan., xiii, 1.) Por tanto, así como la fragua da á conocer el ardor que en sí encierra con las llamas que arroja afuera, así esta inmensa caridad se dió á conocer algo con el tiempo en que instituyó Cristo este divinísimo Sacramento, con el modo de instituirlo y con las dificultades que venció por esta institución. El tiempo fué el mismo en que los hombres pensaban darle una cruelísima muerte, y entonces fué cuando se dispuso á darles esta comida de vida, hallando modo de quedarse siempre con nosotros cuando los enemigos, más que nunca, intentaban sacarle del mundo. *Pridie, quam pateretur, accepit panem*. (Joan., 13.) El modo con que se nos dió fué bajo especie de comida, para hacerse nuestro de tal suerte, que, como no hay arte que pue-

da separar de nuestra substancia el alimento que se ha esparcido por todo el cuerpo, así no hay arte ni fuerza que pueda separarnos de Cristo. Sobre todo, se manifiesta su caridad con las dificultades que venció para hacernos bien; pues previendo un inmenso cúmulo de desprecios, de irreverencias, de sacrilegios, de tantos infieles para con el Santísimo Cuerpo y de tantos cristianos, ó tibios ó malvados, con todo, se dispuso á sufrirlo todo por llegar á unirse con vuestra alma; y, lo que es más, á este mismo sufrimiento añadió los deseos, y descos vehementísimos: *Desiderio desiderari* (Luc., xxi, 25); y cuando, para venir al mundo á encarnarse, se hizo desear y esperar por tantos siglos, ahora, para venir á nuestro corazón, se solicita á Sí mismo con deseos dignos sólo de su divino Corazón. ¿Quién jamás podría imaginar estos sucesos, si no nos los manifestase la fe? Pero ¿de dónde en vos afectos tan contrarios que, cuando tanto desea un Dios unirse con un alma tan miserable como la vuestra, esta alma después desea tan poco unirse con el Bien soberano? ¿Tenéis, por ventura, alguna razón para no contentar este su amor tan excesivo? ¿Tenéis razón para volveros á apetecer las cebollas de Egipto, que son los deleites de vuestros sentidos, después de haber recibido tantas veces este maná divino para comida vuestra? ¿Qué habrá de hacer más Jesucristo para vencer



vuestra dureza? Confesadla claramente en su divina presencia, y detestadla mil veces; ofrecos todo á Cristo para que se haga esta divina unión, despertando en vos un sumo horror á cualquier mancha del cuerpo y corazón vuestro, después que tantas veces ha sido casa de vuestro Dios. Finalmente, rogadle que os dé gracia de pagar amor por amor, sin dejaros jamás atemorizar de alguna de las dificultades que tengáis para enfriaros.

III. Considerad la *utilidad* de este don de la Eucaristía. Por esto se llama Comunión, porque nos significa que la Eucaristía hace comunes al alma todos los bienes de Jesucristo: de suerte que aquel capital inmenso que Jesucristo juntó en su vida y en su muerte se nos aplica todo en este gran misterio, en que pretende el Señor renovar en cualquier persona particular los efectos que ha producido su divina Pasión en todo el mundo. Con esto, no sólo nos muestra que por hacernos bien volvería á padecer por nosotros, sino que ni aun le parece mucho el haberse cansado por nuestra salud con solo un cuerpo, pues quiere multiplicarle innumerables veces este mismo cuerpo, para emplearle en vuestro provecho infinitas veces. A este mismo fin, pudiendo darnos su gracia por medio de las criaturas, como lo hace en los otros sacramentos, quiere darnosla en éste por Sí mismo, alumbrando nuestro entendimiento con su divina presencia, infla-

mando nuestro corazón, mitigando nuestras pasiones, volviendo á ordenar nuestros sentidos, y hasta en la masa pesada de nuestro cuerpo dejando tales semillas de inmortalidad, por quienes deba resucitar una vez á vida eterna. ¡Oh, Dios, siempre admirable en amarnos y aprovecharnos? ¿Qué podrá negaros después de haberos dado tanto? Y vos, ¿qué le podréis negar? Si el Señor se hubiese dado una sola vez de esta suerte á uno de los más sublimes espíritus del Cielo, no quedaría satisfecho ni aun con aniquilarse por amor de su Dios; y vos, que le recibís tantas veces, juzgaréis que hacéis mucho dándole en recompensa la victoria de una leve dificultad; antes bien, tal vez, ni aun le queréis dar ésta. Confundíos de vuestra miseria, y avergonzaos de sacar tan poco fruto de esta divina Mesa, quedando siempre la misma, siempre colérica, siempre vana, siempre negligente en el bien que hacéis; proponed de disponeros en adelante con mayor estudio de virtud y con mayor ejercicio de mortificación para comunicaros; y rogad al Señor que, después de haber tanto tiempo sufrido vuestra ingratitud, quiera triunfar ahora, y, haciendo tantos milagros para hacerse vuestra comida, haga ahora éste de convertirlos toda en El por una fervorosa caridad.

## LECCIÓN PARA EL SÉPTIMO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

### SOBRE LA VIRTUD DE LA RELIGIÓN

En los animales se puede decir que el hombre halla algún rastro de todas las virtudes morales, quitada la virtud más sublime de la religión. Ved que Salomón envió al perezoso á la hormiga para aprender la prudencia: *Vade ad formicam o piger* (Prov., 6); de la misma suerte solía enviar á todos los hombres para que aprendieran la fortaleza de los leones, la justicia de las abejas, la castidad de las tórtolas, el agradecimiento de los elefantes, la fidelidad de los perros y la piedad para con sus progenitores de las cigüeñas. Pero, en orden á venerar su primer principio, no se pueden enviar los hombres á otra escuela que á la de los espíritus bienaventurados, que no cesan jamás de venerarle: *Et requiem non habebant die, ac nocte, dicentes, Sanctus, Sanctus, Sanctus* (Apoc., iv, 8); porque, por otro inferior al hombre, no se halla ni aun sombra de esta virtud, tanto como ésta es sublime. Esto supuesto, no se os hará sino muy gustoso el saber la teórica y la práctica de esta virtud, como lo explicaremos en la presente lección.

La religión, pues, es una virtud que prece-

de á todas las otras virtudes morales, y lleva al hombre á dar á Dios el culto que se le debe, por razón de su excelencia y dominio sobre todas las cosas. Dícese que ella precede en nobleza á todas las otras virtudes morales, porque tiene el objeto más noble que puede ser después de Dios en la Tierra, y es su divino culto; y cuéntase también ella entre las virtudes morales, aunque tan noble, porque es una cierta especie de justicia que nuestra voluntad hace á Dios, reconociendo por una parte su grandeza y superioridad, y por otra nuestra sujeción y dependencia. Pero porque no puede llegar á pagar enteramente al Señor esta deuda, por eso no puede llegar á la naturaleza de una rigurosa justicia, sino sólo acercársele é imitarla. Todavía este no poder dar lo equivalente al Señor es un grande valor de esta misma virtud, pues emprende á honrar en la Tierra aquel gran Ser que ni aun en el Cielo se puede bastantemente honrar; y en este culto emplea todas las otras virtudes, junto con la caridad; con esta diferencia: que la caridad refiere á Dios todas las virtudes, como un bien de Dios, y la religión las refiere como cosa debida á Dios y como un derecho que pertenece á su infinita grandeza y á nuestra sumisión. Finalmente, á la religión pertenece el ordenar todas nuestras obras, tanto interiores como exteriores, á honra de Dios; y así, su esfera no puede ser más dilatada y capaz. Val-

ga esto, que quizá no lo entenderéis, para haceros concebir una grande estima de esta virtud, que da también nombre al estado en que os halláis de religiosa, y tanto más obliga á ejercitarla con perfección.

MEDIOS POR LOS CUALES SE PODRÁ CONSEGUIR  
LA VIRTUD DE LA RELIGIÓN

El primer Maestro de esta excelente virtud ha sido Jesucristo, que en el mismo instante que fué concebido trocó el vientre de la Santísima Virgen en un templo que rindiese á Dios, en un modo jamás usado, tanto culto quanto merecía la divina Excelencia, y satisficiese con abundancia á cuanto habian faltado y faltarían los hombres en esta parte á su obligación. Volveos, pues, á este Señor y á su Santísima Madre, que tanto le imitó en esta hermosa virtud, y pedidles con instancia que ayuden vuestra flaqueza y pobreza, y os dispongan á ejercitar con perfección cuanto pertenece al culto divino.

Y porque la religión toma á su cargo el emplear todo el hombre en este culto para con el Señor, los otros dos medios para conseguirla, imbuirán principalmente de motivos de esta virtud nuestras potencias superiores, entendimiento y voluntad, que, movidos, muevan después con facilidad las inferiores y ejecutrices.

La primera rueda, pues, de esta máquina, es concebir en nuestro entendimiento un altísimo aprecio de la grandeza de Dios; porque si á cualquier grado de excelencia y superioridad se debe un grado de honra, ¿qué honra no se deberá á la excelencia infinita del Señor? El Señor, en su simplicísima naturaleza, posee todas las perfecciones posibles; por lo cual, habiendo entre Dios y nosotros una distancia sin término, es fuerza que sea sin igual nuestra sumisión para con Dios. El Señor está por su inmensidad en todo lugar; y si cuando en la corte se oye decir: «ved al Rey», todos se humillan, ¿qué humillación será proporcionada á esta inmensidad de nuestro Dios? El Señor ha estado y estará en todos los tiempos; y si la nobleza entre nosotros, cuanto más antigua tanto más respeto consigue, ¿qué respeto no será escaso para honrar la divina Eternidad? El Señor sabe todas las verdades, y con sola una vista comprende en Sí mismo todas las ciencias posibles; y si un escolar se porta con tanta reverencia delante de su maestro, ¿qué reverencia será jamás igual á nuestra ignorancia y á su divino saber? El Señor puede cuanto quiere, y no puede querer cosa mala; no tiene necesidad de instrumentos, ni de ayuda, ni de consejo, ni de materias; basta para todo sólo su palabra; y así, ¿qué obsequio será bastante para venerar un poder tan sin medida, si con tanto obsequio se venera

un rey terreno, que puede tan poco por medio de sus súbditos, y por sí no puede nada? Dios es infinitamente Santo; y si una persona de virtud de tal suerte se venera entre nosotros, que hasta sus cenizas, después de la muerte, nos son tan preciosas, ¿qué aprecio y estima se merecerá con razón la santidad misma del Sumo Bien? Finalmente, Dios es dueño de nosotros y de todas las cosas; y no sólo nos ha hecho de nada, sino que en todos los instantes nos sustenta, para que no volvamos á nuestra propia nada; ¿no será, pues, justo que correspondamos con toda la sumisión posible á la causa única de todo nuestro bien, sin quien ni aun somos posibles?

Estos motivos, ponderados con madurez, fácilmente ganan nuestro entendimiento, y ganan fácilmente también la voluntad; pero, para ganarla con más eficacia para el ejercicio de esta sublime virtud, aprovechará mucho proponerles el gran bien, que es la gloria de Dios y la suma felicidad del hombre en poder promover los intereses de su Señor. Esta gloria divina, pues, por la cual se manifiestan las divinas perfecciones á sus criaturas, es un bien que participa del infinito, siendo un bien que pertenece al mismo Dios. A más que éste es el bien que Dios tiene por fin en todas sus obras, mirando en ellas, sobre todo, á manifestar su bondad; y así, si éste es el término á que el Señor ha ordenado la naturaleza, la gracia y

la gloria, ¿qué felicidad será la nuestra si somos instrumento de esta divina manifestación? Tanto más, que ella es el único bien que podemos dar á Dios, el cual, siendo en Sí mismo la plenitud de todas las perfecciones, no es capaz de recibir otro que este bien extrínseco de su honra; por lo cual, dejando el Señor en nuestra mano el procurársela eficazmente, ¿cuánto es grande nuestra dignidad en darle gusto, tanto como será monstruosa nuestra ingratitud en negar al Sumo Ser una cosa tan estimada y que se le debe por tantos títulos cuantos son sus perfecciones y nuestras miserias?

#### CON QUÉ ACTOS SE EJERCITARÁ ESTA VIRTUD

Vamos ahora á la práctica de esta sublime virtud de la religión: todos sus actos fácilmente se pueden comprender en estos cinco: *Cultus mentis*, *cultus cordis*, *cultus oris*, *cultus corporis*, *cultus virtutum*, que uno por uno iremos explicando con brevedad.

El primer culto que da el alma á Dios es con el entendimiento, *Cultus mentis*, formando una altísima opinión del Señor como Criador y supremo Dueño de todo el mundo, y concibiendo al mismo tiempo una vilísima estima de nosotros mismos, como aquellos que somos de nosotros nada, nada tenemos y nada podemos, sino que en cada instante recibimos de El todo el ser, como de limosna, y todas



las operaciones que se fundan en el ser. Este acto es de grande eficacia, y conviene repetirlo muchas veces, principalmente en la oración; y esta comparación entre nosotros y Dios, y este sentimiento de nuestra vileza, sirve en gran manera para la virtud de la religión como una protesta, y en reconocimiento de la divina excelencia, aunque al mismo tiempo sirva también para la virtud de la humildad.

El segundo acto es el culto que se da á Dios con el corazón, *Cultus cordis*, porque después que el entendimiento ha juzgado por conveniente en sumo grado el sujetarse á Dios, y darle un sumo respeto por razón de su majestad infinitamente levantada sobre nuestra baja-  
jeza, la voluntad acepta esta sujeción, y se complace de esta dependencia, y la protesta, particularmente, con estas tres cosas: con las *ofrendas*, con las *peticiones* y con *hacimiento de gracias*. Quería Santa Teresa que todas las personas religiosas se ofreciesen todos los días muchas veces al Señor; y, á la verdad, siendo por una parte tan grande nuestra pobreza, y por otra tan grande la bondad del Señor para agradecer tanto los deseos como las obras, es gran negligencia descuidarse en esta parte. Acostumbraos, pues, á renovar con frecuencia los votos de vuestra profesión; dedicaos cada día de nuevo al Señor; protestad que queréis depender en todo de su divina

providencia y de no apartaros en nada de su voluntad. Acerca de las peticiones, es claro que se da á Dios una grande honra, porque, acudiendo al Señor en nuestras necesidades, no sólo le sujetamos á nosotros mismos, sino que damos también á entender que le tenemos por un mar inexhausto de todos los bienes, infinitamente rico, para repartir sus gracias sin disminución; infinitamente fiel, para mantener sus promesas. De la misma suerte, en gran manera honramos á Dios con nuestra acción de gracias, porque se le da aquella gloria que, como hemos visto, tiene por mira en todas sus obras, y con el agradecimiento nos dispone para recibir nuevas gracias, que es cuanto para nuestro bien desea también el Señor. Ahora, estos tres actos de ofrecer á Dios, de pedirle sus bienes y darle gracias por lo que os ha repartido, habrán de ocupar una gran parte de vuestra oración, si deseáis que os sea de provecho.

El tercero es el culto que se da á Dios en la lengua, *Cultus oris*, el cual comprende en particular las oraciones vocales, y, más que todas las otras, el rezar el Oficio divino. Este, para que agrade al Señor y le dé el debido obsequio, no ha de ir sin que le acompañen los actos internos; de otra suerte, con razón se podría quejar Dios de nosotros: *Populus hic labiis me honorat; cor autem eorum longè est a me.* (Isai., xxix, 3.) También vos mis-

ma, ¿qué utilidad sacaríais de emplear en las divinas alabanzas y en el Oficio divino sólo la lengua? Esto sería comer el panal sin la miel, y mascar la cera sin recibir sustento. Si os acordarais que yendo al coro vais á alabar al Señor de Cielo y Tierra en nombre de toda la Santa Iglesia, no tendríais necesidad de otro motivo para conservaros con atención: *Quoniam Rex omnis terre psallite sapienter.* (Ps., XLVI, 8.)

El cuarto acto se reduce al culto exterior, *Cultus corporis*, aunque éste también debe ir acompañado del culto interior; de otra suerte, sería ofrecer á Dios víctimas muertas y no vivas. En éste se comprenden en particular las adoraciones, el sacrificio y el respeto que se da á todas las otras cosas que pertonecen al Señor.

Las adoraciones y humillaciones de nuestro cuerpo son actos de religión, porque representan nuestro defecto y nuestra nada, y la Divina Majestad del Señor; y así, cuando van juntos con la reverencia interior que se requiere, rinden á Dios grande obsequio. A más de esto, se ha observado que entre todos los que acudieron á Cristo para conseguir alguna gracia, á ninguno trató con dureza, sino á la Cananea y al Régulo; pero á la Cananea fué para prueba y para aumento de virtud, cuando al Régulo fué en pena de la poca reverencia con Cristo, porque no se postró, como lo hacían

los otros necesitados, para adorar á Jesucristo antes de suplicarle.

Pero, sobre todo, es necesario un sumo respeto en asistir al Divinísimo Sacramento de la santa Misa. Esta es la obra más excelente que se puede hacer en el Cielo y Tierra, y es como el centro de la religión, adonde finalmente van á parar todas las sagradas ceremonias y todos los ritos. Ni el asistir vos se puede llamar que sois un mero asistente de tan grande accion, sino que entráis á la parte como actor; y así, ¿qué horror sería que estuvierais allí con el entendimiento divertido, con los ojos vagabundos, cuando los ángeles tiemblan por reverencia, y cuando un Sacerdote infinito, cual es Cristo, ofrece por nosotros una víctima infinita, cual es su cuerpo?

Por último, esta reverencia se debe á todas las cosas que pertenecen al Señor: á los lugares sagrados, que son las iglesias; á los tiempos sagrados, que son las fiestas; á las personas sagradas, que son los sacerdotes; á las cosas sagradas, que son las reliquias; y sobre todo á los Sacramentos que instituyó el Redentor, como dice Santo Tomás (3.<sup>a</sup> p., q. 65, artículo 1.<sup>o</sup>), no sólo como remedios contra el pecado, sino como medios para perfeccionar los fieles en el culto divino.

Queda el último obsequio de la religión, que se llama *Cultus virtutum*, y es cuando todos los actos virtuosos se ordenan á este fin, de

que sirvan de tributo á la suprema excelencia de la Divina Majestad. ¡Oh qué largo campo se abre aquí para las almas descosas de honrar á su Dios, y es el encaminar todas sus operaciones á este fin tan sublime de glorificarle á la presencia de sus criaturas y santificar su excelso nombre! Por una parte, la intención es el alma de las obras buenas; y así, tanto es más noble una obra buena cuanto está, más animada de mejor intención; por otra parte, ¿qué intención más noble que el promover la gloria del Señor, ó por motivo de caridad, como un bien de Dios, ó por motivos de religión, como tributo debido al primer ser y á nuestro primero y soberano principio? Ciertó que éste solo dará á vuestras acciones un singular valor y precio, y os llevará á una sublime virtud. Principalmente, si esta intención fuere universal, que abrace todas vuestras operaciones, y juntamente actual, de suerte que la renovéis con frecuencia, y os gocéis de poder ser en esta vida un trofeo de la divina gloria, que se conserve en pie sólo por su honra. San Simeón Stilita tuvo, entre todos los otros santos, especialmente este gran valor. Escogióse para su habitación una columna, y estúvose en ella en pie por espacio de setenta años, en cuyo tiempo su principal empleo fué alabar á Dios, y adorarle con tanta reverencia y tan profundamente, que con la frente venía á tocar sus mismos pies. Cuenta Teodoreto que, habiendo

ido con otro compañero á ver este prodigio de santidad, el compañero, en la breve detención que tuvieron para observarlo, contó hasta mil doscientas cuarenta y cuatro de estas profundas adoraciones, hasta que, cansado de contarlas, dejó la empresa. Imitadle también vos cuanto pueda vuestra flaqueza, y comenzando de la mañana á reverenciar con humildísimas adoraciones á vuestro Criador, de suerte que cualquier acción vuestra, y si se pudiese cualquier movimiento, sea un tributo de reverencia al Señor. Los cielos, dice el Profeta, cantan la gloria de Dios. Todos los hombres habrían de ser cielos animados de este espíritu, pero mucho más lo deben ser los religiosos; y como las abejas, lo primero que hacen cuando forman la colmena, es fabricar la celda á su rey, así el primer cuidado de una criatura racional debe ser ejercitarse con diligencia en las cosas que miran al culto del Señor y en honrar á su Dios. Examinaos, pues, con cuidado sobre estos cinco cabos sobredichos: observad qué estima tenéis de la incomprensible Majestad; cómo agradecéis al Señor los beneficios que os ha hecho tan inmensos; con qué confianza y humildad le suplicáis en vuestras necesidades; con qué grandeza de corazón renováis vuestros votos y vuestras ofrendas; con qué devoción y atención rezáis el oficio y las otras oraciones vuestras; cómo santificáis las fiestas, principalmente las más solemnes; con qué respeto

os portáis en los lugares sagrados y con las personas consagradas al Señor; con qué reverencia os llegáis á los Sacramentos y asistís á la santa Misa; y, en una palabra, cómo cumplís vuestro especialísimo empleo, que es el dar á Dios con el espíritu y con el cuerpo esta gloria que pide. Acordaos que para este fin vinisteis al mundo, para que en él, como en un templo, ofrecierais á la Divina Majestad este sacrificio de alabanza y reconocimiento; para este fin os ha concedido el Señor hasta ahora la vida, conservándoos cada instante y defendiándoos de mil riesgos; para este fin os sirven todas las criaturas celestes y terrestres; y así, si faltáis á esta tan gran deuda y tan entrañada en vuestro ser, mereceríais que no os alumbrase más el sol, que no os sustentase más la tierra, que no os calentase el fuego, que no os guardasen más los ángeles, y, en una palabra, que todas las cosas se apartasen de vuestro servicio. Quien de su parte no mantiene los pactos, no merece que se los mantengan de la otra. *Qui frangit fidem, fides frangatur eidem.*

---

## MEDITACIÓN II

### PARA EL SÉPTIMO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

#### SOBRE LAS CAUSAS DE SUDAR CRISTO SANGRE EN EL HUERTO

I. Considerad las causas de un efecto tan extraño, cual es ver al Hijo de Dios sudando sangre por todas las partes de su santísimo cuerpo. Estas causas principalmente fueron tres: la compasión que tuvo Cristo á sus males; la contrición y dolor que tuvo de nuestros pecados, y la previsión de nuestra ingratitude. La primera, pues, fué la *compasión que tuvo Cristo á sus males*. Por una parte, conocía del todo la inmensa dignidad de su sacrosanta humanidad, y cuán digna era de toda honra entre los hombres, y de todo contento; conocía del todo el valor de su divina vida, de quien un solo instante era más estimable que todas las criaturas posibles. Por otra parte, veía distintísimamente delineados al vivo todos los oprobios, todos los tormentos, todos los instrumentos de su dolorosa Pasión; los azotes, espinas, clavos, hiel y cruz; y, en una palabra, todo aquel tan dilatado mar que en breve había de enajenarle en un profundo de males; y así, ¿quién jamás pudo entender en



qué conflicto se hallase entonces el corazón de nuestro Redentor? Principalmente que el apetito inferior estuvo privado á un mismo tiempo de todo consuelo; no permitiéndole Cristo, para que sus penas fuesen del todo puras, y no permitiéndole el hacer reflexión sobre los motivos que podían suavizárselas; y deteniendo de tal suerte el gozo en la parte superior del alma, que no redundase una gotita en las potencias inferiores. En este combate, pues, que se formó en el corazón del Salvador padeció anticipadamente todos los tormentos de su Pasión, y los padeció todos juntos, cuando en la Pasión los había de padecer por partes; y, finalmente, padeció también aquellos que no había de padecer en la misma Pasión, como el desamparo de su Madre Santísima después que fué muerto, y la cruel herida que le abrió el costado. El horror, pues, de tantos males, habiendo constreñido toda la sangre en el corazón de Jesús, topó allí, como en una roca fortísima, su caridad para con el Padre y para con nosotros; de quien, constreñida con suma generosidad, vino á salir por las venas y por todos los poros de aquel santísimo cuerpo y correr hasta la tierra. ¿Qué decís ahora á este tan doloroso espectáculo? No bastan á Cristo los tormentos que le preparaban sus enemigos; quiere El mismo anticipadamente atormentarse á Sí mismo: y El mismo que había de aligerar las penas á los mártires con un mi-

lagroso consuelo, quiere agravarlas inmensamente en Sí mismo con beber antes de tiempo el cáliz amargo de su Pasión, sin suavizársele ni aun con una gotita de gozo. ¿Cómo no se cubre de vergüenza, á vista de esta sangre, vuestra tibieza en amar al que os ama con tanto exceso y halla tantas invenciones para padecer por vos? ¿Podréis en adelante juzgar muy pesadas las tribulaciones que os conven-ga sufrir por servirle? ¿Podréis buscar delicias á vista de vuestro Señor tan dolorido? Agra-deced á Jesús, que es tan pródigo de su san-gre por vuestro amor, y pedidle una gota de aquel divino licor, para remedio interior de vuestros males.

II. Considerad la otra causa de este tan prodigioso sudor, que fué la *contrición y dolor que Cristo tuvo de nuestros pecados*. También éstos se le representaron uno por uno ante sus divinos ojos, y todos á un tiempo; como otras tantas serpientes asaltaron su co-razón; por lo cual, el horror y el dolor que concibió fué superior á cuanto haya jamás pro-bado algún otro en la Tierra. Pues si la mali-cia de un pecado solo es casi inmensa, ¿qué malignidad no encerrará el abismo de las mal-dades de todos los hombres, pasados, presen-tes y por venir? Y, con todo, se dolió Cristo por todas estas maldades, á medida del inmenso amor que tenía á su Padre Celestial y á nues-tra salvación; por lo cual, todo pecado era co-

mo una lanza clavada bien adentro en su corazón, y que hacía una herida más cruel que no las que esperaba en todo el cuerpo, siéndole tanto más intolerables que la muerte nuestras culpas, cuanto él escogía la muerte para destruirlas del todo y desterrar de este mundo este gran monstruo del pecado. Este montón, pues, inmenso de nuestras maldades fué la prensa que oprimió el corazón y los miembros del Redentor é hizo salir la sangre por todas partes: mirad, pues, cuánta parte tienen vuestros pecados en este tan grande encargo de Jesús, y confundíos en su presencia por el nuevo trabajo que le acarreasteis con vuestras previstas maldades. Cuanto gusto os habéis dado, tanto habéis ocasionado á Cristo tormento; y si hubierais pecado menos, menos hubiera El padecido. Agradecedle, pues, mil veces el amor con que os acogió en su seno y se compadeció de vos, aunque tan indigna de compasión, y rogadle que, pues ha llorado vuestras culpas con lágrimas de sangre, os dé gracia para que las lloréis con lágrimas de arrepentimiento antes que venga el tiempo de ser juzgada.

III. Considerad la tercera causa de esta lluvia de sangre, que fué la *previsión de nuestra ingratitud*. Si todos los hombres hubieran correspondido con pleno corazón al amor y sufrimiento del Redentor, ¿qué duda hay que hubiera tenido motivo fortísimo para consolarse de sus penas? Y se puede decir que en-

tonces el mar de su Pasión le hubiera sido mar de leche; pero ¿qué amargura no se le añadió previendo la multitud innumerable de aquellos á quienes por su culpa le sería inútil esta Pasión, y serviría su sangre para escribir contra ellos una sentencia más severa? ¡Oh Dios! ¡tanta costa hecha por los hombres; por ellos vaciadas de un tesoro divino las venas del Redentor; por ellos ahogada en un diluvio de oprobios y penas la vida de un Dios, y quedar todavía para una multitud innumerable sin fruto esta tan preciosa medicina, pues se habían de condenar, y en los demás quedar con menos eficacia, á causa de la tibieza con que corresponderían á sus ayudas y gracias! ¡Quién puede entender las angustias en que estuvo el corazón de Jesús con esta pena, que en fin toda era pena, no estando mezclada, como las otras, con el bien de la gloria del Padre, y con el bien que nos ocasionaban á nosotros! ¡Cuánta parte también en este trabajo habéis causado á vuestro Salvador con vuestra ingratitud! Todos los miembros de Jesús son testigos de su caridad para con vos y de vuestra ingratitud para con El, y la sangre, que escribe también en ellas vuestra mala correspondencia. ¿Y vos queréis proseguir viviendo de esta suerte, y sirviendo con tanta tibieza á un Señor con quien tenéis una tan excesiva deuda de dar por lo menos sangre por sangre? Confundíos amargamente de lo pasado, y proponed fuertemente

en lo por venir, ofreciendo en satisfacción de vuestra tibieza esta misma sangre divina, tan fervorosa y tan amorosa, que, como mirra escogida, corre espontáneamente sin esperar las heridas para sanaros á vos.

## EXAMEN PARA EL SÉPTIMO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

### SOBRE EL MODO CON QUE OS PORTÁIS CON VOS MISMA

I. Examinaos sobre las *omisiones*. Primero, si dejáis con frecuencia pasar las ocasiones de mortificaros. Segundo, si no guardáis el silencio y el recogimiento debidos. Tercero, si no intervenís en las observancias comunes por capricho. Cuarto, si os levantáis luego á la señal de levantarse por la mañana. Quinto, si no queréis descubrir algunos defectos al Padre espiritual, porque no os queréis enmendar. Sexto, si os eximís de las cargas comunes, por atender á cosas de vuestro genio. Séptimo, si no mantenéis las promesas que habéis hecho. Octavo, si voluntariamente perdéis el tiempo en cosas vanas.

II. Examinaos sobre los *pensamientos*. Primero, si sois inconstante en vuestros propósitos. Segundo, si os entristecéis cuando no os salen vuestros designios. Tercero, si sois muy

solícita de las cosas que pertenecen al cuidado del cuerpo, y teméis mucho de enfermaros. Cuarto, si tenéis complacencia interior de vuestras alabanzas, aunque en lo exterior mostréis no aceptarlas. Quinto, si tenéis mucha estima de vos misma, y os parece que no necesitáis de consejo. Sexto, si os desanimáis cuando no son aprobadas vuestras cosas. Séptimo, si pensáis que tenéis más virtud y habilidad de la que tenéis. Octavo, si no queréis parecer menos que las otras en el dar y en el hacer el oficio que se os ha impuesto. Noveno, si sois muy asida á vuestro parecer, y tenéis por mal que otras os contradigan. Décimo, si hacéis poco caso de las cosas pequeñas, sin advertir que de ellas dependen las grandes. Undécimo, si tenéis interior aversión á las más fervorosas, y aprendéis su virtud como reprehensión vuestra. Duodécimo, si querriais salir en todas las cosas, y ser en todo singular. Décimotercio, si hacéis muchos castillos en el aire, y os ocupáis en cosas vanas con mucho gusto. Décimocuarto, si querriais ser amada de todos, y procuráis con gran cuidado su gracia, ó para vuestro entretenimiento, ó para llegar por aquel camino á algún puesto. Décimquinto, si en todas las cosas os buscáis á vos misma el complacer á vuestro genio, vuestra comodidad y vuestra honra.

III. Examinaos *sobre las palabras*. Primero, si habláis con gusto de vuestras cosas ó

de vuestros parientes. Segundo, si excusáis vuestros defectos. Tercero, si no tratáis con sinceridad, sino con palabras ambiguas, con los superiores y con los iguales. Cuarto, si decís descubiertamente mentira, con pretexto de que no hacéis daño á ninguno. Quinto, si habláis con gusto de cosas vanas ó con afectadas ceremonias. Sexto, si mostráis poca estima de la virtud. Séptimo, si reprendéis la frecuencia de los sacramentos á las otras cuando caen en alguna falta. Octavo, si dais alguna vez mal consejo. Noveno, si exageráis siempre vuestras ocupaciones, como si estuvieseis siempre oprimida de su peso. Décimo, si vais contando fácilmente vuestros trabajos para consolaros ó hallar compasión.

IV. Examinaos *sobre las obras*. Primero, si os mostráis incontentable con los que os sirven, y no aprobáis ni agradecéis cosa de ellos. Segundo, si en el día de fiesta hacéis algún trabajo manual. Tercero, si en los ayunos de precepto os extendéis mucho, ó tomáis más comida de la acostumbrada, porque habéis de ayunar al día siguiente, ó porque ayunasteis el pasado. Cuarto, si volvéis luego á los mismos defectos. Quinto, si reís inmoderadamente. Sexto, si os divertís voluntariamente sin necesidad y por motivo de vuestra satisfacción, no para restaurar las fuerzas ó para hacer la obediencia. Séptimo, si practicáis con poco gusto los actos de la penitencia exterior,

y mostráis poca estima de ellos. Octavo, si os agrada mucho el aseo en el vestir. Noveno, si os complace ser oída cantar, ó que vayan vuestros trabajos y labores entre manos. Décimo, si en el capítulo dais vuestro voto por amistad particular y no por motivo de rectitud. Undécimo, si procedéis con una cierta libertad, como si fueseis dueña de vos misma, y no hubierais de dar cuenta de vuestro obrar. Duodécimo, si no sabéis negar cosa á vuestros deseos. Décimotercio, si satisfacéis vuestra curiosidad en leer libros ó burlescos ó poco conformes á vuestro estado. Décimocuarto, si excedéis en el mucho sueño ó mucha comida. Décimoquinto, si huís los oficios más humildes ó repugnantes á vuestro genio. Décimosexto, si frecuentáis mucho las rejas, y mostráis mucha estima de las vanidades de los seculares, de sus trajes y de sus recreaciones. Decimoséptimo, si mostráis vana alegría en las cosas que os suceden á vuestro gusto, ó si dais señal de gran tristeza por las cosas contrarias.

Humillaos por las faltas que hallareis, y ejercitad los otros actos que se han dicho en los exámenes pasados.

---



## MEDITACIÓN III

### PARA EL SÉPTIMO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

#### SOBRE LAS INJURIAS QUE RECIBIÓ CRISTO EN LOS TRIBUNALES

I. Considerad tres de las más notables injurias que recibió nuestro Redentor en los tribunales, en los cuales, antes de dar por nosotros la vida, dió la honra, tan estimable como la vida. La primera injuria, pues, fué la que recibió en el *tribunal de Anás con una bofetada*, que le dió públicamente un soldado para lisonjear al dueño. Ponderad aquí con atención esta injuria, por la parte del ofendido, del ofensor y de la ofensa: la ofensa fué llena de crueldad, porque la bofetada se le dió á Cristo con mano armada, como usaban entonces los soldados, y por ella se puso cárdeno aquel santísimo rostro, y conservó hasta la muerte las señales de la herida: fué llena de ignominia, porque se le dió á Cristo en presencia de todos los ancianos que gobernaban la sinagoga en materia de religión; fué llena de injusticia, porque el golpe se le dió á Cristo por una respuesta discreta de la celestial Sabiduría. El ofensor fué, no sólo un hombre vil, sino también ingrato, pues fué aquel Malco á

quien poco antes había curado de la herida con sus manos Cristo. Ultimamente, el ofendido fué aquel virginal rostro del Salvador á quien desean ver los ángeles en el Cielo y aquel Hombre-Dios que al fin de los tiempos ha de venir con tanta majestad á juzgarnos. Pásmanse aquí los santos cómo el sol no se obscureció, no se pararon los cielos y no se abrió la tierra á un espectáculo de tanto horror, ó que, á lo menos, no se secase aquella malvada mano que á tanto se atrevió. Necesario es que confesemos que nuestra soberbia es excesiva si, para ser curada, necesita de tan violentos remedios. Pero ¿qué sería si ni aun esto bastase, y si, después de haber meditado vos muchas veces estos misterios, tuvierais después lengua para quejaros de una palabra dicha contra vos, de un término poco político que os convenga sufrir? Avergonzaos de vuestra delicadeza; resolveos de imitar á vuestro divino Esposo en la tolerancia de sus oprobios: Cristo habla bien, y es herido para pagar las deudas de vuestro hablar libre y mordaz; pedidle perdón, y rogad al Padre que fije sus ojos en el rostro de su Hijo abofeteado de los pecadores, por que se mueva á piedad para con vos, y por que os dé fuerza para enmendaros.

II. Considerad la otra injuria notabilísima que recibió Cristo en el *Tribunal de Herodes*, donde, atado como un reo, con la cabeza baja, sin excusarse y sin defenderse de las

imposturas de sus enemigos, fué tenido por loco de aquel rey soberbio, adúltero y sanguinario, y de su ejército y corte. Podía el Salvador, obrando un solo milagro, librarse de todas esas ignominias; pero había escogido hacer milagros para aumentar su Pasión, no para disminuirla. A más de esto, ¿qué prodigio mayor que un tan grande silencio entre tantas calumnias, y una serenidad de rostro y corazón tan nueva entre tantos desprecios! Y una alma que cree todo esto por fe divina y mira la Sabiduría eterna reducida á término de pasar por un insensato, ¿podrá después hacer más caso de los juicios del mundo, y perder la paz, y aun el sueño, por no ser tenida de las criaturas como quisiera? ¡Cierto que si vuestro afecto por la propia estimación no muere en vos á vista de estos excesos de humildad del Hijo de Dios, no sé cuándo ha de morir! ¿Qué confusión será la vuestra en el juicio divino por haber de dar cuenta de estos ejemplos, habiendo vivido después de ellos como si no os los hubiera dado Cristo? Vos, pues, estáis reducida á término que, ó habéis de despreciar á Jesús, que os enseña á ser humilde, como le despreció Herodes, ó habéis de consentir en ser despreciada como Jesús, para imitarle. Agradecedle lo que padece para vuestra enseñanza, confundíos de haber hecho tan poco caso por lo pasado, y rogadle que si en algún tiempo os hiciere el favor de que parti-

cipéis de sus divinas humillaciones, os dé vigor y esfuerzo para recibirlas, y hacer caso de ellas como se debe.

III. Considerad la tercera injuria que recibió Cristo en el *Tribunal de Pilatos*, con que el Redentor fué por aquel juez tímido comparado con Barrabás, ladrón y homicida, en materia tan relevante como muerte de cruz, y de contado pierde la causa á votos concordes y manifiestos de todo el pueblo, de toda la nobleza, de todos los doctos en la ley y de los sacerdotes: *Clamaverunt omnes, et dixerunt: Non hunc, sed Barrabam* (Joan., xviii, 40). Si Jesucristo hubiera sido comparado con el más sublime de los serafines, hubiera su divina Persona recibido una singulárisima afrenta; ahora, ¿qué afrenta no habrá recibido estando comparado, no sólo con el peor hombre que hubo en las prisiones de Judea, sino pospuesto á él por consentimiento y universal aprobación? ¡Oh elección pésima y renovada todavía tantas veces por vos cuantas, á persuasión de vuestras pasiones, habéis pospuesto la voluntad de Dios á la satisfacción del amor propio! A lo menos, para recompen-sar este agravio, contentaos en adelante con que las otras vayan delante de vos, y vos quedéis detrás de ellas; que las otras estén bien provistas, y vos olvidada; y ofreceos de corazón en todas estas competencias á perderla y á quedar bajo los pies de todas las cria-

turas. No os dejéis espantar de este lugar tan bajo. Este es el lugar de vuestro Maestro, que por vos ha querido ser reputado por el más vil de los hombres, y ser pisado, como si fuera no hombre, sino gusano; cuanto, pues, más baja estaréis, tanto le estaréis más vecina, y así tanto seréis más agradecida y estimada de su Padre Celestial. Rogad al Señor que os imprima profundamente en el corazón estas verdades, y os dé fuerza para ponerlas en práctica á honra de sus divinos ejemplos.

---

## MEDITACIÓN IV

### PARA EL SÉPTIMO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

#### SOBRE LA NEGACIÓN DE SAN PEDRO

1. Considerad de dónde provino la espantosa caída de San Pedro, antes discípulo tan fervoroso de Cristo y después perjuró y blasfemo de su Maestro, para que su caída os confirme principalmente en el bien. El primer impulso se lo dió á San Pedro la soberbia, por la cual hizo grande estima de su pasado fervor; después se adelantó á despreciar á todos los demás discípulos, prefiriéndose á ellos con decir que, si todos negasen á Jesucristo, no por

eso entraría él en ese número: *Etsi omnes scandalizati fuerint in te, sed non ego.* (Marc., xiv, 29.) Y, finalmente, llegó á tanto, que no hizo caso ni aun de las palabras de su Maestro, que le pronosticaban esta caída: *At ille amplius loquebatur: etsi oportuerit me simul commori tibi, non te negabo.* (Marc., xiv, 31.) Esta misma soberbia le hizo exponer temerariamente al peligro, no sólo entrando entre la turba de los soldados en casa del Pontífice, sino hasta sentarse con comodidad entre ellos al fuego, como si propiamente no hubiera de temer al demonio, sino que el demonio le hubiera de temer á él. ¿Qué maravilla, pues, si tan feamente cayó? ¿Cómo podía quedar en pie al impulso de tanta presunción? *Contritionem præcedit superbia, et ante ruinam exaltatur spiritus.* (Prov., xvi, 18.) San Juan también entró en el palacio de Caifás; pero, porque no se fió tanto de sus fuerzas ni dió lugar á tanta presunción en su entendimiento, salió fuera sin negar á su divino Maestro. ¡Ay de vos! Pues si alguna vez presumierais de vuestras virtudes y os afianzarais en vuestros méritos, como que bastante estéis segura en ellos, porque de esta suerte os apoyaréis sobre una caña quebrantada, que, en lugar de sustentaros, os herirá también la mano. ¿Cómo podéis dudar esto, si no os dejáis cegar de vuestra vanidad? Todas las gentes, dice el Profeta, son, delante de Dios, co-

mo una gota de agua; dividid, pues, esta gota en tantas partes cuantas son las personas pasadas, presentes y por venir, con todas las posibles también; y la parte que os toca en esta innumerable multitud, aquella sois vos delante del Señor, y os son á vos proporcionadas vuestras fuerzas. Después de este repartimiento, ensoberbecios si tenéis razón; y si ninguna tenéis de presumir de vos, sino de humillaros hasta el abismo de la nada, de ningún otro habéis de temer más que de vos misma, y así quedaréis segura; de otra suerte, será inminente vuestra ruina: *Si non in timore Domini tenueris te instanter, cito subvertetur domus tua.* (Eccles., xxiv, 4.) ¿Cuántas veces, pues, habéis estado cerca de esta gran caída? Detestad la pasada soberbia; confundíos de que, teniendo tantos motivos para sentir bajamente de vos, estáis todavía tan llena de vos misma; y rogad al Señor que, como con sus divinos ojos alumbró la ceguedad de su discípulo después que hubo caído, así ahora alumbre vuestra ceguedad para que no lleguéis á caer.

II. Considerad el segundo impulso que le dió á San Pedro su *negligencia*: *Petrus vero sequebatur a longe.* (Luc., xxi, 54.) Esta negligencia se manifestó en el modo con que seguía á su Maestro, en el fin y en los efectos. El modo fué siguiéndole de lejos, no queriendo ni enteramente dejarle, ni enteramente se-

guirle, para conservar la reputación de discípulo y no exponer su persona á peligro; el fin fué, no para morir con Cristo, sino por curiosidad de ver el fin de un hecho tan grande: *Ut videret finem* (Mat., xxviii, 58); los efectos fueron el olvidarse del todo de las palabras de su Maestro y de las advertencias que le dió, primero en el Cenáculo y después en el Huerto, de velar sobre sí mismo. Ahora, esta negligencia tan afectada, ¿qué otro fin podía tener que una manifiesta ruina? *In pigritiis humiliabitur contignatio*. (Eccles., x, 18.) Entrad ahora en vos misma y examinad bien vuestro corazón, tal vez oculto, no menos á los otros que á vos misma. ¿Habría, por ventura, alguna de estas faltas en vuestro espíritu, de suerte que os olvidaseis fácilmente de las interiores reprensiones que de tiempo en tiempo os hace el Señor por vuestra tibieza? ¿Habría tal curiosidad en tratar con Dios por la oración, como que tuvieseis por mira el ser favorecida más que las otras, y más el parecer persona espiritual que serlo en la realidad? Y, finalmente, ¿querriais también vos hallar un partido medio, de ni daros toda al Señor, ni tampoco negaros toda y servirle, pero sin pena, y seguirle, pero sin dejar de contentar el amor propio? ¡Oh infeliz negligencia para vos, si no la detestáis como merece! La negligencia de San Pedro la notó el Evangelista con el frío de la estación: *Quia frigus erat*



(Joan., xviii, 18); pero vuestra negligencia se podrá notar con otro frío de muerte, en que podría ser que jamás llegaseis á tener calor. Reconoced, pues, esta causa de vuestras caídas, y confundíos delante de vuestro divino Maestro; rogándole que, pues vuestra negligencia es más de temer para daros el impulso que no la fuerza del demonio, os libre de la una y de la otra, pero más de vos misma, que sois para vos misma con vuestra propia voluntad demonio peor que cualquier otro.

III. Considerad el último impulso por el cual cayó San Pedro, que fué *la falta de la oración*. Esta falta le causó la soberbia y negligencia sobredichas, porque quien se tiene seguro no pide ayuda. Con todo, San Pedro tenía tantos motivos para encomendarse á Dios, tanto por haber sido repetidas veces advertido, junto con los demás discípulos de Jesucristo: *Vigilate, et orate, ut non intretis in tentationem* (Marc., xiv, 38), y avisado aun en particular: *Simon dormis* (xiv, 37), cuanto también por el señalado ejemplo que dió en el Huerto el Redentor, orando dilatadamente por tres horas continuas; y todavía no bastaron estos estímulos para despertarle, de suerte que quisiese valerse de un modo tan fácil para esforzar su flaqueza. ¡Mirad, pues, qué es el hombre, cuando no se junta con su Señor, rogándole que le dé su gracia! El discípulo tan amante de su Maestro y tan amado de él;

aquel á quien el Padre había con tanta luz revelado la divinidad de Jesucristo; aquel que le habia tan generosamente confesado delante de los otros discípulos; aquel que le había visto resplandecer con tanta claridad en el Tabor; aquel que había sido escogido para piedra fundamental de la Santa Iglesia; aquel mismo, no atado de los soldados, no examinado de los jueces, no azotado, no condenado á muerte de cruz, sino sólo preguntado simplemente de una vil mujercilla, dice que no conoce á su divino Maestro, ni meuos por hombre: *Non novi hominem*; y, precipitándose más, se pone de propósito en presencia de todo aquel infame tropel de alguaciles á jurar y á echarse mil maldiciones para asegurar su mentira. Y esto ¿no es caer también sin ser impelido? A esto, pues, se llega dejándose de encomendar al Señor; se llega á dejarle por tan poco, que no parece posible; y, después de haberle dejado, se prosigue en alejarse tanto, yendo de pecado en pecado, como si jamás fuera conocido su Dios. Aprended de todo esto á no dejaros apartar de la oración por algún impedimento: *Non impediaris orare semper* (Eccl., xviii, 23): de otra suerte, bastará un movimiento, una palabra, para haceros olvidar de todos vuestros propósitos, y para dejar al Señor, que ha dado la sangre y la vida por vos; y mucho más bastará ésta á la hora de vuestra muerte, cuando el demonio os tentará con más rabia. Protestad,

pues, que toda vuestra confianza estriba en la asistencia de vuestro Redentor, por ahora y por entonces; y que tanto proseguiréis en estar en pie cuanto El en sustentaros: rogadle, por último, que os conceda este espíritu de oración, con el cual, como con una llave de oro, podréis abrir los tesoros de su gracia, y enriqueceros oportunamente, según la necesidad.

---

## MEDITACIÓN PRIMERA

### PARA EL OCTAVO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

#### SOBRE LOS AZOTES DE JESUCRISTO

I. Considerad el *dolor* que padeció Cristo nuestro Redentor en esta acción tan cruel. Cuán excesivo haya sido el dolor, se puede colegir, en algún modo, de cuatro maneras: por la delicadeza del cuerpo de Jesús, por la rabia de los verdugos, por la calidad de los azotes y por el número de los golpes. El cuerpo del Salvador, como formado milagrosamente y para un fin tan alto, cual era servir de instrumento al alma de Cristo, era en extremo delicado y sensitivo, y, á más de esto, estaba en extremo debilitado por el sudor de sangre y por la mortal agonía que padeció en el huer-

to. Los verdugos, no sólo eran crueles por naturaleza, sino que estaban instigados á encruelcerse más, exteriormente por los judíos ó interiormente por el demonio, y se mudaban de seis en seis hasta treinta pares, como se lo reveló á Santa Maria Magdalena de Pazzis. Los azotes eran nervios durisimos, varas nudosas y cordeles armados de estrellitas de hierro. Finalmente, el número de los golpes fué de muchos millares, y proporcionado en algún modo á la multitud de nuestros pecados. Ahora, ¿cómo podéis no enterneceros á un espectáculo tan compasivo? Imaginaos que asistiais allí también vos, y mirabais cómo los golpes resonaban por todas partes, y al principio amortataban todo aquel cuerpo santísimo, después le desollaban, y al fin le rompían de tal modo que, sacudiendo las llagas, hiriendo las heridas, y llevándose á cada golpe alguna parte de aquella virginal carne, quedaron descubiertas en muchos lugares las costillas, y se hizo alrededor de la columna como un lago de sangre. ¡Ved cuán caro le costaron á Cristo las satisfacciones que os habéis tomado contra la divina voluntad! ¿Y tendréis ánimo de añadir heridas á heridas, volviéndole á ofender? ¿Tendréis ánimo, á vista de tantas llagas, de tanta sangre y de tanto dolor de vuestro Dios, de buscar en adelante las comodidades, el descanso y el deleite de vuestros sentidos, como le habéis buscado hasta ahora? Confundíos

amargamente, haciendo reflexión de cuánta parte habéis tenido en este duro castigo: reconoced, entre tantos golpes también que descargaron sobre las espaldas de Cristo, á vuestros pecados, que tenía distintamente previstos; y maldecid mil veces á estos mismos pecados como causa de tanta pena á vuestro Salvador, ofreciéndole su misma sangre para vuestro remedio, y para conseguir gracia de no ofenderle más para siempre.

II. Considerad la *confusión* extrema de Cristo en este castigo cuando, desnudo del todo á la presencia de tantos soldados y expuesto á la risa de aquella infame y sacrílega gente, se cubrió de pies á cabeza de una vergüenza virginal, pero de tanta aflicción á su corazón, que expresamente se ducle por el Profeta como de tormento singular: *Ipsi vero consideraverunt, et conspexerunt me.* (Ps. xxi, 19.) Verdaderamente, tal confusión, como nacida después del pecado, no había de tener lugar en el rostro del Redentor, que era la misma inocencia; con todo, quiso admitirla Cristo en sí mismo, primero para ahorraros á vos una confusión de pena, y después para conseguir otra confusión de salud. La confusión de pena era la que habíais de tener en el Tribunal de Dios cuando aparecierais allí despojada de la gracia y desnuda de todo hábito de virtud, si vuestro Salvador, con sus oprobios, no os hubiera impetrado el quedar adornada con

sus méritos. La otra confusión de salud es la que nace del conocimiento sincero de vuestra ingratitud y de vuestras maldades, y ésta también tuvo por fin el Salvador, reduciéndose, por vuestro amor, á un estado tan vergonzoso en los ojos de los que le miraban. ¿Y vos no sacaréis fruto de un remedio de tanta costa para vuestro bien? ¿Será posible que vuestra soberbia no aprenda á confundirse, y que vuestra pereza no se resuelva á atender con todo cuidado á adquirir la virtud, para parecer adornada en breve delante de Dios? Confundíos por los descuidos pasados, y rogad á vuestro Señor que tantos excesos de su amor acaben de una vez de conquistar vuestro corazón, y os hagan toda suya.

III. Considerad el *amor* de Jesús en este duro castigo. ¡Oh, si pudierais entrar en aquel divino corazón, cómo quedaríais abrasada dentro de aquel incendio de caridad! Ciertó que si los verdugos hubieran podido en algún modo fijar allá dentro su vista, aunque tuvieran un corazón de mármol se hubieran ablandado luego y arrojado los azotes, y hubieran caído humildes á aquellos divinos pies, para conseguir el perdón de su indecible temeridad. Recibía el Redentor todos aquellos golpes con ternísimo afecto, para ofrecerlos á la divina Justicia en satisfacción de la deuda de todos sus enemigos, y, por consiguiente, también de vuestra deuda; y cuando derramaba sangre

por todos lados, se alegraba de que sus llagas sanasen las vuestras y que sus penas sanasen vuestra condenación. ¿Dónde están ahora vuestras quejas y vuestras murmuraciones por cualquier pequeño agravio que os parezca que recibís de los otros? ¿Tendréis ánimo de aquí en adelante para juzgar razonables vuestras querellas y para excusar el padecer tan poco por amor de aquel Señor que con tanto amor tanto sufre por vos? Aprended cómo debéis tratar á vuestro cuerpo en lo porvenir; avergonzaos de vuestra delicadeza y soberbia; y delante de esta columna haced un sacrificio de vuestro amor propio, renunciando á cuanto él os prometa de reputación, de comodidad, de gustos y placeres, por agradar únicamente á vuestro Celestial Esposo. Rogad, por último, á vuestro Señor que ate á esta columna inmovilmente vuestra voluntad, de suerte que debáis morir primero que valeros de vuestra libertad para otro que para amarle como merece.

## LECCIÓN PARA EL OCTAVO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

### SOBRE LA CARIDAD DEL PRÓJIMO

Todas las excusas que alegan los hombres para apartarse de la dulcísima ley de amar á Dios se reducen á ésta: que ellos no le ven.

De aquí nació, si bien se mira, la idolatría; porque, habiéndose perdido después del Diluvio aquella fresca memoria y aquel sensible conocimiento del Criador, trataron los hombres de formarse un dios proporcionado á la capacidad de sus sentidos; para comprenderle, dividieron el piélago de la divinidad en tantos ríos cuantos eran los dioses que veneraban en todas las partes del inundo. Toleró mucho tiempo el Señor esta materialidad y grosería del corazón humano, hasta que, movido á compasión, quiso contentarnos, y, vistiéndose de carne humana, quiso parecer y conversar con nosotros como uno de nosotros, para atraernos á Sí con un ejemplo de tan admirable condescendencia, y para quitar hasta á nuestros mismos sentidos toda repugnancia de amarle: *Post hæc in terris visus est, et cum hominibus conversatus est.* (Bar., III, 38.) Pero ¿creeríais esto? Ni aun esta invención tan admirable y amorosa bastó universalmente para conquistar á todos los hombres al amor divino. Por lo cual, Jesucristo, que había tomado á su cargo el cumplir tan grande empresa, vino á esta resolución de constituir todos los hombres como otros tantos que representasen su Persona y mezclar con ellos sus intereses, de suerte que el que amaba á sus prójimos por amor de Dios se supiese que amaba al mismo Dios, y que la benevolencia que daba á la imagen se tuviese como dada



al original. Por esto ahora no hay ya excusa para negar su corazón á la divina caridad: Dios no está ya lejos de nosotros, sino que se ha hecho el objeto de nuestros sentidos; y es tan fácil el amarle, cuan fácil es el amar un hombre á otro hombre: *Quamdiu fecisti uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis.* (Math., xxv, 40.) Y éste es aquel fuego que el Salvador trajo del Cielo á la Tierra, y tanto ha deseado que se encienda y dilate por todo el mundo. Aquí, pues, para que se encienda y dilate también vuestro corazón, veremos brevemente tres cosas, según el uso de las lecciones pasadas: la naturaleza de esta virtud de la caridad del prójimo, los medios con que se consigue y los actos con que se ejerce.

Tres suertes de amor del prójimo podemos distinguir aquí para nuestro propósito: *Amor sensible, amor virtuoso y amor divino.*

El *amor sensible* es una cierta benevolencia humana y natural con las personas conformes á nosotros en genio, en interés, en sangre y en conversación; y aunque de su naturaleza no es malo, todavía, si mucho se aumenta, principalmente en personas de diferente sexo, está siempre lleno de inquietud, y muchas veces también de peligro. Está lleno de inquietud, porque va acompañado de celos, y es como el agua del mar, que, cuanto más se calienta, tanto más amarga se vuelve. Está

también lleno de peligros, porque, así como las imágenes se formaron al principio por buen fin de conservar viva la memoria de los muertos, pero despues pasaron á un pésimo uso de ser adoradas por ídolos, así sucede muchas veces en nuestro caso, que la afición sensible termina en afición sensual y mala. Por esto es menester estar muy atento á no introducirla en el corazón, y arrojarla luego que ha entrado furtivamente en él; y las señales para conocerla son: el pensar con frecuencia en la persona amada y el acordarse de ella muchas veces, cuando está lejos, principalmente en tiempo de la oración y de los buenos ejercicios; el razonar con ella con mucha ternura cuando está presente, no hallando el camino de desasirse de aquella conversación; el darla varias cosas y buscar siempre ocasiones de darle más, para conservar y aumentar aquella recíproca benevolencia; el ofenderse si otros entran mucho en su gracia, por temor que no desquicie la persona, ú ofenderse también si otros la desprecian algo, pareciendo que cualquiera paja es una lanza, si va á herir el objeto que ama, y otros semejantes efectos que luego dan á conocer que aquella llama está mezclada con mucho humo.

El otro es *amor virtuoso*, y es aquella benevolencia que se tiene con las personas de bien y dotadas de virtud, y este amor se puede hallar también en los viciosos, porque la

piedad también se deja conocer de aquellos que están privados de ella; con todo, no reside mucho tiempo sino en las almas buenas, y es también ella buena cuando procede de la ayuda de la gracia y se encamina á fin sobrenatural; pero ni aun ésta es la caridad.

La caridad es la tercera suerte de *amor* verdaderamente *divino*; porque en el hombre propiamente no ama otro que á Dios, amando al prójimo porque él pertenece á Dios. Por tanto, no habéis de persuadiros que se hallen dos suertes de caridad, una para con el Señor y otra para con vuestras hermanas, sino es una sola: porque así como el padre que ama á la ama de leche porque ésta sustenta á su hijo, ama, á la verdad, sólo á su hijo; así, quien quiere bien al prójimo en vista del Señor y por su amor, ama, á la verdad, solamente al Señor por Sí mismo. En Egipto, entre otras maravillas, se ve también ésta; que dos ríos, el Inopo y el Nilo, crecen y menguan con el mismo período los dos juntos; y si eso es verdad, será fuerza decir que, á lo menos ocultamente, tienen un mismo origen. Cierto que esto es muy verdadero en la caridad de Dios y del prójimo, que ambos crecen y faltan en el alma á un mismo tiempo, porque dependen de un mismo motivo, se ejercitan con un mismo hábito bueno, y van enlazados en un mismo mandamiento: *Hoc mandatum habemus a Deo, ut qui diligit Deum: diligat, et fratrem suum.*

(I Joan., vi, 31.) Por lo cual, si queréis examinar á qué término llega en vos el amor para con el Señor, examinad á qué término llega en vuestro corazón el amor con vuestras hermanas; y si de éste queréis una cierta medida, examinad si el amor que las tenéis á ellas y á todos los prójimos tiene estas condiciones de ser *gratuito, constante y universal*.

La caridad, pues, verdadera há de ser *gratuita*, de suerte que se mueva como tal, y no del bien que ha recibido de los hombres ni del que puede recibir: de otra suerte, se juzgaría que se busca á sí misma y no á Dios, á la criatura y no al Criador, y se portaría como el ámbar, que tira para sí el humo de la tea y no la llama. La segunda condición es la *constancia*. El que tiene la verdadera caridad, dice el Señor, la ejercita en todo tiempo: *Omni tempore diligit, qui amicus est*. (Prov., xvii, 17.) Tanto cuando halla correspondencia en la persona amada, como si no la halla, porque como Dios es siempre el mismo y no se muda, así no se muda la voluntad que toda estriba en El. Si vos, pues, servís con gusto á una enferma cuando ella dice que está satisfecha de vos, y no la servís con gusto cuando de vos se queja, dais á entender claramente que no la servís sólo por amor del Señor. Parece que el azogue esté enamorado del oro; pues, siendo tan pesado como es, casi toma plumas para volar á fin de encontrarle; pero si el oro se

acerca al fuego, el azogue, sin sufrir los primeros ardores, al punto deja el oro que tanto amaba. Del mismo modo hallaréis también en las religiones quien pone toda industria y solicitud en servir á los que son de su genio; pero, si se levanta alguna ocasión de disgusto y de disturbio, toda la diligencia é industria se aleja en humo, y manifiesta que estaba fundada en la naturaleza y no en la gracia. Finalmente, la caridad debe ser *universal*, de suerte que abrace á todos los prójimos, aun á los ingratos y á los ofensores. Plutarco, entre las industrias de los animales, reconoce esta propiedad en el delfín, que ama al hombre como á hombre, no como las otras bestias que aman al hombre como á sustentador y benéfico, y á sólo aquel que les sustenta y hace bien se muestran aficionadas. La caridad más noblemente quiere el bien al prójimo como prójimo, sea el que fuere, porque en cada uno igualmente reconoce la imagen de Dios, y los otros respetos divinos que explicaremos abajo; de suerte que, así como si vuestra fe excluyese de su creencia un solo artículo no sería ya fe, así vuestra caridad, si excluye de su seno un solo prójimo, no es ya caridad. Un verdadero cristiano, dice Tertuliano, no es enemigo de ninguno; porque, si cumple la ley de Cristo, no puede negar á alguno que sea hombre su corazón. Ahora, esta medida referida, hará que conozcáis el engaño de aquellas almas que se

juzgan muy adelantadas en el amor de Dios porque rezan largas oraciones, y se llegan con frecuencia á los sacramentos, aunque después no tengan pena si sustentan largas aversiones, y si las desfogan á cada hora con malos términos, en presencia, ó á lo menos en ausencia, con detracciones mordaces. A éstas tales les sucederá al punto de la muerte lo que se lee en los Macabeos, que buscando el fuego sagrado escondido dentro del pozo, no hallaron allí sino una agua crasa y pegajosa, *Aquam crassam*. (II Marc., 1, 10.) Así se buscará en lo hondo del corazón de ellos el amor de Dios; y porque éste no puede estar separado del amor del prójimo, no se hallará allí sino lo contrario, que es la aversión y la venganza.

MEDIOS CON LOS CUALES SE CONSEGUIRÁ  
LA CARIDAD DEL PRÓJIMO

Pasemos ahora á mostrar el camino por el cual se puede llegar á la alteza de esta virtud. El primer medio, como sabéis, es pedirla con instancia á Dios, pues cuan difícil es en el mundo hallar el amor natural y humano, tan fácil es el hallar este amor divino de caridad. Entre los persas era costumbre, una vez al año, apagar todo el fuego que había en el país, y enviar solícitos mensajeros que le volviesen á encender con el fuego que siempre

ardía en el palacio real. Felices seríamos nosotros si así se pudiese hacer en todo el mundo; que se apagasen las llamas de cualquier otro afecto, y se volviesen á encender con aquel fuego bienaventurado que siempre arde en el Cielo, de suerte que no se amase á otro que á Dios, y al prójimo por amor de Dios. Rogad, pues, continuamente al Señor para que, por lo menos, haga en vuestro corazón esta prueba, comunicándoos este santo ardor de caridad, que es también tan gran don suyo: *Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum.* (Rom., v, 3.)

El segundo medio es quitar los impedimentos que se atraviesen en vuestro corazón, por que el Señor nos le encienda todo con este fuego del Cielo. Los impedimentos se reducen todos á nuestras pasiones, de donde nacen todas las disensiones y pleitos: *Unde bella, et lites in vobis? Non ne ex concupiscentiis vestris* (Jac., iv, 1), dice Santiago. Vos dáis la culpa de vuestra poca caridad á la mala naturaleza y á los malos términos de aquella otra hermana, y es como si un enfermo diese la culpa de encenderse en Febrero al calor del tiempo. La verdadera virtud ha de estar dentro de vos, y no de los otros; de suerte que, aunque los otros os den ocasión de alteraros, y muestren que aborrecen la paz, con todo, no os habéis de alterar, sino habéis de quedar pacífica, como dice el Profeta: *Cum his qui oderunt pacem,*

*erat pacificus.* (Ps. cxix, 7.) Singularmente conviene atender á vencer la soberbia, porque de ella toman fuerzas todos los vicios de la ira, de la envidia, del celo indiscreto, que combaten la caridad fraterna, por lo cual, donde reina la soberbia, no puede reinar la paz: *Inter superbos semper iurgia sunt.* (Prov., xiii, 10.) La humildad, pues, quitará el mayor, y aun el único impedimento, á la unión fraterna de la caridad; y si esta unión, por la humana fragilidad se alargare algo, la humildad volverá luego á estrecharla más que antes; porque, si después que os habéis alargado un poco en ofender á alguna hermana vuestra, la fuerais primero á buscar, y os humillaraís delante de ella, y la rogarais que os perdone, se establecerá la caridad más que antes entre vos y la hermana: *Sola humilitas est lesse charitatis reparatio*, dice San Bernardo. Cuando un hueso se rompe, le envía la naturaleza para resarcirlo tanto socorro, que, una vez del todo soldado, será más fácil que en otra parte se rompa que en aquella donde se rompió. De la misma suerte lo hará la gracia por medio de la humildad.

Pero, para encender el fuego, no basta quitar del leño frío los impedimentos; conviene, á más de esto, introducir en él las disposiciones para que se encienda. Las disposiciones, pues, para encender en vos la caridad será ponderar bien los motivos de esta virtud, y



los que sirven para ejercitarla. Considerad, pues, muchas veces y con madurez cómo todos vuestros prójimos son de Dios, y pertenecen á El como á Criador, como á Redentor y como á Glorificador, y entenderéis luego la necesidad que tenéis de amarlos á todos. Quien quiere apasionadamente á una persona, quiere á sus amigos, á sus hijos y á sus criados; se enternece con sólo mirar su imagen, con sólo volver los ojos sobre la casa en que suele habitar. Luego si el prójimo, por todos estos cabos, es del Señor, ¿cómo no le amaréis? Cada prójimo es obra de sus divinas manos é imagen del Artífice omnipotente, é hijo de aquel gran Padre Celestial; sólo el ser imagen de Dios os debe luego enternecer, aun cuando estuvieseis en lo más encendido de la ira. Refiere San Cirilo Alejandrino de algunos pueblos idólatras, que mirando en el ardor de la batalla las imágenes de sus dioses pintadas en los escudos de sus enemigos, no se atrevían á arrojar más contra ellos las saetas, y vos, acordándoos que son los prójimos una imagen viva y no pintada de vuestro Esposo, ¿podréis proseguir en herirles con la lengua y con el enojo, como si en ellos no hirierais á vuestro Dios? El demonio os persigue y aborrece tanto como sabéis; pero ¿por qué? ¿Por ventura tenéis parte en su pena? ¿Por ventura le habéis precipitado desde el Cielo á sus llamas? Cierto que no; pero os aborrece á par de muerte, porque

sois un retrato de aquel Señor que le ha precipitado de lo alto y le castiga con tantos males. Luego, si el ser imagen de Dios da ocasión al demonio para perseguiros á vos con tanta obstinación, el ser vuestro prójimo imagen de Dios ¿no será para vos motivo justo de amarle con caridad? Y si sólo este título bastaría, ¿cuánto obrarán todos los otros ya referidos?

Aumenta á más de esto la fuerza este motivo, si ponderáis que los prójimos pertenecen, no sólo á Dios Criador, sino también á Dios Redentor. Qué cosa más vil que una mosca por sí misma, y, con todo, cerrada y sepultada en el ámbar, es una de las más bellas maravillas de una galería real. No habéis de mirar á los prójimos como faltos y defectuosos, sino como sumergidos en la sangre de Jesucristo y ennoblecidos por el precio infinito de su rescate; y si les mirarais con este respeto, ¿cómo no los estimaríais? Ciertó, no en otro modo, sino como estimáis á Jesucristo. Tanto más, que el Redentor, no sólo ha vuelto á comprar á todos los hombres, sino que les ha cedido todos sus créditos que tiene con vos: *Suscipe Onesimum, sicut me* (Philem., xvii), escribió el Apóstol á Filemón: Recibe á Onésimo, aunque esclavo y fugitivo, y trátale bien, como me tratarías á mí mismo, si yo fuera á tu casa. Así lo dice también Cristo á todos sus fieles: Recibid y tratad á vuestro prójimo como me recibiríais y me trataríais á Mí mismo; yo ce-

do á cada uno de los míos todos mis créditos que con vosotros tengo; lo que me debéis, pagadlo á cada uno de estos mis mínimos, y estará bien pagado. Cuando San Juan de Dios lavaba los pies á un pobre enfermo y se inclinaba á besárselos, vió en aquellos pies una luz del Cielo, y en aquel instante el pobre desapareció de sus ojos, y oyó estas dulcísimas palabras: «Juan, lo que se hace al pobre se me hace á Mí». Ahora yo os pido. ¿Debéis vos algo á Jesucristo? Si tanto por los beneficios que habéis recibido de El, cuanto por los pecados que contra El habéis cometido, habéis contraído con El una deuda inmensa, mirad bien que el Señor ha cedido sus derechos á vuestras hermanas y á todos vuestros prójimos, y así como es grande vuestra suerte en poderos desempeñar con la caridad, así será grande vuestra miseria si, olvidando un modo tan fácil de satisfacer, quisierais ser condenada de la Divina Justicia á pagar con sumo rigor vuestra ingratitud y vuestras culpas. Si el creer en Egipto aquel ciego pueblo que los dioses, bajando del Cielo á la Tierra, se escondían en los despojos y en la figura de cierto género de pájaros, bastó para que el pueblo en adelante tuviera escrúpulo de molestarlos y matarlos; cuando no una fábula, sino el Evangelio, nos asegura que el verdadero Dios se ha puesto en la persona de nuestros prójimos, ¿no ha de bastar á los cristianos para que amen y

acaricien á todos sus hermanos, como si fueran el mismo Cristo? En adelante, pues, cuando se os ofrezca ocasión de servir á alguna de vuestras hermanas, decid en vuestro corazón: yo ahora tengo esta suerte de servir á la persona de Jesucristo, y mirad aquel prójimo como si mirarais á vuestro Esposo Celestial, según lo dijo allá Jacob, haciendo obsequio á Esaú, su hermano. *Sic vidi faciem tuam quasi viderem vultum Dei.* (Génes., xxxiii, 10.) Yo he mirado vuestra persona como si mirara al mismo Dios. Que si por la humana miseria tal vez os sentís enflaquecer en las fatigas que habéis emprendido por caridad, valeos de aquella industria que vale para restaurar las fuerzas á la piedra imán cuando las ha perdido, y es envolverla algún tiempo en la púrpura; envolved vuestro corazón en la consideración de la sangre que esparció Jesucristo por todos los hombres, y en la estima del gran precio que le han costado, y volveréis á tomar fuerza para tirarlos todos á vos con un santo amor, sin excluir jamás á ninguno.

Queda por decir algo del tercer título, por el cual todos los prójimos son de Dios glorificador; y en este respecto nos deben parecer amabilísimos más que nunca. No es necesario que miréis lo que ahora es una hermana vuestra, con las imperfecciones que la cercan, sino lo que algún día será en el Cielo toda llena de Dios. Los primogénitos de un gran rey, aun

cuando son pequeños, aunque sepan hablar poco y menos discurrir, con todo, los estiman en mucho los cortesanos; y dichoso el que de cerca los puede servir y acariciar más, porque no se mira lo que de presente son, sino lo que pueden en lo por venir, y el derecho que tienen de suceder en el reino. Ahora, si la fe os abriera bien los ojos, ¿cómo no os tendríais por dichosa en servir á una alma esposa del Señor, la cual tiene un derecho tan cierto de poseer, no un reino terreno por pocos días, sino el mismo reino de Dios por todos los siglos? Todo nuestro mal, pues, está en juzgar de las cosas según lo que son en la apariencia y no en la verdad. Con esto, ¿cómo será posible que, revolviendo en vuestro entendimiento muchas veces estos motivos, no dispongáis vuestro corazón para que todo se encienda en caridad?

Que si después el ser los prójimos de Dios por tantos cabos y tan amados de él, no bastase á vencer vuestra dureza para con ellos, debía con todo bastar el entender el grande daño que con no amarlos os hacéis á vos misma. Arriba os dije que no se podía amar á Dios, si juntamente con Él no se amaban todos los hombres; ahora añado que si á uno sólo queréis excluir de vuestro amor, no es posible que os améis de veras á vos misma ni á vuestra salvación: *Qui non diligit, manet in morte* (1 Joan., iii, 14) dice San Juan: el que no ama á su prójimo,

está ya muerto delante de Dios, y no vale que se lisonjee, diciendo: «yo hago bien; yo también amo á Dios». Esto no es verdadero, dice el Apóstol; porque el que no ama á su hermano, que le tiene á sus ojos, ¿cómo puede amar á Dios, que no le ha visto jamás? *Qui non diligit fratrem suum, quem videt: Deum quem non videt quomodo potest diligere?* Ciertó que Jesucristo no nos podía pedir la caridad con términos más expresivos y más eficaces que lo que lo ha hecho; ha llamado este precepto, precepto suyo: *Hoc est præceptum meum* (Joan., xv, 12), como si los otros, en comparación de éste, por decirlo así, no lo expresasen, ha comprendido en éste toda la ley: *Qui diligit, legem implevit* (Ad Rom., xiii, 8); pidió esto por gracia á su Padre Celestial poco antes de su muerte: *Rogo, Pater, ut omnes unum sint* (Joan., xvii, 21); ha dado por medida de su caridad su mismo amor: *Ut diligatis invicem, sicut dilexi vos* (Id., xxv); y cuando en la ley de Moisés bastaba amar á los prójimos con un amor semejante al amor de sí mismo, en la ley de Cristo quiere que se amen como el Redentor los ama, esto es, hasta dar la sangre y la vida entre mil desprecios, cuando fuere necesario. ¿Qué más? Llegó hasta ponernos en la mano el peso de su justicia, y hacer que entendiéramos que el mismo peso que ejercitáremos con nuestros prójimos, ejercitará con nosotros: *Qua mensura mensi fueritis, reme-*

*tietur vobis.* (Matth., vii, 1.) Y después de tantas declaraciones del Señor ¿pediréis qué obligación tenéis de amar á aquella vuestra hermana que tan poco lo merece? Tenéis tanto de amarla como de amaros á vos misma y de amar á vuestro Dios; ¿y esto aun no basta?

CON QUÉ ACTOS SE EJERCITA LA CARIDAD  
DEL PRÓJIMO

Ya habéis oído que la caridad es una virtud que mira directamente á Dios, é indirectamente á los prójimos; por lo cual Jesucristo llama al precepto de querer bien á los prójimos semejante al precepto de amar á Dios: *Secundum autem simile est huic: Diliges proximum tuum.* (Matth., xxi, 38.) Por tanto, la ley de amar á Dios os dará la norma de amar á todos los otros por amor suyo; y así, si el Señor quiere que nosotros le amemos con el entendimiento, con el corazón, con el alma y con las fuerzas, habremos en todos estos modos de ejercitar la caridad con los prójimos, esto es, con lo interior de los pensamientos y afectos, y con el exterior de las palabras y obras, de la misma suerte que lo ejercitó El mismo en la cruz, en donde, como lo observó San Pedro Damiano, la lengua, las manos y el costado abierto trataban nuestra causa con el Padre: *Os, manus, latus agebant pro inimicis* (S. Petr. Damián., sermón 45.)

Conviene, pues, amarles, en primer lugar, con el *entendimiento*, esto es, teniéndolos á todos en buen concepto, y no despreciando jamás á ninguno dentro de sí. Tú no conoces la dignidad de tu hermano Esteban, dijo un ángel á un monje que en su corazón hacía poco caso de aquel santo abad. Después que Cristo nos levantó á la dignidad de hijos de Dios y herederos del Cielo, los cristianos, dice San Agustín, no son ya hombres, sino dioses; y así, al decir el Profeta: *Videbitur Deus deorum in Sion*, añade el Santo Doctor: *Jam non Deus hominum, sed deorum hoc est, Christianorum*. (S. Aug., epist. 25.) Un aldeano ignorante, que viese una piedra preciosa en el lodo y no hiciese ningún caso, ¿qué diría después, viéndola limpia y resplandeciente en la frente de una diadema y corona real? Y vos, ¿qué diréis cuando, después de haber despreciado como imperfecta á una hermana vuestra, la vierais á su tiempo tan luminosa en la gloria del Cielo? Acostumbraos, pues, á no despreciar jamás á ninguno de vuestros prójimos, y mucho menos á juzgarle aún peor de lo que parece á prima faz. Dios quiere ser solo en juzgarnos; y, con todo, á cada instante se halla entre nosotros quien le usurpa este oficio, y sin jurisdicción, sin examen ni proceso condena á sus prójimos, entrando hasta lo interior de sus intenciones, adonde ni aun la Santa Iglesia se mete, si bien asistida con



tanta luz celestial: *Ecclesia non judicat de internis*. No lo hagáis así vos, sino que, conservando en todo vuestro poder la buena estimación de los otros, excusad siempre en las faltas ó el hecho, ó la intención, ó la fragilidad del que obra; y aseguraos que, como se refiere de aquel monje que se regocijaba en la muerte por la buena nueva que le trajo un ángel de su salvación, por razón de haber él siempre juzgado bien de los otros, también vos podréis esperar que el Señor os llenará el corazón de consuelo en aquel tan peligroso tiempo, y mantendrá su palabra: *Nolite judicare, et non judicabit mihi*. (Luc., vi, 37.)

Emplead asimismo el interior de vuestro corazón en favor de la caridad, introduciendo en él la compasión y la paciencia con vuestras hermanas, y excluyendo la envidia y la aversión. Gran señal de predestinación es el tener tiernas entrañas para compadecerse de los prójimos en sus fatigas, en sus enfermedades y en sus caídas. Así nos lo asegura San Pablo: *Induite vos sicut electi Dei Sancti, et dilecti, viscera misericordiae*. (Colos., iii, 12.) Y el sufrirse uno á otro en las molestias que lleva consigo la vida humana es cosa de tanta virtud, que en ella parece que se comprendió toda la ley de Jesucristo, como también nos lo enseña el Apóstol: *Alter alterius onera portate; et sic ad implebitis legem Christi*. (Galat., vi, 2). La envidia, pues, fue-

ra de toda duda, es el veneno de la caridad cuando la persona mira el bien de los otros con tristeza, porque le parece que tal bien disminuye el suyo propio; cuando la caridad, gozándose del bien de los otros, hace de este modo que se haga bien propio suyo: *Prater noster es; crescas mille millia*. (Genes., xxiv, 60).

Sobre todo, para albergar la caridad en su corazón, es necesario apartar toda aversión, ó fundada sobre una tal contrariedad de naturaleza, ó sobre la memoria antigua de algún agravio que recibió. ¿Es posible que aun en los sagrados claustros tenga cabida esta memoria, cuando habría de ser desterrada de todos los cristianos? Yo no quiero mal á la otra, dirá tal vez una religiosa; pero no quiero hablar, ó á lo menos no quiero tratar más con ella. ¿Y en qué piensa la que habla de esta suerte? La caridad, pues, esto es, la reina de todas las virtudes, el compendio de toda la ley, la señal más clara de la verdad cristiana, la librea del Redentor, ¿se ha de reducir á un término negativo, y á no hacer mal á su prójimo? Si así es esto, cuando más profundamente dormís, estáis más que nunca llena de caridad, porque entonces no queréis mal á alguno, ni se le hacéis. Lejos, pues, de una esposa de Cristo tan grandes tinieblas, que causan un frío mortal hasta en el siglo, y en trueque del que os ofendió le daréis una parte

mayor de vuestro afecto, para mereceros aquel hermoso título que el Señor da á sus escogidos, que es llamarlos hijos del aceite, esto es, todo amor: *Isti sunt filii olei* (Zach., iv, 14). San Ignacio de Loyola estaba tan solícito en dar bien por mal, que corría entre los que le conocían este dicho: Quien quiera un beneficio del P. Ignacio, hágale antes un agravio, y esté seguro que recibirá todo bien.

Que si lo interior estuviere lleno de caridad, como el fuego, no se podrá esconder, sino que luego saldrá afuera en las buenas palabras y obras. Dice el *Sabio* que la muerte y la vida están en poder de la lengua: *Mors, et vita in manu linguæ* (Ps. xix, 21). Esto se experimenta de la caridad, porque las palabras afebles, humildes y que excusan los defectos del prójimo y le defienden, cuando se murmura, ó á lo menos mudan de materia en semejantes pláticas, son todas á propósito para dar la vida y reforzar la unión de los corazones, que pretende el Señor por el santo amor; como, por el contrario, las palabras mordaces y contenciosas en presencia de nuestro prójimo, y las palabras de desprecio y detracción en su ausencia, son tantos dardos y saetas para matar á la misma caridad, y aun al alma de quien habla de esta suerte, teniendo con proporción aun en esto lo que dicen los médicos, que el aliento frío da indicio que el calor natural está moribundo.

Finalmente, las palabras solas serían estériles para conservar la caridad, si no se les juntasen las obras. Esta es la primera propiedad del fuego, el ser activo y no pararse jamás, como se aquietan los otros elementos. Santa Teresa había propuesto con eficacia practicar cada día alguna obra de caridad con el prójimo; y cuando le parecía que no se la ofrecía ocasión cómoda, esperaba que las otras monjas viniesen por la tarde á tomar luz, y les salía al encuentro para dársela y ahorrarles esa incomodidad de buscarla, y porque no pasase todo el día sin ejercitar esta hermosa virtud. Dichosa seríais vos si entretejiérais vuestra vida con tan hermosos adornos y atavíos, y más dichosa si con alguna semejante obra terminarais la vida, muriendo al modo del fénix, que muere en fuego encendido por los rayos del sol. Este, pues, sea el empleo más continuo de vuestra vida al ejercitar la caridad, ahora con Dios, ahora con el prójimo. Portaos como una madre que tiene dos hijos enfermos, que no se aparta del uno sino para asistir al otro. Tened siempre delante de los ojos el ejemplo de los antiguos cristianos, que todos tenían un corazón y un alma sola: no sólo un corazón que no sufre división, sino también un alma que en ningún modo la admite; y si faltareis tal vez en esta parte, castigad en vos semejante falta con más rigor y arrepentimiento, para disponer vuestro corazón como vuestro

Esposo desea: *Castificantes corda in obedientia charitatis.* (I Petr., 1, 22.)

---

## MEDITACIÓN II

### PARA EL OCTAVO DÍA DE LOS EJERCICIOS

#### SOBRE LA CORONACIÓN DE ESPINAS

I. Considerad el *tormento* de esta cruel y acerba coronación, la cual se formó para la cabeza de Jesucristo como un capacete todo de puntas, que, á fuerza de golpes, penetraron aquella adorable cabeza hasta el hueso por todas partes. Si un dolor de cabeza nos hiere las sienes, y queda afligida toda la persona, ahora, ¿qué aflicción no causarían á vuestro Redentor más de setenta espinas que, como se saca de varias revelaciones, le hirieron en una parte tan delicada como es la cabeza, donde residen todos los sentidos, y que, apretadas de los verdugos con la caña y con las manos vestidas de hierro, le penetraron las sienes, y le salieron sobre las orejas y sobre los ojos, cubriendo de sangre aquel rostro divino que al Cielo enamora? Tal vez una espina sola, clavada en el pie del león, ha sido bastante á hacerle dar bramidos de dolor; inferid, pues, él

tormento que padeció Cristo con tantas heridas, tanto más que la crueldad de esta pena no se mitigó, como se mitigó el dolor de los azotes, sino que antes bien fué creciendo hasta el último. ¡Ved los frutos que ha producido la tierra de vuestro corazón, cultivada del Hijo de Dios con tantas fatigas, fertilizada con tantas inspiraciones, regada con tantos sudores y con tanta sangre, no ha sabido dar otro que espinas de nuevas y nuevas culpas! ¿Y no teméis vos que una tierra tan ingrata, tan maldita, haya de ser una vez castigada con vivas llamas? No pasará mucho que seréis llamada al tribunal de Dios, y habréis de dar cuenta de tanta ingratitud contrapuesta á tanto como ha padecido por vos vuestro divino Esposo. ¿Qué hacéis, pues, que no os humilláis luego hasta el profundo, y no rogáis de veras al mismo Señor que os dé la mano para mudar la vida y recompensar los pasados descuidos amándole con otro tanto fervor?

II. Considerad la *novedad* de este tormento no practicado jamás con ningún otro. La rabia del demonio le debió traer del Infierno á la Tierra, y la infinita caridad de Cristo se dignó admitirle en Sí mismo, tanto para que no quedase en El de pies á cabeza parte alguna sin herida, cuando en el hombre de pies á cabeza no había parte que estuviese sana; y tanto también para pagar con este nuevo modo de padecer tantas invenciones de comodidades y

deleites que se van buscando para dar gusto á vuestro cuerpo. Mirad, pues, cómo van á competencia el amor de Cristo y nuestra malicia; El para hallar nuevos modos de padecer por nosotros, y nosotros para hallar nuevos modos de ofenderle. ¿Queréis, pues, conservar siempre encendida esta discordia? Ved que ya ha llegado el tiempo de terminarla, imitando á vuestro Redentor; de suerte que, cuando para Cristo no bastan las penas usadas en todos tiempos, sino que se inventan aposta otras inauditas, no os contentéis con una diligencia común en servirle, sino que os resolváis á aspirar á un amor extraordinario y perfecto. Confundíos comparando las pasadas ingratitudes con las amorosas invenciones de vuestro Señor, y rogadle que, aunque le habéis coronado con tanta pena después de haberos El coronado con tanta gloria, quiera, con todo, vencer vuestra malicia con la abundancia de sus gracias, y conquistar perfectamente á vuestro corazón.

III. Considerad el *misterio* de esta dolorosa coronación, que es para que entendáis que no son miembros dignos de esta cabeza llena de espinas sino las almas que siguen á Cristo por el camino de la penitencia y mortificación. ¿Qué maltratamiento, pues, monstruoso es el de aquella religiosa que no sólo no imita á su apasionado Esposo, sino que busca con todo su poder las delicias, tomando para sí las ro-

sañ y dejando para Jesús las espinas? ¿Cómo pretende una tal persona reinar en el Cielo, sin haber primero en la Tierra conseguido, con una corona de trabajos, la diadema inmortal de la gloria? Tal ignorancia, aun en los seculares, ¿desdice? ¿Y tendrá lugar en los claustros de los religiosos? ¡Oh qué espinas penetrarán á la hora de la muerte, no ya la cabeza, sino el corazón del que, llevando la librea del Señor, esto es, el hábito santo de la religión, habrá empleado su vida en huir los trabajos y en buscar las delicias! ¡Oh cuánto deseareis entonces una media hora de aquella penitencia que ahora tanto aborrecéis! Avergonzaos de haber sido hasta este tiempo enemiga de padecer, y por eso indigna de ser reconocida como esposa de vuestro Señor, siendo para El tan desemejante. Proponed de regular en adelante con otras máximas vuestra vida, y rogad al Señor que os dé valor para conservar constantemente vuestra resolución, y que, mostrando sus heridas al Padre por vos, y ofreciendo sus méritos en recompensa de vuestras deudas, os consiga una copiosa misericordia.

---



## EXAMEN PARA EL OCTAVO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

### SOBRE EL MODO CON QUE OS PORTÁIS CON LA RELIGIÓN Y CON LOS SANTOS VOTOS

I. Examinad la estima que tenéis de la vocación religiosa, la cual es una prenda de la vida eterna, si sabéis aprovecharos de ella, y es la gracia de las gracias, porque trae en pos de sí un número innumerable. Segundo, si sois cuidadosa de agradecer muchas veces al Señor, que os ha privilegiado tanto en esta parte. Tercero, si mostráis esta estima hablando con los seculares, con magnificar y engrandecer vuestro estado, y con despreciar su vanidad. Cuarto, si á la mañana besáis el santo hábito antes que os le vistáis. Quinto, si aun en tiempo de trabajos preferís vuestra suerte á todas las grandezas del mundo.

II. Examinad en general la estima que tenéis de los santos votos, los cuales son un nudo para unirnos con Dios estrechamente; por ellos es comparada la religión al martirio, y en virtud de su ofrenda quedan satisfechas todas las deudas contraídas por las culpas de la vida que habéis tenido en el siglo. Segundo, ved si renováis con gran anchura los votos, y con cuánta frecuencia. Tercero, si á lo menos en todas vuestras comuniones, ó también, como acostumbran algunos más fervoro-

sos, tres veces al día, á la oración del *Angelus Domini*, renovando el voto de castidad al decir: *Angelus Domini*, etc.; el voto de la obediencia al decir: *Ecce ancilla Domini*, etcétera, y el voto de la pobreza al decir: *Verbum caro factum est*.

III. Examinaos sobre la observancia de vuestra regla. Primero, si la miráis como leyes que vienen de Dios y os llevan á Dios. Segundo, si despreciáis alguna de ellas como de poca importancia, no considerando que en las cosas divinas no hay cosa despreciable, y que si Dios hace tanto caso de un acto bueno, que por El quiere dar un premio inmenso y eterno en los Cielos, no debéis vos ahora hacer poco caso de El.

IV. Examinaos en particular sobre la *pobreza*, y primeramente acerca de la substancia del voto. Primero, si dais nada sin licencia. Segundo, si recibís de otros ó prestáis ó recibís prestado, ú os usurpáis como propia alguna cosa sin la misma facultad y licencia. Tercero, si tenéis alguna cosa escondida sin que lo sepan los superiores. Cuarto, si tenéis poca cuenta de las cosas comunes, y que son concedidas para vuestro uso. Quinto, si gastáis en comprar cosas vanas. Sexto, si dais más de lo que os pueden permitir vuestras licencias, ó retenéis en vuestro poder mayor suma de dinero del que se permite, descuidando de ponerlo en el lugar de los depósitos.

V. Examinaos acerca de la *perfección de este mismo voto*. Primero, si pedís licencia para tener cosas superfluas. Segundo, si tenéis desordenado afecto á las cosas que se os permiten, por lo cual os entristecierais mucho si se os quitasen. Tercero, si queréis cosas particulares, sin necesidad, en la comida ó en el vestido. Cuarto, si pensáis en las comodidades que habéis dejado en el siglo. Quinto, si os desdeñáis de las cosas pobres. Sexto, si en las enfermedades queréis que por vos se hagan muchos gastos. Séptimo, si queréis ser servida con gran puntualidad, como si fueseis una señora. Octavo, si queréis las cosas necesarias muy bien acomodadas. Noveno, si cuando os falta alguna cosa dais gracias al Señor porque en aquello poco os hace semejante á El. Décimo, si alguna vez reconocéis vuestra celda para ver si en ella hay alguna cosa superflua. Undécimo, si en vuestro corazón estáis aparejada para privaros de todas las criaturas, para que no haya ningún impedimento entre vos y Dios.

VI. Examinaos sobre el voto de la *castidad* en orden á la substancia. Primero, si sois diligente en divertir el entendimiento de los pensamientos malos. Segundo, si estáis lejos de los discursos que en algún modo no convienen á vuestro estado. Tercero, si os recatáis de mirar objetos peligrosos y de leer libros de semejante suerte. Cuarto, si dais lugar á aficiones muy tiernas y ardientes con alguna per-

sona. Quinto, si las sustentáis con presentes, con cartas y con palabras muy apasionadas. Sexto, si practicáis ó permitís á otra mucha familiaridad en el tratar ó en mostrársela en otros modos, poco proporcionados á una esposa del Señor. Lo demás no necesita de exposición.

VII. Examinaos sobre la *perfección de esta virtud*, que os hace igual á los ángeles, y aun superior á ellos, pues poseéis por gracia lo que ellos poseen por naturaleza. Primero, ved si amáis á ninguna persona por otro motivo que de caridad. Segundo, si alguna vez habláis de la hermosura corporal, de la gracia y trato de alguna persona, principalmente de diverso sexo. Tercero, si en el tratamiento de vuestra persona, cuando estáis sola, conserváis aquella decencia que conservaríais en presencia de otros, particularmente en vestiros y desnudaros. Cuarto, si sois muy solícita de conservar el tesoro de la pureza, con todos los medios convenientes, que son la guarda de los sentidos, la mortificación del cuerpo, la desconfianza de sí, y el recurso al Señor por medio de la oración.

VIII. Examinaos sobre la *obediencia*, y, en primer lugar, en orden á la substancia. Primero, si dejáis de obedecer á las órdenes de los superiores. Segundo, si obedecéis con poco gusto ó por fuerza. Tercero, si tardáis en ir adonde os llama la obediencia. Cuarto, si habláis malamente de quien tiene el lugar de Dios, ó

con poco respeto, en ausencia ó en presencia. Quinto, si os quejáis de las cosas que se os han mandado fuera de vuestro gusto. Sexto, si ponéis dificultad para que tales cosas no se os manden, y os excusáis sin justa causa. Séptimo, si elegís aquella superiora que juzgáis más favorable á vos. Octavo, si despreciáis á aquellas que os son contrarias, y las huís y no os queréis sujetar á ellas.

IX. Examinad en orden á la *perfección de la obediencia*. Primero, si con generosidad vencéis todas las repugnancias y en lo exterior no dais señal alguna de ello. Segundo, si en el superior reconocéis la persona de Dios y le obedecéis por este motivo y como obedecierais al Señor. Tercero, si obedecéis también á la señal de la voluntad de los superiores sin expreso mandamiento. Cuarto, si obedecéis, tanto á los superiores mayores como á los menores. Quinto, si posponéis vuestro juicio al del que ordena, sin buscar otra razón. Sexto, si amáis la obediencia, y la reconocéis, como es, por una gran felicidad del estado religioso.

Confundíos por todas las faltas que hallareis y practicareis, para sacarles de raíz los actos referidos en los otros exámenes.

---

## MEDITACIÓN III

### PARA EL OCTAVO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

#### SOBRE EL LLEVAR CRISTO LA CRUZ

I. Considerad el modo con que Jesucristo llevó su cruz, para imitarle, pues sin la cruz no se va al Reino del Cielo. Primeramente, pues, la llevó *públicamente*, al medio día, por medio de la ciudad populosísima, y entonces, más que en otro tiempo, numerosa, á causa de la multitud de los judíos que de todas partes concurrían á celebrar allí la Pascua. Salió el Redentor del palacio de Pilatos entre dos ladrones, con una corona de espinas en la cabeza por ignominia y por pena, y vestido con sus acostumbrados vestidos, para que fuera conocido de todos, y precedido de un público pregonero, que á son de trompeta le declaraba por reo de muerte, y cercado de soldados y verdugos que le atropellan más que guían al patíbulo, y seguido de gente sin número que, en vez de compadecerse de El, le dicen oprobios. Imaginaos, pues, á qué término llegó la confusión de Cristo en este largo y penoso viaje al Calvario, que había sido también escogido de El con gran misterio, para pagar otra mala confusión, cuando os avergonzáis vos de parecer observante, de inte-

rrumpir alguna plática que no conviene á vuestro estado, de frecuentar muchas veces la santa comunión, de practicar tal vez algún acto de pública penitencia, y, en una palabra, os avergonzáis de llevar patentemente la librea de vuestro Señor, en que todos conozcan que le queréis servir de corazón. ¡Oh malditos respetos humanos, tan injustos y tan nocivos, no sólo en el mundo, sino aun en la escuela de Cristo, que es la religión! ¡Cuánto aprovecha en breve tiempo aquella alma, si los pone á los pies! Cuando el Señor caminaba, como cabeza de ladrones, con la soga al cuello, y con las manos atadas, mirado del pueblo como reo condenado é infame, al mismo tiempo todos los ángeles miraban el espectáculo con un éxtasis de maravilla, y la justicia y misericordia del Padre se reputaban infinitamente honradas. Así, cuando estuviéseis mofada por la virtud que ejercitáis, os aplaudirá todo el Cielo, y el Señor os prevendrá una corona eterna de gloria: *Maledicent illi, et tu benedices*. (Ps., cviii, 28.) ¡Oh trueque ventajoso! Y, no obstante, ¡habéis tantas veces hecho más caso de la maldición de las criaturas que de la maldición del Señor! Confundíos de esto amargamente, y resolveos de llevar con Cristo públicamente la cruz de la observancia; avergonzaos en adelante de obrar contra sus ejemplos, y no de seguirlos; y, pues habéis dejado el mundo con el cuerpo, pedid gracia para de-

jarle de tal suerte con el corazón, que igualmente despreciéis sus alabanzas y sus desprecios, para que sea verdad que: *Sicut Angelus Dei, nec benedictionibus, nec maledictionibus movearis.* (I Reg., xiv, 17.)

II. Considerad cómo Cristo llevó la cruz, no sólo públicamente, sino también *generosamente*. Bien conocía Cristo el peso de aquel leño, en que llevaba la maldad de todo el mundo; bien sabía la flaqueza de sus fuerzas, por la gran copia de sangre que había derramado, y por los dolores interiores y exteriores de su sacratísima Humanidad; y penetraba también del todo la injusticia de aquella sentencia que había condenado al Juez de vivos y muertos, al Santo de los Santos, al Señor del universo, á morir clavado en un patíbulo; y, con todo, abrazaba este mismo patíbulo, se lo apretaba al seno, le miraba como un altar en que había de sacrificar su vida, y le miraba como un trono de su amor y como un instrumento de nuestra Redención. Comparad ahora con esta generosidad el modo con que vos lleváis la cruz, aunque sea, se puede decir, una cruz de paja. Primeramente, buscáis todos los caminos para huir lo que pesa á la corrompida naturaleza, y después, precisada á llevarla, la lleváis, no sólo con impaciencia, pero aun con rabia. Bien se ve que no conocéis qué cosa sea la cruz de la adversidad y de la penitencia, ni aun después que Cristo la santificó con su ejem-



plo y la ha hecho medio necesario para entrar en la Gloria: *Per multas tribulationes oportet nos intrare in Regnum Dei.* (Act., xiv.) Es necesario que os desengañéis: sin la Cruz no hay salvación; ésta es ley establecida, á la cual no querrá Dios dispensar en gracia de vuestra tibieza. Tened, pues, corazón; el Señor os dará las fuerzas que os faltan; de otra suerte, será gran ventura caer bajo del peso. Confundíos de haber ido en lo pasado tan lejos de vuestro bien, rehusando el padecer con vuestro Esposo, rogadle que esfuerce vuestra flaqueza con su gracia, y estableced seguirle al Calvario, por la idea que deja por camino con su sangre santísima hasta morir vos con El.

III. Considerad que Cristo llevó la cruz, no sólo pública y generosamente, sino también *perseverantemente*. En este penoso camino del Pretorio al Calvario, de más de mil pasos, llevando el Señor sobre sus espaldas su patíbulo, y arrastrando la extremidad de él por tierra, venía á tropezar á cada instante, y con esto, no sólo á renovar sus tormentos, sino á caer de tanto en tanto bajo del peso; por lo cual, temiendo los verdugos y judíos que muriese en el camino antes de crucificarle, le aligeraron algún poco, cargándosele por fuerza á Simón Cirineo. Mirad, pues, cómo de la parte de los enemigos de Cristo no fué compasión, sino crueldad, este aligeramiento: así de la parte del Salvador no fué tedio de portar su

cruz, no queja de estar muy cargado, no voluntad de sacársela de sus espaldas, sino misterio, para que supiéramos que quería hacer partícipes de sus trabajos á todos sus escogidos. En lo demás, cuanto es de su parte, El está pronto á llevarla hasta caer muchas veces bajo el peso, y aun hasta morir también. Pero ¿cómo vos hasta ahora habéis entendido mal esta verdad? Apenas comenzáis á hacer bien, cuando por cualquier leve encuentro os la apartáis de vos. Basta una leve distracción de vuestro empleo, de vuestro trabajo, para haceros dejar la oración: basta una melancolía, basta una tentación, y tal vez hasta una media palabra de quien os moteje, para haceros dejar y volver atrás en el camino comenzado. ¿Y ésta es vuestra perseverancia? ¿Así correspondéis á tanto amor y á tantos excesos de vuestro Esposo para salvaros? Arrepentíos y confundíos de vuestra ingratitud; agradeced al Señor que no se deja vencer de vuestra malicia, y rogadle que os dé gracia para seguirle hasta la muerte, con la cruz de la mortificación, sin dejarle jamás; pues el que no le sigue de esta suerte, no es digno de que el Señor le admita. *Qui non accipit crucem suam, et sequitur me, non est me dignus.* (Matth., x, 38.)

---

## MEDITACIÓN IV

### PARA EL OCTAVO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

#### SOBRE CRISTO PUESTO EN LA CRUZ

1. Considerad que Cristo, levantado á lo alto á vista de todos, es, como El mismo lo dijo, como la serpiente de bronce levantada allá en el desierto, para sanar de las heridas, y del veneno, no de las serpientes, sino de los pecados. Miradle, pues, con atención, y fijad la primera vista en su *santísimo cuerpo*, el cual, todo descortezado y herido por tantas llagas, traspasado de parte á parte en las manos y en los pies, partes tan sensitivas, por el concurso de todos los nervios, de todas las venas y de todas las arterias; agujereado con más de sesenta espinas en la cabeza; desnudo, vilipendiado y agraviado de sus enemigos; con los ojos llenos de lágrimas, con la cara pálida, derramando la sangre por todos los lados, sin alivio y sin consuelo, va muriendo poco á poco, aumentándose siempre más el dolor con el peso de sus sacrosantos miembros. Vos, que no sabríais sufrir la punzada de una aguja sin compadeceros de vos misma, ¿cómo no os compadecéis de vuestro Redentor, reducido á términos tan compasivos por su amor con los in-

gratos? Si vieseis á un esclavo castigado por sus pecados con la milésima parte de estas penas, os enterneceríais y compadeceríais de él; y aun si vieseis padecer á un perro. ¡Y ahora estáis dura, cuando un Dios humanado se enflaquece y muere en un abismo de tormentos interiores y exteriores, sólo por formar con su divina sangre un saludable baño para todos los males de vuestra alma, y apagar un fuego eterno, y comprar la posesión eterna de todos los bienes! ¿Será, pues, posible creer todo esto por fe y quedar con todo fría en el divino servicio, y enfadaros de cualquiera menuda observancia y de cualquier leve trabajo que ofrecéis por amor de vuestro Dios? Si no hay dolor semejante al suyo, no habrá tampoco ni aun dureza semejante á la vuestra, pues no mudáis ahora estilo. Ahora no os parece monstruosa esta dureza; pero cuando estéis delante del Señor, y os la haga conocer cual es en la realidad, quedaréis atónita, sin abrir la boca para excusa vuestra. A lo menos, confundíos ahora útilmente; pedid perdón de haber correspondido siempre con frialdad á la caridad inmensa de vuestro Esposo; siempre negligente en las cosas de su servicio; siempre entregada á vuestras comodidades, como con una idolatría perpetua de vos misma; detestad lo pasado; desead el amor de todos los ángeles y santos, para recompensar vuestra culpa; ofrecedle su mismo amor, que sólo es digno del Señor, y

rogadle que os ablande el corazón con aquella lluvia de sangre de que quedó empapada hasta la tierra.

II. Considerad con otra amorosa vista el *santísimo corazón* de Jesús en la cruz, penetrando bien adentro en aquella fragua inmensa de caridad que, en vez de apagarse entre tantos dolores, va siempre creciendo con mayor llama. Aquella palabra que Cristo dijo, *Sitio*, no quiere decir solamente que tuviese sed, por haber derramado casi toda la sangre, sino que, á más de esto, quiso decir que tenía una sed insaciable de padecer más por vuestra alma, hasta tanto que, si fuese gusto de su Padre Celestial, estaba pronto á estar en la cruz, no sólo por tres horas, sino hasta el fin del mundo. Ved, pues, que la suma de vuestra deuda para con Jesús no es sólo por una muerte y por una pasión, sino por tantas pasiones y muertes á cuantas se extendió con el deseo inexplicable de tolerarlas por vos. Comparad ahora con esta dilación de un corazón divino aquellas vuestras angustias por quienes vais midiendo lo que hacéis por su servicio, como que pudieseis hacer mucho. ¡Cómo! ¿Sería posible que compre Jesucristo á tan caro precio vuestro afecto, y no llegue con todo á poseerle enteramente, de suerte que, cuando basta cualquiera leve incomodidad que otro sufra por vos para ganáros el corazón, no baste después para ganárosle un exceso de tantos sufrimientos y

de tanto amor del Hijo de Dios, que muere de sed por derramar más sangre y dar más vidas por vuestro bien? Si Jesús hubiese muerto de solo alegría por vos, debíais de quedar obligada á corresponderle; y ahora, que muere á fuerza de inexplicables dolores, y que en sus dolores nada más le disgusta que el no ser más dilatados, ¿juzgaréis que hacéis mucho si no volvéis á crucificarlo, y á volverle á abrir las heridas ó á reclavar los clavos con algún grave pecado? Cuando, entre tanto, con una secreta soberbia, con un modo de obrar regulado de fines humanos y con una insensibilidad continua á su amor, le abreváis sólo de hiel, confundíos amargamente de vuestra pasada dureza, pedidle perdón de veras, ofreceos al pie de la cruz para darle enteramente vuestra libertad, desead mil corazones para detestar vuestra ingratitud, y dos fuentes de lágrimas para unir las con la sangre de vuestro Redentor, para ablandarle, y, en fin, rogadle que os quite la vida si no habéis de vivir toda por el que es muerto por vos, según lo que promulgó el Apóstol: *Qui vivunt, jam non sibi vivunt, sed ei, qui pro ipsis mortuus est.* (II Cor., v, 15.)

III. Considerad el estado compasivo de Jesús en la cruz dando la tercera vista á su *santísima alma*, la cual, por los inmensos dolores interiores que padece, está como sumergida en un mar de penas. Los dolores exteriores que

padeció el Redentor se le ocasionaron por el odio de sus enemigos; pero los interiores se le ocasionaron de la caridad de Cristo para con nosotros; y así, cuanto ella vencía á la rabia de sus verdugos, tanto fué mayor la pasión del alma que no la del cuerpo. Esta, pues, interior amargura fué tan excesiva, que de ella sola, entre todos sus sufrimientos, se quejó dulcemente el Salvador con su Padre Celestial, con aquellas palabras: *Deus, Deus meus, ut quid dereliquiste me?* (Matth., XLVI), mostrando con esto que el Padre se portaba entonces con su humanidad como si la hubiese abandonado, sustentándola sólo para que no muriese tan presto, sino que durase más tiempo en sus tormentos. Con esto no quiso entonces llamarle Padre, sino Dios solamente, para significaros que el Padre se portaba en aquella hora con él como extraño, y aun como contrario, no dándole otro consuelo que para aumentarle la pena. ¡Qué maravilla, pues, es ésta, que pudiendo Jesucristo suavizar sus dolores, como después los suavizó á tantos mártires, quisiese beber el cáliz de su Pasión del todo puro, y en extremo desamparo de todo consuelo, ó de la Tierra ó del Cielo, y que pudiendo, con un leve trabajo, volver á comprar mil mundos, hallase tantas invenciones para sumergirse siempre más á lo profundo en un abismo de penas! Todo esto se hizo para que entendáis con más viveza el amor que debéis á

Dios y el odio que debéis al pecado; pues destruyéndose Cristo, como asimismo por destruir el pecado, y dando por amor del Padre una vida de infinito valor, sumergida en un profundo incomprensible de penas, entendiesen claramente todos que la voluntad divina debe anteponerse á todo otro bien, y que el ofender á aquella infinita Majestad es un mal mayor que la muerte dolorosísima de un Dios humanado que El escogió para remedio de tan gran mal. ¿Cómo os habéis vos hasta ahora aprovechado de estos celestiales documentos? Puede ser que en aborrecer al pecado y en amar al Señor estéis tan atrás, que no hayáis entendido bien ni aun la primera lección. ¡Oh extrema confusión, que el Verbo encarnado se disminuya y casi se aniquile para haceros en su cruz una clara demostración de tan palpable verdad, y que, con todo, vos la entendáis tan poco! Reconoced ésta vuestra ignorancia tan monstruosa; humillaos por ella hasta el profundo; pasmaos de vos misma, que os tenéis por tan segura entre tantas negligencias y con la junta de nuevas y nuevas ingratitudes; proponed de tomar para vuestra escuela el Calvario, y rogad al Señor que, con uno de sus santísimos clavos, os escriba en el corazón altamente esto que os enseña como Maestro de su cruz.



ADVERTENCIAS PARA EL TIEMPO  
QUE EN LOS EJERCICIOS SE DA Á LA VÍA UNITIVA

Después de haber quitado los impedimentos de los pecados, y después de haber introducido las disposiciones con la imitación de las virtudes de Jesucristo, no queda otro que encender en el corazón este fuego dichoso de la más perfecta caridad, término último adonde os llevan los santos ejercicios. Esto se consigue con las meditaciones siguientes, que pertenecen á la vía unitiva, haciéndose por afecto un mismo espíritu con el Señor, como nos lo dice el Apóstol: *Qui adhæret Deo, unus spiritus fit cum eo.* (1 Cor., vi, 17.) Por tanto, debe más que nunca crecer la atención en estas consideraciones, para conseguir tan gran bien cual es el unirse con Dios, y como transformarse en El con la memoria, acordándonos siempre de El con el entendimiento, conociéndolo con gran claridad, y formando una altísima idea de sus perfecciones y del amor que nos tiene, con la voluntad, complaciéndonos de sus infinitos bienes, deseando agradarle en todas las cosas, aborreciendo por sólo amor suyo toda suerte de pecado, y conformándonos enteramente en su santa voluntad. A este fin observaréis con diligencia las advertencias, otras veces prescritas en el discurso de los Ejercicios, y demás de esto añadiréis éstas, más propias para este tiempo.

I. En despertándoos, procurad de traer á la memoria las cosas que os mueven á la alegría espiritual y son convenientes á los misterios que habéis de meditar.

II. Servíos en la celda de la luz más clara y de la vista del Cielo, y de lo que puede mover vuestro espíritu á congratularos con Jesucristo resucitado, y con vos misma por la esperanza que os queda de resucitar con El y de amarle y gozarle para siempre en el Cielo.

III. Mudad la austeridad de las penitencias penosas en una templanza más exacta en la comida, si entonces no fuese tiempo de ayuno, en que debierais de mudar la templanza en abstinencia.



## MEDITACIÓN PRIMERA

### PARA EL NOVENO DÍA DE LOS EJERCICIOS

#### SOBRE LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

I. Considerad que, exhortándonos el Profeta á alegrarnos de la Resurrección del Señor, debemos, en primer lugar, *congratularnos con Jesucristo*, el cual, en el día tan feliz para El, volvió á adquirir con inmensa ventaja todo lo que había perdido en la Pasión. Cuatro

cosas había perdido: la alegría, la hermosura, la honra y la vida; ahora, resucitando, recuperó su vida; pero ¿qué vida? Una vida inmortal, una vida que ha hecho morir á la muerte y ha triunfado de ella muriendo: volvió á adquirir la honra, pues el mismo que poco antes había sido reputado menos que hombre, y pisado peor que un gusano, aparece y comienza á reinar como Dios: volvió á adquirir la alegría, porque rotos los márgenes que detenían aquel mar de paz en la parte superior del alma, corrió toda la plenitud, detenida por treinta y cuatro años, á inundar las potencias inferiores y los miembros del Salvador; volvió á adquirir, finalmente, la hermosura, pues la gracia y la majestad del cuerpo de Jesucristo es tan excesiva, que en el Cielo será la suprema bienaventuranza de nuestros sentidos, y bastará á formarles un paraíso en que se deleiten sin saciarse por todos los siglos. Imaginaos un sol tan luminoso, que con su luz haga desaparecer cien millones de soles, como el nuestro hace desaparecer las estrellas; un sol tan lúcido sería un carbón, comparado con el cuerpo glorioso de Jesucristo, el cual con su esplendor obscurecerá el esplendor de tantos millones de cuerpos beatificados de los Santos, que serán también siete veces más resplandecientes que nuestro sol material. ¿Y vos podréis meditar esta verdad sin llenaros de gozo por la suprema felicidad á que veis ha llegado

vuestro Celestial Esposo? Si así fuese, sería mala señal para vos; sería señal que poco ó nada le amáis. Confundios de vuestra pasada frialdad; congratulaos con vuestro Redentor del inmenso bien que en El veis, y rogadle que os haga morir á los pecados, para que El pueda vivir y reinar firmemente en vuestro corazón.

II. Considerad cómo debemos, en segundo lugar, *congratularnos con la Santísima Virgen*, la cual, habiendo sido visitada de su Hijo divino, fué en un instante llena de tanto consuelo cuanto había sido el dolor pasado. Sus dolores se midieron con el amor con el Verbo encarnado, Dios juntamente é Hijo de sus entrañas; y así, si le amaba más que todos los ángeles en el Cielo, es fuerza decir que padeció en la Pasión más que lo que habían padecido todas las criaturas sobre la Tierra, y que su tristeza no halla otra semejante con quien poderse comparar sino la tristeza que experimentó Jesucristo. Pero ¿cómo se mudó luego en gozo todo el dolor, luego que fué confortada en el alma y en el cuerpo para que fuese capaz de tanto gozo? Corrió luego á postrarse á los pies de su Hijo para adorarle; pero El no lo consintió, y se la acercó al lado particularmente abierto, para acogerla en él, y darle lugar dentro de su divino corazón: si en ocasión de tanta felicidad no supieseis dar la enhorabuena y parabién á la Virgen Madre, os

mostraríais indigna de ser acogida bajo de su manto; y si no fueseis acogida bajo de su manto, ¿qué esperanza os quedaría para la salvación? Congratulaos, pues, vivamente con Ella; proponed de venceros por su amor para mereceros su protección, y rogadla que, volviéndoos á poner en el número de sus devotos, os consiga que podáis alegraros en ella eternamente en el Cielo.

III. Considerad que debemos, en tercer lugar, *congratularnos con nuestro cuerpo*. Tanto nos amó el Redentor, que no quiso ser bienaventurado sin nosotros, no sólo en el alma, sino también en el cuerpo; por lo cual ha querido que nuestros miembros mismos triunfen de la muerte y vuelvan á vivir para siempre glorificados, mereciéndonos con sus llagas una tal suerte de vida; antes bien, no sólo ha querido servir de mérito á nuestra resurrección, sino también de ejemplar, de suerte que, con aquel modelo divino, tenga gran proporción nuestro cuerpo resucitado: *Reformabit corpus humilitatis nostræ, configuratam corpori claritatis sue.* (Phi., v, 21.) Pero, en el ínterin, ¿no es gran confusión que podamos acordarnos de estas dos cosas, sin salir como de nosotros mismos por el gran júbilo? Es, pues, verdad muy verdadera que vuestro cuerpo, fatigado y flaco, estará algún día lleno de tanta gloria, que él solo, si estuviera en la Tierra, bastaría para conservaros el día per-

petuamente. ¿Y vos creéis estas cosas, y no deseáis que vengan sobre vos todas las penas, para aseguraros de tan gran bien? Y viéndoos también favorecida de vuestro Celestial Esposo con una tan excelsa promesa, ¿no sabéis encenderos en su amor, y quitar de vos esta monstruosa ingratitud, que El haya siempre de amaros, y no haya de hallar en vos la correspondencia de ser amado con fidelidad? Se ve que la fe en vos está casi apagada, y que os dejáis engañar de vuestros sentidos. Desead, pues, infinitos corazones para ofrecerlos al Señor; confundíos, que teniendo uno solo, tengáis tanta parte para las criaturas; resolveos de quereros en adelante vivamente confortar con estas esperanzas en todas las tribulaciones; proponed de querer padecer alegremente, y rogad al Señor que, si ahora os da tanta ocasión de esperar la gloria, os la quiera conceder á su tiempo por su piedad, dándoos gracia para disponeros toda para ella con una constante mortificación de vos misma.

## LECCIÓN PARA EL NOVENO DÍA DE LOS EJERCICIOS

### SOBRE LA CARIDAD CON DIOS

El que toma al rey de las abejas, se enseña luego de todo el enjambre sin fatiga, y enriquece por su medio de suavísima miel su

colmena; así, el que consigue la reina de las virtudes, que es la caridad, las consigue todas. Por tanto, como todas se compendian en esta caridad, así en la lección presente podremos decir que se compendia cuanto se ha explicado en las pasadas. ¿Qué cosa, pues, es la caridad? Es una virtud teologal que levanta nuestra voluntad á querer el bien de Dios sobre todo otro bien, con amor de amistad. Es virtud teologal, y es entre ellas la más digna, porque la fe mira á Dios como á primer principio de la verdad. La esperanza le mira como á primer principio de nuestra bienaventuranza; pero la caridad, no sólo le mira sin alguna limitación como Sumo Bien, sino que toda para en El, amándole por Sí mismo. Dicese también que levanta nuestra voluntad, porque la naturaleza del amor es mudar espiritualmente la persona amante en la cosa amada; por lo cual, quien ama viene á ser tal, que es aquello en que pone el amor. Si amas la tierra, dice San Agustín, eres tierra; si amas á Dios, lo diré también, eres como un otro Dios, participando de su naturaleza divina, y con ella de toda perfección maravillosamente. Y porque para llegar á este estado se requiere alguna semejanza y proporción, juzgad cuánto deba ser el alma por la divina gracia levantada sobre sí para habilitarse á ser un espíritu con Dios: *Qui adheret Deo, unus spiritus est cum eo.* (I Cor., vi, 17.) A más de esto, se dice que la caridad

ama el bien de Dios sobre todo otro bien; porque ¿qué puesto debe tener aquella altísima Majestad sino el primero? No sería tanto desorden si la Tierra fuera superior al Cielo, cuanto sería si el último fin, que es Dios, se enderezase últimamente á la consecución de cualquier otro bien criado bajo de El. Dícese, últimamente, que la caridad quiere el bien de Dios con amor de amistad, porque después que la fe ha representado al alma á Dios como bien infinito, é infinitamente completo en todo género de perfección, si el alma ama á este Sumo Bien como bien sumo del hombre, se dice que el alma le ama con amor de concupiscencia, pero santa, y que este amor hace la esperanza; pero si el alma le ama en gracia de El mismo, y porque goza de El se dice que ama á Dios con amor de amistad, y que este amor hace la caridad, dichosa, pues, aquella alma que posee también un solo grado de esta divina virtud, porque ella es la suprema perfección del corazón humano; pues así como la perfección suprema de las criaturas inferiores es servir al hombre, por quien fueron formadas, así la suprema perfección del hombre es amar á Dios, para lo cual fué también criado. Por esta razón, pues, la caridad es llamada reina, madre, alma y vida de las virtudes; porque, como reina, á todas manda y á todas lleva detrás por acompañamiento; como madre, á todas las produce y sustenta; y como



alma, á todas las aviva, siendo sin ella todas un cadáver inhábil para moverse hacia el Cielo. Y así como, en la púrpura, lo que propiamente se estima no es la lana, sino la tinta, que con la vivacidad de su color y con la rareza le da el precio, así lo que estima Dios propiamente en las buenas operaciones es esta sobrecelestial virtud, y por ella las paga tanto, que la mínima acción de un justo, embebida de este santo amor, no se ha de pagar con menos en el Cielo que con la posesión eterna de todos los bienes del mismo Dios: *Ego ero merces tua magna nimis*. (Genes., xv, 5.)

De esta naturaleza, pues, es la caridad tan noble y tan divina; pero, para que quedéis aún mejor informada, presuponed, á más de esto, que el amor de amistad, que hemos dicho que es la caridad, es capaz de dos perfecciones: la una le es accidental, y es una cierta ternura de benevolencia, la cual, á las veces, de la voluntad pasa también á las potencias inferiores con sensible impresión; por lo cual decía el Profeta: *Cor meum, et caro mea: exultaverunt in Deum vivum*. (Ps. lxxxiii, 2.) La otra perfección le es substancial, y es una benevolencia de estimación por la cual, concurriendo cualquier otro bien con el bien de la amistad, le preferimos y hacemos de él más caso en esta comparación. Ahora, ambas á dos perfecciones las acoge la caridad; pero á esta segunda, sólida y maciza, la acoge por nece-

sidad; de suerte que, si el alma en todas las ocurrencias no hace más caso de Dios que de todas las otras cosas criadas, y no está dispuesta á perderlo todo antes que á perder la amistad de Dios con el pecado, no se puede decir que posea la caridad, ni que cumple el primero de todos los preceptos, que es amar á Dios con todo el corazón; esto es, más que á toda otra cosa que venga en comparación con El. Verdad es que éste es el primer grado de la misma caridad; por lo cual, para satisfacer en alguna parte á la deuda inmensa que tenemos de amar á nuestro Dios, no nos debemos contentar con esto, sino pasar adelante sin término ni fin; pues que *Modus amandi Deum, est amare sine modo*, como dice San Bernardo. Esto se hace cuando el alma, no sólo antepone la amistad del Señor á todo otro bien cuando se trata de perderle con el pecado mortal, sino aun cuando se trata de entibiarla algún poco con los pecados veniales; por lo cual, habiendo formado una idea altísima de Dios, antepone su santísima voluntad á toda honra, deleite y comodidad criada, y se priva de todo por dar gusto á este Sumo Ser, y estima más un grado de su divina gloria que mil mundos. De esta suerte era la caridad de los santos, y á ésta debéis aspirar también vos, poniendo en alto la mira para no dar fuera del blanco, y cuidando de llegar á esta perfección no tanto con los muchos actos cuanto con la intención.

MEDIOS PARA ALCANZAR LA CARIDAD

Pero ¿quién os dará las alas de paloma para volar á este blanco, y descansar en el corazón de Dios? Aquí es, más que en otra parte, necesaria la oración, y saldrá más eficaz que otras veces. Es necesaria, porque, aunque nuestra voluntad está hecha para amar el bien con toda la caridad de Dios, es un amor sobrenatural, adonde no puede llegar la voluntad humana con todos sus esfuerzos. Una pluma, por su naturaleza, es ligera; pero todavía no se puede levantar en alto por sí misma, sin el oficio amoroso de algún viento. También será eficaz esta oración en esta materia, más que en otra; porque si este dichoso fuego del amor divino ha sido el único motivo para atraer del Cielo á la Tierra al Hijo de Dios, y el único blanco de sus designios y deseos: *Ignon veni mittere in terram, et quid volo nisi, ut accendatur* (Luc., XII, 40), será preciso decir que el Señor, oyendo un ruego tan grande, oiga casi á Sí mismo y contente sus deseos. Pero como poco desea y poco estima el común de las gentes este tan grande amor, por eso poco lo pide al Señor. Entre tanto, nos maravillamos de amar tan flacamente el Sumo Bien; pero sería gran maravilla que le amásemos con gran fervor, si, siendo la caridad el mayor de todos los otros dones divinos, liciésemos tan

poco caso, que apenas nos dignáramos de pedirselas á Dios.

El otro medio es aplicarse con gran atención á ponderar los motivos que nos hacen amable violencia para movernos á este amor. La luz es el vehículo de calor, y el conocimiento más vivo del alma es el que le atrae del Cielo al seno á este móvil fuego. Por tanto, meteos muchas veces de propósito á considerar estos tres motivos para amar á Dios, que son: el primero, que *nos manda* este amor; el segundo, que *le merece*; el tercero, que *lo provoca* y lo previene con su amor.

El primer motivo, pues, de amar al Señor sobre todo otro bien, es porque el Señor así lo *manda*. Este precepto es el primero de todos los otros: primero en la eficacia, porque trae consigo la observancia de toda ley; primero en la intención del Sumo Legislador, porque encamina á este fin todos los otros preceptos; primero en el mérito, porque da el precio á todas las otras virtudes; primero en la nobleza, porque menos que todos se opone á la libertad del hombre, y no puede jamás cumplirse contra su voluntad; primero en la dignidad, porque él es el supremo grado á que puede llegar el alma; primero, finalmente, en la duración, porque no tendrá jamás fin en toda la eternidad. ¿En qué precio, pues, conviene que tengamos esta gran ley del amor? ¿Y con qué estudio nos debemos emplear para cumplirla? Si

Dios nos hubiese vedado el amarle, como á criaturas indignas que somos de aspirar tan alto, deberíamos, sin cesar, suplicarle que nos permitiese este tan noble amor. Y ahora que El nos lo manda tan apretadamente, ¿rehusaremos el darle gusto? ¿Y qué otro desearían, mayormente los condenados, allá abajo en el Infierno, que un precepto de esta suerte? Si una orden tan grande se intimase allá abajo en los abismos, sería bastante á mudar luego en llamas sacrosantas aquel fuego devorador. La razón es manifiesta; porque cuando Dios da un precepto á sus criaturas, se empeña luego á darles las ayudas necesarias para cumplir; por lo cual, correspondiendo aquellas almas condenadas á los esfuerzos de la divina gracia que se les comunicaría, el profundo de sus penas se mudaría en una esperanza de Cielo, y la noche eterna de su muerte se haría una aurora de luz. Mirad, pues, con cuánta señoría os trata Dios, cuando os manda El que le améis, y cómo os trueca las cadenas en collar de oro, como á esposa, no como á criada. Y hay aquí más que considerar que la estima grande que hace Dios de nuestro amor, llegando hasta amenazarnos una miseria infinita si le negáremos nuestro corazón. La estima excesiva que hacen los peritos de una piedra preciosa le añade sumo precio; y así, ¿qué precio no tendrá nuestro amor cuando tanto le ha estimado un Dios Omnipotente, que para te-

nerle emplea, no sólo todas las caricias de su misericordia infinita, sino también todas las amenazas de su tremenda justicia? Yo considero á vuestro corazón entre dos extremos que no tienen medio: ó habéis de arder dulcemente en caridad en esta vida, ó habéis de arder desesperadamente en un eterno fuego en la otra; y vos, que para amar á Dios os deberíais contentar de padecer un infierno de pena, ¿queríais, por no amarle, escoger un infierno de pena y de culpa para siempre? Seríais muy loca en esta vuestra elección tan dañosa; y así, ofreceos toda á vuestro Esposo, y pidiéndole perdón de haber dado tanta parte de vuestro afecto á las criaturas hasta ahora, estableced que en adelante Dios sólo ha de ser el dueño de vuestro corazón, y ha de regularos en todo y por todo con su divino querer.

El otro motivo es que Dios *merece* este amor; por lo cual, aunque no os lo pidiese con tanto rigor, se lo deberíais ofrecer, según las buenas leyes de obligación y deber. Pues á todo grado de amabilidad es justamente debido un grado de benevolencia; y así, siendo Dios una amabilidad infinita, se sigue que se le debe un infinito amor de todos los corazones. ¿Qué idea formáis en vuestro entendimiento cuando oís esta palabra *Dios*? ¿Hacéis con vuestro discurso como cúmulo de todas las prerrogativas que sabéis concebir, belleza, ciencia, poder, santidad, grandeza y majes-

tad? Dobladlo millares de veces; ¿qué habréis hecho? No es éste nuestro Dios, sino un ser infinitamente mayor. Volved, pues, á redoblar, á extender y alargar toda esta junta de perfección, y proseguid de esta suerte redoblándola por toda la eternidad, y, después de muchos y muchos siglos sin número, estaréis siempre tan lejos de imaginaros al vivo á vuestro Dios, cuanto estabais lejos el primer día que os metisteis á la empresa. Dios es un ser todo otro de lo que podemos concebir: es un abismo de bondad, de belleza, de santidad, de sabiduría y de majestad, infinitamente superior á los conocimientos que tenemos en la mente cuando proferimos estos vocablos. Es un Señor tan amable, que, solamente visto sin velo, bastaría á anegar en un mar de gozo eternamente á todos los bienaventurados; y que, visto también sin velo, bastaría á trocar en un Paraíso todo el Infierno; ¿y no bastará después para ser amado de vos? Veo que una gota de bien que participan las criaturas, gana luego vuestro corazón; ¿y no podrá ganárselo aquel océano interminable de perfección que juntó en el seno de Dios? Si tuvieseis una benevolencia inmensa, la deberíais toda por tributo á esa gran Majestad; y, ahora que vuestro afecto es tan escaso y limitado, ¿queréis también dividirlo y darle al Señor una parte? Después que á Santa Teresa se le mostró muy de paso algo de la belleza excesiva de

la humildad de Jesucristo, dice la Santa que el Sol le parecía que no echaba sino sombras pálidas sobre la Tierra, y que las personas más bien formadas no eran otro sino esqueletos que iban caminando: juzgad después qué habría ella dicho si se le hubiera manifestado del todo la belleza infinita de la Divinidad. Es del todo necesario que en el Cielo no pueda entrar llanto; de otra suerte, le habría más en el Cielo que entre los condenados, cuando los habitantes celestiales, después de haber visto á Dios cara á cara, se acordasen de haberle con tanta frialdad amado aquí entre nosotros.

El tercer motivo de este sacrosanto amor es que Dios *lo provoca* con su amor y con los inexplicables beneficios que nos ha hecho; por lo cual, cuando nos pidiese de nuestro corazón este atributo, cuando aun no lo mereciese por otro, se le debería por recompensa, no pudiéndose pagar bien el afecto sino con el afecto. Por tanto, ¿cómo puede ser que hallemos dificultad para amar á nuestro Dios, cuando es el primero en amarnos? Y, con todo, un fuego no se enciende más fácilmente que con otro fuego. Toda nuestra frialdad no puede, pues, nacer de otro que de no aplicarse á considerar seriamente el bien que Dios nos ha querido y nos ha hecho. Considerad un poco que la caridad divina para con vos ha sido juntamente eterna é infinita. Ha sido eterna, pues El no ha amado primero á Si y su propio bien que lo que os ha amado



á vos y deseado haceros partícipe de su mismo bien en tal amor en lo por venir; de parte de Dios es también eterno, no siendo libre para dejaros si vos primero no le dejáis á El, y no quebráis, con abusar de vuestra libertad, el nudo de la divina amistad. Es también esta caridad infinita para con vos, porque es la misma caridad con que Dios se ama á Sí mismo; y aunque por ella no os quiera el bien que quiere para Sí, esto es, el ser Dios por su naturaleza, porque esto no es posible, os quiere un bien inmenso, porque os quiere hacer como un otro Dios por participación allá en el Cielo; bien que sobrepuya infinitamente cuanto bien os podrían desear todas las criaturas, si todas con su afecto se empleasen en vuestro provecho. Una ojeada sola que el Señor fuera servido dar desde la alteza de su gloria sobre el profundo de nuestras miserias, no podríamos bastantemente recompensarla con una eternidad de reconocimiento y de amor; juzgad, pues, cuál será la ingratitud de aquel corazón que estima y juzga muy largo el tiempo que le queda en la tierra para reamar á Dios y para darle de una vez todos los afectos. Añadid despnes al amor que nos ha tenido el bien que nos ha hecho, y ved qué guarida os queda si no os consagráis toda entera al Señor en holocausto de caridad. En tiempo de Arquímedes hubo algunos que afirmaron que las arenas del mar eran innumerables, por lo cual

Arquímedes, para convencerles, no sólo hizo la cuenta en un libro suyo, sino que sumó, á más de esto, el número de aquellas arenas que llenarian el espacio de nuestra tierra hasta el cielo estrellado. Yo queria, pues, darle á él y á cualquier otro la empresa de hallar el número de los beneficios que Dios nos ha hecho y que quiere hacernos por toda la eternidad interminable, si nosotros los queremos recibir, y estoy cierto que ninguno aceptará esta empresa de hallar el número donde no le hay. Bienes, pues, infinitos en la suma; infinitos en el don, incluyendo en sí al mismo Dios; infinitos por la grandeza del que da; infinitos por su duración sempiterna; infinitos en el precio, por habérsenos comprado con la sangre de Jesucristo; infinitos en todas las dimensiones de la caridad, ¿no serán bastantes á provocar nuestro afecto? Un espejo de cristal, si se opone inmovilmente al sol, basta para encender el fuego; y nuestro corazón, expuesto á la esfera del Sol divino y á los innumerables rayos de su divina beneficencia, más frio que todo hielo, ¿no sabrá despertar en vos una centella de correspondencia? ¿Tanto, pues, ha hecho el Señor para ganar á una miserable criatura, y no la pudo conquistar? ¿Qué pedis más para rendiros, ó para quién guardáis vuestro afecto, si todo firmemente no le dais á vuestro Esposo Celestial? El, no sólo es un infinito piélago de todo bien en Sí mismo, sino una fuente inex-

hausta de infinitos bienes, también para vos; El, con un infinito poder, os ha sacado del abismo de la nada, donde estaríais sin ser para siempre; todo lo que poseéis, todo es don suyo, El os le ha dado, El os le conserva en cada instante, y es como si en cada instante os le volviese á dar; por nuestro amor conserva todas las criaturas, y quiere que hasta los espíritus celestiales procuren diligentemente vuestra eterna salvación; os tiene de continuo entre sus brazos amorosos; en vos tiene fija la mira de su providencia, sin perderos jamás de vista, y á vuestra utilidad mira siempre en tantas y tan varias operaciones de este mundo inferior. Ni sólo os muestra haciendo, sino mucho más padeciendo el ardor de su corazón; El se ha cargado el peso inmenso de vuestros pecados, y ha querido llevar la pena que vos debíais llevar; ha sufrido con tanta paciencia tantas rebeliones vuestras contra su voluntad; os ha perdonado tantos agravios; os ha seguido cuando huisteis de El; ha sido el primero en buscaros y en pedir os la paz; ni se ha cansado de hablaros con sus inspiraciones, aunque os hicisteis sorda á sus voces; y aunque no necesitaba de vos, parecía inconsolable si os perdía, y obligó á que todo el Cielo hiciera fiesta cuando os encontró y ganó; y, en una palabra, ha obrado tanto y ha sufrido tanto para haceros eternamente feliz, como si de vuestra bienaventuranza dependiese la suya;

y aunque sus beneficios para con vos pasen toda medida, es mayor que todos ellos el afecto que le ha obligado á dárosle, de tal suerte que, aunque pudieseis reamarle con infinito amor como el suyo en lo por venir, no podríais corresponder bastantemente tanto, pues El ha sido el primero en amaros, y os ha amado y acariciado por una eternidad antes que tuvieseis ser.

Estos motivos, bien ponderados en la oración, aunque fueseis dura como un pedernal, sabrían aún sacar de este mismo pedernal fuego de caridad, á lo menos cuando dilatada y repetidamente proseguís con ellos en sacudir á vuestro corazón; principalmente si con la mortificación quitáis los impedimentos que la hacen impuesta para concebir esta dichosa llama.

Y éste será el tercer medio que os propongo para conseguir la caridad para con Dios: mortificar generosamente vuestro amor propio. Como en los arcaduces, cuanto se les quita de aire tanto les entra de agua, así, cuanto de vuestro corazón quitareis de afición á vos misma, tanto en él entrará luego de amor al Señor: *Diminutio cupiditatis augmentum charitatis, perfecta charitas, ubi nulla cupiditas*, dice San Agustín; y por amor propio no se entiende aquí el verdadero amor de sí mismo, por el cual el alma se ama en Dios, procurándose para sí lo sumo de todos los bienes, que es la divina amistad, sino aquella inclinación

perversa que tiene el corazón humano hacia los bienes caducos y hacia contentarse á sí mismo en todas las cosas, aun á despecho de la divina voluntad; esta afición desordenada, y que es el origen de todas las culpas; esta pasión dominante, que tan fácilmente se mete en todas nuestras operaciones, aun en las más santas; ésta, que se disfraza muchas veces con color de devoción, ésta conviene que se advierta bien y que se le humillen sus gustos con frecuentes actos contrarios. De otra suerte os habéis de portar en la guerra del espíritu contra los vicios, de lo que hizo Saúl en la guerra contra los amalecitas: Mataréis los soldados y salvaréis la vida al Rey; sacrificaréis á Dios aquella pasión que poco os predomina; pero haréis gracia á la que las tiene todas vivas y á todas manda como á señora; os reduciréis á no obrar cosa alguna sino por propia inclinación, á no tener ternura más que para vos misma; á no venceros sino donde nada os duele. Y en un corazón tan infecto ¿queréis que haya lugar para el amor divino? ¿Os parece bien que un bálsamo tan precioso se haya de infundir en un vaso tan sucio? Conviene, pues, que, para haceros amiga del Señor, os hagáis primero enemiga de vos misma con una generosa mortificación; la cual, donde os halle más sensible, más cargue la mano, y no ponga su virtud en una exterior compasión y en una aparente y mujeril devoción, que muchas veces proviene

más de la buena educación que de la gracia, sino que antes la ponga en una victoria continua de sus inclinaciones, tomando con ansia todas las ocasiones que se le presentan en el camino. Preguntada Santa Teresa de la enfermera, por qué no comía de una comida que parecía bien guisada, respondió: «Por eso no la como, porque está buena». Con esta regla se guían los que quieren conseguir de veras el amor de Dios; por eso se abstienen de una suerte de comida, porque les place; por eso toman de otra parte, porque es contraria á su gusto; por eso callan el mote que les viene á la lengua, porque es agudo; por eso bajan los ojos, porque tienen curiosidad de ver; por eso sirven á una persona con gusto, porque ella es ingrata; por eso tratan muchas veces con otra, porque ella es desdeñosa, y de esta suerte van discurriendo. Ahora, la mortificación continua en estas ocasiones pequeñas no es poco bien, sino tan grande, que de ordinario es el camino más compendioso para conseguir el amor al Señor. El camino que de noche se ve en el Cielo, y se llama la Vía Láctea, según los astrólogos, no es otro que un agregado de muchas menudísimas estrellas, de las cuales, cada una por sí sola, huiría de los ojos de los que las miran; pero todas juntas forman una senda de luz y un camino celestial. Ahora imaginaos que este camino también, por donde los Santos en el cielo de la Iglesia subieron á una

sublime caridad, no es otro que un agregado de muchos y muchos actos de mortificación, y una perpetua abnegación de su amor propio en todas las ocurrencias; de suerte que, si cualquier acto huiría de la vista, todos juntos les han llenado el entendimiento de luz celestial y han llevado su corazón á Dios; y así, si vos también por este camino les procurareis seguir, os hallaríais presto mudada en otra.

ACTOS CON QUE SE EJERCITA LA CARIDAD  
PARA CON DIOS

Quien ama de veras á un amigo, en gracia del mismo, primero se alegra de todo el bien que ve en la persona amada, después le desea lo que le falta, y, en encontrándose esta amistad con otros bienes menores, antepone la amistad á cualquier otro; y, finalmente, si en alguna cosa ha perjudicado á este amor, con otro nuevo amor doloroso se arrepiente del yerro que ha tenido, y procura avivar desde el principio esta amistad ya enflaquecida ó extinta. De todo esto sacaréis que son cuatro los actos de amor que habéis de ejercitar para conseguir y aumentar la divina caridad, que, como hemos dicho, es una verísima y sublimísima amistad entre el alma y Dios: amor de *complacencia*, amor de *benevolencia*, amor de *preferencia*, y amor doloroso de *contrición*. Os pondréis, pues, muchas veces á considerar el inmenso tesoro

que vuestro Esposo posee, siendo la plenitud de todos los bienes. Y procuraréis despertar en vuestro corazón un júbilo grande de las inmensas perfecciones que echáis de ver en vuestro Dios, alegrándoos que El sea tan grande, tan bueno, tan bello y tan sabio sobre todo vuestro pensamiento, y aunque sea la misma grandeza, la misma bondad, la misma belleza y la misma sabiduría, y que actualmente posea todo lo que es posible de perfección, y que lo haya poseído desde abeterno, con un gozo tan inmenso, que este mismo gozo tenga fuerza para producir un Dios, cual es el Espíritu Santo. Toda esta abundancia infinita de bien, que vuestro Señor tiene, la habéis de mirar como bien propio vuestro, complaciéndoos más de su suprema felicidad que de todo otro bien vuestro, y gozándoos de ser vos nada por que El lo sea todo; y estando aparejada para aniquilaros, por conservársela siempre, cuando por imposible pudiese en algún modo faltar. ¡Oh noble empleo de vuestro corazón, si supierais encender en él esta llama divina! Dios lo estima tanto, como si le diésemos aquel bien de quien nos complacemos en El, y, en un cierto modo de decir, parece que juzgue que el gozar que El sea Dios sea hacerlo Dios, y conferirle aquella dignidad que jamás le puede faltar. Por el contrario, el quedarse un alma fría en esta complacencia, ¡cuánto podéis creer que disgusta al Señor! ¿Y cómo pretende ser esposa



suya aquella criatura que no entra á la parte de los bienes de su divino Esposo? Dios, pues, se ha alegrado desde abeterno del bien limitado que quería poner en vos, y ahora prosigue alegrándose; ¿y vos no comenzáis una vez á alegraros de corazón del bien sin medida que está en El por esencia, y siempre ha estado y estará también sin disminución? A este modo de decir, Dios será extraño para vos, si vos prosiguieseis en portaros como si Dios no os perteneciese á vos.

El otro acto es amor de *benevolencia*. Dios es un bien universal, y, como tal, debe ser amado de todo corazón. Por tanto, después que el alma ha llegado á esta gran felicidad del amor divino, desea desde luego que Dios sea amado y alabado de todas sus criaturas, y cuanto más se adelante el alma en la caridad, tanto más crece en este noble deseo, deseando al Sumo Bien aquel solo bien que le puede faltar, y que únicamente se le puede desear con eficacia, esto es, el bien extrínseco de su mayor gloria. De aquí nacen aquellas convenciones que las almas fervorosas hacen con Dios, de ofrecerle todas las alabanzas que le dan en el Cielo tantas veces cada día cuantas ellas respiran, ó cuantas levantan los ojos al Cielo, ó repiten aquellas palabras: *Laudó te, Domine*, y semejantes. De aquí el convidar á todas las criaturas para que magnifiquen al Señor; el aspirar á la Patria de los bienaventurados, donde

no se hace otra cosa que alabarle; el ofrecerle aquella infinita gloria, que abeterno se ha dado y dará siempre á sí mismo, y el humillarse hasta lo profundo de su propia nada y de sus pecados, para ensalzarle á El y á sus divinas misericordias, y otros actos de esta suerte, que para hallarlos es grandemente ingenioso el amor, y también por este cabo se muestra el fuego, porque jamás dice basta. Ved, pues, patente un largo campo para dilatar vuestro corazón en la caridad, principalmente en el tiempo de la santa Misa, cuando la fe os hace ver al Hijo de Dios de infinita dignidad humillado para darle la honra á su Padre Celestial, y puesto en acto de humilde y cubierto de viles accidentes para glorificarle cuanto pueda. En este interin unid también vos vuestro corazón con el suyo, y ofreceos toda á gloria del Señor, y desead que se extienda siempre más su reino, y estableced dilatarlo con eficacia; primero, en vos misma, amando y obedeciendo en todo á vuestro divino Esposo; y después, en cuanto podáis, también en los otros. Cierto que, si el Señor agradece y recompensa también vuestro afecto al igual de las obras, ¿no es pereza insufrible ser con Dios escaso, aun en los deseos?

Pero lo que más se merece Dios y más nos pide á nosotros es el amor de *preferencia*, con el cual, después que formamos una altísima estima de sus infinitas perfecciones, nos

resolvemos á anteponer su amistad á todas las cosas criadas y que se pueden criar. Esta suerte de amor es la que propiamente nos santifica, y que es propiamente digna de Dios, el cual, siendo bondad sin igual, no se puede dignamente amar sino con una benevolencia sin igual. Dice San Agustín (lib. 1, *de Const. Evang.*, cap. xii), que el Senado romano había antiguamente dado lugar á treinta mil dioses, esto es, á todos los que eran adorados en lo restante del mundo, y que sólo había negado lugar al verdadero Dios, porque decía: El quiere ser solo; no quiere compañeros. Pero esto de verdad es ser Dios, no querer y no poder tener igual en la estima y veneración; y esto es ser dueño, quererlo todo cuando el ladrón se contenta aun con la parte. Así el demonio se contenta que á las veces se anteponga Dios á las otras cosas, como otras veces se posponga también, porque el demonio es ladrón; pero Dios, que es dueño del corazón, le quiere todo para Sí, y no quiere algún concollega, ó compañero, ó competidor en nuestro afecto, cuanto más superior y soberano. Conforme á esta doctrina, poneos en tal disposición que, si de una parte se os pusieran delante todos los bienes y males del mundo, y de otra la amistad de Dios, vos, por amor del mismo Señor, despreciéis todos los males y bienes por no perder su divina gracia; con que podáis decir con el Apóstol, que ni la muerte

ni la vida, ni lo presente ni lo futuro, ni criatura alguna podrá separaros del amor del Sumo Bien, escogiendo antes morir con su caridad que vivir con su ofensa: *Eligat Deo dilecto mori, quam offensa vivere*, como dice San Agustín. Y porque en esta estima de Dios y en esta preferencia, todo otro bien se puede siempre crecer, según lo que oisteis arriba, no os habéis de contentar con anteponer sólo la divina amistad á todos los otros bienes, sino que habéis de procurar de anteponer á todos los bienes cualquier ventaja de la misma amistad, y cualquier aumento de la gloria del Señor; de tal suerte, que estéis dispuesta á sacrificar todos vuestros apetitos para complacer á aquella Altísima Majestad, y para no cometer advertidamente alguna culpa, aunque pequeña, para no causar algún disgusto á aquel Ser Supremo y sobredignísimo, de que todas las criaturas se empleen y se consuman en su honor y complacencia. Ahora, en este ejercicio consiste nuestro mayor bien, y la mayor gloria que podemos dar á Dios, y el más noble empleo de esta vida, y aun de la venidera; y así, lo debéis estimar más que cualquier otro, formando muchas veces estos actos; pero singularmente en el tiempo de las tentaciones y tribulaciones, acordándoos de los beneficios recibidos. ¿Qué agradecimiento mejor que, habiendo Dios antepuesto el bien de vuestra salvación al bien de su misma vida, muriendo

en una cruz, vos elijáis anteponerlo constantemente á todos los bienes criados, y que lo protestéis principalmente delante del Cielo y de la Tierra? También en las tribulaciones protestad muchas veces que por amor á vuestro Dios estáis pronta con su gracia á sufrir mucho más, y á caer bajo del peso de vuestra cruz, como El sea glorificado en vos como merece, y que, como hace el herrero, cuando con una mano os sacude, os tenga fuerte con otra. Sobre todo, en las tentaciones es el tiempo de adelantarse en la divina caridad, arrojando con grande enojo las malísimas ofrendas que el demonio hace de trocar á Dios por un bien de nada, y declarando con invencible generosidad que no dejaréis á Dios por mil mundos, aun cuando hubiescis de poseerlos para siempre.

Finalmente, el último acto de la caridad es el *amor doloroso*, cuando el alma, considerando que tantas veces se ha puesto á sí misma sobre Dios, tratándose á sí como si fuese Dios, y tratando á Dios como si fuese una criatura, procurando contentarse á sí con disgusto de aquel soberano Ser, y juzgando ser su felicidad ir contra Dios; vuelta después en sí misma, detesta sumamente este tiempo infeliz, se confunde de una elección tan injusta, y propone en adelante dar en su corazón al Señor el puesto que se le debe; esto es, el primero y el sumo de todos los bienes posi-

bles, en cuya comparación sea siempre nada cualquier otro bien criado. Este ejercicio, pues, continuo, de *contrición* y de disgusto de haberse opuesto tan temerariamente al divino querer, aumentará maravillosamente en vos la caridad y os formará, no sólo un espejo en que miréis vuestras manchas, sino una fuente limpia y clara en que podáis mirarlas y lavarlas juntamente. Un tal ejercicio, decía Santa María Magdalena de Pazzis, es más propio de este valle de lágrimas que el amor de complacencia; y que debía aplicarse á llorar principalmente las injurias que hemos hecho al Señor, y después también las que le han hecho y hacen los pecadores, detestándolas sumamente: *Vidi pravaricantes, et tabescebam*. (Ps. cxviii, 356.) Santa Teresa, expresando con términos generales el afecto que en sí experimentaba, dice que un alma amante de su Señor es acometida á las veces de tan gran disgusto de verle ofendido y despreciado, que le parece que está hecha pedazos, y que escogería antes morir, si estuviese en su mano, que sufrir una tal vista. Si tan poco, pues, sentís cuando oís referir los grandes pecados que se cometen en el mundo, vos, que por otra parte sois tan sensible á cualquier pequeña injuria vuestra, ¿qué se debe decir, sino que amáis mucho á vos misma y poco al Señor? ¡Qué bella esposa sería la que no se doliese cosa al mirar herido y maltratado á su esposo por sus

criados, bastándole que pueda decir: yo no le he herido ni maltratado!

---



## MEDITACIÓN II

### PARA EL NOVENO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

#### SOBRE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

1. Considerad que en el misterio de la Ascensión de Cristo está expreso el modo que tiene el Señor para guiar las almas á una gran virtud. Primeramente, pues, en la Ascensión *se escondió* Cristo á sus discípulos; pero fué para que ellos mejor le vieran. ¿No os parece que fué importuna aquella nube que cubrió á sus ojos al Redentor cuando subía al Cielo? Si habían de quedar privados de la presencia de su divino Maestro, ¿para qué negó á su vista el último consuelo en aquellos pocos instantes en que podían seguirle con sus ojos? Hizose todo esto con gran providencia, para que, cuanto más presto se escondiese Cristo á los ojos del sentido, tanto más claro apareciese á los ojos de la fe, la cual, siendo una participación de la sabiduría divina y del divino entendimiento, nos vuelve incomparablemente más ciertos de nuestro bien que si lo viésemos con nues-

tros ojos. Si os dieseis al ejercicio de la oración y al recogimiento interior, os sucederá tal vez en lo mejor de vuestra atención quedar privada de aquella luz celestial, por la cual os parecería que erais ya dichosa. Pero este esconderse la luz, es para que veáis mejor la verdad; esta ocultación fortifica en vos la fe, y os esfuerza á que obréis con sus máximas y os reguléis con sus dictámenes sin temor de errar; como el que en tiempo de la noche se deja guiar de una guarda fiel, y no deja por las tinieblas su viaje. ¿De qué, pues, os doléis cuando el Señor os pone en este estado de obscuridad, si lo hace para trocar la noche en un día más claro? Conservaos fiel al Señor, perseverando en los mismos ejercicios de piedad y de penitencia: no intermitáis la oración; no os canséis, procurando vuestro consuelo en las criaturas, y después no temáis; porque al fin, después de un breve eclipse, volverá vuestro sol á dejarse ver más luminoso que antes. Pedid al Señor esta fortaleza en el obrar, y rogadle que se acuerde de la flaqueza de vuestro espíritu; de suerte que, en el tiempo que le prueba, le rija también para que no se abata y salga del camino.

II. Considerad que Cristo en su Ascensión, no sólo se escondió á sus discípulos, sino que se *alejó* tanto de ellos, cuanto dista el Cielo empíreo de la Tierra; pero hizo esto para que los discípulos se acercasen más á Él con sus es-



peranzas, colocándolas todas en el Cielo, pues veían subir arriba todo su bien. También os parecerá á vos que el Señor se ha alejado, hallándoos en grande sequedad y angustias, y metida en impulso vehemente de dejar la vida espiritual para conseguir reposo, y desesperada casi de poder llegar jamás á la perfección, como cosa muy alta y superior á vuestras fuerzas. Pero no, no perdáis el ánimo entre estas ansias de vuestro corazón; cuanto más os parezca el caso sin remedio, tanto más se debe fortificar vuestra confianza en la ayuda del Señor, no sólo esperando, sino sobreesperando en El: *In verbum tuum super speravi* (Ps. cxviii); que es como decir: tomando motivo de vuestras miserias para recurrir al Señor con más continuación y viveza, y protestándole con Job que, aunque os quite la vida, no dejaréis de confiar en El: *Etiam si occiderit me, in ipso sperabo.* (Job., iii, 15.) Pero, entre tanto, ¿cómo podréis dejar de confundiros, mirando en vos misma una virtud tan pueril, que por cualquier pequeño encuentro se pierde de ánimo y vuelve atrás? Arrepentíos de vuestra pasada inconstancia. Estableced como un propósito firme de conformaros siempre con los designios que el Señor tiene en guiaros; y pues el Señor con estos trabajos interiores pretende un fin tan noble, rogadle que no se aleje jamás de vos sino para acercarse mayormente á vuestra alma, y para lle-

narla de una confianza más firme para con el mismo Señor.

III. Considerad que Cristo, no sólo se escondió á sus discípulos en la Ascensión, y no sólo se alejó de ellos, sino que á primera faz los *dejó* en su mayor necesidad. Aquellos que en presencia de su Maestro le habían dejado solo en sus tormentos, los que habían temido á la voz de una vil criada, ¿cómo después, viéndose dejados de El entre tantas angustias, tendrían corazón para resistir á la persecución de todo el mundo levantado contra ellos? Esta es la vez que el lobo infernal, hallando las ovejas sin pastor, se las devora con seguridad. Y, con todo, no fué así; antes bien, el desamparo de Cristo sirvió á la Iglesia, que nacía, para que le asistiese con más expresión y le enviase del Cielo al Espíritu Santo, para encenderla toda con nuevas llamas de caridad. ¡Oh amable desamparo que hace el Señor de las almas para inflamarlas mayormente en su amor! ¿Cuánto fué más amado Jesucristo de sus discípulos después de esta apariencia de haberlos dejado, que no lo había sido viviendo con ellos? ¿Y cuánto más generosos fueron los discípulos en llevar la gloria y el nombre de su Maestro por toda la Tierra, y en sufrir cuantos tormentos pudo inventar el Infierno para apartarlos de la empresa? ¿No entendéis ahora vos las artes por quienes refina el Señor vuestro espíritu? Estos trabajos en que os halláis, ima-

ginándoos que estáis olvidada de vuestro Dios, son una atestación de que piensa en vos con más solicitud: son una fragua en que pretende que vos dejéis todo el hollín de vuestras imperfecciones, de vuestros defectos y del amor propio, y en que pretende inflamaros el corazón con mayor llama de caridad. Avergonzaos, pues, de vuestras quejas y de vuestras pusilanimidades en el tiempo de las pasadas desolaciones; ofreceos del todo al Señor para que os forme como quiere; pedidle perdón de haberos opuesto á sus designios; y como El os conceda su amor, rogadle que no mire á la delicadeza de vuestro corazón, sino que, si para purificarle es necesaria esta prueba, os pruebe de modo que quedéis del todo purificada.

## EXAMEN PARA EL NOVENO DIA DE LOS EJERCICIOS

---

### SOBRE LA PERFECCIÓN DE LAS ACCIONES MÁS COMUNES

Todo nuestro provecho espiritual y toda la perfección se reduce á dos puntos, que son: hacer lo que Dios quiere de nosotros, y del modo que quiere que se haga. Ahora, en orden al primero, podemos fácilmente quedar seguros por la obediencia, y esta seguridad es un valor grande de esta misma virtud. Queda, pues, el que nos aseguremos del otro punto,

haciendo nuestras operaciones en el modo que Dios quiere que se hagan. Propondremos aquí una idea de las acciones que más se acostumbran hacer, y sobre ella os iréis examinando.

*Levantarse por la mañana.*—Primero, comenzar el día con un acto de diligencia y de victoria de la pereza, levantándose luego que hicieren señal. Segundo, el primer pensamiento sea de Dios y de su divina presencia; la primera palabra sea invocarle, y la primera obra sea el hacer la señal de la santa cruz. Tercero, en el vestirse ejercitar la modestia, vistiéndose con decencia, y también la devoción, besando el santo hábito como se ha dicho otras veces, rezando las oraciones *Ejercicio cotidiano: Benedicta sic Sancta Trinitas*, etcótera. Cuarta: vestida ya, hacer estos cinco actos, ó en la celda ó delante del Santísimo Sacramento: de *Adoración* de la Divina Majestad; de *Acción de gracias* por los bienes recibidos, principalmente en la noche precedente; de *Contrición* de los pecados; de *Ofrenda* de las acciones de aquel día; de *Petición* para hacerlas todas á gloria del Señor, invocando también á la Santísima Virgen, al Angel de la Guarda y á los santos abogados.

*La oración.*—*Antes de ella:* Primero, prepararse por la tarde, previniendo la materia de la meditación. Segundo, dormirse con este pensamiento. Tercero, volverle á tomar al despertarse, y por la mañana de nuevo disponer

todo esto, y el fruto que se pretende sacar de la meditación. II. *En el tiempo de la oración:* Primero, emplearos todo aquel espacio que está establecido. Segundo, prevenir la señal. Tercero, detenerse con gran reverencia interior y exterior. Cuarto, aplicarse de propósito á la consideración de los divinos misterios. Quinto, y finalmente, ejercitarse en afectos de voluntad y en peticiones muy fervorosas. III. *Después de la oración:* Primero, examinar el suceso y el modo que se ha tenido. Segundo, ver si se ha combatido contra las distracciones, ó si se les ha dado causa. Tercero, refirmar los propósitos que se han hecho, y establecer en la memoria las luces recibidas.

*Oficio divino.—Antes de comenzarle:* Primero, renovar la fe de la presencia de Dios. Segundo, ofrecerle á Dios en nombre de la Santa Iglesia, y para alcanzar para todos los fieles todo el bien con otras semejantes intenciones. II. *En el tiempo de rezar el Oficio,* procurar estas tres cosas: Reverencia, atención y devoción. La reverencia, poniéndose en tal postura que no desdiga de la majestad del Señor con quien se habla. La atención, no sólo á las palabras para pronunciarlas enteramente, sino también á Dios que se alaba. La devoción nacerá de las otras dos, y debería avivarse al *Gloria Patri*, y al principio de cualquier hora canónica. III. *Después del Oficio:* Primero, reverenciar profundamente el

Santísimo Sacramento. Segundo, darle gracias por haber sido admitida á alabarle. Tercero, pedirle perdón de todas las faltas cometidas.

*Lección espiritual.*—*Antes de leer:* Primero, invocar al Espíritu Santo con el *Veni Sancte Spiritus*. Segundo, tener por fin el provecho propio, no el deleite de leer ó la curiosidad, y así escoger libros útiles y con el consejo del Padre espiritual, y no trocarlos por su capricho. II. *En el tiempo de leer:* Primero, no ir corriendo con la vista sin pararse; no leer mucho, sino con mucha reflexión. El tragar la comida casi entera sin mascar, nunca aprovechó para sustentar. Segundo, tener cada día un tiempo destinado para esta lección, y aumentarle en los días de fiesta para santificarlos. III. *Después de la lección:* Primero, dar gracias al Señor que nos ha hablado por aquel libro bueno. Segundo, pedirle gracia para aprovecharse de lo que ha leído. Tercero, tomar en memoria algún sentimiento bueno para rumiarlo entre día, y para tener útil materia de hablar.

*Oír la santa Misa.*—*Antes de oirla,* ir á la iglesia, como si se fuera al monte Calvario, para renovar la memoria de la Pasión de Jesucristo, y para asistir á la más grande obra que se puede hacer en Cielo y Tierra, cual es sacrificarse el Hijo de Dios á su Eterno Padre. Segundo, pedir gracia á la Santísima Trinidad para sacar fruto de la Misa. II. *En el tiem-*

*po de la santa Misa:* Primero, acompañar al sacerdote con actos interiores, en cualquiera de las cinco partes en que se divide la misma Misa. En la primera, el sacerdote se humilla, y pide perdón de las culpas propias y de todo el mundo. En la segunda, pide á Dios varias gracias en nombre de la Santa Iglesia, y por los méritos del Salvador. En la tercera, pasa á ofrecer la hostia y el cáliz por aquellos cuatro fines del sacrificio; esto es, por satisfacer por los pecados, por agradecer los beneficios, para alcanzar nuevas gracias, y para dar á Dios el debido obsequio. En la cuarta se comulga, y en la quinta da gracias por haber comulgado. En estas cinco partes, pues, deben acompañar los que asisten al sacrificio, y principalmente en la comunión, comulgando, á lo menos espiritualmente, para participar de los efectos del divino Sacramento, aunque sin recibirle. Y esta comunión espiritual se hace avivando la fe de la presencia de Cristo en la Eucaristía; la esperanza de su bondad y de su poder para aprovecharnos también de lejos, y la caridad para con el mismo Señor, deseando unirse con el espíritu, mientras que se nos concede uniros actualmente. III. *Después de la Misa:* Primero, pedir perdón de las negligencias cometidas. Segundo, pedir la bendición al Santísimo, habiéndole á este fin adorado profundísimamente.

*Confesión sacramental. — Antes de ella:*

Primero, prepararse por algún tiempo con examen, no ya escrupuloso, sino diligente. Segundo, ejercitar en sí un dolor sincero, ponderando cuánto disgusta á Dios todo pecado, y cuánta sea nuestra ingratitud é infidelidad en volver con tanta facilidad á cometerle. Tercero, proponer la enmienda de las culpas que se han cometido, con mayor advertencia, pensando también en los medios para conseguir esta enmienda, como sería encomendarse con más instancia al Señor. Y á este fin, visitar con más frecuencia el Santísimo Sacramento.

II. *En el tiempo de la confesión:* Acompañar la acusación que se hace de nosotros mismos con los actos de estas tres virtudes. Primero: de fe, reconociendo en el sacerdote visible la Persona invisible de Jesucristo, nuestro Juez y nuestro Médico. Segundo: de esperanza, confiando en sus méritos y en su sangre conseguir el perdón y el remedio de nuestras culpas. Tercero: de humildad, descubriendo sinceramente todo el mal cometido, sin excusas ó rodeos para disminuir la confusión.

III. *Después de la confesión:* Primero, dar gracias al Señor de habernos prevenido un baño tan saludable de su santísima Sangre y de su Pasión. Segundo, cumplir devotamente la penitencia. Tercero, renovar el buen propósito, y pedir nueva fuerza para reducirlo á efecto.

*La santísima Comunión.* — *Antes de comulgar:* Prevenirse siempre con una exacta



preparación, que consiste en tres cosas. Primero, en hacer algún acto de mortificación á este fin. Segundo, en leer algún libro que pertenezca á este motivo. Tercero, en considerar la grandeza del huésped que ha de venir, nuestra indignidad para recibirle, y el inmenso amor que el Señor nos muestra en ésta su venida, etcétera. II. *En el tiempo de la Comunión:* Acercarse con la disposición que allá se requería de los fieles cuando el diácono les decía en voz alta: *Accedite cum fide, tremore et dilectione*; lo cual se ejecuta: Primero, avivando la fe de la presencia de Jesucristo. Segundo, reconociendo nuestra propia indignidad. Tercero, deseando fervorosamente uniros con nuestro Dios. III. *Después de la Comunión:* Primero, detenerse con Jesucristo, á lo menos tanto tiempo cuanto El se detiene corporalmente con nosotros; esto es, cerca de la cuarta parte de una hora. Segundo, ejercitar en este espacio los actos de estas cuatro virtudes, de las tres teologales, fe, esperanza y caridad, y de la virtud de la religión que con ellas confina. Primero, creyendo con gran firmeza la presencia real de Jesucristo. Segundo, mirándole como fuente y origen de todo nuestro bien, y como que descubierto será toda nuestra bienaventuranza. Tercero, deseando encontrar en todas las cosas su divina voluntad, y de reamarle con todo el corazón. Cuarto, agradeciéndole un don tan inestimable, que des-

pués de El no tiene más que darnos, habiéndonos dado á Sí mismo. Quinto, humillándonos por nuestras pasadas culpas é ingratitudes. Sexto, ofreciéndonos sin reserva en sus manos. Séptimo, pidiéndole su amor y su abundante gracia para contentar el deseo que tiene de enriquecernos.

*Obras manuales.*—Antes de comenzarlas, ofrecerlas al Señor por algún buen fin de humildad, de pobreza y de obediencia. *En el tiempo de trabajar:* Primero, levantar alguna vez el entendimiento á Dios, renovando la sobredicha intención, prestándose á los trabajos, y no entregándose á ellos del todo. Segundo, acomodarse al genio y á la voluntad de los otros que con nosotros trabajan, acordándose que en esta vida no tenemos otro quehacer, sino una cosa sola, que es el servir á Dios; y si ésta sale bien hecha, no embaraza nada, aun cuando el mundo viniese sobre nosotros.

*La refección corporal.*—*Antes de ir á la mesa:* Primero, renovar la recta intención por obedecer y restaurar las fuerzas necesarias para servir al Señor, y no por satisfacer á nuestro cuerpo y al gusto que recibe de la comida como una bestia. II. *En el tiempo de tomar la comida.* Primero, ejercitar la *devoción* en la bendición y acción de gracias, y en estar atenta á la lección espiritual. Segundo, ejercitar la *templanza*, para no exceder en la cantidad de la comida, ó en el modo de

tomar con mucha prisa y ansia. Tercero, ejercitar la *mortificación*, tomando aun lo que no nos place, y privándose de lo que place para ofrecerlo al Señor, que os lo mudará en gozo eterno en el Cielo.

*La conversación.*—Primero, guardarse de dar en alguno de estos excesos: Primero, en orden *al fin*, sólo por contentar el amor propio con el ocio, con discursos inútiles y con buscar sólo el deleite y comodidad. Segundo, en orden *al tiempo*, deteniéndose allí más tiempo de lo que conviene á un justo divertimento. Tercero, en orden á las *personas*, buscando sólo personas de propio genio y más libres, y huyendo las espirituales con pretexto que son más melancólicas, como también deteniéndose con más gusto en las rejas con los seculares, aunque se pruebe por experiencia que el mundo entra entonces en nuestro corazón por los ojos, por los oídos, por las vanas complacencias y por los sentimientos seculares que impiden el recogimiento de la conversación con el Señor. Cuarto, en orden *al modo*, ó tratando con impaciencia, ó con palabras sentidas, ó con soberbia y estima de nosotros mismos, ó con imprudencia queriendo discurrir de lo que no sabemos, ó con rusticidad ejercitando la dureza con los otros, cuando los Santos sólo consigo mismos la han ejercitado.

*La visita del Santísimo Sacramento.*—Primero, la *frecuencia* de estas visitas, estan-

do obligados nosotros á cortejar á Jesucristo que ha quedado en la Tierra, como lo hacen los ángeles en el Cielo. Segundo, el *motivo* de estas visitas, ó por el amor debido al amor de Jesucristo, ó por el agradecimiento debido casi á tantos viajes que por nosotros hace del Cielo á la Tierra, ó para pagarle tributo como á Rey nuestro, ó para remediar nuestra necesidad, de luz en nuestras dudas, de consuelo en nuestras tribulaciones, y de fervor en nuestra tibieza. Tercero, el *modo*, poniéndonos delante de Jesucristo, ó como el ciego que pedía ser alumbrado: *Domine, ut videam* (Luc., xviii, 41); ó como el leproso que pedía ser libre de la lepra: *Si vis, potest me mundare* (Matth., viii, 2); ó como el publicano que pedía perdón por sus culpas: *Deus propitius esto mihi peccatori* (Luc., x, 13); ó como el enfermo de treinta y ocho años, privado de ayuda: *Domine hominem non habeo* (Joan., v, 7); ó como la Cananea, que aumentaba su confianza con las repulsas; ó como la Magdalena á los pies del Salvador para oír sus palabras, para que la variedad de los personajes que se presentan delante de Cristo diese en vos varios y correspondientes afectos de devoción.

*Examen de la conciencia*.—*Antes*: Los dos primeros puntos, preámbulos al examen, que son: dar gracias á Dios de los beneficios recibidos, y pedirle luz para conocer las culpas cometidas, son en gran manera necesarios, el

uno para quitar la ceguedad del entendimiento, y el otro para quitar la dureza del corazón; dos afectos tan perniciosos del pecado y tan opuestos á la verdadera penitencia. Por tanto, aunque estos dos actos se deben ejercitar brevemente, se deben, con todo, ejercitar también vivamente. II. En lo demás del examen se deben hacer tres cosas: la primera es, *reconocer todas las acciones del día* con diligencia, como lo hace un perro de muestra, que todo el día busca en el bosque la fiera para acometerla; juntamente con lo mal hecho se ha de reconocer el bien que se ha dejado de hacer, y las causas de estas faltas de comisión y de omisión para aplicar la segur á la raíz; la segunda cosa es, *arrepentirse de corazón de las culpas que se hallen*, no bastando que se halle el reo, si después se deja huir sin castigo; la tercera es, *concebir una viva resolución de no volver á caer*, y á medida de esta resolución será el fruto que se saque de este ejercicio. III. *Después del examen*: Primero, hacer alguna penitencia, como sería besar la tierra en castigo de la lengua, principalmente cuando ésta con más libertad hubiese procedido. Segundo, escoger algún defecto más grave para materia de meditación, á fin de procurar con más eficacia la enmienda; pues que el examen sirve á la oración como los exploradores sirven á un ejército; los exploradores descubren al enemigo, y el ejército combate y pelea con él.

*Acostarse.*—Como el ser Dios nuestro principio nos obliga á comenzar el día con devoción, así el ser el último fin nos obliga á rematar el día con piedad. Después de haber hecho el examen de la conciencia, excitar la *modestia*, desnudándose con decencia; la *devoción*, rezando alguna oración, y la *recta intención*, ofreciendo el descanso, no para satisfacer la inclinación de la naturaleza, sino para cumplir la voluntad del Señor. II. En la cama, imaginarse el estado en que en breve estaremos, moribundos ó muertos. Segundo, desear y pedir para aquel tiempo los santísimos sacramentos. Tercero, renovar en breve las protestas de fe, esperanza, amor, contrición y resignación. Cuarto, encomendar su alma en las llagas de Jesucristo, é invocando el nombre de Jesús y de María, imaginarse que daís el último espíritu para no volver jamás á vivir á las cosas caducas.

En orden á las faltas que se hallaren en una materia tan dilatada, practicaréis los actos acostumbrados de que otras veces se ha hecho mención.

---

## MEDITACIÓN III

### PARA EL NOVENO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

#### SOBRE LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO

I. Considerad tres mudanzas que obró el Espíritu Santo en los Apóstoles, esto es, del entendimiento, del corazón y de la lengua, y éstas, puntualmente, deben ser el fruto de los santos ejercicios: *Insiliet in te Spiritus Domini, et mutaveris in virum alium*. (I Reg., vi, 10.) La primera mudanza, pues, fué del *entendimiento*, mudándoles las máximas temporales por quienes se acostumbraban guiar en máximas eternas, y haciéndoles conocer claramente la vanidad de los bienes presentes y la grandeza de los bienes venideros, de tal suerte, que los mismos que tantas veces entre sí contendían quién de ellos fuese el primero y el mayor: *Quis eorum videbitur esse major* (Luc., xxi, 24), después que recibieron al Espíritu Santo tenían por gran dicha ser menospreciados por Cristo, y tenidos por oprobio y basura del mundo. Observad ahora si se ha hecho esta mudanza en vos, y en aquel grado, en el tiempo de este santo retiro. ¿Qué cuenta hacéis de la cruz y de las humillaciones, si hasta ahora habéis tenido por gran bien el poseer la estimación de los otros y vivir en el

corazón de todos; si habéis juzgado que recibíais agravio de quien hacía poco caso de vos; si hasta ahora os habéis dejado llevar de un continuo deseo de agradar á los hombres, de no disgustar á ninguno, en suma; si os habéis regulado frecuentemente con respetos humanos y con las máximas de la escuela del mundo? Pero ahora estáis ya resuelta á regularos con los documentos que habéis aprendido en la escuela del Crucifijo, con los sentimientos de una sincera humildad, por quien améis estar escondida y desconocida de una mortificación universal, por la cual queráis dar á Dios, no la parte, sino el todo, y tengáis siempre al Señor por centro de vuestros movimientos y de vuestras intenciones; entonces podréis juzgar con razón que habéis en vuestra solicitud recibido al Espíritu Santo, y que sentís sus efectos. Una gran medida tenéis aquí para no engañaros, juzgándoos crecida y grande si sois todavía pequeña y niña en la virtud. Confundíos, pues, pero no os espantéis por eso; antes bien, descubriendo con sinceridad vuestras flaquezas en la presencia del Señor, rogad con humildad al divino Espíritu que os mude el entendimiento con un rayo de su luz, como lo puede hacer en un instante; de suerte que en adelante no penséis en otra cosa más que en ser semejante á Jesucristo, pobre, perseguido y humillado por vuestro amor.



II. Considerad la segunda mudanza que hizo el Espíritu Santo en los Apóstoles, que fué el mudarles el *corazón*. Al principio estaban tan tímidos, que, por defensa de su vida, uno dejó á su Maestro en la Pasión, otro le negó, y al presente, como otros tantos conejos, estaban cerrados en el Cenáculo por temor; pero, después que el divino Espíritu bajó sobre ellos, salieron fuera como otros tantos leones, predicando á Jesús Crucificado á cara descubierta, y en el mayor concurso, sin dejarse espantar ni de las amenazas, ni de los azotes, ni de la misma muerte, que recibieron á gran dicha el poderla encontrar entre mil escarnios. Examinad qué amaba antes vuestro corazón, y qué temía, y veréis si se ha mudado. Si antes amaba en todas sus operaciones la propia comodidad y la propia satisfacción; si encaminaba á su propio interés sus acciones; si se espantaba del nombre sólo de los trabajos, pero ahora echa de ver que los trabajos son como la dote de las almas esposas de Cristo, y que nuestra felicidad está puesta en seguir sus ejemplos; si el amor para con El comienza á ocupar vuestros pensamientos y vuestros deseos; si no estáis ya tan solícita de vuestra salud y de la aprobación de los otros, como contentéis á vuestro Dios, tened buen ánimo, que el espíritu del Señor ha hallado la entrada en vuestro corazón, y basta sólo que le deis firmemente las llaves para que

cumpla los designios que tiene de hacerle perfecto. Confundíos ahora de haber ido en lo pasado tan lejos de estos sentimientos, siguiendo la mentira y huyendo de la verdad; proponed de promover con vuestra cooperación estas primeras trazas que ha formado en vos el Espíritu Santo, y rogadle con instancia que, siendo el que da los dones, os dé el mayor de todos, que es la perseverancia en su amor.

III. Considerad la tercera mudanza que hizo el Espíritu Santo en los Apóstoles, que fué mudar su *lengua*. De que hablaban ellos allá en el principio, cuando llegaron hasta convenirse con Judas en despreciar á la Magdalena y en dar voces también contra ella, porque había ungido los pies al Señor con tanto gusto. *Et fremebant in eam*. Pero, después de la venida del divino Espíritu sobre los Apóstoles, ya no hablaron sino de las grandezas de Dios y de su gloria, con un lenguaje celestial: *Loquebantur variis linguis magnalia Dei*. (Marc., xiv, 5.) Haced aquí reflexión sobre vuestro hablar antes de los ejercicios, y principalmente sobre la facilidad de censurar al prójimo, de desacreditarle, de quejaros de los superiores, y aun de contar los defectos del monasterio á los seculares. Puede ser que halléis en este examen materia grande de confundiros delante de Dios y de temer su ira, pues El tan severamente castiga las faltas de caridad. Pero confiad, que estáis á tiempo para

remediar todos los desórdenes, permitiendo al Espíritu Santo que os mude, por medio de los ejercicios, la lengua de tierra en lengua de cielo, atándola perpetuamente á los discursos vanos, y mucho más á los discursos contra el prójimo, y soltándola para hablar de las cosas de Dios con las otras hermanas vuestras y con las personas del siglo cuando os vengán á visitar. ¡Dichosa seríais vos si á la hora de la muerte os hallarais con una lengua tan santa! Será una llave para abriros el Cielo, y así rogad al divino Espíritu que se glorifique en vos con una mudanza digna de su diestra, con que podáis alabarle eternamente, y confesar también con el Profeta: *Hæc mutatio dexteræ excelsi.* (Ps. LXXVI, 11.)



## MEDITACIÓN IV

PARA EL NOVENO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

SOBRE LA GLORIA DEL CIELO

1. Considerad que para ser bienaventurado se requiere el poseer todos los bienes, y poseerlos para siempre; y así, si vuestra alma fuere hecha digna del Cielo, en primer lugar *poseerá todos los bienes*, no de la suerte que

los podéis imaginar, sino bienes infinitamente superiores á todo vuestro pensamiento, de tal suerte que, redoblando sin fin todo lo que ahora puede desear vuestro corazón, no llegaríais á formar una mínima parte del gozo que se os espera en el Cielo. Vuestros sentidos, que ahora son tan enemigos del alma, estarán entonces tan llenos de su gloria, que no desearán ninguna cosa más. Vuestro cuerpo, que ahora tanto os pesa, será entonces una viva copia de Jesucristo; y así será tan hermoso, que obscurecerá al mismo Sol, y será tan luminoso, que si sacaseis del Cielo una mano glorificada, con ella sola podríais hacer el día á todo el mundo. Inferid, pues, qué será de vuestra alma, toda llena de Dios y toda sumergida en el abismo de las divinas perfecciones. Ciertamente sería más fácil encerrar en una cáscara de nuez todo el Océano, que comprender con nuestra flaca fantasía qué cosa sea el Cielo. Cielo quiere decir, poseer para siempre todo Dios, y sacar del fondo de sus divinos atributos una renta perpetua de inexplicable felicidad; quiere decir, estar el alma unida á Dios tan inmediatamente como está unido al fuego un hierro encendido; de suerte que casi no se distinga Dios del alma ni el alma de Dios, como el fuego no se distingue apenas del hierro ni el hierro del fuego; quiere decir, sentarse en el Trono de la Divinidad; sentarse á su mesa, esto es, gozar por participación de

aquella misma felicidad de que goza Dios por esencia; de suerte que el bien que ha podido contentar del todo el corazón del Sumo Bien por toda la eternidad, haya El mismo de contentar inmediatamente vuestro corazón. ¡Oh momento, pues, mil y mil veces feliz! Si Dios quisiese poco á poco descubriros sus bellezas, podría por toda la eternidad entreteneros en nuevos y nuevos espectáculos de admiración. Ahora, ¿qué espectáculo será el verle todo en un instante y poseerle todo para siempre? No seréis en todo dichosa, sino casi la misma bienaventuranza: *Ponam te gaudium in generationem, et generationem.* (Is., LX, 15.) ¿Y podéis vos, entre tanto, creer firmemente estas cosas y procuraros después la seguridad con tanta negligencia? La fe merece ver á Dios, la esperanza poseerle, y la caridad gozarle; y vos ¿qué hacéis que no entretejéis toda vuestra vida con los actos de estas virtudes? Avergonzaos de vos misma; detestad la tibieza pasada; ofreceos pronta á perderlo todo para conseguir un bien tan inmenso, y rogadle al Señor que, pues de su parte quiere eficazmente ser bienaventurado juntamente con vos, os dé gracia para conseguir cuanto antes esta bienaventuranza.

II. Considerad que en el Cielo *todos los bienes se poseerán perfectamente.* Esta perfección nacerá, parte de las potencias glorificadas y parte de los mismos bienes. Vuestro

corazón entonces no será tan pobre y tan escaso que no pueda juntar á un tiempo toda suerte de deleites; antes bien, el alma, confortada con la luz de la gloria, dilatará de tal suerte su seno, que será capaz del gozo mismo del Señor, como nos lo ha prometido: *Ut gaudium meum in vobis sit, et gaudium vestrum impleatur.* (Job., xv, 12.) De la misma manera, los bienes celestiales no se impedirán el uno al otro, como se impiden los de este mundo, sino que, siendo de naturaleza espiritual, estarán juntos y ayudarán para prosperarse con abundancia, compendiando para nosotros en cada instante una eternidad de contentos. Por esto nos da á entender el Espíritu Santo que en el Cielo, delante del Trono de Dios, está como un mar de cristal: *In conspectu sedis tanquam mare vitreum simile crystallo* (Apoc., iv, 6); porque así como el cristal no entretiene la vista, sino que la conforta, y no esconde los objetos, sino que los manifiesta más hermosos, así cualquier bien en el Cielo no detendrá á los bienaventurados para que no gocen de otro bien, sino que les franqueará el paso para que gocen en cada instante de toda suerte de contento, y, lo que es más, no sólo poseerán perfectamente los bienes propios, sino también el bien de todos los otros compañeros. La caridad estará allí tan perfecta, que si entre los bienaventurados se pudiera hallar algún defecto, le cubriría luego

la caridad; ahora, ¿qué será cuando todos son santos, todos reyes grandes, todos llenos de una afabilidad, sabiduría y amistad incomprensibles? Sucederá que, amando cada uno al otro como á sí mismo, cuantos son los compañeros, tantos serán los Cielos. ¿Qué será entonces, pues, de vuestro corazón, cuando, en premio de haber servido por pocos días al Señor, os halléis sumergida en un océano de inexplicables delicias, y no gustéis el dulce poco á poco, sino todo junto! ¿Cómo quedaréis abundantemente satisfecha de aquella bienaventurada avenida, y quedaréis como perdida en vos misma, para hallaros felizmente toda en Dios! ¿Es posible que en breve tiempo esperéis tan grandes cosas, y que en el ínterin podáis hacer caso de las criaturas é ir como perdida tras de las miserables satisfacciones que os prometen! ¿Es posible que os dejéis espantar de un poco de penitencia, de fatiga y de trabajo! ¿Qué penitencia y qué fatiga? ¿Os parece que merecen este nombre las obras que os producen tanta gloria? ¡Oh dichosos sudores que causarán tanto reposo! ¡Oh dichosa mortificación que os acarreará tanto contento! ¡Oh dichosas humillaciones que se trocarán en tanta honra! Una cosa sola en lo por venir habéis de pedir con el Profeta, que es habitar para siempre en la Casa del Señor. ¿Qué importa ser aquí menospreciada? ¿Qué importa ser aquí afligida? Una hora sola de

Cielo, paga toda pena con infinita ventaja: *Melior est dies una in atriis tuis super milia.* (Ps. LXXXIII, 11.) Confundíos de haber hasta ahora dado lugar á los sentimientos tan contrarios y haberos olvidado tanto del Cielo; proponed de querer pensar con frecuencia en él. Agradeced al Señor que os apareja tanto bien y os encamina con tanta providencia para que le alcancéis, y rogadle que os limpie ahora el corazón de tal suerte, que sea digno de gozarle por todos los siglos.

III. Considerad que todos los bienes poseídos en el Cielo con tanta perfección, *se poseerán para siempre.* ¿Quién, pues, puede entender qué peso añada al Cielo la eternidad? Si cualquier bien tanto es estimable cuanto es más durable, ¿cuán estimable será para la felicidad que, á más de ser inmensa, será para siempre? El mínimo deleite de nuestros sentidos, si allá en el Cielo no hubiese de tener fin jamás, con razón se debía anteponer á toda la felicidad de los bienaventurados juntos, cuando ésta alguna vez hubiese de tener fin: inferid vos qué bienaventuranza será juntar en vuestro corazón un gozo incomprensible por la junta de todos los bienes, é interminable por el curso de todos los siglos. Será tal esta bienaventuranza, que por ella tendréis más gusto en género de bien, que no experimentan dolor en género de mal todos los condenados; de suerte, que una gota sola de aquel inmenso



gozo en que estaréis sumergida, bastaría, cayendo allá en el Infierno, á quitar la fuerza á todos los tormentos. Asimismo, si no hay contento aquí abajo que no se haga un tormento si no se muda, ¿qué será la grandeza de aquel bien, que será siempre nuevo, y proseguirá en haceros igualmente dichosa por todos los siglos? ¡Mirad, pues, cuán obligada estáis á Jesucristo, que, para que podáis reinar con El, se ha hecho siervo por vos, y ha subido en una cruz de dolores y oprobios inexplicables, para que subieseis vos á su trono! ¿Qué diabólica ingratitud será el no amarle, y qué ingratitud más que diabólica será el ofenderle? ¿Qué invenciones habrá de hallar para que os resolváis á servirle de veras? El demonio da voces, y dice: «Servidme: que yo, después de haberos maltratado, pagaré vuestros trabajos con una eternidad de tormentos». El Señor da voces, y dice: «Amadme: que Yo, después de haberos tratado con sumo respeto, pagaré vuestro amor con una eternidad de infinitos gozos». ¿Y se hallará todavía quien acepte el servir al demonio, y rehusé servir al Señor? Y vos, tan beneficiada, tan ilustrada de la fe y tan confortada de la gracia, ¿seréis una de estas criaturas tan infelices? ¡Ay, Cielo! Confundíos por haber hecho tan poco caso de él en lo pasado; indignaos contra vos misma y contra vuestra voluntad, que tantas veces os ha puesto á peligro de perderle, y rogad al

Señor, por aquella inmensa caridad, por la cual abeterno os ha aparejado su reino, y por aquella amarga pasión con que á su tiempo os le ha merecido, que os dé ahora gracia para que no le perdáis por vuestra culpa, sino que, teniéndole siempre fijo en la memoria, con nuevo amor y con nuevas fatigas cada día, más os aseguréis la posesión.

---

## MEDITACIÓN PRIMERA

### PARA EL DÉCIMO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

#### SOBRE LOS TÍTULOS QUE TENEMOS DE AMAR Á JESUCRISTO

1. Considerad tres títulos amabilísimos, por los cuales debéis sumamente aficionaros á Jesucristo, que son: porque es vuestro Salvador, vuestro Esposo y vuestro Amigo. Es, pues, *vuestro Salvador*, librándoos de inmensos males, esto es, de todos los pecados, de las penas que debíais por los pecados, de ser para siempre esclava del demonio y enemiga para siempre de Dios, separada de El para siempre, y sepultada por toda la eternidad en un abismo de fuego. Ni sólo esto; sino que, después que os ha salvado de inmensos males,

os ha procurado infinitos bienes. Todo lo que tenemos en el orden de la naturaleza, lo tenemos por Jesucristo: *Omnia per ipsum, et in ipso creata sunt* (Colos., 1, 17), y lo que tenemos también en el orden de la gracia y de la gloria; por El somos predestinados, llamados y justificados, y si no falta por nosotros, seremos por El glorificados: *Divites facti sumus in illo; ita ut in nobis nihil desit in nulla gratia*. (1 Cor., 2.) ¿Qué sería de nuestro mundo inferior sin el sol? Morirían todas las cosas. Y ¿qué sería del género humano sin su Salvador? Sin El, sería mejor para los hombres no haber nacido, pues para ellos la vida sólo sería para morir siempre. Añadid también lo que costó á Jesucristo el librarnos de tantos males y el acarrearlos tantos bienes. Si el ser nuestro Salvador no le hubiese costado sino pedir por gracia al Padre Eterno nuestra salvación, deberíamosle, con todo, un agradecimiento y amor sin fin: ¿qué agradecimiento, pues, le deberemos, y qué amor, pues nos ha salvado, no á fuerza de palabras, sino á fuerza de sufrimientos y de oprobios que jamás experimentó otro alguno? Si Cristo ha querido librarnos de la tiranía de Lucifer, se ha sujetado al poder de las tinieblas y á los ministros del demonio; si ha querido que vivamos para siempre, se ha sujetado á una muerte de cruz; si ha querido justificarnos y hacernos amables á su Padre Celestial como hijos, se ha sujetado

á tomar la forma de siervo y la figura de pecador; y en esta semejanza se ha expuesto á todos los rayos de la divina Justicia, apagando en su divina sangre toda la ira del Padre para con nosotros. Recoged ahora aquí la suma de vuestra deuda para con Jesucristo; y si por la mínima de las gracias que habéis recibido de El no basta toda vuestra libertad, ¿con qué justicia y con qué lealtad le queréis dar sólo la parte, y reservaros también lo mejor para vos? ¿Os pide, finalmente, otro premio el Señor que vuestro amor? Y aquel amor que empleáis con tanta prodigalidad en las criaturas que no lo merecen, ¿le negaréis á vuestro Redentor que infinitamente lo merece? Confundíos de los malos términos que habéis usado; pedidle con humildad perdón; buscad el impedimento mayor que os detiene para que no seáis toda del Señor, y haced de El una ofrenda generosa, rogándole con humildad que os dé gracia para romper todas las ataduras vuestras, para que os pueda poseer enteramente como desea.

II. Considerad el segundo título para amar á Jesucristo, que es el ser *Esposo de las almas*. Es tanta verdad esto, que el desposorio terreno entre los hombres no tiene cosa más sublime que ser representación de este celestial desposorio. Paraos, pues, á ponderar las sublimísimas calidades de este Esposo, y las ventajas grandes que le provienen á vuestra

alma de esta divina unión. El Esposo es tan hermoso, que, si pudieseis verle algún poco, como le han visto otras almas santas, después de tal vista os parecería que el Sol no esparcía sobre la Tierra sino sombras pálidas y cenicientas con su luz. Su alma santísima está llena de tanta gracia, que todos los Santos juntos, comparados con El, no parecen tanto como un granillo de arena respecto del universo. Pues posee una santidad infinita por la unión personal con el Verbo Divino; posee una gracia infinita, como cabeza de todos los hombres, en quienes puede influir sin fin su virtud; posee sin medida todos los dones del Espíritu Santo, todas las virtudes infusas y adquiridas que le convienen, toda la potestad de hacer milagos, todo el derecho de juzgar á los hombres, y todo el dominio de disponer de las cosas criadas: *Omnia mihi tradita sunt a Patre meo.* (Luc., x, 22.) Todo esto posee como hombre; juzgad después qué tesoros poseerá como Dios; y así, juzgad ahora qué ventajas deben provenir á vuestra alma de un vínculo tan dichoso y tan estrecho, de ser esposa de Jesucristo. Por una parte, os asegura de esta inmensa dignidad con su divina palabra, asegurándoos que se desposará con vos para siempre, por medio de la fe y de la caridad: *Sponsabo te mihi in fide, et sponsabo te mihi in sempiternum.* (Os., i, 19.) Por otra parte, vuestra dote no puede ser menos

que todo el Reino de los Cielos y todos los bienes del Redentor. ¿Podéis creer todo esto firmemente, y después haceros tanto agravio á vos misma y despreciaros, deseando cosas terrenas? ¿Tenéis un Esposo divino que no se os puede morir jamás, y seréis tan necia, que queráis hacer divorcio con El y romper esta atadura, dándoos la muerte á vos misma por medio del pecado? ¿No os parece que sería bien empleada toda vuestra sangre para conservar esta unión de caridad entre vuestra alma y Jesucristo, cuando El, para poderla estrechar, ha dado toda su sangre sobre la cruz? Con todo, vuestra delicadeza llega á tanto, que no querriais que os costase una mínima pena y una leve victoria de vos misma el conservar tanto bien. Avergonzaos de vos misma; pedid perdón á vuestro celestial Esposo de vuestras pasadas infidelidades; concebid esperanza que no os desechará cuando volváis á El, pues os convida para que volváis, y pedidle que os dé fuerzas para depender de tal suerte de su santísimo querer que, obedeciéndole perfectamente en la Tierra, vengáis á reinar con El eternamente en el Cielo.

III. Considerad el tercer título de amar sumamente á Jesucristo, que es por ser El vuestro *amigo*. Pero nosotros, que no somos dignos de llamarnos siervos, ¿cómo tendremos ánimo para llamarnos amigos? No debíamos por cierto animarnos tanto, si El mismo no

nos diese ánimo para llamarnos sus amigos, infundiéndonos su gracia. Dos cosas requiere la amistad, y son una mutua benevolencia y una comunicación de los bienes que se poseen; y así, ¡quién puede comprender con qué fineza cumpla Jesucristo estas partes con nuestras almas! En orden á la benevolencia, Él nos ha amado más que nosotros podamos amarnos á nosotros mismos; más que pudieran amarnos todas las criaturas juntas, si todas estuviesen apasionadas por nosotros; nos ha amado más que todos los Santos le aman á Él; nos ha amado en todos los instantes de su vida, encaminándolos todos á nuestro bien; nos ha amado hasta su muerte, dando una vida tan preciosa por nosotros, que un instante sólo de ella valía inmensamente más que todas las vidas criadas. Para comunicaros también todos sus bienes ha tomado sobre Sí nuestros males, y se ha querido hacer semejante á nosotros, para levantarnos á un estado de tanta semejanza con Él, que fuese capaz de una verdadera amistad. ¡Oh, qué inmensa felicidad es ésta para vos, si la sabéis conocer! Si quien halla un amigo halla un tesoro, ¿qué tesoro hallará quien halla por amigo al mismo Dios? Si hallareis jamás un amigo mejor, vendría bien que dejaseis á Éste; pero si Jesucristo es no sólo el mejor, sino el único para amarnos desinteresada, inmensa y eternamente, ¿qué excusa hallaréis para justificar vuestra frialdad

en amarle? ¿Qué deben decir todos los ángeles, después de haber observado tantas finezas de Jesucristo para con vos, que casi podrían ponerles en celos, si después ven á un alma tan ingrata, que por nada le deja? Confundíos de haber tantas veces sido un alma de este género; de haberos amado tanto á vos misma, que sois fuente de toda miseria, y tan poco á Jesucristo, que es fuente de todo bien; y si no podéis amar á este divino Amigo cuanto merece, amadle por lo menos cuanto podáis, ó á lo menos desead amarle en esta forma: Tened por última de las desgracias el faltar á su amor, y pedid única é incesantemente este favor de amarle siempre más que á vos misma, y de no amar á otro que á Él.

## LECCIÓN PARA EL DÉCIMO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

### SOBRE LA PUREZA DE LA INTENCIÓN EN EL OBRAR

La naturaleza, formando al hombre en el seno materno, comienza por el corazón; y la pintura, al formar una imagen sobre una tela ó lienzo, comienza por la cara, porque la naturaleza tiene por mira la verdad de la vida, y la pintura se contenta con sólo la apariencia. Del mismo modo, la verdadera virtud pone el estudio principal en lo interior del alma, y



la virtud falsa en el parecer de fuera y en el semblante exterior. Vos, pues, que pretendéis alejaros de una falsificada virtud, y de adquirir una sólida y firme, ¿adónde habéis de encaminar vuestro primer cuidado sino á animar vuestras acciones con grande espíritu interior, pues en esto, finalmente, está toda la gloria del alma? *Omnis gloriæ filia reges ab intus.* (Ps. XLIV, 14.) Concluiréis, pues, vuestras lecciones espirituales de estos días con la presente, en orden á la recta intención, que será el sello de todas las otras, y quizá también la más provechosa.

La intención, pues, recta no es una virtud particular, sino un ejercicio de todas las virtudes, y en particular del amor de Dios. Pues debéis acordaros que la caridad es un fuego celestial, el cual, como no puede estar ocioso, así no se puede contener en un afecto estéril y casi especulativo para con el Señor, sino que es necesario que, descendiendo á la práctica, encamine todas sus operaciones al bien del Sumo Bien. Esto supuesto, la recta intención, en su mayor pureza y perfección, no es otra cosa que un deseo del alma de obrar para gloria de Dios y para complacer á su suprema voluntad; por lo cual, para que este deseo sea perfecto, debe comenzar del amor de Dios, como de su principio, y terminar en el amor de Dios, como en su fin, deseando intensamente y procurando el bien divino en gracia de El

mismo y no por otro respeto. Pero diréis: ¿cuál es este bien divino que debemos tener por nuestro blanco en el obrar? Ya sabéis que, siendo Dios un Océano interminable de todas las perfecciones posibles, no es capaz de recibir algún bien intrínseco, sino que sólo es capaz de un tal bien extrínseco, que consiste en ser el Señor conocido con más claridad de sus criaturas, y amado con más ardor, y con más puntualidad obedecido. Por tanto, el alma que está inflamada de verdadera caridad, sabiendo por fe que el Señor es sobredignísimo de que todas las cosas le den materia de gozo, desea obrar tan perfectamente, que Dios se pueda complacer, como que se alegra de todas las cosas bien hechas y agradece principalmente todo lo que es conforme á su divino querer.

Ved, pues, ahí la recta intención, del todo pura, en la cual consiste nuestro mayor bien, porque ella es para el corazón como la raíz para la planta para hacer que brote, y como el alma al cuerpo para hacer que viva; y es aquel ojo simple que, según lo que dice Cristo, nos hace del todo luminosos: *Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus lucidum erit.* (Matth., vi, 23.) Y así, tales somos nosotros cual es nuestra intención: defectuosos, si ella es defectuosa; reos, si ella es rea; y perfectos, si es perfecta. Esta diferencia de intención hizo que la pobre viuda, con dos cuatrinos de moneda, sobrepujase las ricas limosnas de los fa-

riseos. (Luc., xxi, 3.) Ésta hizo que el sacrificio de Caín fuese odioso, y el de Abel acepto; que los ornamentos de Jezabel le mereciesen el principio, y los ornamentos de Judit fuesen instrumento para libertar á Israel; porque, al fin, la voluntad es aquella por quien vivimos bien: *Voluntas est qua recte vivitur*. (S. Aug., lib. *Rectr.*) Fijad los ojos en el Cielo en tiempo de una noche serena, y mirad cuántas son las estrellas encajadas en aquella hermosa bóveda del universo: todas se mueven hacia un mismo término; pero ¡oh cuán diversos son sus viajes! Unas hay que corren tan velozmente, que en sólo una hora caminan muchos millones de millas, y hay otras que, en su comparación, apenas se mueven. Ahora haced cuenta que el Cielo sea el monasterio donde estáis, y cuantas almas viven en él son otras tantas estrellas; así me contenta creer que son todas estrellas, y que entre ellas no hay cometas, y que todas de acuerdo se mueven hacia un mismo término, de glorificar á Dios y de perfeccionarse á sí mismas; pero, en esta semejanza de movimiento, ¿cuánta desemejanza hay de velocidad? Hallaránse de ellas que cada día se adelantarán grandes pasos en la virtud, pudiéndose decir de ellas que en breve tiempo han vivido largos años, conforme el dicho del Sabio: *Consummatus in brevi explevit tempora multa* (Sap., iv, 23); y se hallará quizás más de una que, después de muchos años,

apenas se habrá movido de un lugar, siendo vieja en la edad y joven en el provecho, y vecina á morir en ésta su caduca niñez. *Puercentum annorum morietur*. ¿De dónde, pues, procederá esta disparidad tan notable, sino de la diversidad de intención en obrar? Porque las obras, por la mayor parte, son las mismas; todas van al coro á un tiempo, todas á la misma oración, todas á las mismas observancias; pero el principio del obrar, que es el corazón, no es el mismo. Esta verdad, explicada aún más á la larga de lo que conviene, sirve para persuadirlos del todo que la mayor industria la debéis colocar en una atenta vigilancia sobre vuestras intenciones en el obrar, procurando una perfecta, que tenga, por lo menos, estas tres condiciones: que sea *pura, universal y actual*.

*Pura*, esto es, que no pretenda junto con Dios algún otro bien que no sea ordenado al Bien divino, en que pueda decir con verdad: *Unam petii a Domino* (Ps., xxvi, 14); porque todos los otros fines secundarios y toda la lección de los medios son cosas subordinadas al fin primario de agradar al Señor. En la antigua Ley, cuando se sacrificaban las palomas, lo que el sacerdote examinaba con más diligencia en ellas eran los ojos, y por ellos la víctima era juzgada, ó por hábil ó inhábil para el sacrificio. Procurad vos esta suerte de ojos sin mancha, y seréis agradable sumamente al

Señor con vuestras ofrendas: *Ecce tu pulchra es; oculi tui columbarum.* (Cant., 15.)

La segunda condición de la intención es que sea *universal*, de suerte que se extienda á todas las acciones vuestras, sin que una sola falte: *Omnia poma, nova, et vetera dilecte mi, servavi tibi.* (Cant., vii, 13.) Tres suertes de operaciones podemos producir: la primera son las obras malas, y éstas son las manzanas podridas ó venenosas, que no se pueden ofrecer al Señor. La segunda suerte son las obras buenas de su naturaleza, el orar, el llegarse á los Santísimos Sacramentos, y otras semejantes, y éstas se llaman manzanas nuevas, porque proceden de la ayuda sobrenatural de la gracia, y son hechas por persona que tiene la caridad, y no se han viciado de alguna mala circunstancia; por sí mismas son meritorias; con todo, el ofrecerlas al Señor más expresamente les da un mérito mayor, y muda en oro lo que era plata. La última suerte de operaciones son las indiferentes, las cuales por sí mismas no son ni buenas ni malas; como es el tomar el sueño, la comida, el trabajar, el divertirse, y éstas se llaman manzanas antiguas, porque proceden de la naturaleza, la cual está antes en nosotros que la gracia. Ahora, éstas con más estudio se deben ofrecer al Señor, y conservarse para El con mayor diligencia, tanto porque de otra suerte quedarían en su baja-za sin mérito, cuanto con la recta intención

se hacen sobrenaturales y meritorias de la vida eterna, cuanto también porque en ellas es más fácil el pretender el propio gusto, siendo cosas, por lo demás, conformes á vuestra sensualidad y al genio del hombre viejo. Por esto el Apóstol, encomendando á los fieles esta pureza de intención, hizo mención expresa del tomar la comida y bebida, y envolvió las otras cosas en un término general: *Sive manducatis, sive bibitis, sive aliquid aliud facitis, omnia in gloriam Dei facite* (1 Cor., x, 31), para que se entienda el mayor peligro que corre en conservar para el Señor estas manzanas más antiguas de las obras naturales.

La última condición de vuestra intención es que sea *actual*. Esto quiere decir que no os contentéis que vuestras obras se encaminen á Dios solamente en hábito por el estado de la gracia en que os presupongo, ni aun que os contentéis con ofrecer al principio del día todas las acciones vuestras á gloria del Señor, sino que procuréis en todas las obras más notables renovar esta ofrenda, como se hace en las fábricas, en las cuales no se vale del hilo y regla sólo al principio del día, sino que de cuando en cuando se aplica el uno y la otra para ajustar el trabajo. A lo menos, si esta intención no es actual en todas las obras vuestras, conviene que sea virtual, esto es, que la ofrenda que habéis hecho al principio de la acción para dar gusto al Señor se entienda con

su virtud, é influya de suerte en las mismas obras, que vayan animadas de un tal motivo, y se hagan en fuerza de él con mayor espíritu y diligencia. Vió San Ignacio á un hermano coadjutor, que se portaba negligente en su oficio, y le dijo: «¿Por quién se fatiga?» Respondió el hermano luego que por amor de Dios; pero replicóle el Santo: «Merecíais una buena penitencia, porque cumplís tan tibiamente vuestra obligación pretendiendo servir á Dios, que por otra parte no mereceríais si pretendieseis servir á los hombres de este modo». Por tanto, ó hacedlo de modo que á cada acción particular preceda una intención de nuevo reformada, ó hacedlo de modo que la intención que ha precedido sea tan eficaz, que, por vigor de ella, la obra que hacéis esté mejor hecha. Y esta advertencia, tanto más es necesaria, cuanto frecuentemente sucede que nuestro obrar sea como la estatua de Nabuco, que comenzaba por la cabeza en oro y acababa en tierra en los pies: se va á la mesa ó á la labor por motivo sobrenatural, y poco á poco se insinúa y mezcla la propia inclinación y el propio gusto, en donde se comienza con el espíritu y se acaba con el sentido: *Cum spiritu ceperitis carne consumimini*. (Galat., iii, 3.) Por tanto, así como el que navega contra el agua es fuerza que dé poco en poco empuje adelante con los remos, y de esta suerte la corriente lo lleva hacia abajo, así el que quiere

vivir una vida espiritual es necesario que de poco en poco renueve con vigor el motivo sobrenatural, y así viva á la fe: *Iustus autem meus ex fide vivit.* (Hebr., x, 38.)

Y porque esta materia es de suma importancia, como hemos visto, será oportuno el traer algunos indicios de quienes podáis inferir si tenéis esta recta intención en vuestras acciones. Estos indicios se pueden considerar en tres estados: *Antes de la obra, en la obra y después de la obra.*

*Antes de la obra* conoceréis de qué suerte sea vuestra intención, por la indiferencia que tenéis para todo lo que se os mande. Si estáis tan contenta en un oficio humilde como en otro más sublime, es manifiesta señal que vuestro corazón no está asido á las cosas que se os imponen, sino á la voluntad del Señor, que os las impone por medio de la obediencia; pues en la voluntad divina, como en un mar de bondad, todas las cosas que allí entran, como otros tantos ríos, pierden su nombre propio: *Vocaveris voluntas mea in ea* (Is., LXII, 4), y ésta sola nos debe contentar.

*En la obra* también os suministrará señales para conocer vuestra intención el modo por quien obráis. Si obráis con mayor diligencia cuando os observan las otras que cuando estáis sola, y os detenéis con mayor reverencia en la oración en lugar público que en vuestra celda, estáis convencida que los ojos de las criaturas



tienen más fuerza para influir en vuestras acciones que los ojos de la Divina Majestad, aunque sean mil veces más luminosos que el Sol. Asimismo, en las obras conformes á vuestro genio, el tomarlas con mayor carga de lo que es necesario para servir al Señor, como también, en las cosas contrarias á vuestro genio, el cargaros menos de lo que convendría al mismo fin os dará á entender que no las amáis y escogéis como puros medios, sino que os paráis en ellas con el afecto más de lo que es justo. El que toma la medicina puramente como medicina y no por comida, no quiere de ella más de lo que es necesario para curar, y aun eso mismo lo toma con poco gusto: *De necessitatibus meis erue me.* (Ps. xxiv, 17.) Que si no os diese mucha pena de que estuviese bien hecha la obra, ejercitándoos en ella, así al incierto, ó venga como venga, sería manifiesto que no tenéis fija una buena intención para ir á Dios. ¿Qué mayor contraseña de que una barca ha perdido el timón, que el verla moverse á una y otra parte sin ley, como van las olas?

Finalmente, *después de la acción* podéis entender cuál haya sido el motivo que os indujo á cumplir la obra; si os desanimabais cuando no salía como queríais; si cobrabais ánimo cuando os salía bien; si estáis muy solícita de la aprobación de los hombres y muy temerosa de sus desprecios, y si en gran ma-

nera os halláis disipada de espíritu y de corazón, porque en todos estos casos y semejantes se manifiesta vuestra intención muy imperfecta, y vuestras fuerzas se muestran muy débiles: *Rugæ meæ testimonium dicunt contra me* (Job., xix, 9), decía el santo Job; porque así como las arrugas del rostro dan á conocer la vejez del cuerpo, así estas semejantes aficiones dan á conocer la flaqueza de la obra, y tanto más la dan á conocer patentemente si en estos semejantes afectos venís á reconocer más de lo voluntario; porque por otro ya sabéis que no daña el sentir, sino el consentir: *Non nocet sensus, ubi non est consensus*.

CON QUÉ SUERTE DE MEDIOS SE PODRÁ CONSEGUIR  
ESTA PUREZA DE INTENCIÓN

Dos suertes de medios se pueden señalar para conseguir esta perfección, tan importante para alcanzar grandes tesoros de mérito en el obrar. Una suerte quita los impedimentos, y la otra introduce las disposiciones.

Pero antes conviene advertir un yerro muy frecuente entre las personas espirituales, que es persuadirse que es muy fácil tener una recta intención en sus acciones, de suerte que baste sólo decir: «Señor, yo hago esto por vuestra gloria», y luego esté hecho. Si la cosa pasase así, no hubiera dicho el santo Job

que temía de todas sus obras: *Verebar omnia opera mea* (Job, ix, 28), porque así tendríais poco que temer. Presuponed, pues, para no errar en esto, que cuando á vuestra voluntad se representa algún objeto bueno, si ella le quiere y le agrada formar el primer acto, se llama volición. Que si la voluntad, no sólo ama aquel objeto como bueno, sino que desea también entrar en posesión de él con eficacia, forma entonces el segundo acto, que se llama intención, de donde podéis entender que la intención de una cosa, pongo por ejemplo, de la gloria de Dios, presupone el amor de la misma cosa, y es un engañarse á sí mismo el decir quiero obrar esto para gloria del Señor, cuando en nuestro corazón no haya tanto amor á obrar la gloria divina que pueda movernos con más fuerza á obrar que lo que entonces nos mueve algún otro afecto á algún bien creado. Por tanto, ved cómo es necesario hacer para asegurarse de hacerlo todo para dar gusto al Señor; es también necesario enflaquecer la fuerza del amor propio con la mortificación de los afectos, y es necesario aumentar las fuerzas de la caridad con afirmarse mayormente al Bien Divino.

Haced, pues, cuenta que en el corazón del hombre suceden con alguna proporción aquellos desórdenes que vió Ezequiel en el templo de Jerusalén, esto es, que algunos adoraban al Sol, otros á Venus, y otros las bestias de la

Tierra. En el corazón de los pecadores se halla en supremo grado esta detestable idolatría, porque algunos, por razón de la soberbia y del temor mundano, figurado por el Sol; otros por razón de los gustos deshonestos, figurados por Venus; y otros, por razón de los bienes terrenos y riquezas, figurados por las bestias, vuelven las espaldas á Dios y rompen sus divinos Mandamientos. En el corazón de las personas espirituales no tiene lugar una tan grande abominación; pero se halla, con todo, alguna inclinación á esta suerte de bienes, de la honra, del gusto y de la propia comodidad; y si con una generosa mortificación no se reprimen los movimientos y el afecto en orden á estos bienes tan grandes, no hay que esperar una intención del todo recta, la cual está comparada en los Sagrados Cantares á una varilla de humo oloroso: *Sicut virgula fumi, ex aromatibus myrræ, et thuris* (Cant., III, 6) porque, para subir rectamente á lo alto, conviene que no la inquiete por un lado el soplo de las pasiones. Atended, pues, de propósito á despreciar dentro de vos la estimación de los hombres como vana, porque no os puede dar algunos bienes; como injusta, porque no la merecéis vos; y como nociva, porque os trueca en ladrón de la honra del Señor y os quita el mérito de las buenas obras. Así también atended de propósito á despreciar el afecto de las criaturas en orden á vos, de suerte

que no os importe el ser amada de ellos, ni os dé enfado el no poseer su gracia, deseando que el suyo y vuestro afecto se emplee enteramente en amar al Señor. Por último, atended á vencer el amor en orden á las propias comodidades, por quienes acostumbran algunos á referir todas las cosas á sí mismos, á buscar en todas las cosas sus propios intereses, y hacerse como centro de todo su obrar, según lo que nota el Apóstol: *Omnes querunt quæ sua sunt, non quæ Jesu Christi.* (Phil., II, 21.) Velando, pues, al modo de un soldado en centinela, contra tan grandes movimientos de vuestras pasiones, y dándoles luego la muerte, se consigue esta pureza de intención que se requiere para obrar perfectamente, apartando los impedimentos.

Síguese el introducir las disposiciones necesarias para este efecto, y son en particular una estima grande de dar gusto á Dios y contentar enteramente á su divina voluntad. El servir á la divina voluntad, no sólo no es cosa servil, sino que es el mayor bien de la Tierra y del Cielo. Es un bien que toca á Dios; y ¿cómo, pues, puede no participar de lo infinito? Dios, en obrar, no tiene últimamente otro fin que contentarse á Sí mismo y procurar su gloria; y así, ¿en qué modo podrán los hombres engrandecerse más y hacerse semejantes á Dios que obrando por este mismo fin? Tanto más, que este gusto de la divina voluntad,

y ésta su mayor gloria, es el único bien que podemos dar al Señor, á quien somos, por otra parte, infinitamente obligados, como á Criador, Conservador, Redentor, Justificador y Sumo Ser; de suerte que por este cabo, principalmente, nos hemos de tener por felices y afortunados, porque somos dignos de procurar al Señor un tal bien, libremente y con plena voluntad, cuando, por otra parte, lo puede por fuerza recuperar de nosotros. Por tanto, en la práctica conviene que el alma se acostumbre á no hacer caso de otro que de la divina voluntad, que sólo es grande é infinita, y da un valor inmenso á todas las cosas á quienes se inclina; por lo cual decía bien aquel santo varón Juan de Avila, que más estimaba levantar del suelo una paja, por hacer la voluntad de Dios, que convertir cien mundos haciendo su propia voluntad; porque en levantar aquella paja se hallaría un bien incomprensible, que es el bien divino, y en la conversión de tantos mundos se hallaría sólo un bien angosto, cual es el bien de las criaturas.

CON QUÉ SUERTE DE ACTOS SE PODRÁ PRACTICAR  
ESTA RECTA INTENCIÓN

Todo este ejercicio le comprenden algunos maestros de la vida espiritual en cuatro actos, los cuales, para facilitar la memoria, se resu-

men en estos cuatro vocablos: *encaminar, aumentar, unir y encomendar.*

En primer lugar, conviene pensar cómo se dará la vida y el alma á las buenas obras; y esto se hace *encaminándolas* á un fin sobrenatural, principalmente de la divina caridad. Uno de aquellos Santos Padres del yermo, antes de comenzar alguna cosa, estaba así un poco parado y pensativo; y preguntado qué hacía entonces, respondió: que tomaba la mira, como lo hace un flechero antes de tirar la saeta, porque, de otra suerte, el golpe sería en vano; y quería decir con esto que encaminaba sus obras á este noble blanco de agradar al Señor. Así también lo debéis hacer vos al principio de vuestras más notables acciones: dad una vista al gran bien, que es dar gusto á la Divina Majestad, y al mérito infinito que tiene su suprema voluntad de ser en todo contenta, y despertad con esto en vuestro corazón un deseo grande de contentarla. Y advertid bien que el demonio á ninguna cosa acecha más que á este principio de las buenas obras: *Facti sunt hostes ejus in capite* (Tren., 1, 3), dice el Profeta; porque, como la serpiente, donde entra la cabeza, se persuade el maligno que entrará fácilmente con todo lo demás. Por esto, apenas se os mandará alguna obediencia que el enemigo no os sugiera luego el hacer reflexión, si en el ejecutarla os aconteciera alguna pérdida de vuestra honra y de vuestra

comodidad, y con esta arte viene muchas veces á coger la flor y las primicias de vuestras acciones, aunque buenas. Estad atenta á hacer que vuestra voluntad se porte directamente en orden á la voluntad del Señor, y tome por mira sólo el darle gusto: *Confitebor tibi in directione cordis.* (Ps. cxviii, 7.) Las abejas no mudan jamás habitación, si su rey no les precede; así, en todos los empleos y en todas las obras, haced siempre que precedan los intereses del Señor, y ponedle en primer lugar: *Omnia quæcumque facitis in verbo, aut opere omnia in nomine Domini nostri facite.* (Col., iii, 17.)

Y porque, como una luz no puede ser contraria á otra, así una virtud no puede ser contraria á otra, en el mismo tiempo que tenéis por fin de dar gusto á Dios podréis tomar otros motivos de otra virtud, y así vendréis á ejercitar muchas en una misma acción, y adquiriréis más tesoros sin fatiga, como nos exhorta el Señor, diciendo: *Thesaurizate vobis thesauros in Cælo* (Matth., vi, 20); pongo por ejemplo: En el rezar el Oficio divino, á más de tener la mira de dar gusto en esto á Dios, que es un acto de religión, podéis pretender satisfacer á la divina Justicia por vuestras culpas, que es un acto de penitencia; podéis pretender ganar mayor gloria en el Cielo, que es un acto de esperanza; podéis pretender mover á las otras al bien con vuestro ejemplo,



que es un acto de caridad del prójimo; podéis pretender cumplir el precepto de la Santa Iglesia, que es un acto de obediencia; y así, id discurriendo en otras cosas, é inferid con esto qué concierto deba hacer delante del Señor una armonía de tantas voces. Refiere Plinio haber visto un árbol cargado á un tiempo de diversísima fruta por muchos y varios ingertos que se habían hecho en sus ramas; pero añade que la planta tuvo corta vida, no pudiendo tanto tiempo alimentar una prole tan diversa y tan numerosa. Una planta más feliz sería vuestra alma, si os acostumbrarais á obrar de esta suerte, porque siempre se hará más robusta para producir y sustentar tantas manzanas del Paraíso; y los hábitos buenos de las virtudes se irán siempre perfeccionando en vuestro corazón.

En segundo lugar, es necesario *aumentar* nuestras obras, y esto se hace por medio de los deseos. Tres veces fué llamado Daniel del Angel con este hermoso título: *Vir desideriorum* (Dan., ix, 10), hombre de deseos, que es el más bello nombre que pueda un alma religiosa merecer, si llega como á sentirse consumir por deseo de obrar más á gloria y contento de su Señor. Cuenta Santa Catalina de Sena en sus *Diálogos*, que el Señor la dijo una vez de esta suerte: «Yo soy un Dios que merezco un amor infinito, y tú me le puedes dar tan poco... Conviene, pues, que te ayudes con

deseos, llegando con ellos adonde con las obras no puedes llegar». Y en ejecución de tal advertencia, solía Santa María Magdalena de Pazzis, cuando inclinaba la cabeza al *Gloria Patri*, desear tan ardientemente dar la cabeza á manos de un verdugo por la fe, que muchas veces se volvía pálida en el rostro, como si verdaderamente le faltase la vida con aquel golpe. Por tanto, considerad cuán gran mérito le debían acarrear estos deseos tan fervorosos, y cuánto os acarrearían también á vos, si los despertarais en vuestra alma, haciéndoos por ellos en gran manera robusta: *Cogitationes robusti semper in abundantia*. (Prov., xxi, 5.) Verdad es que no es fácil este no contentarse jamás de lo que se hace por el Señor, y desear siempre obrar mucho más; y así, esta abundancia de pensamientos, no sólo es causa de adquirir la robustez, sino también es indicio de tenerla ya adquirida. Los animales que tienen más copia de sangre padecen más sed, y los que del todo están desprovistos, no tienen sed jamás. La caridad, pues, siempre encendida os mudará en un compuesto de deseos para dar gusto al Señor: *Vir desideriorum es*.

En tercer lugar, después de haber hecho las obras buenas, encaminándolas á Dios, y después de haberlas hecho crecer con los deseos, conviene pensar en perfeccionarlas, *con unir-las á las obras y á los méritos de Jesucristo*.

En esta forma, así como las aguas, si pasan por las minas de oro, adquieren una estimación grande y una sanidad maravillosa, así nuestras acciones, si pasan por las minas de las llagas del Redentor, crecen muchísimo en mérito. Es verdad que nuestras buenas obras están siempre unidas virtualmente á los méritos de Jesucristo, porque para ser del todo buenas conviene que procedan de la gracia que Cristo nos ha merecido; pero si, á más de esta atadura, se ataren á Cristo con un nudo más especial, de quien las une actualmente á sus méritos como una púrpura bien empapada en la grana, se harán desmesuradamente más hermosas y más preciosas. La razón es porque, en esta unión tan particular, el alma viene á ejercitar á un tiempo una viva fe de la nobleza que tienen las acciones de Jesucristo, una viva esperanza de participar de sus méritos, y una viva caridad amándole como á su cabeza. Cuenta de sí misma Santa Gertrudis (S. Gert., lib. III, cap. 31), que teniendo ella un día ofrecida una obra de algún trabajo suyo al Padre Eterno, unida á cuanto había padecido por ella su divino Hijo, entendió con gran claridad que lo que se ofrece á Dios con una tal intención se venía á ennoblecer sobre toda nuestra estimación, y se hacía como divino, al modo que lo que pasa por un vidrio colorido toma el mismo color de que está teñido el vidrio. En este aspecto, pues, os presentaréis delante de

Dios, vestida con los vestidos de Jesucristo, para conseguir la bendición, como Jacob para conseguir la del padre se presentó cubierto con los vestidos de su hermano mayor: *Induimini Dominum Jesum Christum*. (Rom., xiii, 14.)

Queda, por último, después de haber encaminado, aumentado y unido nuestras acciones, el *encomendarlas* al Señor para que salgan bien á gloria suya. Y esta última advertencia es de tanta importancia, que, según dice Casiano, aquellos monjes antiguos no tenían otras voces con más frecuencia en la boca que éstas: *Deus in adjutorium meum intende*: «Señor, ayudadme». Con éstas comenzaban el día, con éstas se echaban á dormir, y éstas las volvían á tomar en despertando. Si vos entendierais por una parte la necesidad continua que tenemos del favor divino para obrar bien, y por otra parte entendierais que la oración es la llave de oro de los divinos tesoros, no tendríais dificultad en imitar aquellos santos y en seguir su ejemplo, pidiendo siempre sin cansaros la asistencia del Señor. Asimismo, con el ejercicio continuado de obrar con tanta perfección, se cumplirá en vuestra alma aquella bella promesa del Señor, de que se hallen en vos los días llenos: *Dies pleni invenientur in eis* (Ps. lxxii, 10); y vos, sin mudar empleos, y sin añadir nuevas y mayores fatigas, sino sólo con perfeccionar vues-

tras intenciones, podréis venir á ser perfecta y conseguir aquel estado que San Francisco juzgaba por el más alto de todos, que era, cuando se llegaba á esto, que una fuese para uno, y uno fuese para una; que es como decir: un alma toda para un Dios, y un Dios todo para un alma, pues en la práctica, el poseer á Dios y ser de El poseídos viene á ser todo uno: *Dilectus meus mihi et ego illi.* (Cant., 1, 16.)

---

## MEDITACIÓN II

### PARA EL DÉCIMO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

#### SOBRE LOS DESIGNIOS DE CRISTO EN INSTITUIR LA EUCARISTÍA

I. Considerad, para encenderos en amor de Jesucristo, sus tres amabilísimos designios en la institución de la divina Eucaristía, que fueron vivir con nosotros, vivir por nosotros, y vivir en nosotros. El primero, pues, fué por *vivir con nosotros*. El que ardientemente ama á una persona, tiene mucha pena en alejarse de ella; y así á nuestro Salvador, habiendo estado en la Tierra treinta y tres años, le pareció un tiempo muy corto para contentar su co-

razón; por lo cual, habiendo de partirse para ir al Cielo, halló este admirable modo de quedarse también en la Tierra, no mirando á invertir todas las leyes de la naturaleza con milagros ináuditos, para satisfacer el ardiente deseo de esta detención. Ponderad un poco cuán extremo fué este amor; pues habiendo, por una parte, satisfecho ya á la obra de la redención humana, y por otra representándose á su divina vista todas las irreverencias, todos los desprecios, todos los sacrilegios de los infieles, herejes y perversos cristianos para con el augustísimo Sacramento; con todo, quiso vencer todos los obstáculos y permitir un tan indigno tratamiento de su cuerpo, como llegase á tener siempre su trono en nuestros altares. Pero ¿qué es esto? ¿Por ventura falta alguna parte de felicidad á nuestro Redentor allá en el Cielo, por la cual venga á procurársela aquí en la Tierra entre nosotros, y á comprársela sufriendo los malos términos con que es tratado de los hombres en éste su tan desusado proceder? A la verdad, si nuestro amor le fuera á Cristo necesario para ser enteramente dichoso, no podría mostrarse más apasionado; y, no obstante, ¡con tantas invenciones no consigne este amor de los ingratos! Y vos también, después que Cristo se ha humillado tanto por vuestro amor, ¿rehusáis también el amarle? De paso y pocas veces le visitáis, os causa tedio deteneros algún poco con Él, y ¡en todo el día no

halláis un poco de tiempo para pagarle este tributo como á vuestro Soberano! Si pasa de esta suerte, los divinos favores y el exceso del amor de Cristo para con vuestra alma no os servirán de otra cosa más que para hacer que crezca hasta lo último vuestra ingratitud, estimando poco los beneficios por esto sólo, porque son grandes. Confundios, pues, delante de vuestro Esposo Celestial; pedidle perdón de vuestra ingratitud; rogadle que se olvide de vuestra tibieza y os dé gracia para que, si El halla sus delicias en detenerse con nosotros, vos no tengáis tiempo más gustoso que deteneros á su presencia con El.

II. Considerad el segundo designio de Jesucristo en la institución de la divina Eucaristía, que fué el *vivir por nosotros*. Por esto de continuo está amando á su Padre Celestial en nuestros altares, en suplemento de nuestras faltas, y á El se ofrece de continuo por nuestra parte, como Cabeza de la humana naturaleza, y ofrece también á todos nosotros sus bienes, compadeciéndose de nuestra pobreza y de nuestras miserias, y no deseando ninguna otra cosa más que darnos á Sí mismo todo. Por esto también se ha puesto en un estado de víctima, para que su Iglesia, por medio de la santa Misa, tantas y tantas veces cada día, pueda rendir á Dios un obsequio digno de su infinita majestad; pueda agradecerlo cuanto merecen sus divinos beneficios; pueda del to-

do satisfacer á su divina Justicia por todas nuestras culpas; pueda, finalmente, conseguir de su liberalidad todas las gracias, con una tal suerte de omnipotencia fundada en los méritos del Redentor. Y ¡quién jamás hubiera tenido ánimo para pedir tanto cuanto El liberalmente nos ha dado! ¡Es posible que hayan sido tuyas las heridas y nuestra la salud, y que hayan sido tuyos los tormentos y nuestro el fruto que de ellos se saca! ¡Es posible que no haya sido bastante á Jesucristo el morir una vez por nosotros en el Calvario si no volvía cada día á renovar en toda la tierra este gran sacrificio, muriendo místicamente innumerables veces, para asegurarnos que estaría pronto á morir otras tantas en la realidad, si fuese necesario para nuestro bien! Después de todas estas demostraciones, ha sido el Señor tratado de nosotros como extraño: ¿no os sentís tocar el corazón por los agravios que él recibe, y asistís á la representación de su Muerte y Pasión como si fuerais de piedra? Vuestro esposo, pues, ¿ha de ser más despreciado por vos por haberos hecho mucho bien? El sólo acordarse de vos, que hubiese hecho Cristo en su gloria, debía bastar para que recompensaseis esta memoria con una eternidad de obsequios; y, con todo, después que El cada día se pone tantas veces en las manos de los sacerdotes en acto de sacrificar su vida para conseguir os todo bien, ¿vos os olvidáis de El y os quedáis hela-



da? Avergonzaos de vuestra insensibilidad entre tantos excesos del amor divino; pedidle humildemente perdón; proponed de asistir con nuevo espíritu á los divinos misterios, y de haceros cada día víctima de mortificación por honra del Señor, rogándole que, pues todo su contento es hallar agradecimiento y amor en sus criaturas, os dé este amor y este agradecimiento para darle gusto y contento.

III. Considerad el tercer designio de Jesucristo en instituir el divino sacramento, que fué para *vivir en nosotros*. No bastó, pues, á su incomprensible caridad el querer vivir con nosotros y el querer vivir por nosotros, sino que quiso unirse con nosotros tan estrechamente, que penetrase dentro de nosotros y, trocándose en comida, recrease á un mismo tiempo á nuestra alma y ennobleciese también nuestra carne, sanándola de todas sus llagas con su divino cuerpo. ¡Oh humildad prodigiosa de nuestro Dios para hacernos bien! ¿Podía El pasar más adelante si nosotros le hubiéramos redimido á El y púéstole en la cabeza la corona? ¡Darnos á comer sus carnes mismas para esfuerzo no sólo del alma, sino del mismo cuerpo! El alma, al fin, es puro espíritu, es compañera de los ángeles é imagen de la Divinidad, por lo cual no parece tan excesivo el amor de Jesucristo en unirse con ella; pero ¿qué amor no será la unión de su divino cuerpo con el nuestro, fétido y miserable, y tan-

tas veces rebelde á su divino querer? Si nosotros hubiéramos rasgado por Él nuestras carnes con toda suerte de penitencia; si hubiésemos por su amor clavado nuestros miembros en la cruz, no sería tan extraño que ellos gozasen un tan alto privilegio de unirse con un Dios sacramentado; pero nuestra carne se une con Cristo después de haberle, antes y después, hecho grandísimos ultrajes. ¿Qué sentimiento, pues, tendrá el Redentor, si después de tantas demostraciones, de tantas invenciones y de tantas finezas; después de una tan inmensa bondad, os viere todavía fría en amarle? ¿Si todavía os fuera lícito el vivir asida con el afecto á las cosas criadas; y si, después de ser tantas veces unida á su sacrosanta humanidad y á su divinidad, comunicándoos, bajarais de este tan alto puesto á abrazaros con el lodo? ¿Cuándo, pues, vendrá aquel tiempo en que comencéis una vida digna de esta divina unión? Si aun no ha venido, vos tenéis la culpa. Confundíos, pues, y humillaos hasta el profundo de vuestra miseria; proponed de corresponderle en otra forma, y rogadle que os purifique el corazón de manera que sea digno de unirse con Él, como Él mismo lo desea, y quede vuestro cuerpo firmemente santificado del contacto de sus divinos miembros.

## EXAMEN PARA EL DÉCIMO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

### SOBRE EL DESEO DE LA PERFECCIÓN Y SOBRE LAS SEÑALES DE IR APROVECHANDO

I. Examinad las condiciones del deseo que tenéis de conseguir la perfección; pues dándoos á Dios con la profesión religiosa, estáis obligada á procurarla por aquellos medios de que os provee vuestro estado en los santos votos, en las reglas y en los estatutos propios de la religión. Primero, ved, pues, si este deseo es *eficaz*; porque el enamorarse de la virtud de esta suerte en abstracto es fácil, siendo ella tan bella; pero es necesario enamorarse de ella en la práctica, valiéndose bien de las ocasiones de ejercitarla, y quitando los impedimentos que se oponen á este ejercicio. Segundo, ved si este deseo es *sumo* apreciativamente; esto es, que no haga caso sino de lo que conduce á la consecución de la virtud: *Omnia arbitror, ut stercora, ut Christum lucrifaciam*. (Phil., III, 8.) Esta estima es de suma importancia, porque en todos los negocios del amor, del fin proviene la elección y aplicación de los medios; y así, quien hace más caso de un acto mínimo de virtud que de todas las habilidades de la naturaleza, no dejará de aplicarse á conseguir la perfección con grande estudio.

Tercero, ved si este deseo es *generoso*, de suerte que no se deje espantar de lo arduo que tiene la virtud, sino que antes bien crezca con las dificultades, como una llama crece al soplar de los vientos; á la verdad, hasta que toméis amor á las dificultades no llegaréis á adquirir algún grado considerable de perfección. El pescador que teme el agua fria, jamás hizo presa de alguna preciosa margarita. Cuarto, ved si vais *renovando* estos deseos con las ocasiones que se os ofrecen de aparejaros para las fiestas más solemnes; porque sin nuevo impulso no dura aquel movimiento que es violento á la naturaleza, sino que siempre se enflaquece mucho más.

- II. Examinad las señales de haber aprovechado en el camino del Señor; y aunque importe más el ir creciendo en el bien que el echar de ver el aumento, con todo, puede daros ánimo ver que vais adelante, y puede seros estímulo contra la pereza ver que habéis vuelto atrás. Podéis, pues, fácilmente hallar la ganancia y la pérdida, haciendo reflexión sobre estos cinco capítulos: sobre las faltas, las tentaciones, las pasiones, las virtudes y la intención; acerca de las cuales, á más de lo que se ha dicho, podéis mucho más considerar lo que se añade.

*En orden á las faltas.*—Señal de provecho será: Primero, si se ha disminuído el principio de nuestros defectos, que es la voluntad.

de suerte que se falte más por flaqueza que por plena deliberación. Segundo, si se ha disminuído el número de los mismos defectos, de suerte que se falte menos veces. Tercero, si la materia de que se mueven estos defectos es más leve. Cuarto, si después de haber caído, en lugar de pasmarse de sí misma por una secreta soberbia, la persona se humilla para conocer mejor su miseria y para volver al Señor con más fervor.

*En orden á las tentaciones.*—Señal de provecho será: Primero, si vienen más por ocasión extrínseca y por sugestión del demonio que de nuestra concupiscencia; porque sería señal que el cuerpo comienza á ser más mortificado y más sujeto al espíritu. Segundo, si se resiste con más prontitud, sin detenerse á mirar la atención en el rostro; porque, de otra suerte, el comenzar á parlamentar con el enemigo es comenzar á quererse rendir. Tercero, si se resiste con más fervor, no contentándose sólo con no rendirse, sino formando actos contrarios generosos, para volver las armas del tentador contra él. Cuarto, si se aplican los remedios con más arte, huyendo de los objetos deleitables y yendo contra los molestos.

*En orden á las pasiones.*—Si se ha moderado el ímpetu con que nos daban asalto. Segundo, si nos asaltan menos veces. Tercero, si nos turban menos cuando nos asaltan. Cuarto, si no ganan mucho con nosotros, ni

aún en tiempo de trabajos espirituales. En todos estos casos se ve manifestamente que el hombre viejo se enflaquece y el nuevo crece de fuerzas.

*En orden á las virtudes.*—Si se halla mayor facilidad en las operaciones que no son conformes á nuestra natural propensión. Segundo, si se está más atento á tomar las ocasiones que se nos ponen delante, que de ejercitar los actos virtuosos. Tercero, si se aumenta la desconfianza de las propias fuerzas y la confianza del favor divino. Cuarto, si se atiende con más estudio al ejercicio de la caridad para con Dios y con el prójimo.

*En orden á la intención.*—Si se obra muchas veces por contentar el amor propio. Segundo, si la persona no hace como negociación de la virtud, pretendiendo más la propia satisfacción ó el gusto de los hombres que la aprobación de Dios. Tercero, si la buena intención se renueva con frecuencia. Cuarto, si se renueva también con mayor constancia, aun en tiempo de sequedad, podrá darnos luz del provecho que se ha hecho.

---

## MEDITACIÓN III

### PARA EL DÉCIMO DÍA DE LOS EJERCICIOS

---

#### SOBRE LOS BENEFICIOS RECIBIDOS DEL SEÑOR PARA MOVERNOS Á AMARLE

I. Considerad la largueza de la divina beneficencia para con vos, la alteza y la longitudo y continuación para convencer vuestro corazón á amar á vuestro Dios; y primeramente considerad la *largueza* y liberalidad, que en su seno comprende innumerables beneficios. Si quisierais contarlos todos, habríais de contar una por una todas las criaturas del universo, las cuales todas son hechas en gracia vuestra, ó para que os sirvan, ó para que os hagan conocer á vuestro Dios; también habríais de contar todos los instantes de vuestra vida, y redoblarlos tantas veces cuantas son las gracias naturales y sobrenaturales que en ellos recibís á cada hora. Ni sólo esto; sino que habríais de contar lo que no tiene número, todos los instantes de la eternidad que ha de venir, en los cuales, si el Señor no os preservaba ó libraba, hubierais perecido para siempre en el Infierno, apartada para siempre del Sumo Bien, y sumergida para siempre en el abismo de todos los males. Este es el ejercicio que

vuestro Dios ha puesto en campo para expugnar vuestra dureza, ciñéndoos por todas partes con sus misericordias, para que una vez os rindan y sujeten á él: *Coronat te in misericordia, et miserationibus.* (Ps. cii, 4.) Pero ¿qué sería si no bastase ni aun un tan grande ejército para venceros y para sujetaros? ¿Qué prodigio se habría de admirar más entonces: ó que un tan grande Señor tuviese por bien empleadas tantas fuerzas para conseguir la libertad de una tan miserable criatura, ó que una criatura tan miserable prevaleciera tanto con su libertad que pudiese resistir á tantas fuerzas? A lo menos esta miserable criatura sería tan dura igualmente con todos; pero no: que si algún otro le muestra una buena cara, si le hace que oiga una buena palabra, basta á rendirla, y no se dejará después vencer de su Dios con una multitud de beneficios que no tiene número. ¡Cómo podréis sufrir esta reprensión cuando estéis en el divino Tribunal para dar cuenta, no tanto de las culpas que habéis cometido, cuanto de las gracias que habéis recibido! Y, no obstante, allí comparará el Señor vuestro proceder con el suyo, y os obligará á conocer la enormidad de vuestra ingratitud á vista de su caridad. Confundíos ahora, y confesaos por la más beneficiada de todas las criaturas y por la más ingrata, y proponed eficazmente mudar estilo con vuestro Señor, rogándole con grande instancia que, pues



no se cansa jamás de haceros bien, os dé gracia de comenzar una vez á servirle de corazón, para no cansaros de servirle jamás.

II. Considerad la *alteza* de la divina beneficencia para con vos, y ved si tenéis ánimo de medirla. Pero, para medirla justamente, es necesario medir tres infinidades: la una es la infinita dignidad de quien hace los beneficios; la otra es el infinito demérito del que los recibe; la tercera es la infinita grandeza de los mismos beneficios que se nos han hecho. ¿Qué cosa más extraña que ver á un Dios de inmensa majestad poner su vista sólo en una criatura tan vil de nacimiento, tan sórdida de costumbres y tan ingrata de corazón como sois vos? *Domine, quid est homo? Quid apponis erga eum cor tuum?* (Job., vii, 17.) Y, con todo, este gran Señor no sólo pone la vista en esta miserable criatura, sino que pone su corazón en ella como si fuese su tesoro; le hace don á ella de todas las criaturas, y, después de haberle dado todos sus bienes, se da también á Sí mismo, y de Sí mismo hace como flecha para traspassarle el corazón. Ni sólo esto; sino que, como si el haber hecho todo esto aun fuese poco, le pide su corazón con mil ruegos, le solicita con mil promesas, y llega como á forzarle con mil amenazas si no lo consigue. Decid vos ahora: ¿qué cosa podía hacer más si su felicidad dependiese de haceros bien y de ser amado de vos? ¿Si no lo mereciese por sus infinitas per-

fecciones, ¿no habríais de condescender en darle vuestro corazón, después que El le quiere comprar por un precio tan caro? ¡Qué infeliz es aquella libertad que, habiéndoseos dado para sujetaros con gusto á vuestro Dios, la habéis empleado sólo en resistirle! Detestadla mil veces; confundíos de vuestra ingratitud; resolvos de poner os en aquel estado en que os quiere Dios con tantos deseos, que es de amarle únicamente sobre todo bien; pero acordaos que el amarle sobre todo bien no es desear sus delicias en la oración; esto antes es amaros á vos misma: amarle verdaderamente es abrazar por su amor su cruz, y testificarle vuestro afecto padeciendo alegremente, y mercediéndos con esto el aumento de su amor para con vos. Rogadle, por último, que, pues no podéis amarle sin El, añada á todos sus beneficios éste, que es el cumplimiento de todos, el don de su amor, por quien, si vuestro agradecimiento no fuere proporcionado á sus gracias, sea por lo menos proporcionado á vuestras fuerzas.

III. Considerad la *longitud* y continuación de la divina beneficencia para con vos para acabar de rendiros; pues si bastara para esto sólo un instante de sus misericordias, ¡cuánto más habrá de bastar una entera eternidad! Bien podéis hallar el principio en que el Señor comenzó á haceros bien; pero no podréis hallar el principio en que comenzó á queréroslo hacer, porque abeterno aprendió á amaros, y

desde abeterno formó el diseño de los beneficios que os quería hacer. Los bienes, pues, que habéis recibido de Dios son efectos de un amor sempiterno, y así os obliga como si los hubieseis gozado por una eternidad. También esta misericordia es eterna, aun en lo porvenir: *Misericordia Domini ab eterno, usque in eternum* (Ps. cx, 17); porque el Señor no se contenta con menos que con participaros para siempre en el Cielo su misma felicidad; antes bien, encaminando El á este tan alto fin todos los bienes que os reparte en todos los instantes de vuestro vivir. Si supieseis hacer una diligente anatomía, hallaríais en cualquiera de ellos el Cielo, y veríais en El tanto bien cuanto vale la posesión del Sumo Bien. ¡Oh Dios, pues, igualmente incomprendible en el ser y en beneficiar! ¡Qué mayor infelicidad para un alma que no quererle corresponder! ¡Qué mayor injusticia que querer partir su corazón entre vos y las criaturas, cuando el que tuviese infinitos no os podría ser bastantemente grato ofreciéndoslos todos en sacrificio! Ciertamente debéis esperar que habéis alguna vez de gozar en el Cielo de vuestro último fin, que es ver al Señor sin velo; pero si alguna vez, por vuestra desgracia, hubieseis de quedar privada y condenaros, podéis desde ahora comenzar á condenaros á vos misma, y á confesar que el Infierno es poca pena para castigar tanta ingratitud, y que vos quisierais tan

tos infiernos para vos cuantos son los beneficios que habéis recibido, si no os resolvéis á darles aquella escasa recompensa, que es el estimar y amar á vuestro Sumo Bienhechor sobre todas las cosas. Entre tanto, se ha de ver siempre esta monstruosidad en la Tierra: ¡que cada día crezcan más vuestras culpas contra El! ¡Es posible que cuando tantas ofensas no detienen á Dios de haceros tanto bien, tanto bien que os hace Dios no os detenga para que no le disgustéis! Confundíos, pues, de vuestra pasada frialdad, y encendeos de un santo ardor de caridad para con vuestro Esposo; y, pues que el ser de El tan amada y acariciada no os servirá sino para hacer más horrible vuestra ingratitud, pedidle que os dé gracia para corresponderle, y honre con esta gracia todos los méritos que tiene para ser amado de vos.



## MEDITACIÓN IV

### PARA EL DÉCIMO DÍA DE LOS EJERCICIOS

#### PARA EJERCITAR EL AMOR PARA CON DIOS

I. Considerad, para encenderos toda en el amor de Dios, tres excesos de su amor para con vos, que son: que El nos ha amado sin

ocasión, sin término y sin correspondencia. *Nos ha amado, pues, sin ocasión*, tanto de su parte cuanto de la nuestra. De parte del Señor, ¿qué prodigio no es que Él ame alguna cosa fuera de Sí, cuando en Sí mismo contiene todo el bien, como un océano interminable de perfección? Tanto más, que no teniendo Dios otro que un amor, cuando nos quiere amar es fuerza que nos ame con el mismo amor con que ama su divina esencia, volviendo hacia nosotros también aquella su inmensa caridad, que está tan felizmente ocupada en la complacencia de sus propias grandezas. Crece también esta maravilla por nuestra parte, pues no sólo nos ha amado sin algún mérito antecedente, sino con grandes deméritos antecedentes y consecuentes, como pecadores é ingratos, y por esto dignos sólo de ser en extremo aborrecidos. Si se ha hallado tal vez algún gran señor que se ha inclinado á amar á una esclava, esto al fin sucede porque ella es hermosa, afable y obediente. No así la naturaleza humana, que no sólo es esclava de Lucifer, sino loca, estropeada, llena de llagas hediondísimas, y condenada por sus culpas á un eterno suplicio. Todavía este gran Señor del Cielo y de la Tierra tan ardientemente la ha amado, que á costa de su divina sangre la ha querido sanar, hermostear, dotar, desposarse y saciarse de oprobios por participarle una gloria sempiterna. No tiene entendimiento ni fe quien no se pasma de tan

grande prodigio, que sólo podía hallar lugar en el corazón de Dios, incomprensible en el ser y en el amar. Pero, entre tanto, si es tan extraño que quiera Dios amar á los hombres, ¿cuánto más extraño será que los hombres no quieran amar á Dios? El Sumo Bien amará, pues, nuestra nada, ¿y nuestra nada no amará al Sumo Bien? El habrá abeterno fijado la amorosa vista de su inmensa caridad, ¿y vos podréis olvidaros de su amor? ¿Y para quién guardáis vuestro corazón, si no le dais todo á quien tanto lo merece y á quien tanto lo desea para vuestro bien? Si tuvieseis un afecto inmenso, lo habríais de emplear todo en recompensar la benevolencia de esta tan incomprensible majestad para con vos; y ahora que tenéis un afecto tan limitado y tan escaso, ¿queréis también dividirlo entre las criaturas y darle al Señor solamente una parte? No sea jamás verdad; váyase lo que se quiera, honra, comodidad y pasatiempos; váyanse mil mundos, para corresponder en adelante á vuestro divino Esposo: ofreceos toda á El con una total resignación en su voluntad; pedidle perdón de haberos alguna vez apartado, y rogadle que os mude este corazón tan ingrato y tan duro en un otro corazón, conforme al suyo, tan tierno, tan noble y tan apasionado por vos.

II. Considerad el otro exceso del amor divino para con nosotros, que es que el Señor, no sólo nos ha amado sin ocasión, sino tam-

bién *sin término*; y el que ha hecho todas las cosas sin medida en querernos bien, ha traspasado todas las medidas y todos los términos. Este exceso parece claro al cotejo de los sufrimientos y de los dones. En el dar no se contentó con menos que con darse á Sí mismo, aquí por la gracia y después por la gloria en el Cielo, en donde quiere tratar al alma con tanta magnificencia como si el alma fuese un otro Dios. Y en cuanto á los sufrimientos, siendo sobreabundante una gota de sangre, la dió toda; y siendo sobreabundante el morir por nosotros de mero gozo, ha escogido morir entre mil dolores, añadiendo á sus penas tan graves otros mayores deseos de padecer más. El hacernos bien, al fin, no desdecía de su inmensa bondad; pero ¿para qué á los beneficios añadir tormentos tan excesivos? ¿Y para qué á los tormentos tan excesivos añadir otros deseos de sufrir mucho más? Este modo de amarnos tan sin término nos bastaría para hacernos aprender que todo su bien dependiese del nuestro; y, no obstante, nuestra eterna condenación menos le importa que importaría á un monarca de todo el mundo el abrasarse una pequeña mariposa al contorno de una luz. A vista, pues, de estos excesos de caridad, dad ahora razón de vuestra frialdad. Dios ha comprado más caro vuestro amor que el de todos los ángeles; ¡y, después de tanto coste, no se le ha de ganar enteramente! Vos, que más debéis á

las penas de vuestro Dios que les deben todas las jerarquías de los espíritus bienaventurados, ¿no os pasmaréis si se halla en vos una ingratitud que no se halla en los mismos demonios? ¿Qué querriais más para dar al Señor vuestra libertad? ¿No os ha enriquecido bastante? ¿No se ha humillado bastante? ¿No ha padecido bastante para mereceros esta ofrenda? Mirad bien, que aquí no hay medio: quien rehusa de arder suavemente en las llamas de la caridad en este mundo, será fuerza que arda desesperadamente en las llamas eternas del otro; y así vos, que para amar á vuestro Dios habriais, si fuese necesario, de renunciar á una inmensa felicidad, ¿querréis elegir, por no amarle, una infinita miseria de pena y de culpa? Muy necia sería, y muy deplorable, esta elección; por lo cual, en adelante, ofrecoos á colocar la voluntad del Señor en primer lugar, como merece, en vuestro corazón. Detestad la injusticia con que habéis distribuído vuestros afectos entre las criaturas y el Criador. Desead amarle más y más sin fin, pues el modo de amarle es amarle sin modo; y rogadle que, habiéndose tan solemnemente empeñado en oír nuestras peticiones, cumpla ahora su divina palabra, dándoos su amor, que le pedís y deseáis sobre todo otro don.

III. Considerad el tercer exceso de amor divino para con nosotros, que es habernos



amado, no sólo sin ocasión y sin término, sino también *sin correspondencia*. El olvido sólo de estos mismos excesos podía bastar para enfriar del todo la divina caridad. Ahora, ¿cuánto más podía bastar el prever nuestras ofensas y el intolerable abuso que habían de hacer los hombres de su amor? Por tanto, ¿qué benevolencia ha sido la que no se ha dejado apagar de la avenida de tantas culpas y de una extraña ingratitud? *Est flumina non obruent illam*. (Cant., viii, 7.) Volved ahora los ojos sobre vos misma, y mirad cuán considerable puesto habéis tenido hasta ahora entre estos ingratos: ¿habréis, pues, de quedaros mucho tiempo y perseverar toda la vida en una ingratitud tan enfadosa á vuestro Dios? Si os contentáis de una virtud vulgar y común, vendréis á despreciar el exceso de amor del Señor para con vos, y haréis inútiles todas las trazas amorosas que El ha tenido para conquistaros del todo. Ea, pues: no tardéis más; haced lo que debíais ya haber hecho tanto tiempo hace; ofreceos á vuestro Esposo y dadle la llave de vuestro corazón para que eche á todos sus enemigos. Acordaos que Dios no quiere ni competidor ni concolega; y así, si queréis estrechar con El el nudo de perfecta amistad, no habéis de amar las criaturas sino en El y por El. Con Dios habéis de conversar familiarmente; con El habéis de tratar vuestros negocios; os habéis de alegrar únicamente de su

gloria, y entristeceros únicamente por vuestros pecados y por los de los otros. Dichosa vos si hicierais este pacto, y de vuestra parte le conservarais fielmente, ejercitándoos de continuo en los actos de la divina caridad; porque, siendo esta celestial llama una participación del Espíritu Santo, os hará toda espiritual, y os desasirá del amor de vos misma, y os unirá al Señor, consumando en breve aquellas desordenadas pasiones que por otros medios no venceriais por mucho tiempo. Este, pues, sea el propósito de todos vuestros propósitos; éste el deseo de todos vuestros deseos; ésta la suma de todas vuestras peticiones de amar perfectamente á vuestro Dios; decidle muchas veces que, si vos sois una ingrata, El es un Dios de misericordia que no se deja vencer de los ingratos; y que, si vos no merecéis amarle, El merece infinitamente ser amado; por lo cual concluiréis con la oración devotísima de San Ignacio:

*Suscipe Domine universam libertatem meam; accipe memoriam, intellectum, et voluntatem; quidquid habeo, vel posideo, tu mihi largitus es; id tibi totum restituo, ac tuæ prosus trado voluntati gubernandum; amorem tui solum, cum gratia tua mihi dones: et dives sum satis, nec quidquam aliud ultra posco.*

---

## MEDIOS

### PARA CONSERVAR EL FRUTO DE LOS EJERCICIOS

---

No basta que el cirujano vuelva á poner un hueso dislocado en su antigua juntura, si no le faja hasta que se fortifique; porque, de otra suerte, al primer movimiento vuelve á dislocarse; así, no bastará el haber en el tiempo de los ejercicios reducido las desordenadas pasiones á la debida sujeción de la voluntad santa de Dios, sino se procura con alguna industria conservar esta sujeción, de tal suerte que, acabado el retiro, la persona no vuelva á la mala costumbre de vivir como quiere. A este fin os propondré dos medios eficacísimos y proporcionados á lo que pedimos desde el principio por disposición para entrar en esta santa soledad y retiro. El primero será pedir al Señor de continuo esta perseverancia, que tanto depende de la ayuda continuada de la divina gracia: *Confirma hoc nobis Deus, quod operatus es nobis.* (Ps. LXVII, 29.) En todo el discurso de este libro os he recordado de tiempo en tiempo esta necesidad de pedir socorro al Señor con la oración; pero no se recuerda bastantemente: porque así como el hombre nace desnudo, desarmado, desprovisto del todo de cuanto necesita para conservarse en esta vida mortal, pero nace

provisto por la naturaleza de manos, con las cuales suple para todas sus necesidades; así, aunque en el orden de la gracia somos tan pobres y tan sin fuerzas, todavía somos bastante socorridos para conseguir todo el bien con la oración, la cual sirve al alma como de manos: *Elevatio manum mearum, sacrificium vespertinum.* (Ps. cxi., 2.)

El otro medio pertenece á nuestra industria, y es el renovarse de tanto en tanto en el antiguo fervor. Las legiones, que antiguamente se llamaban inmortales, no se llaman así porque de aquellos soldados no muriese jamás alguno, sino porque luego, en lugar de los muertos, ponían otros igualmente generosos y prontos para pelear; así también, los que perseveran en la virtud, no es porque muchas veces no falten en la ocasión, sino porque suplen la falta con nuevas resoluciones y con nuevo ánimo. Esto supuesto, la industria más provechosa es renovar cada mes la juventud del alma: *Renovabitur ut aquile juvenus tua.* (Ps. cii, 5.) Y porque la memoria de la muerte tiene una particular fuerza para este efecto, y porque el acto supremo de la prudencia cristiana es aparejarse bien para aquel instante de quien depende el negocio de infinita importancia de nuestra eternidad, os propondré aquí un *Ejercicio de preparación para la muerte*, que ya otras veces he dado á la estampa.

Escoged, pues, un día de cada mes, de los más libres de todos los otros negocios, en que habréis, con particular diligencia, de emplearos en la oración, confesión, comunión y visita al Santísimo Sacramento.

La oración de este día habrá, en dos veces, de llegar á dos horas, y la materia de ella podrá ser ésta que referiremos. En la primera hora concebid, con cuanta más viveza podáis, el estado en que os hallaréis ya moribunda, dejada de los médicos, despedida de las compañeras, avisada del confesor, etc. Y porque, como dice el Señor en el *Eclesiástico*, el juicio que hace de las cosas la muerte es siempre recto: *O mors bonum est judicium tuum* (Eccl., xli, 3), por eso, por tres puntos, considerad lo que querriáis moribunda haber hecho, primeramente para con Dios, en segundo lugar para con vos misma, y en tercer lugar para con el prójimo; mezclando en esta meditación diversos afectos fervorosos, ya de penitencia, ya de propósitos y ya de peticiones al Señor para impetrar de El fuerza para enmendaros.

La segunda oración tendrá por materia los motivos más fuertes que se hallan para aceptar de Dios la muerte, y serán cinco. Primero, de *necesidad*. Esta es ley indispensable: es fuerza que muera quien ha nacido: *Scio quia morti trades me, ubi constituta est domus omni viventi*. (Job., xxx, 23.) Segundo, de

*justicia*. Es fuerza que muera quien ha pecado, y así ha merecido también morir. A los rebeldes se les arroja justamente á tierra la casa: *Vivit Dominus, quoniam filii mortis, estis vos.* (I Reg., xxvi, 16.) Tercero, de *humildad*. No merezco vivir más tiempo, porque no me he servido del tiempo que Dios me ha concedido para vivir, y porque antes le he vuelto contra Dios, mi Sumo Bienhechor, que, aunque digno de no gustar jamás la muerte, ha querido finalmente morir en cruz por mí: *Nos quidem juste; nam digna facti recipimus; hic vero nihil male egit.* (Luc., xxiii, 41.) Cuarto, de *amor*. Vendrá también tiempo que acaben mis pecados, saldré también de un país tan malo, donde no se ve otra cosa que ofensas de Dios, y espero que iré adonde no se hace más que amarle: *Placebo Domino in regione vivorum.* (Ps. cxiv, 9.) Quinto, de *resignación*. Vos ¡oh Dios mío! tenéis escrita la sentencia, y definido el tiempo y el modo de mi muerte. Yo lo acepto de buena voluntad, porque así Vos lo queréis, y me sacrifico á vuestra adorable voluntad, uniéndome en espíritu con la resignación de mi Señor Jesucristo: *Veruntamen non mea voluntas, sed tua fiat.* (Luc., xxii, 48.)

Los afectos de esta meditación serán: de ofrenda de la propia vida al Señor; de protesta que, si pudiésemos alargarla y fuera del divino beneplácito, no lo haríamos de petición,

sino para ofrecer este sacrificio con el espíritu de amor que pide el respeto que se debe á su amabilísima providencia y disposición.

La confesión la habréis de hacer con más particular diligencia, y como si fuese la última vez que vais á limpiaros en la sangre preciosísima de Jesucristo. Primeramente, pues, haced un acto de fe, reconociendo en el sacerdote visible la Persona del Señor. En segundo lugar, procurad un vivo sentimiento de vuestras culpas, considerando que el mínimo pecado venial, por ser una tal injuria de Dios y un mal que deshonra y disgusta á aquella Suprema Majestad, es mucho mayor injuria y mayor mal que todas las afrentas hechas á las criaturas, ó que se puedan hacer, y que sería total destrucción del universo; por lo cual el pecado venial no se llama ni se puede llamar leve en manera alguna, sino comparativamente; esto es, en comparación del pecado mortal; en lo demás, absolutamente hablando, quitado el pecado mortal, es el mayor mal de todos los males posibles. En tercer lugar, procurad un propósito otro tanto más fuerte de enmendaros, y no os contentéis con concebirle así en general, sino bajad á las faltas particulares, disponiendo también los medios para conseguir de vos esta enmienda, á fin de que el propósito salga más fructuoso. En suma, ajustad vuestras partidas del modo como si entonces hubieseis de dar las cuentas á vues-

tro Juez, pues que puede ser que esté casi á la puerta y vos no le veais: *Ecce Judex ante januam assistit.*

También la Comunión se habrá de hacer con más extraordinaria preparación, como si cumulgaseis por Viático, adorando á aquel Señor que esperáis adorarle por toda la eternidad; dándole gracias de la vida que os concede; pidiéndole perdón de haberla empleado tan mal; ofreciéndos pronta á acabarla, porque así lo quiere, y pidiéndole, finalmente, gracia que os asista en este gran paso, á fin de que vuestra alma, arrimada á su Amado, pase de este desierto segura al Reino Celestial.

Que si de esto deseáis una forma, podréis echarla de ver en la oración que se sigue.

#### ORACIÓN

Santísimo y amabilísimo Redentor mío: ¿cómo es posible que inclinéis vuestra incomprendible majestad hasta visitar también mi morada en esta cama? Bien se ve que procedéis como Dios grande, que sois todo amor, todo bondad, pues no me enviáis el socorro por medio de alguna criatura, sino que vos mismo me lo traéis en propia persona.

Magnificentísimo Señor mío: pues soy una criatura del todo indigna en vuestros ojos, aceptad, por suplemento de las gracias que yo no os puedo dar, vuestra misma sangre y vues-



tro amor, y contentaos de que antes que parta de esta tierra llame en mi ayuda á todo el Cielo para daros gracias de aquella magnífica posada que en ella por tantos años me habéis dado á expensas vuestras.

Por tanto, yo os doy gracias de aquel amor con que abeterno me elegisteis para hacerme bien, anteponiéndome á tantos que os hubieran servido mejor que yo.

Yo os doy gracias porque á su tiempo os dignasteis criarme, dándome un cuerpo entero con todos sus sentidos, y un alma adornada con todas sus potencias, para un fin tan alto, cual es amaros á Vos.

Yo os doy gracias porque me habéis conservado en todos los instantes de mi vida, mandando á todas vuestras criaturas de Tierra y Cielo que me sirviesen.

Yo os doy gracias por aquella providencia amorosísima con que, teniéndome siempre en vuestros brazos, me habéis defendido de tantos peligros temporales y eternos.

Yo os doy gracias porque, no sólo habéis muerto por mi salvación en un abismo de dolores é ignominias, sino que, á más de esto, me habéis aplicado con tanta abundancia el fruto de vuestra santísima Pasión, con tanta copia de inspiraciones, con tanta frecuencia de sacramentos y con el don incomparable de vuestra santa fe.

Yo os doy gracias por la paciencia tan dila-

tada que habéis tenido conmigo, sufriendo mis tan enormes pecados, eligiendo glorificaros en mí por medio de vuestra misericordia, cuando igualmente os hubierais podido glorificar con la justicia.

Yo os doy gracias por tantos beneficios que yo conozco, por tantos que me habéis concedido sin que os los pidiese, y, lo que es más, sin que ni aun los desease; por tantos de quienes jamás os he dado gracias hasta ahora; por tantos que me hubierais hecho, si yo no los hubiese impedido con mi mala vida; y por tantos de quienes malamente he abusado, volviendo los dones contra el mismo Dador.

¶ Por todo este cúmulo de gracias, y por aquel amor infinito con que hacéis infinitamente estimable cada una de ellas, yo desearía un corazón capaz de un inmenso agradecimiento, para reconocerlos, no sólo en mi nombre, sino también en nombre de todos vuestros enemigos, que en este mundo y en el Infierno, ó no os saben, ó no os quieren dar gracias; y porque todo el bien que me habéis hecho hasta ahora no aprovecharía para salvarme, sin la perseverancia hasta el fin, os ruego que cumpláis en este último vuestra inmensa liberalidad para conmigo, dándome un verdadero arrepentimiento de todas las ofensas que os he hecho en mi vida antigua, y recibiendo en vuestras manos mi espíritu, para introducirle en el Reino de vuestro Amor.

¿Me negaréis, amabilísimo Señor, esta última gracia? Acordaos que para este efecto habéis venido á visitarme; haced, pues, aquello por que habéis venido. ¿Qué rey de la Tierra se mueve á un viaje tan largo, sino por fin de alguna grande importancia? Y Vos, que sois el mismo Rey del Cielo, ¿habréis hecho un viaje tan largo como del Cielo á la Tierra por ninguna utilidad? Y, lo que es más, ¿habréis hecho tantos milagros en haceros mi comida en el Santísimo Sacramento, y mi Viático en un tan peligroso camino, y ahora, en este último paso, no me daréis la mano para ayudarme? No será así, mi Dios; esta vez sí que me habéis de oír, pues se trata de todo: habéis de mostrarme á todos los santos como trofeo de vuestra misericordia; habéis de vencer con vuestra bondad toda mi malicia; en suma, me habéis de salvar.

Unid, pues, el abismo de vuestra liberalidad al abismo de mis miserias; santificad mi cuerpo y mi alma con la aplicación de vuestros méritos; bendecid éste mi último tránsito, ofreciéndome como vuestra á vuestro Padre Celestial, para que todas las criaturas del Universo conozcan en mí la eficacia de vuestra sangre, y aquel incomprensible amor que os movió á hacerme partícipe de vuestra bienaventuranza, y darme gracia de poderos en ella alabar y glorificar por todos los siglos. Amén.

La última de las obras propuestas para esta operación es la visita del Santísimo Sacramento, delante de quien, como delante del Trono de su amor, habréis de practicar vivamente los actos siguientes: el Señor mandó á Santa María Magdalena de Pazzis que le visitase treinta y tres veces al día; vos, por lo menos, hacedlo siete veces, y, cuando aun esto no se pueda conseguir, desde vuestra misma celda volveos siete veces con el cuerpo hacia alguna iglesia donde esté el Santísimo Sacramento, para suplir con esto vuestra impotencia, como un Daniel, que de su ventana se volvió hacia Jerusalén.

#### ACTOS DE FE

En la primera visita, después de haber adorado al Señor, practicaréis del modo siguiente los actos de una viva fe:

I. Señor, yo creo de buena voluntad todo lo que os habéis dignado revelarme; no lo creo porque lo creen los otros; lo creo porque lo habéis revelado Vos, primera infalible Verdad.

II. Si todos los cristianos faltasen á esta fe, yo, con vuestra gracia, no querría faltar jamás. Os doy gracias con todo mi corazón, porque en esa santa fe me habéis hecho vivir, y porque en esa misma me hacéis ahora que muera: *Credo quicquid dixit Dei Filius: Nihil est hoc verbo veritatis verius.*

III. ¡Cuánto me desplace que se halle en el mundo quien no os crea! Esta vida, que ahora se me quitará con la muerte, con mucho gusto la daría para testimonio de vuestro santo Evangelio, y para que todos los hombres se sujetasen á creerle.

IV. ¡Oh Dios! Yo soy hija de vuestra santa Iglesia, y como tal quiero ahora morir. Protesto que todos mis sentimientos que al último vengan al corazón contrarios á lo que la Iglesia enseña, los reconoceré siempre como falsos. Libradme del primero de todos los mentirosos, que es el demonio.

V. Señor: cuanto menos entiendo, tanto más creo, porque tanto más me conozco del todo digna de vuestra grandeza. Aumentad ahora en mi último tránsito hasta el último espíritu, siempre más y más esta luz que os dignasteis encender en mi alma por medio del santo Bautismo: *Ad auge nobis fidem.*

#### ACTOS DE ESPERANZA

En la segunda visita practicaréis la esperanza con estos ó semejantes actos:

I. Sé que mis pecados, presentes y pasados, y mis ingratitudes, me hacen del todo indigna ¡oh Señor! de la mayor de todas las misericordias, que es morir bien; pero, con todo, espero en Vos, en vuestra infinita bondad, en las promesas que tantas veces me habéis

confirmado de ayudarme, y en los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, muerto por mí: *Ipsa erit salvator tuus.* (Job., xiii.)

II. Os he hecho grandes agravios, ¡oh Redentor mío!, pero no haré jamás esto de no confiar ahora en Vos. Vos aún no habéis tomado la parte de Juez; sois todavía mi Abogado; y así, ¿de qué me he de espantar? *Advocatum habemus apud Patrem Jesum Christum justum, et ipse est preparatio pro peccatis nostris.* (I Job., ii, 1.) Os he costado muy caro: *Redemiste me Domine Deus veritatis.* (Ps. xxx, 6.)

III. ¿Quién jamás os ha invocado, Dios mío, y ha sido despreciado de Vos? ¿Quién jamás ha confiado en Vos y ha quedado confuso? *Quis in vocavit te, et despexiste illum? Quis speravit in te, et confusus est?* ¿Seré yo, pues, la primera que he de ser despreciada y confusa, después de haberos llamado en un peligro tan grande de perderme eternamente? No será de verdad así: *In te Domine speravi non confundar in aeternum.* (Ps. xxx, 1.) Los pasados beneficios me son indicio de los venideros, y la gracia que me habéis dado me es ahora prenda de la gloria que me habéis de dar.

IV. Si en este último se desencadenase contra mí todo el Infierno, y si creciesen á mil doblados mis enemigos, ¿qué me podrán hacer si estoy bajo de vuestra protección? Ellos con-

fian en sus fuerzas y en sus engaños, pero yo en vuestro nombre, ¡oh, Señor!: *Pone me juxta te, et cujusvis manus pugnet contra me.* (Job., xvii, 3.)

V. Tomo todos mis pecados y los ahogo en vuestra sangre, ¡oh Señor!, protestando que os quiero hacer siempre, hasta en mis últimos alientos, este obsequio de esperar en Vos, pues Vos tenéis por honra vuestra ver que confía más en Vos quien es más miserable: *Ego autem super sperabo, et adjiciam super omnem laudem tuam.* (Ps. lxx, 14.)

#### ACTOS DE CARIDAD

En la tercera visita practicaréis los actos de caridad de Dios y del prójimo.

I. Dios de mi alma, porque sois infinitamente bueno, infinitamente santo, infinitamente digno de amor, os amo y os estimo sobre todas las cosas; y para que conozcan todos que esto es verdad, ved que voy con gusto á encontrarme con la muerte, estimando más que mil vidas el cumplimiento de vuestra santísima voluntad: *Ut cognoscat mundus, quia diligo Patrem; surgite eamus hinc.* (Job., xvii, 13). Ea, alma mía, vamos, vamos, sin hacer caso del cuerpo: *Melior est misericordia Domini super vitas.* (Ps. lxxii, 4).

II. Si os sirviese por la paga, ¿no os agraviaría, Señor, estimando más vuestros dones

que á Vos? Yo protesto, pues, que tanto os serviría por infinitos siglos, aunque no me quisieseis dar nada: acabo ahora con gusto de vivir, por acabar de ofenderos: os amo, no por la recompensa del premio, sino porque merecéis ser amado.

III. Así como deseo ardientemente veros en el Cielo cara á cara, ¡oh Sumo Bien mío!, no por otro interés que por amaros para siempre, así, en lo demás, mi cielo es teneros contento; mi infierno es veros ofendido de mí.

IV. ¡Oh, con cuánto gusto partiría de este mundo si viera á todos los hombres postrados en tierra para reconocerlos y adorarlos, ¡oh Señor! Aumentad, os pido, vuestro reino; dilatad vuestra gloria: *Omnis terra adoret te, et psallat tibi*. (Ps. LXV, 4.) Alégrome de dejar en la tierra tantas almas santas que os aman, y mucho más me alegro de haber de hallar innumerables en el Cielo que os amarán para siempre sin cesar. Este, entre los dolores de la muerte y enfermedad, es el mayor de mis contentos.

V. Y porque vos, Señor, me mandáis que ame con Vos á mi prójimo, por tan dulce precepto os doy humildísimas gracias, y abrazo en ésta mi última partida con todas las fuerzas de mi corazón uno á uno á todos mis prójimos, encomendándolos todos, y pidiendo para ellos todo el bien, porque son vuestras criaturas é imágenes y herencia vuestra, y



porque Vos los amáis y queréis que yo los ame. Particularmente amo á todos aquellos que me han ofendido; perdónolos tanto de corazón, como deseo que Vos me perdonéis á mí; y en unión de aquella caridad con que rogasteis Vos en la cruz por los que os crucificaban, yo os ruego también desde esta cama de la muerte que deis al que me ha ofendido otro tanto bien cuanto mal me ha hecho ó deseado.

#### ACTOS DE CONTRICIÓN

En la cuarta visita os ejercitaréis en la contrición, como sigue:

I. ¡Oh Bien incommutable! ¡Oh infinita Majestad! ¡Cuál será en breve mi confusión pareciendo delante de Vos! Entonces conoceré cuán grande agravio os hice en mi vida, trocándoos tantas veces con vilísimas criaturas. Yo querría tener ahora aquel dolor de mis pecados que experimentaré en aquel punto, sólo por recompensar con él las gravísimas injurias que os he hecho hasta este último, con tantas maldades mías. *Deus propitius esto mihi maximo peccatori.* (Luc., xviii, 13.)

II. Señor: éste mi cuerpo será en breve comido de gusanos, pero se lo merece, pues tantas veces os ha ofendido. Ved, pues, á vuestros pies humillada mi alma, que detesta sobre todo mal todos estos gustos que ha querido dar á la carne, no obstante todo vuestro

sumo disgusto. Mirad, entre tanto, ¡oh mi Dios!, á mi corazón contrito, y no le despreciéis; pues si yo hubiese de comenzar ahora la vida que acabo, no cometería ninguno de estos agravios por cosa alguna del mundo.

III. ¿Quién soy yo, Señor mío, delante de Vos? De mí, no soy otra cosa que una nada. ¡Y, con todo, me he atrevido á emplear tantas veces en ofenderos la vida que me disteis para que la empleara sólo en amaros! Detesto sumamente todos los males que he hecho, porque Vos sumamente los detestáis; y os ruego que me quitéis estos pocos instantes que me quedan, si en ellos os he de hacer más traición.

IV. Señor, ved que yo parto de este mundo con haber atendido casi todo el tiempo de mi vida á ofenderos; ¡oh, si pudiese comenzar ahora á vivir de nuevo! Querría antes morir que vivir como lo he hecho.

V. No me arrepiento Señor, ni por el Infierno que he merecido, ni por el Cielo que he perdido; me arrepiento porque, pecando, he disgustado tanto y deshonrado á Vos, Sumo Bien mío; y porque os he hecho la mayor injuria que os pueda jamás hacer una criatura, que es no quereros obedecer. Perdonadme por vuestra misma bondad; dadme bien, aunque os he hecho mal, y llevadme al lugar adonde para siempre os haya de amar, y para siempre os haya de ver amado. Amén.

ACTOS DE CONFORMIDAD

En la quinta visita os ejercitaréis en los actos de una verdadera conformidad de vuestra voluntad con la de Dios, particularmente en orden á aceptar la muerte.

I. De tal suerte, Señor y Dios mío, recibo la orden que habéis ya dado de mi muerte, que, si pudiese evitarlo, no lo haria yo: quiero morir porque Vos así lo queréis. Acepto este golpe de vuestras manos, y vengo bien en que se corten todos mis deseos, que queréis que se corten ahora, quitándome á mí la vida: *Ita Pater quoniam sic placitum fuit ante te.* (Matth., xi, 16.)

II. Señor, yo estoy contento de que esta cama en que me hallo sea un altar sobre que me había yo de sacrificar á vuestra amabilísima voluntad. Aceptad, pues, este holocausto. Ved que yo abrazo, en señal de amor, esta muerte que me enviáis de dolores y afanes, ansias y agonías, y todos los otros males que le acompañan, y no rehusó nada de todo lo que me venga de vuestras santísimas manos: *Non sicut ego volo, sed sicut tu.* (Marc., xxvi, 36.)

III. Yo soy vuestra por mil títulos; pero, cuando no fuera vuestra por alguno, querría serlo para daros este obsequio. Haced, pues, de mí todo lo que os place, y como os place.

Contento que seáis Vos, ¡oh Sumo Bien mío!, está también contenta esta pobre criatura que viene á vuestra presencia: *Dominus est, quod bonum eset in oculis suis faciat.* (I Reg., III, 18.)

IV. Vea todo el mundo cuánta estima hago de vuestra santísima voluntad. Yo me resigno de tal suerte en sus manos, que cuando, por imposible, me hubiese de acarrear aún gravísimos perjuicios, querría con todo depender de ella. Adoro todos los designios de vuestra Providencia sobre mí, y os ruego que los cumpláis perfectamente en el tiempo y en la eternidad: *Domini voluntas fiat.* (Act., II, 14.)

V. ¿Qué vale jamás la vida de un vilísimo gusano, cual soy yo? Es cierto que no vale nada. Yo querría, pues, Señor mío, que ella fuese de infinito valor, sólo, sólo por hacérsela un don proporcionado á vuestro mérito. En todo caso recibid la que sea mi vida, que es la cosa más estimada que yo tengo en la tierra. Verdad es que parece amargo á la carne el beber este cáliz de la muerte. Pero no importa; mi espíritu protesta lo contrario; le acepta prontamente en testimonio del respeto que se debe á vuestras supremas disposiciones, y lo juzgará siempre dulce, pues vuestras divinas manos son las que se lo dan: *Calicem, quem dedit mihi Pater, non bibam illum?* (Job., XVIII, 11.)

# ACTOS DE PETICIÓN

En la sexta visita os ejercitaréis en fervorosas peticiones. Si la oración es un medio de los más universales y de más eficacia que ha escogido la Providencia Divina para hacernos bien, y si con ella, más que con otro, se puede conseguir la perseverancia final, cada uno ve cuánto nos debemos valer de él para el éxito feliz de este grande negocio, que es morir bien; á imitación de Cristo, que, aunque no tenía necesidad alguna, oró para nuestro ejemplo, vecino á la muerte, con tanta instancia: *Factus in agonia prolixius orabat.* (Luc., xxii, 44.)

Os presentaréis, pues, con toda humildad al Trono de la Santísima Trinidad, y rogaréis con instancia al Padre: que después de haber empleado su poder en criaros y conservaros, quiera ahora emplearle en defenderos y llevaros al fin para el cual os ha criado y conservado.

Rogaréis al Verbo Divino, por el amor con que se ha vestido de carne por vos y os ha redimido con tantos sufrimientos, que quiera ahora más que nunca aplicaros los frutos de su santísima Pasión y guiaros al término del Cielo que os ha merecido.

Rogaréis al Espíritu Santo, que, habiéndoos santificado con el santo Bautismo y los

otros Sacramentos, quiera ahora perfeccionar su obra, glorificándoos para que podáis darle gracias de este inmenso beneficio por toda la eternidad.

Rogaréis á la santísima Humanidad de Jesucristo, que tenéis presente y escondida en el Santísimo Sacramento, que por aquel amor con que os amó más que su misma vida os quiera ahora asistir en esta grande necesidad, y hacerse perfectamente vuestro Salvador, guiándoos al término de la salvación: *Jesus sit mihi Jesus; et salvame. Querens me sedisti lassus: Redimisti Crucem passus: tantus labor non sit cassus.*

Rogaréis á la Santísima Virgen, que siendo ella Abogada universal de la Iglesia, y como á tal siendo tantas veces invocada para la hora de la muerte, quiera ahora mostrarse tal con vos, consiguiéndoos de su Hijo aquellos auxilios eficaces que se requieren para bien morir.

Rogaréis, por último, á vuestro Angel de la Guarda, á San José y á los Santos vuestros abogados, que, por cuanto se juzgan obligados á aquella divina bondad que les salvó, quieran todos ahora emplearse en vuestra salvación.

MODO DE DISPONERSE BIEN PARA RECIBIR  
EL SANTO ÓLEO

Finalmente, en la última visita os aplicaréis á concebir un vivo deseo de participar los frutos del Sacramento de la Extremaunción, que los teólogos llaman Sacramento de Esperanza; para que, como en el Bautismo se da á los cristianos un capital grande de gracia para comenzar á vivir bien, así en la Extremaunción se les da una grandísima ayuda para acabar bien la vida, según lo siente el Sacro Concilio de Trento, que dice: *Deus Extremæ Uctionis Sacramento extremum vitæ, tanquam fortissimo præsidio munivit.*

Imaginaos, pues, que estáis armada del sacerdote, y procuraréis entre tanto cooperar á su eficacia con los actos que se siguen. Id corriendo por todos los sentidos, y por cualquiera; pedid primero perdón de las ofensas que habéis hecho al Señor, ofreciendo en segundo lugar lo que ha padecido en aquel mismo sentido Nuestro Señor Jesucristo, para suplir con ello á vuestros defectos.

Dios de mi alma, yo os pido perdón de las ofensas que os he hecho con mi vista, dejada correr tantas veces sin reparo á los objetos peligrosos y malos. Ofrézcoos en suplemento lo que ha padecido mi Señor Jesucristo en sus

ojos santísimos, vendados y llorosos, por mí: *Per tuam piissimam misericordiam, indulge mihi Domine, quicquid per oculos deliqui.*

Dios de mi alma, me arrepiento de todo mi corazón de las ofensas que os he hecho con mis oídos, que tantas veces han corrido á oír lo que no les convenía. Ofrézcoos cuanto ha padecido en sus santísimos oídos mi Señor Jesucristo: *Per tuam piissimam misericordiam, indulge mihi Domine, quicquid aures deliqui.*

Dios de mi alma, me arrepiento de todo corazón de las ofensas que os he cometido con la lengua y con el gusto. Ofrézcoos en satisfacción todo aquel bien que ha hecho mi Señor Jesucristo con todas sus divinas palabras, y todo lo que ha padecido en su boca con la amargura de la hiel: *Per tuam piissimam misericordiam, indulge mihi Domine, quicquid per gustum et locutionem deliqui.*

Dios de mi alma, yo os pido perdón de las ofensas que os he hecho con mis manos. Ofrézcoos en recompensa cuanto ha padecido mi Señor Jesucristo en sus santísimas manos, traspasadas de duros clavos: *Per tuam piissimam misericordiam, indulge mihi Domine, quicquid per tactum deliqui.*

Dios de mi alma, me arrepiento de todo corazón de las ofensas que os he hecho con mis malos pasos. Ofrézcoos en suplemento cuanto ha padecido mi Señor Jesucristo en sus santísimos pies: *Per tuam piissimam misericor-*



*diam, indulge mihi Domine, quidquid per gresus deliqui.*

Dios de mi alma, yo os pido perdón con todo el corazón de todas las ofensas que os he hecho con todo mi cuerpo, tan malamente empleado en procurar gustos y placeres con tanto disgusto vuestro. Ofrezcoos en satisfacción todo lo que padeció en aquellas virginales carnes mi Señor Jesucristo: *Per tuam piisimam misericordiam, indulge mihi Domine, quidquid per lumborum delectationem deliqui.*

Con estos afectos procuraréis instruir vuestro corazón para recibir mayor fruto del sacramento de la Extremaunción, para cuando el Señor os haga gracia, al último de la vida, de participarle en la realidad, como ahora lo participáis con el deseo; tanto más, que entonces puede ser que os halléis en una suma sequedad de tales sentidos, si no hubiereis hecho como José, el cual, en los días fértiles, se supo proveer para los estériles.

Podréis también rezar con devoción aquellas oraciones de que se vale la Santa Iglesia para encomendar á Dios el alma de los moribundos, que son: *Profiscere anima christiana*, etc., con las otras después, llenas de un grande jugo de devoción, á quien, como vos, se habrá acostumbrado á sacarlo de aquellas flores que se le han esparcido sobre el féretro.

Pero porque muchos no podrán recabar tal jugo de aquellas oraciones latinas que no en-

tienden, podrán suplir esto con la siguiente oración, que concluirá santamente la jornada.

ORACIÓN EN RECOMENDACIÓN DE LA PROPIA ALMA

Hemos, alma mía, llegado ya á aquel gran paso que nos queda de este al otro mundo. Ea: alegremente salgamos con gusto de la casa frágil de este cuerpo, para ir á habitar para siempre en la casa de nuestro Señor. *In domum Domini ibimus.* (Ps. cxxi, 1.) ¡Oh cuán grande es aquella habitación! ¡Oh cuán dichosa! Bástete saber que es habitación digna de Dios: *O Israel, quam magna est domus Domini, et ingens locus possessionis ejus!* (Bar., iii, 24.) Y, no obstante, en breve ella ha de ser también vuestra habitación. Pero tú hasta ahora no estás segura, y así temo y me conturbo: *Quare tristis es anima mea, et quare conturbas me? Spera in Deo.* (Ps. xli, 6.) Espera en aquel Señor que tiene una infinita propensión de hacernos bien, una infinita sabiduría para hallar los medios de hacerlo, y un infinito poder para reducirlos á efecto. *Si Deus pro nobis, quis contra nos?* (Rom., viii, 33.) Si El nos quiere salvos, ¿quién nos podrá condenar? Es verdad que tus miserias y tus deméritos son muy grandes; pero, con todo, son siempre infinitamente menores que sus misericordias. ¿No te acuerdas cuántas veces has llamado Padre á este buen Señor? Ahora, ¿qué

padre no se compadece siempre de las flaquezas de sus hijos? Pero confórtate, que mucho más se compadecerá el Padre Celestial: *Quoniam misereatur Pater filiorum, misertus est Dominus timentibus se, quoniam ipse cognovit signum nostrum.* (Ps. cii, 14.) Y también, si El nos quería condenar, no nos había de enviar por Redentor á su divino Hijo, ni nos le había de dejar también por abogado. Nuestra causa ¿no la trató Jesucristo? *Advocatum habemus apud Patrem Jesum Christum justum.* (1 Joan., ii, 1.) ¿No hablan en nuestro favor sus llagas? ¿No nos ha concedido sus méritos, comprándonos con el precio de su santísima Sangre la misericordia del Padre? Luego esperemos en El: *Spera in Deo.* Ved, pues, ¡oh Padre Eterno!, aquella indignísima sierva, tan amada de vos, que por ella disteis á vuestro mismo Unigénito. Haced en esta última hora que no perezca por mí su Sangre preciosa. Encomiendo en vuestras manos esta alma pecadora, redimida por Cristo: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.* (Ps. xxx, 6.) Deseo veros para adoraros y amaros para siempre, y para suplir en el Cielo aquel alto obsequio que tanto le faltado de daros en la Tierra. Poned Vos la mano á vuestra obra, pues en breve, unida al coro de todos los espíritus bienaventurados, anticipadamente pretendo comenzar á honra vuestra, Dios mío, Uno y Trino, aquel sublimísimo cántico que

espero continuar por toda la eternidad: *Sanctus, Sanctus, Sanctus. Amen. In æternum, et ultra.*

En lo demás, la práctica continua de todos los meses de este sobredicho ejercicio os llenará el alma de mil bienes, pero particularmente de dos. El primero será que, no teniendo tiempo para practicar en el punto de vuestra muerte estos actos, el Señor los aceptará (según lo dijo á Santa Gertrudis) como hechos en aquella hora, y bendecirá vuestro tránsito por otro tan arriesgado. El segundo es que, teniendo tiempo, os hallaréis que habéis hecho hábito bueno de excitar los mismos actos, como quien tiene bien aprendida privadamente la parte de recitar en una acción pública la recita después en el tablado con gran libertad y desembarazo, á diferencia del que no la ha aprendido en lo privado, que tropieza á cada paso ó en las palabras, ó en el modo de recitar.

Que si tal vez os fuere dificultoso el practicar en un día sólo del mes estas devociones aquí recogidas, podréis dividir las en el espacio de un triduo, dando la primera mañana á la primera oración, la segunda y la tercera á la santísima comunión, y distribuyendo las visitas del Santísimo, dos en el primero, dos en el segundo y tres en el último día, consagrado para tal aparejo; considerando, pues, entre vos que aquel aparejo será por ventura

el último que hagáis en toda vuestra vida, y repitiendo así entre vos: *Nescio quamdiu subsistam, et si post modicum tollat me factor meus.* (Job., XXXII, 22.)

*Domine Jesu Christe, per illam amaritudinem, quam sustinuit nobilissima anima tua, quando egressa est de benedicto corpore tuo, miserere anime mee peccatrici, quando egredietur de corpore meo. Amen.*

---

.

-

,

.

# EL ESPEJO QUE NO ENGAÑA

ó LA

TEÓRICA Y LA PRÁCTICA DEL CONOCIMIENTO DE SÍ MISMO

DECLARADA EN SIETE CONSIDERACIONES

Y

DISTRIBUÍDA PARA CADA DÍA DE LA SEMANA







# EL ESPEJO QUE NO ENGAÑA

---

## INTRODUCCIÓN

I. Parece, á primera vista, que ninguna virtud le debe ser más natural al hombre que la humildad: *No se crió para los hombres la soberbia* (1). Si tenemos un cuerpo que tiene su origen del barro, y un alma que lo tiene de la nada, ¿cómo no hemos de ser humildes? Y, sin embargo, ninguna virtud es para nosotros, á la verdad, más extraña. Baste decir que los filósofos no la supieron, ni aun el nombre; y después que Jesucristo trajo el primero del Cielo á la Tierra esta hermosa planta, y la cultivó con sus documentos y con su ejemplo, y finalmente llegó á regarla con toda su sangre; no obstante, por culpa de nuestro terruño estéril, parece que no puede arraigar. La miseria de aquel pecado en que somos conce-

---

(1) Non est creata hominibus superbia. (Eccles, x, 12.)

bidos, cuanto nos debiera más recordar el ser humildes, tanto nos lo quita más de la mente; y nutriendo en nosotros, entre nuestras derrotas, aquella altivez, que fuera excesiva entre las mismas victorias, hace que estemos á manera de pellejos viles; cuanto más vacíos de todo bien, tanto más hinchados.

II. Una gran causa de este desorden es sin duda la inconsideración de nuestra bajeza; y por eso, así como tenemos muy bien en la memoria las facciones de las caras ajenas, porque las miramos frecuentemente, y no tenemos en la memoria las nuestras, porque no las miramos ó las miramos muy rara vez; así formamos una vil estimación de los otros considerando sus defectos, y no la formamos de nosotros, no considerando los nuestros. Por eso se me ha ofrecido que importará representaros un espejo fiel, donde os podáis mirar á vosotros mismos y conoceros por lo que sois.

III. Los espejos comunes tienen nombre de consejeros fieles, y, sin embargo, no merecen este hermoso título, porque engañan, no solamente cuando hacen descubierta profesión de mentir, como los cóncavos minorando el objeto, y los convexos agrandándolo, mas también, cuando parece que nos aseguran que nos representan llanamente la verdad, como los llanos; porque, si no otra cosa, nos hacen ver solamente la superficie de las cosas, y no su fondo; de donde nos dan ocasión de juzgar

por la apariencia: *No queráis juzgar según la cara, mas juzgad un justo juicio* (1). Mas el espejo que yo os prevengo es totalmente diverso de éstos; ése os mostrará lo íntimo de vosotros mismos, penetrará dentro del fondo de vuestro ser, y os hará que parezcáis á vuestros ojos lo que sois, no lo que mostráis ser (es como rico no teniendo nada) (2); y no permitirá que un leño carcomido sea reputado todo oro macizo, por aquellas pocas hojas que le cubren la superficie.

IV. Para hablar fuera de metáforas, leyendo atentamente este librito, aprenderéis la ciencia de los Santos; esto es, el conocimiento de vuestra nada; y en este conocimiento, ¿qué no aprenderéis grande é importante? Grande, porque esta ciencia es tan sublime, que no puede tener por maestro sino al mismo Dios, de donde San Buenaventura la atribuye al segundo don del Espíritu Santo, que es el entendimiento. Importante, porque es el fundamento de la humildad, así como la humildad es el fundamento de todas las otras virtudes; pues el conocimiento de nuestras miserias pertenece á la humildad, como regla para no enderezar la voluntad y hacer que se contente

---

(1) *Nolite judicare secundum faciem, sed justum, judicium judicare.* (Joan., vii, 24.)

(2) *Est quasi dives cum nihil habeat.* (*Proverbios*, xiii, 7.)

con ser tenida y tratada según su mérito.

V. Esta importancia misma se puede sacar de los modos de obrar de Dios, para hacernos conocer á nosotros mismos que son tales y tantos, que á ellos se reduce casi toda la providencia del gobierno de las almas. Por eso, así como el Señor aguardó tanto tiempo para sacar de la esclavitud de Egipto á su pueblo, y después de haberle sacado le entregó con tan diversos sucesos cuarenta años en el desierto, para adoctrinarle en el conocimiento de sus miserias: *Le llevó rodeando y le enseñó* (1), así dilata largamente el dar remedio á nuestras necesidades, y nos deja rodear en el camino con varios errores, para que aprendamos una vez á entender que no podemos cosa por nosotros solos, y que todo nuestro bien está depositado en su divina bondad: *Del Señor es la salud* (2). Y si, aun después nosotros, como aquel pueblo de dura cerviz (3), nos mostramos duros para entender esta lección de nuestra nada, se vale Dios de medios más rigurosos para hacérsela entender algún poco; pues es una máxima de las más principales de su gobierno el humillar á los soberbios: *Determinó Dios humillar á todos los montes excelsos y á los peñascos peren-*

---

(1) Circumduxit eum, et docuit. (*Deut.*, xxxii, 10.)

(2) Domini est salus. (*Ps.* iii.)

(3) Duræ cervicis.

nes (1). Por donde le permite al alma que caiga en varios pecados, y principalmente en los más vergonzosos, para abrírnos los ojos, como aquel ciego tan celebrado, con nuestro lodo. Con esto, ¿qué más se puede decir de la necesidad de conocerse á sí mismo? Dios, con su infinita sabiduría, lo juzga por tan importante, que permite todos los otros males para sanar el mal de esta ignorancia, y tiene por fin el tolerar á los hombres llenos de vicios, por no tolerarlos soberbios.

VI. Pues si el conocerse á sí es una ciencia tan altamente relevante, fácilmente entenderéis el provecho que os puede traer este pequeño librito, en que veréis delineado al vivo la imagen de vosotros mismos. Dicen que Demóstenes, para corregir el deslucimiento que tenía en el declamar, mandó que le labrasen un espejo igual á la grandeza de su estatura, y mirándose delante de él, en una ojeada, desde la cabeza hasta los pies, aprendió á enmen-  
dar todas sus acciones. Yo pretendo, en estas pocas hojas que os presento, componeros un espejo semejante, donde podáis, con una sola ojeada, miraros todos de arriba á abajo. Mas si queréis valeros de él útilmente, es menester que os miréis en él casi de continuo y con sumo estudio. De otra manera, seréis compa-

---

(1) Constituit Dominus humiliare omnem montem excelsum, et rupes perennes. (Baruc., v, 7.)

ñeros del otro poco sabio que se consideraba sólo á hurtadillas, y por eso sin fruto: *Se consideró, y se fué, y al punto se olvidó de cómo era* (1).

VII. Y no debéis temer que esta atenta meditación de vuestras miserias os haga la vida, ó melancólica, ó pusilánime, porque ¿qué mayor regocijo que conocer la verdad? Ahora, la humildad es verdad, y por eso le agrada tanto al Señor: *En vuestra verdad me humillasteis* (2). Y así, tan lejos está de quitarnos la magnanimidad, que antes ella sola nos la trae; pues cuanto desconfía de su flaqueza, tanto confía en aquel Señor que no fabrica sobre otro fundamento que sobre la nada: *Que da al cansado virtud, y á los que no lo son, fortaleza* (3). De suerte, que como el agua no tiene otro modo de volver á subir á la altura de su origen que el bajar, así nuestra alma no tiene otro modo de levantarse á Dios, su principio, que humillarse.

VIII. Hame también parecido oportuno, para huir el tedio y la confusión, distribuir en muchas consideraciones la meditación de que os habéis de valer para conoceros, y señalar una para cada día de la semana, para que

(1) Consideravit se, et ablit, et statim obblitus est, qualis fecerit. (Jacob., I, 24.)

(2) In veritate tua humiliasti me. (Ps. cxviii.)

(3) Qui dat laso virtutem, et iis: qui non sunt, fortitudinem. (Isai., XL, 29.)

vuestro estudio en esta ciencia celestial sea más continuo, y juntamente, porque no basta dar la sentencia contra el reo, mas es menester también proseguirla, hacer el juicio y la justicia (1); por eso se añade á la teórica del conocimiento de sí también la práctica, señalando para cada día el ejercicio de varios actos de humildad, parte interiores y parte exteriores, así hacia Dios como hacia nosotros mismos y como hacia el prójimo, que todos juntos, ó parte de ellos, podrán, según la ocasión, ponerse por obra. Asi cumplireis el consejo del Espíritu Santo: *Entra en el lodo, y pisa* (2): entra, por medio de una atenta consideración, dentro de tu barro, conociéndote por nada, y después pisa este barro mismo, tratándolo como barro, digno sólo de estar debajo de los pies de todos.

IX. Por último, porque no basta para conseguir la virtud, ni el esfuerzo que hace el entendimiento con la consideración, ni el esfuerzo que hace la voluntad con el ejercicio, mas se quieren muchas ayudas nuevas del Señor que les dé valor, se añade cada día una oración, en que juntamente se ejercite y se pida la humildad. Con estos medios podréis llegar á esta virtud, y por ella todas las otras, que os verterá el Espíritu Santo abundantemente

---

(1) Facere judicium, et justitiam.

(2) Intra in lutum, et calca. (Hab., III, 19.)

en el seno: *¿Sobre quién descansará mi Espíritu Santo, sino sobre el pobrecillo y contrito de corazón?* (1).

## ORACIÓN PRIMERA PARA EL DOMINGO

---

*Sobre la nada que somos por nosotros mismos  
en el orden de la naturaleza.*

### SOIS NADA EN EL SER

I. Considerad que todo el arte de conocerse á sí mismo consiste en separar lo precioso de lo vil; esto es, lo que es de Dios de lo que es nuestro, y en dar con justa equidad á cada uno lo que es suyo. El que sabe hacer esto, da una sentencia tan recta al juzgarse, que el Señor la reconoce por suya, y declara que habla por esa boca palabras de pura verdad: *Si separares lo precioso de lo vil, serás como mi boca* (2): conforme á esto, consideraos sólo con lo que es vuestro, y mirad que sois nada. ¿Qué erais cien años ha? En este mundo se negociaba, se guerreaba, se plantaba, se fabricaba; daban vueltas los cielos, se mudaban los tiempos, nacía el sol y se ponía con otras mil

---

(1) Super quem requiescet spiritus meus, nisi super pauperulum et contritum spiritum? (Isai., LXVI, 2.)

(2) Si separaveris pretiosum a vili, quasi os meus eris. (Jer., xv, 19.)



diversísimas operaciones, y todo sin vosotros. No teníais ni cuerpo, ni alma, ni sentidos, ni fuerza, ni mérito alguno para llegar al ser; erais menos que una hormiga, menos que un granillo de arena; erais nada. Y lo que erais entonces, sois también ahora de vuestro lado: lo que sois más, todo es de Dios; y para que lo tengáis es necesario que os lo dé de tal manera, que para vosotros y para todos queda totalmente imposible el tener jamás alguna cosa para sí y no para Su Majestad: *Pues ¿por qué se ensoberbece la tierra y la ceniza?* (1). Si yo fuera por mí tierra y ceniza, fuera intolerable cosa que me ensoberbeciera, y, sin embargo, me ensoberbezco siendo infinitamente menos; esto es, nada.

#### SOIS NADA EN EL DUDAR

II. Considerad, además de esto, que no tenéis menor necesidad de Dios para dudar que la tuvisteis para ser, de suerte que cada instante os redujeráis á vuestra nada, si Dios no os sustentara con su infinito poder: *Llevando todas las cosas con la palabra de su virtud* (2). Después que el escultor ha hecho una estatua, la estatua no tiene más necesidad del escultor para mantenerse; mas la criatura de-

---

(1) Qui superbit terra, et cinis? (Eccles., x, 9.)

(2) Portans omnia verbo virtutis suae. (Heb., x.)

peñde siempre igualmente del Criador, al hacerse y después de estar hecha; y depende más que la luz del sol y la sombra del cuerpo: *Vos me formasteis, me habéis formado ¡oh Señor!, mas no basta, y pusisteis sobre mí vuestra mano* (1). Es menester que prosigáis teniéndome con vuestro brazo por medio de una conservación no interrumpida. Por eso, cada momento somos nada; y todos nuestros bienes, fundados como sobre falso, son una hermosa nada. Nada de cuerpo, nada de alma, nada de ingenio y de prudencia; en una palabra, nada de cuanto hay en nosotros: *Miré y no era el hombre* (2), dice el Profeta. Si me pongo con aplicación á buscar el fondo de mi ser, desaparezco para mí mismo, y no me hallo ya á mí dentro de mí; soy como si no fuera; soy semejante á los que no son; porque no sólo con mis fuerzas no puedo llegar al ser, sino que, después de haber sido introducido en él, no puedo durar allí ni aun un momento.

#### SOIS NADA EN EL OBRAR

III. Considerad que el obrar es de tal manera proporcionado al ser, que se infiere justamente el uno del otro: y que, por eso, lo que

---

(1) Tu formasti me, et posuisti super me manum tuam. (Ps. cxxxviii.)

(2) Intuitus sum, et non erat homo. (Jer., iv, 25.)

por sí no es, es cierto que por sí no puede obrar; y si continuamente somos nada de ser, es manifiesto que somos también continuamente nada de operaciones, pues éstas se apoyan todas sobre el ser: *Nada soy, nada puedo, nada merezco* (1). La beata Catalina de Génova no quería ni aun nombrarse, considerándose siempre como aquello que tenía por sí, esto es, como una mera nada. El hombre ciego se juzga una gran cosa: *Dice que es algo grande* (2), siendo su origen nada, sus fuerzas nada; y él, con lo que tiene de suyo, menos que un perro podrido, y no bueno para más que para ser despreciado: *para nada sirve ya más que para ser pisado* (3).

## EJERCICIO

### HACIA DIOS

I. Despojaos delante de Dios de todos los bienes, confesando sinceramente que no son vuestros, y que á Su Majestad sólo se le debe la gloria: *A sólo Dios la honra y la gloria* (4).

II. Alegraos de ser nada, por que Dios lo sea todo; y gozaos de no tener bien propio,

---

(1) Nihil sum, nihil possum, nihil mereor.

(2) Dicit: se esse aliquid magnum. (Act., VIII, 9.)

(3) Ad nihilum valet ultra nisi, ut conculcetur.

(4) Soli Deo honor, et gloria.

por que sea Su Majestad el manantial de todos los bienes.

III. Al primer movimiento de cualquiera vana complacencia, recurrid al Señor, y rogadle que defienda su honra, y no permita que vosotros se la robéis.

IV. Llorad vuestra ceguedad en haberos estimado tanto hasta ahora: *Fuí reducido á nada, y no lo percibí* (1).

V. Excitad en vosotros un temor reverente á Dios, como el que tiene el siervo á su dueño; pues, como lo afirma Santo Tomás, la raíz de la humildad es aquel respeto que tiene el alma á Dios.

#### HACIA VOSOTROS

I. Huid cuanto es de vuestra parte todo género de honra y mando, no fiando que tenéis ni habilidad ni virtud para manteneros sin peligro.

II. Al encontraros con cualquiera cosa sucia y vil, acordaos de que sois más viles por vuestra nada, y más sucios por vuestros pecados.

III. Escoged lo peor en la habitación, ó en el vestido, ó en el alimento, pero como lo más proporcionado á vuestra nada y á vuestros deméritos.

---

(1) *Ad nihilum redactus sum, et nescivi.*

IV. Conversad de mejor gana con las personas más pobres y más simples, y mirad en ellas lo que sois y lo que debierais ser vosotros.

V. Acostumbraos á no tener más confusión ni más vergüenza que la que es debida á vuestras miserias, sin tener más cuenta de las alabanzas y de los vituperios del mundo que se tiene de las alabanzas y de los vituperios de un niño.

#### HACIA EL PRÓJIMO

I. Es propio de los humildes el no negarles á los otros lo que se les puede conceder, y hacerse todos para todos, no haciendo caso de las propias inclinaciones para favorecer á los otros.

II. Compadecedlos de vivo corazón de los atribulados, considerando que aquel mal os estaría bien á vosotros, y que lo merecéis más que ellos.

III. Agradecédselo con particular cuidado á aquel que os hace el beneficio; el agradecimiento nace en gran parte de la humildad; pues tanto más agradecemos el bien, cuanto nos juzgamos de él más indignos.

IV. Preguntadles de buena gana á los otros, y no os desdeñéis de aprender de cualquiera, no ocultando con soberbia vuestra ignorancia.

V. Hacedle gracias al que os corrige, porque os ayuda á conoceros á vosotros mismos, y á teneros por lo que sois.

## ORACIÓN AL PADRE ETERNO

### PARA CONSEGUIR LA HUMILDAD

¡Oh Padre Celestial, primer origen de todo el ser y de todo el bien! Don es vuestro el ser y el bien que poseo: Vos me lo habéis dado, Vos me lo mantenéis, en Vos vivo, obro, y soy sustentado cada momento por vuestro poder, sin el cual no soy ni aun posible. ¿Cuán justo es, pues, que os dé toda la gloria, y que os vuelva, como á último fin, lo que salió de Vos como de primer principio? Reconocedme, pues, delante de Vos como nada, y humíllome debajo de vuestro poder como si no fuera: *Mi substancia es, delante de Vuestra Majestad, como nada* (1).

Desagrádame sumamente que, siendo tan desdichado, haya osado contender con Vos, pecando, y que, porque no tenía por mí fuerzas para haceros guerra, mi mala voluntad las haya tomado prestadas de Vos, sirviéndome de vuestros dones contra un Dador tan liberal. Mas Vos no habéis dejado por eso de portaros como mi Padre, aunque me he hecho más vil que el lodo que piso con los pies. Vos, Señor, *sois nuestro Padre, pero nosotros lodo* (2).

---

(1) Substantia mea, tanquam nihilum ante te.

(2) Pater noster tu es, nos vero lutum. (Is., LXIV, 8.)

Portaos, pues, conmigo como Padre, compadeciéndome, y mostrad ahora vuestro poder remediando mis males, como largamente habéis mostrado vuestra paciencia tolerándolos. Yo soy siempre semejante á mí mismo, siempre miserable, siempre pobre, ciego y desnudo de todo bien; dadme, pues, que yo me estime por lo que soy por mí mismo, por una nada de cuanto tengo y de cuanto me falta, para que, manteniéndome unido á Vos por el amor, y sujeto por la obediencia, merezca poseer una vez en Vos todas las cosas, Dios mío y todas las cosas. Amén (1).

## CONSIDERACIÓN II PARA EL LUNES

---

*La nada que somos en el orden de la gracia.*

### NECESIDAD DE LA GRACIA SANTIFICANTE

1. Considerad que aunque tengáis algo propio en el orden de la naturaleza, no por eso os habéis de estimar por algo, siendo nada en el orden de la gracia. Dios estima tan poco los dones naturales, que se los ha dejado en altísimo grado á los demonios, traidores y rebeldes. Ahora figuraos qué caso hará de aquellos bienes tan angostos que ha puesto en vosotros.

---

(1) Deus meus, et omnia.

Por eso el pecador, considerado como hombre, se llama frecuentemente en las Escrituras lodo y ceniza; pero, considerado como pecador, se llama nada; porque es más nada por el defecto de la gracia que lo fuera si no hubiera venido al mundo. Conforme á esto, os podéis contar por nada: *Se computará por nada* (1), y miraos en un abismo más profundo que la misma nada, pues por vosotros, no sólo no tenéis la gracia santificante, sino que tenéis el demérito de recibirla. Verdad es que, si esta gracia está en vosotros actualmente, os podéis llamar bienaventurados, porque es el don de todos los dones, y una expresa participación de la naturaleza divina, que hace al alma deiforme, y no solamente santa; por lo que un solo grado de esta gracia pesa más que mil mundos; sin embargo, este don tan grande está en vosotros como en un vaso de tierra: *Tenemos el tesoro en vasos de barro* (2). De donde nace que sobresalga más con la comparación vuestra vileza, vuestra fragilidad, vuestra necesidad. En lo demás, la gracia, hablando de la primera, es toda por Dios y toda de Dios, criada por la divina Omnipotencia, y merecida por la sangre del Redentor; ni las potencias del alma tienen alguna parte en un don tan precioso; pudiéndose disponer para su in-

---

(1) In nihilum computabitur. (Sap., IX, 6.)

(2) Habemus thesaurum in vasis fictilibus.



fusión, pero no para su labor, toda del Altísimo: *Dios mío, criad en mí un corazón limpio* (1). De suerte que, para concluir esto, sois por vosotros, que sois sin la gracia: *Tierra de miseria y de tinieblas donde habita la sombra de la muerte, y ningún orden, sino el horror sempiterno* (2): una pura miseria, más infeliz que el mismo no ser.

#### NECESIDAD DE LA GRACIA ACTUAL

II. Considerad que no se encierra aquí vuestra pobreza, pues además de la necesidad de la gracia santificante, tenéis necesidad extrema de la gracia actual. No basta que los ojos estén sanos para ver bien; se requiere también luz que los mueva y los ayude á formar la vista; y del mismo modo no basta que esté sana el alma con la gracia habitual. Para que obre, se requiere siempre una ayuda sobrenatural que alumbre el entendimiento y aliente la voluntad. Sin esta ayuda, con el mero concurso general proporcionado á la naturaleza, se puede hacer alguna obra moralmente buena, que encuentre poca dificultad; mas no se puede observar toda la ley, ni sobrepujar para observarla alguna extraordinaria dificul-

---

(1) Cor mundum crea in me Deus.

(2) Terræ miseriæ et tenebrarum, ubi umbra mortis, et nullus ordo, sed sempiternus horror inhabitat. (Jac., x, 22.)

tad, como un enfermo que se puede mover algún poco, pero no puede hacer aquellas acciones que requieren mucha fuerza. Además de esto, estas mismas obras, hechas con el concurso general, no pueden servir para disposición á la gracia santificante y á la gloria; porque, debiendo tener siempre los medios alguna proporción con el fin, no puede, lo que está puramente en el orden de la naturaleza, disponer para un fin sobrenatural y elevado inmensamente sobre su estado. Conforme á esto, ¿qué más se puede decir para haceros conocer el abismo de vuestra flaqueza? Con vuestras fuerzas naturales, aun dado que fueran vuestras y no os vinieran de Dios, no podéis hacer algún bien que merezca ú os disponga para la vida eterna. *Sin mí nada podéis hacer* (1), dice el Señor. No podéis resistir á la menor tentación con resistencia meritoria del Paraíso. No podéis ni aun tener un buen pensamiento, que sea principio de vuestra salud, ni por vosotros podéis jamás tener otra cosa que la nada y el pecado: *Ninguno tiene de suyo sino la mentira y el pecado* (2): es artículo de fe, definido por el Concilio de Orange. Un niño de pecho, si está sucio, no se puede limpiar; si ha caído, no se puede levantar: si está en

---

(1) Sine me nihil potestis facere. (Joan., xv, 4.)

(2) Nemo habet de suo, nisi mendacium, et peccatum. (Conc. Arausic., ses. 7.)

pie, no se puede tener; si tiene frío, no se puede calentar; si tiene hambre, no se puede alimentar; si es perseguido, no se puede defender; no puede ni aun pedir remedio para su necesidad; no puede ni aun conocerla; mas en todas estas necesidades es menester que le socorra su madre; de otra manera está perdido. Ahora, tal es, y más miserable aún, vuestro estado; y ¿podéis, entre tanto, dar lugar á la soberbia? Asíos al cuello de vuestra madre amorosa la Gracia Divina, y tenedlo siempre más apretado, encomendándoos á ella de verdadero corazón, para que no os deje: *¡No me dejéis por lado alguno!* (1).

#### NECESIDAD DE LA GRACIA FINAL

III. Considerad que siempre se descubre más vuestra flaqueza; pues esta ayuda continua de la gracia divina, no solamente es necesaria para comenzar la obra buena, mas también para proseguirla y terminarla; y más que para lo demás, es necesaria para la perseverancia final, que es el mayor de todos los favores divinos, y lo que pone en posesión de la eterna felicidad: *Como obra Dios para que no nos acerquemos, así obra para que no nos apartemos* (2). Por eso, el haber vivido largo

(1) Non me derelinquis usquequaque.

(2) Sicut operatur Deus, ut accedamus, sic operatur ut recedamus. (S. Aug., lib. II, cap. VII, *de Don. persever.*)

tiempo bien, el haber adquirido grande virtud, el haber obrado grandes cosas por Dios, no nos puede asegurar sin otra nueva gracia; y, aunque se pueda merecer condignamente el Paraíso, no se puede merecer condignamente la perseverancia, la cual será siempre un mero don y una pura liberalidad del Señor, sin cuya especial ayuda, como faltaremos á cada paso, así faltaremos mucho más á lo último, cuando es el riesgo de perderse mayor. Ya ha seis mil años que el aire es alumbrado cada día del sol; y, sin embargo, apenas el sol aparta la vista de él, cuando de repente se ofusca, y no puede conservar la luz que se le ha comunicado ni un momento; de suerte que parece que es más propio el llamar no luminoso al aire, mas al sol luminoso en el aire. Decid lo mismo también de vosotros: *Dios persevera en nosotros. No yo, mas la gracia de Dios conmigo* (1). Vosotros por vosotros mismos sois tan débiles, que, si Su Majestad aparta la vista, sois perdidos: *Apartasteis vuestra cara de mí, y quedé turbado* (2). ¡Oh cuán grande abismo, pues, de vanidad es el hombre! *Todo hombre es todo vanidad* (3). Se desvanece, y cada instante tiene necesidad de arrimo para mantenerse. Se levanta sobre sí, y aun no sa-

---

(1) Non ego, sed gratia Dei mecum.

(2) Avertisti faciem tuam a me, et factus sum conturbatus.

(3) Universa vanitas omnis homo.

be si ha de perseverar. ¿Dónde está tu glorificación? Está excluida (1).

## EJERCICIO

### HACIA DIOS

I. Antes de cada acción buena encomendaos á Dios, desconfiando de hacerla bien sin nueva ayuda suya.

II. Después de haber acabado la obra, agradecedle á Dios todo el bien, habituándoos á reconocerlo todo de la gracia, y á hacerle á Su Majestad homenaje, arrojando también vosotros vuestras coronas delante de su trono.

III. Pedid muchas veces perdón de no haber correspondido á las ayudas que os da el Señor para obrar bien, confesando sinceramente que la gracia no os ha faltado á vosotros, mas vosotros habéis faltado á la gracia.

IV. Haced muchos actos de fe acerca de la nada que sois, principalmente en el orden de la gracia, protestando que tanto proseguiréis en estar en pie cuanto prosiguieren en teneros.

V. Concebid una gran maravilla de que Dios trate tan amorosamente con unas criaturas tan miserables como vosotros, y decidle

---

(1) *Ubi est gloriatio tua? Exclusa est.* (Rom., III, 27.)

con David: *Señor, ¿qué es el hombre, que lo magnificáis? ¿O por qué ponéis en él vuestro corazón?* (1).

#### HACIA SÍ

I. Huid el ser y parecer singulares, estudiando no ser estimados en cosa más que lo común y lo acostumbrado.

II. No os excuséis jamás de aquellos pesos que llevan los otros, huyendo la incomodidad y el servicio que les es debido.

III. Temed que os abandone la gracia por vuestra ingratitud y por vuestra mala correspondencia.

IV. Gozaos de los defectos naturales que descubris en vosotros, como de materia y de ayuda para la humildad.

V. Acordaos de que quien os alaba os engaña, si concurre al error de haceros tener por vuestro un bien que es de la gracia; *Pueblo mío, los que te dicen bienaventurado te engañan* (2).

#### HACIA EL PRÓJIMO

I. Elegid cuanto se puede, sin afectación, el último lugar entre los otros, como menos dignos.

---

(1) Quid est homo, quia magnificas eum? Aut quia apponis erga eum cor tuum?

(2) Popule meus, qui te beatum dicunt, ipsi te decipiunt. (Isai., III, 12.)

II. Descubridle sinceramente vuestra conciencia á vuestro Padre espiritual, como enfermos á vuestro médico, venciendo con generosidad todo rubor.

III. No despreciéis á alguno, por gran pecador que sea, diciendo entre vosotros: ¿Quién sabe si aquél está predestinado y yo no?

IV. No queráis hacer con los otros de maestro, y mostrar que sabéis más que ellos.

V. Cuando os pertenece á vosotros el elegir, dejadle á los otros lo mejor en el vestido, en la habitación, en el alimento, como menos merecedores.

## ORACIÓN AL HIJO DE DIOS

### PARA LA CONSECUCIÓN DE LA HUMILDAD

¡Oh Verbo divino, oh luz, oh verdad! Mirad aquí á una miserable criatura que llega delante de Vos, toda dolorosa y confusa, á confesar su necesidad. Vos, Sabiduría increada, por un exceso de amor infinito, os habéis hecho nuestra sabiduría y justicia, para que no nos gloriemos sino en Vos; y, sin embargo, yo, ignorante é insensato, no he reconocido al Autor de todo mi bien, y he celebrado como mío propio lo que sólo podía venirme de Vos. ¿Qué puedo, pues, decir? Es menester que lo confiese. Mientras me ensoberbezco, estoy privado totalmente de entendimiento: *Soy todo*

*tinieblas, soy el más necio de los varones, y la Sabiduría no está conmigo* (1). Vuestra es la gracia, porque Vos la habéis merecido como Hombre: y vuestra, porque Vos la producís como Dios, y sin ella yo soy menos que nada, y más felices que yo son aquellas cosas que nunca fueron, y que nunca llegarán á ser; de adonde toda la gloria se os debe á Vos, y á mí no me queda más que confusión. Venid, pues, Vos, que sólo os podéis alabar de que pisáis con vuestra propia virtud el cuello de los más soberbios, y de que decís: *Pisé con mi propia virtud los cuellos de los soberbios y de los engreídos* (2). Venid y quebradle la cabeza á ésta mi maldita soberbia, de suerte que arroje todo el veneno. Alumbrad mi entendimiento para que conozca mi insuficiencia para todo bien; haced que á sólo Vos os dé siempre la honra; así, estable en la verdad y asistido siempre de vuestra gracia, podré esperar llegar á daros los agradecimientos por siempre en vuestra gloria. Amén.

---

(1) Stultissimus sum virorum, et sapientia non est mecum. (Prov., xxx. 2.)

(2) Superborum, et sublimium colla propria virtute calcavi.



## CONSIDERACIÓN III PARA EL MARTES

---

### *Las miserias del pecado original.*

#### LA VERGÜENZA

I. Considerad los primeros efectos de vuestra nada en las miserias del pecado original, por el cual, al instante que llegasteis al ser, fuisteis arrojados en los brazos de la culpa, que os acogió antes que vuestras amas de leche, mas sólo para daros muerte, y os apretó, no con fajas, mas con cadenas indisolubles por todas las fuerzas de la naturaleza: *Fui concebido en maldades* (1), decía todo confuso el santo David. He sido concebido en el seno de la maldad, no menos que en el seno de mi madre. Ahora, deteneos á ponderar esta primera vergüenza de vuestro origen; y como los soberbios comienzan sus alabanzas por la nobleza de los antepasados, comenzad vosotros más justamente vuestro abatimiento por vuestro primer progenitor Adán. Es gran confusión haber nacido de sangre vil; y el hijo de un traidor no se atreve á conversar con los otros, y llega hasta tomar un voluntario destierro de todo aquel país adonde es conocido por lo que es. Ahora no sois hijos del primer reo de lesa

---

(1) In iniquitatibus conceptus sum.

Majestad divina entre los hombres, del primer rebelde del Criador, del primer traidor de todo el género humano, muerto por él todo de un golpe: *Tu padre es amorreo y tu madre cetea* (1). Tu padre Adán fué amorreo, que quiere decir rebelde; y tu madre Eva fué cetea, que quiere decir necia; y, sin embargo, hay entre los hombres quien se hace llamar nobilísimo, y no se acuerda de aquella sangre pecadora é indigna que tiene en las venas. *Serpientes y generaciones de víboras* (2). Estos son los títulos que os están bien, serpientes y casta de víboras; porque si fueron víboras y serpientes nuestros primeros padres por el tóxico del pecado, ¿qué otra cosa podían engendrar más que una descendencia venenosa semejante á ellos? Gracias infinitas á nuestro Señor Jesucristo, que en el santo bautismo nos hace un baño de su sangre preciosa para lavar la infamia de esta mancha, y para curar esta nativa malignidad; mas todo el beneficio es del Señor, y todo el demérito es nuestro, y por eso á Su Majestad se le debe la gloria y á nosotros la confusión: *A Vos, Señor, la justicia, mas á nosotros la confusión* (3).

---

(1) Pater tuus amorrhæus, et mater tua cethea. (Ezech., xvi, 3.)

(2) Serpentes, et genimina viperarum.

(3) Tibi Domine justitia, nobis autem confusio. (Daniel, ix.)

LA IGNORANCIA DEL ENTENDIMIENTO

II. Considerad que este pecado original, además de la vergüenza, os trae un desconcierto extrañísimo de todos vosotros; y lo primero os trae una ignorancia prodigiosa en el entendimiento, con unas tinieblas más palpables que lo fueron las de Egipto. En las verdades naturales se puede decir que estáis á lo obscuro, porque tenéis los ojos del entendimiento para poder conocerlas, aunque, por falta de luz, conocéis poco de ellas; mas en las verdades sobrenaturales estáis totalmente ciegos, porque no tenéis, sin la gracia, ni aun tanto poder para formar un buen pensamiento que dé principio á vuestra salud, como lo habéis ya considerado; de suerte que no sois tenebrosos, mas tinieblas; una pura noche, una mera ceguedad: *Eratis en algún tiempo tinieblas* (1). No sabéis más que preferir la criatura al Criador, amar el bien caduco y despreciar el eterno, hallar el camino de la perdición, perder el camino de la salud: *Sabios para hacer males* (2). Y, sin embargo, por aquello poco que tenéis de ciencia natural; por aquello poco de ciencia humana que os queda, os parece que sois doctos; os miráis alrededor pavo-

---

(1) Eratis aliquando tenebræ.

(2) Sapientes ut faciant mala. (Jer., iv, 22.)

neándoos; os indignáis con quien os contradice; puntualmente, como si un negro etíope se creyera un milagro de blancura por aquel poco de blanco que se descubre en sus dientes: *Su arrogancia y su indignación es más que una fortaleza* (1). ¡Oh cuánto mayor es vuestro desvanecimiento que vuestro caudal!

### LA MALICIA DE LA VOLUNTAD

III. Considerad que las tinieblas que ha causado en vosotros el pecado original no son tinieblas de noche, que se desvanecen más presto y causan poco daño: son tinieblas eclipse, que traen la destrucción. Con la ignorancia del entendimiento se une una malicia tan extraña de la voluntad, que no tiene fin ni modo, en tanto grado, que sólo Dios puede tocar en su fondo y conocerla llenamente: *Malo es el corazón de todos, é inescrutable; ¿quién lo conocerá? Yo, el Señor, que escudriña el corazón* (2). Mas nosotros jamás podemos llegar á conocer enteramente aquel veneno que llevamos dentro de nosotros. Ahora esta malicia consiste en una inclinación vehemente de la voluntad á sí misma, hasta no hacer caso de Dios por conten-

---

(1) Arrogantia ejus, et indignatio ejus, plusquam fortitudinem ejus. (Isai., xvi, 6.)

(2) Pravum est cor omnium, et inescrutabile, quis cognocet illud. Ego Dominus scrutans cor. (Jer., xvi, 9.)

tarse; consiste en un increíble desenfrenamiento de lo concupiscible, en andar perdida detrás del placer, sin saciarse jamás; consiste en una suma debilidad de la irascible en seguir el bien honesto, unida con una suma audacia para seguir el deleitable: *El sentido y el pensamiento del corazón humano son inclinados al mal desde su adolescencia* (1). Un peñasco desmedido, que está pendiente en el aire por viva fuerza, tiene suma inclinación á caer; pero ésta se puede vencer con las fuerzas de la naturaleza; igual ó mayor la tenéis vosotros á precipitaros en todo lo malo; pero para deteneros no basta la naturaleza, mas se requiere la ayuda de la gracia con una continua y esforzada misericordia del Señor sobre vosotros: *Corroboró su misericordia sobre los que le temen* (2). Para concebir, pues, enteramente vuestro estado, figuraos que sois aquel infeliz que, habiendo partido de Jerusalén á Jericó, dió en manos de ladrones, que le despojaron, le hirieron y le dejaron medio muerto en el campo. Vosotros sois los que, pecando con la voluntad de Adán, partisteis de la ciudad de Dios para ir á la ciudad rebelde, y, cayendo en manos de los ladrones del Infierno, fuisteis despojados de la gracia y de la justicia original,

---

(1) Sensus, et cogitatio humani cordis in malum prona sunt ab adolescentia sua. (Jer., viii, 21.)

(2) Corroboravit misericordiam suam super timentes se.

y recibisteis estas cuatro heridas mortales de la ignorancia, de la malicia, de la debilidad, de la concupiscencia; de donde, con ninguna otra cosa viva más que una razón ofuscada y una libertad enferma, sólo os quedaba el morir eternamente sin remedio, si la bondad de nuestro Dios no hacía medicina para vuestras llagas con sus llagas propias; aunque las vuestras son tan malignas, que no sanan bastante aun con un medicamento divino. Y en este estado, en que debiera más justamente temerse que os desesperarais, ¿os queréis ensoberbecer? *Dices: Soy rico, y lleno de bienes, y de nada necesito; y no sabes que eres desdichado, miserable, pobre, ciego y desnudo* (1). Os juzgáis ricos por los dones de la naturaleza, y abundantes por los dones de la gracia, sin necesidad de las ayudas actuales para mantenerla; mas Dios pronuncia contra vosotros una sentencia totalmente contraria, y dice que sois miserables en vosotros mismos, y parecéis desdichados también para los otros. Sois pobres por la pérdida de la justicia original; sois ciegos por la ignorancia, y desnudos por el despojo de todos los hábitos de las virtudes. ¿Cuál es la verdadera de estas dos sentencias? *¿Quién se engaña: vosotros, ó*

---

(1) Dicis, quia dives sum, et locupletatus, et nullus, ego, et nescis, quia tu es misere, et miserabilis, et pauper, et cæcus, et nudus. (*Apoc. III.*)

*Dios? En la mano de Canaam habla un peso engañoso, y dijo: Yo me he hecho rico (1).*

## EJERCICIO

### HACIA DIOS

I. Poneos delante de Dios, como abortivos, echados con desamparo del campo; y figuraos que el Señor, mirándoos benignamente, por su mera piedad, os dice: *Vivid*. Viendo que eras pisado en tu sangre, te dije: *Vive, te dije (vuelvo á decir); vive en tu sangre (2).*

II. Protestad delante del Señor que no podéis sanar de vuestras heridas tan mortales, si Su Majestad no os aplica su mano: *Sanadme, Señor, y sanaré: salvadme, y me salvaré (3).*

III. Temed que los dones del Señor se os hagan por vuestra culpa ocasión de mayor condenación; pues cuanto más obligados estáis á servirle, tanto menos le servís.

IV. Si Dios os priva de sentimientos de devoción, entrad más profundamente en vosotros mismos, confesando que no merecéis

(1) In manu Chanaam statera dolosa, et dixit dives factus sum. (Oss., XII, 7.)

(2) Videns te conculcari in sanguine tuo dixi tibi: vive, dixi, inquam, tibi in sanguine tuo vive. (Ezech., XVI.)

(3) Sana me Domine, et sanabor salvum me fac, et salvus ero. (Jer., XVII, 14.)

aquellas caricias que son propias de los amigos del Señor.

V. Restituidle á Dios toda aquella gloria que otras veces le habéis quitado, desvaneciéndose sin razón: *La diestra del Señor hizo la virtud* (1).

#### HACIA SÍ

I. Juzgaos por indignos de todos los bienes que tenéis y de los que no tenéis, confesando que no merecéis aquella comida que os sustenta, aquel aire que respiráis, etc.

II. Guardaos de hacer jamás alguna cosa y de omitir cualquier bien por respetos humanos.

III. Desead no ser honrados, para subir con esto al deseo del desprecio, que es el último término de la humildad.

IV. Contentaos de morir en el corazón de todos, y de que ninguno os ame ó se acuerde de vosotros: *Como muerto en el corazón* (2). Porque no amándose más que el bien, mientras deseáis ser amados, deseáis también parecer buenos.

V. No ceséis de reprenderos en vuestras caídas y de condenar vuestras culpas, para llegar á despreciaros de corazón, y á ser intolerables para vosotros mismos.

---

(1) *Dextera Domini fecit virtutem.*

(2) *Tanquam mortuus a corde.*



## HACIA EL PRÓJIMO

I. Si no os fuerza la caridad ó la justicia, callad inviolablemente los defectos ajenos, y sed prontos en manifestar las ajenas virtudes.

II. No os venguéis jamás de alguno más que con hacerle algún gusto, reconociéndoos dignos de todo mal, y persuadiéndoos á que en vosotros se hace bueno lo que, si se hiciera con los otros, fuera malo.

III. Si no podéis preferir á los otros en lo exterior, preferidlos siempre en vuestro corazón, juzgándoos por indignos de su compañía.

IV. Persuadios á que no tenéis peor consejero que vosotros mismos; y así, estad siempre más dispuestos para seguir el parecer ajeno que el vuestro.

V. Guardaos de hacer poco caso del desprecio por soberbia, como los que muestran que no estiman el vituperio porque no estiman la persona que los vitupera, y de esa suerte son altivos cuando parece que ejercitan la humildad.

## ORACIÓN AL ESPÍRITU SANTO

### PARA CONSEGUIR LA HUMILDAD

¡Oh amor eterno! ¡Oh espíritu consolador!  
¡Oh don sobre todo don! Veis aquí un abismo de miserias, que os invoca á Vos, abismo de

misericordias, para que le aliviéis sus males, le curéis sus llagas, le lavéis sus inmundicias: *Lavad lo que está sucio, regad lo que está seco, sanad lo que está herido* (1). Vos, que al principio del mundo ibais sobre el agua para vivificar y fecundar aquel primer bosquejo de las cosas criadas, y después, con mucho mayor milagro, vivificasteis y fecundasteis en el agua del bautismo con la gracia mi alma; yo, necio, hecho semejante á los jumentos, no conociendo la honra de vuestros dones, arrojé luego esta gracia; y á las deudas heredadas del pecado original, añadí con mis maldades las mías propias, redoblando mi debilidad natural, reforzando mis cadenas, ensanchando mis heridas. No merezco, pues, ni piedad, ni perdón; no lo merezco verdaderamente. Mas Vos, que en nuestras mayores necesidades hacéis que resplandezca más vuestra liberalidad, no abandonéis á este desdichado, que no puede tener sin Vos algún bien: *Sin vuestra divina asistencia nada hay en el hombre seguro de infelicesdades* (2). Y porque una de mis mayores miserias es no conocer mis miserias, compadeceos de mi horrible ceguedad, y descubridme, con un rayo de vuestra luz, cuán miserable soy delante de

---

(1) Lava quod est sordidum, riga quod est aridum, sana quod est saucium.

(2) Sine tuo numine, nihil est in homine, nihil est innoxium.

Vos. Hacedme participante de aquel concepto que Vos tenéis de mí, de mi nada, de mis malos hábitos, de mi ignorancia, de mi flaqueza, de mi perversidad. Dichoso yo si me hacéis esta gracia, para que, viendo ahora la luz en vuestra luz, sea finalmente introducido en el paraíso, para participar de vuestra santidad y de vuestra bienaventuranza, hecho para siempre semejante á Vos. Amén.

## CONSIDERACIÓN IV PARA EL MIÉRCOLES

---

*Sobre los pecados actuales.*

### LOS PECADOS PASADOS

I. Considerad cuánto peores que la nada os habéis hecho con vuestros pecados propios. No puede concebir el entendimiento humano la extremada vileza de aquel estado en que se pone un pecador á los ojos de Dios. Mejor fuera para él ser un escuerzo lleno de veneno, un basilisco, un dragón; y aun mejor fuera para él no ser: *Mejor le estuviera á aquel hombre no haber nacido* (1). Todas las suertes de infamia están encerradas en un pecado, y nosotros, cometiéndole, hacemos la más vergonzosa acción, la más afrentosa traición, la des-

---

(1) *Melius erat illi si natus non fuisset homo ille.*

lealtad más ignominiosa que es posible: *¿Qué nimiamente vil te has hecho repitiendo tus caminos!* (1), dice Dios, por la inmensa vileza de un alma pecadora, que tanto más redobla su vileza, cuanto vuelve más á añadir culpa á culpa; y aunque podáis quizá esperar que vuestras maldades se os hayan perdonado, con todo eso no estáis seguros, y cuando hayáis recibido el perdón y borrado vuestras manchas, esto se le debe á la gracia de Dios, no á vosotros. Pero consideraos un poco con lo que es vuestro, ¡y veréis qué caos de confusión se os descubre, qué abismos de malignidad prodigiosa! *Facti sunt abominabiles, como aquellas cosas que amaron* (2). Vuestra voluntad quedó tan abominable en el acatamiento divino, cuan abominables eran los indignos objetos que amó más que á Dios. Este es el estado en que os habéis puesto y en que debéis reconoceros, cuanto es de vuestra parte, pues los pecados, aun perdonados, son siempre vuestros; y más habéis de detestar cualquiera culpa ligera en vosotros, que en otros una culpa gravísima. *¿Por ventura es poco para vosotros el haber pecado* (3)? ¿Os

---

(1) *Quam vilis facta es nimis, iterans vias tuas!* (Jer., II, 36.)

(2) *Facti sunt abominabiles, sicut ea, quæ dilexerunt.* (Oss., IX, 10.)

(3) *Nunquid parum vobis est, quod peccatis?* (Jos., XXII, 16.)

parece poco exceso el haber hecho una vez traición á vuestro Dios? Basta el haber sido una vez pecadores, para que os avergoncéis siempre de vosotros mismos, y no os atreváis á alzar la cabeza por el rubor. Dicen que aquel Simón que tuvo por huésped al Redentor, fué curado de su lepra por el mismo Señor; mas, sin embargo, retenía el nombre de Leproso; por lo que había sido primero. Según este modo de hablar, también vosotros sois todos llagas, todos vileza: *La infamia, en que una vez se ha incurrido, dura perpetuamente* (1). Así lo siente la ley humana; y la divina, si les borra á los penitentes la infamia del pecado, os aconseja, con todo eso, que os consideréis siempre en aquel estado en que estuvisteis por vuestra culpa, y ahora no estáis por pura misericordia.

#### LOS PECADOS PRESENTES

II. Considerad más, que no es necesario que recurráis á lo pasado para humillaros, mas sobra lo presente. Si reparáis con atención el estado actual de vuestra alma, os parecerá que veis un Job sentado sobre un muladar, que vierte podre desde la cabeza á los pies: *Desde la planta del pie hasta la corona de la cabeza no hay en él parte sana: todo es herida,*

---

(1) Infamia semel imposita, perpetuo durat. (Luc., III.)

*cardenal y llaga enconada* (1). Todas vuestras potencias, todos vuestros sentidos manan imperfecciones y podre por un número sin número de faltas que brotan, y os hacen como un cadáver que respira comido vivo de gusanos: *Es tanta nuestra maldad, decía la beata Catalina de Génova, que, si Dios atendiera á ella, nunca nos pudiera hacer bien, porque es inexplicable é increíble para quien no la ve*; y una vez que á la misma Santa se le mostró la abominación de un acto mínimo contra el querer de Dios, dice: *Que estuvo para morir, y que si no hubiera pasado presto aquella visión, aunque hubiera tenido un cuerpo de diamante, se le hubiera despedazado*. Ahora, ¿cuántos de estos pecados tenéis? Es tan incierto el número de ellos, como es incierto también el peso: *¿Quién entiende de delitos?* (2). Y, sin embargo, queréis que os tengan todos por buenos. Vosotros sois como el azogue, que es el más grave de todos los metales, y, sin embargo, quiere volar por el aire sobre todos los otros: *Abominable é inútil hombre que bebe la maldad como agua* (3). ¡Veis aquí vuestro retrato: inútil

---

(1) A planta pedis usque ad verticem non est in eo sanitas: vulnus, et livor, et plaga tumens. (Isai., 1, 6.)

(2) Delicta quis intelligit?

(3) Abominabilis et inutilis homo, qui bibit quasi aquam iniquitatem. (Job., xv, 16.)

por la nada de la naturaleza; abominable por los pecados pasados, que de presente no sólo se come la maldad, mas se la bebe, pecando sin respeto, y, sin embargo, se ensoberbeco!

### LOS PECADOS POSIBLES

III. Considerad que sois grandísimos pecadores, no sólo por las transgresiones pasadas y por las presentes, mas también por las posibles, si Dios no os ayuda á evitarlas: *A vuestra gracia, Señor, atribuyo todos cuantos males no he hecho* (1). Confesaba humildemente San Agustín (lib. II, *Confess.*, capítulo VII): todos los pecados que no cometemos, son beneficios de la gracia divina y de la sangre de Nuestro Señor Jesucristo; porque, á la verdad, cualquier hombre, por su naturaleza estragada y por su nada con que nace, tiene bastantemente en sí cuanto se requiere para todas las enormes maldades. Vosotros, pues, que sois tan flacos en el bien, que no podéis con vuestras fuerzas solas dar un paso siquiera, sois en el mal unos gigantes tan desmedidos, que podéis cargar sobre vuestras espaldas todos los pecados del mundo; por eso figuraos que estáis como tenidos por los cabellos, pendientes sobre el abismo de todas las más monstruosas enormidades, y que, para que caigáis dentro, no es necesario más que el que seáis

---

(1) *Gratiæ tuæ deputo, quæcumque non feci mala.*

dejados. No es menester milagro; con no hacer nada, os puede Dios hacer mayor mal que si os aniquilase. Basta que os haga Su Majestad un nuevo beneficio, en que no tenéis vosotros más parte que el haberlo muchas veces desmerecido; basta que le permita al demonio que os tienta con toda su fuerza; basta, en una palabra, que os deje en las manos de vuestra voluntad, y veos aquí precipitados en todos los males. Conforme á esto, os habéis de tener ahora en aquel grado en que estuvierais si tuvieseis sobre vosotros todos los pecados del mundo, porque cuanto es por vosotros ya lo tenéis, llevando en el alma aquel caudal de miserias que es bastante para cometerlos. El que padece mal de corazón se tiene por enfermo, aun cuando no le experimenta actualmente, pues tiene en sí entrañado aquel humor maligno que es suficiente para hacerle caer en todos los precipicios. El primer nombre que tuvo la tierra fué el de Árida: *llamó Dios árida á la tierra* (1), no porque estuviese árida, pues había estado hasta entonces sepultada en las ondas, mas porque es árida por sí misma, y sería también árida sin el agua. Privados de todos los socorros de la gracia, sois unos nuevos ó peores antecristos: ensorbeceros ahora á la luz de estas verdades, si podéis.

---

(1) *Vocabit Deus aridam terram.* (Gen., 1, 10.)



## EJERCICIO

### HACIA DIOS

I. Poneos delante de Dios como el Publicano, que por la confusión no se atrevía á mirar al cielo, y decid muchas veces: *Dios nuestro, mostraos propicio para con nosotros, grandísimos pecadores* (1).

II. Cuando fuereis alabado, acordaos del juicio tan diverso que hace el Señor de vosotros (2): *El que es alabado de los hombres vituperándole Vos, no será absuelto de los hombres condenándole Vos*, decía San Agustín.

III. Rogadle frecuentemente al Señor que no os abandone en las manos de vuestras pasiones: *No me entreguéis al alma irreverente y desenfrenada* (3).

IV. Miraos en el acatamiento de Dios como unas lagunas hediondas que, en tanto no apesantan el aire, en cuanto no las menean; aquellos pecados no cometéis á que no sois tentados, ó que no tenéis ocasión de cometer.

V. Aceptad de buena voluntad todos los trabajos, como un siervo que dobla las espaldas

---

(1) Deus propitius esto mihi maximo peccatori.

(2) Qui laudatur ab hominibus vituperantete, non absolvetur ab hominibus condemnantete.

(3) Animæ irreverenti, et infrunitæ non tradas me. (Eccles., xxii, 6.)

debajo de la pena bien merecida: *Sufriré la ira del Señor, porque pequé contra El* (1).

#### HACIA SÍ

I. Guardaos de hablar de vosotros sin causa muy justa, y mucho más de traeros por ejemplo de lo que se ha de hacer.

II. El hablar bajo lo han reconocido siempre los santos por indicio y por ejercicio de humildad.

III. Huid cuanto pudiereis la conversación de los que os alaban mucho y os estiman más que á los otros, por que no se fomente vuestra soberbia.

IV. No queráis esconder vuestros defectos, principalmente los naturales, que no pueden causar escándalo.

V. Esforzaos á concebir un odio santo contra vosotros, como que no sois buenos para más que para hacer el mal, si no os detiene Nuestro Señor: cualquiera que os conociera bien, os aborreciera.

#### HACIA EL PRÓJIMO

I. No porfiéis jamás con alguno; mas, después de haber dicho vuestra razón, ceded mo-

---

(1) *Iram Domini portabo, quoniam peccavi ei.*  
(Mich., vii, 9.)

destamente, juzgando por grande victoria el venceros á vosotros mismos.

II. Cuando cedáis, no mostréis que cedéis voluntariamente, mas por necesidad, porque no sabéis responder más.

III. Cuando alguno os fuere molesto en la conversación, acordaos de cuánta mayor molestia sois vosotros para el Señor con vuestras faltas, y, sin embargo, os tolera.

IV. Si sois tratados con igualdad por los demás hermanos vuestros, espantaos en vuestro corazón, juzgando que sois entre ellos como el cuervo entre las palomas.

V. Guardaos con diligencia de todo movimiento de envidia. La envidia, además del mal de la soberbia, de que nace, añade el mal del odio, que pare, y por eso dobla la malignidad.

## ORACIÓN A JESUCRISTO

COMO REDENTOR,

PARA QUE NOS CONCEDA LA HUMILDAD

¡Oh benignísimo Redentor mío, que por la salud de los hombres quisisteis parecer menos que hombre, todo cubierto de confusión, harto de oprobios! Yo bendigo y quiero bendecir eternamente aquella misericordia con que habéis tan largo tiempo tolerado mis pecados; y, lo que es más intolerable, mi soberbia. Verdaderamente no era menester menos que una

paciencia infinita para tolerarme tan pobre y tan altivo estimador de mí mismo: ¡*Pobre y soberbio!* (1). Mas no se encierre aquí vuestra bondad en tolerarme solamente; pasad más adelante, único Bien mío, y libradme de mi maldad, haciéndome tan humilde como soy vil en la verdad: *Libradme del hombre inicuo y engañoso* (2); libradme de mí mismo, que soy injusto engañador de mí mismo. Alumbrad mi ceguedad con vuestra verdad, de suerte que me repute como lo que soy á vuestros ojos, como un abismo de flaqueza y de pecados. Ya habéis comenzado la obra por medio de la fe; perfeccionadla, ilustrándome también el entendimiento, no despreciando mis ruegos, aunque merezco tanto que los despreciéis. Ved que mi malicia es tan grande, que bastara para apestar á todos los hombres con el mal ejemplo, si Vos no me sustentarais con vuestra gracia, y no fuera suficiente el Infierno para castigar mis culpas, y fuera menester hacer otro muy de propósito para mí, y sin embargo no me conozco, y pretendo ser honrado y sobresalir. Menester es, pues, vuestra luz para vencer mis tinieblas, juntamente con vuestra fortaleza, para hacer que yo no caiga en lo porvenir en el profundo de todos los males. Esta invoco, y ésta espero en vuestra

---

(1) *Pauperem et superbum.*

(2) *Ab homine iniquo et doloso, eruo me.*

sangre, de vuestras promesas, y de aquella bondad con que acostumbráis dar más que se os pide, prometiéndoos alabaros por todos los siglos, porque le habéis concedido una gracia tan importante á quien era de ella tan indigno. Amén.

## CONSIDERACIÓN V PARA EL JUEVES

---

*El Infierno es grande motivo de humillación.*

### HABÉIS MERECIDO ESTA SENTENCIA

1. Considerad la vergüenza de un ladrón ya convencido de su delito, y ya condenado á la horca, y mirad luego cuánto es mayor vuestra ignominia por haber sido condenado al Infierno como ladrón de la honra divina. No hay duda que delante de los ángeles y delante de Dios tanto es mayor esta confusión, cuanto es más vivir para siempre debajo de los pies de los demonios, que acabar su vida en un patíbulo por mano de un verdugo; principalmente que un reo puede alegar alguna cosa en su disculpa, y puede poner en duda si es tan culpado como le parece á la justicia humana; pero en vosotros no tiene lugar esta duda. Es cierto que habéis merecido tan grande pena, y en esto está propiamente la verdadera confusión: *No es lo malo el ser castiga-*

*do, mas el hacerse digno de pena (1). Ya estabais convencidos por la Justicia divina, que no puede errar, y aun ya estabais, por decirlo así, debajo de la escalera, y no faltaba más que daros el último empujón; pues á muchos, y muchos menos malos que vosotros, este empujón se ha dado, y se han perdido para siempre: Si no es porque el Señor me ayudó, hubiera faltado poco para que habitara en el Infierno mi alma (2). ¡Oh qué infeliz habitación! ¡Oh qué amarga posada! ¡Oh qué intolerable confusión! ¿Y después os quejáis de que no se hace caso de vosotros? Todo el desprecio, que no es condenación é infierno, es mucho menos que el que se os debe. Decid aún, todos cubiertos de rubor: *Pequé, y verdaderamente delinqué, y no recibí el castigo de que era digno (3).**

#### NO SABÉIS SI SE HA REVOCADO

II. Considerad que no estáis seguros de que se ha revocado ésta vuestra sentencia. A Santa Teresa de Jesús le mostró Dios un lugar en el Infierno, adonde hubiera ido á caer finalmente si hubiera continuado ciertas conversa-

(1) Non puniri malum est, sed fieri pœna dignum.

(2) Misi, quia Dominus adjuvit me, paulominus habitasset in inferno anima mea.

(3) Peccavi, et vere deliqui, et ut eram dignus non recepi. (Job, xxxiii, 27.

ciones para efectos, no perversos, mas peligrosos. También, pues, se os ha señalado á vosotros, y con más razón, un lugar en aquellas tinieblas horrendas, en compañía de aquellos infelices, privados para siempre de su fin; mas ¿quién sabe que no se conserva todavía para vosotros aquella estancia tan desafortunada? ¿Quién sabe si se ha borrado ya aquella sentencia de maldición? ¿Quién sabe si se ha quitado ya vuestro nombre de aquel libro de muerte? *No sabe el hombre si es digno de amor ó de odio* (1). No sabe el hombre si está absuelto ó condenado en el divino Tribunal; y en esta duda alza la cabeza y se engríe y desprecia á sus compañeros, que tienen por ventura mucho mejor la causa que él: *Yo soy varón, que veo mi pobreza en la vara de su indignación* (2). No hay mejor modo de conocer su pobreza que mirar la deuda contraída con la divina Justicia. Si las leyes cuentan á los siervos por nada: *Los siervos son tenidos por ninguno* (3), ¿cuánto más ha de ser contado por nada el siervo condenado á una pena infinita, que es incierto si se le ha perdonado?

---

(1) Nescit homo utrum amore, an odio dignus sit. (*Eccles.*, ix, 1.)

(2) Ego vir videns paupertatem meam in virga indignationis ejus. (*Thren.*, iii, 1.)

(3) Servi pro nullis habentur.

PUEDE VOLVER Á MERECKERSE Y EJECUTARSE

III. Considerad que, aunque se haya perdonado la pena que se les debe á vuestros malos hechos, este perdón se le debe todo á sólo la misericordia de vuestro Dios; pero vosotros, por vosotros mismos, sois los que fuisteis: unos réprobos, unos condenados, y podéis decir con verdad: *El Infierno es mi casa* (1): el Infierno solamente fué, mas es aún de presente, mi casa, porque yo me la fabriqué con mis culpas, y no habia fuerza criada que bastase para embarazarme el ir á habitar en aquel incendio sempiterno; tanto más, que, aunque hubierais ya recibido el perdón de lo pasado por la gracia divina, no estáis seguros de no volver á condenaros sin remedio por lo que ha de venir con vuestra malicia. ¡Oh verdad, que le cierra todos los caminos á la vanidad! ¡Oh abismo de los divinos juicios, en que, quien no se humilla, ó no tiene entendimiento, ó no tiene fe! Aquel es hoy ladrón y reo de condenación, mas dentro de pocos días recibirá en la cruz el paraíso de Cristo; y éste es apóstol y manda á los demonios; y, sin embargo, en breve acabará desesperado la vida, para ser pisado para siempre por aquellos demonios á quien puso en huida. ¡Oh abismo, vuelvo á decir, oh espan-

---

(1) *Infernus domus mea est.*



to! ¿Cómo podéis, pues, despreciar á alguno en esta grande incertidumbre de vida eterna y de muerte? ¿Cómo podéis apreciaros á vosotros más que á los otros? Por ventura ¿despreciáis á un escogido para el reino, que es vuestro prójimo? Y por ventura ¿apreciáis á unos condenados á una eterna infamia, que sois vosotros? ¡Ah, que estáis tan lejos de caer en aquella sima, cuan lejos estáis de pecar; y estáis tan lejos de pecar, cuan lejos estáis de vosotros! Ahora, si caéis en aquella profundidad, ¿cuál será vuestra ocupación eternamente? Será detestar con aquellos infelices vuestra soberbia, y decir cada instante con ellos, llorando inconsolablemente, pero muy tarde: *¿De qué nos aprovechó la soberbia? Y la jactancia de las riquezas ¿qué nos sirvió?* (1). Aquella soberbia, que ni aun nos fué de utilidad por tan breve tiempo, ahora nos atormenta para siempre.

## EJERCICIO

### HACIA DIOS

I. Agradecedle frecuentemente al Señor la paciencia en sufriros tan largo tiempo, y figuraos que vuestros pecados le reducen á no poderos ya sufrir más: *No podía el Señor to-*

---

(1) Quid nobis pro fuit superbia, et divitiarum jactantia quid contulit nobis? (Sap., v, 8.)

lerar más por la malicia de vuestros deseos (1).

II. Cuando recibiereis alguna injuria, no miréis á quién os hace aquel agravio; mas levantad los ojos á Dios, que le toma por instrumento para humillaros: *El Señor le mandó que maldijera* (2).

III. Decíos alguna vez á vosotros mismos: ¿qué nos quedaría, si Dios nos quitara de un golpe todos los dones? *Si se pudiera hallar una criatura que no fuera participante de la divina bondad, fuera casi tan mala como Dios es bueno, decía la beata Catalina de Génova* (3).

IV. Considerad cuán abominables debéis ser delante de Dios por vuestra soberbia: *Todo arrogante es abominación de Dios* (4); y así, humillaos, porque no os sabéis humillar.

V. Esforzaos á concebir aquella confusión que tendréis en el Tribunal divino cuando, abriendo los ojos cerrados por la soberbia, no hallareis cosa buena: *Abrirá sus ojos y no hallará nada* (5).

(1) Non poterat Dominus ultra portare propter malitiam studiorum vestrorum. (Jer., xliiv, 22.)

(2) Dominus præcepit ei, ut malediceret mihi. (II Reg., xvi.)

(3) *In Vitæ*, 13.

(4) Abominatio Domini est omnis arrogans. (Proverbios, xvi, 5.)

(5) Aperiet oculos suos, et nihil inveniet.

HACIA SÍ

I. Humillaos debajo del mismo demonio que ha sido condenado por un pecado sólo, y no ha tenido jamás la gracia de levantarse, habiendo vosotros, después de tantas misericordias, multiplicado tanto los pecados.

II. Confundíos considerando cuán puntualmente queréis ser servidos de los otros, sirviendo después tan mal á Dios.

III. Ejercitaos de buena gana en ministerios bajos, que son medios más á propósito que todos los demás para conseguir la humildad: *La humillación, dice San Bernardo, es camino para la humildad, como la paciencia para la paz* (1).

IV. No os desdeñéis de aprender de los otros, mostrando que se lo agradecéis, cuando alguno os enseña.

V. Ejecutad de buena gana todas las penitencias, y humillaos interiormente, como culpados, al ejecutarlas.

HACIA EL PRÓJIMO

I. Ofreced las fatigas, las oraciones y los méritos de vosotros hermanos, con aquello po-

---

(1) Humiliatio via est ad humilitatem, sicut patientia ad pacem. (*Epist.* 81.)

co bueno que vosotros hacéis, para que pase como moneda falta entre muchas de peso.

II. No corrigáis á alguno, cuando os toca el hacerlo, antes de reconoceros interiormente por más culpado que él.

III. Mientras obedecéis, guardaos de repugnar con el juicio propio la orden que os han dado, porque eso será sujetar á los superiores el cuerpo, mas poner sobre ellos el entendimiento.

IV. No os comparéis jamás con alguno sino para abatiros más, considerando en el prójimo lo que tiene de Dios, y considerando en vosotros lo que es vuestro.

V. Cuando os corrigen los otros, humillaos, aunque seáis inocentes, considerando que, si no tenéis aquella culpa, tenéis otras mayores.

## ORACIÓN A NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO COMO MAESTRO DE LA HUMILDAD

Señor mío Jesucristo, Alteza de los humildes y Gloria de los que son viles en los ojos propios: Yo me confieso infinitamente obligado á vuestro amor, porque os habéis querido hacer Maestro para todo el mundo de una virtud tan desconocida en él y tan importante como es la humildad, sin la cual, como Vos mismo nos intimáis, no podemos entrar en vuestro Reino. Sea bendita, pues, eternamente aque-

lla lengua divina que en tantos modos y tan frecuentemente se abrió y nos enseñó este camino de la salud. Mas ¿de qué sirve que me hayáis dado esta sublime lección, si yo con mi rudeza no llego aún á entenderla? ¡Ah, divino Maestro! Vos no dais sólo los documentos, mas dais también el entendimiento para comprender la verdad. *Dadme, pues, á mi entendimiento para que sepa vuestros testimonios* (1). Dadme entendimiento capaz de entender qué es el haber merecido tantas veces el Infierno por la justicia, y el haberme librado de él hasta ahora por sola vuestra piedad. *Mi perdición nace de mí; en Vos está solamente mi ayuda* (2). Por mí soy un perdido, soy un réprobo, soy un condenado: lo que hay mejor en mí, todo es de vuestra misericordia, que me ha sufrido, y ¡ay de mí si no prosigue en sufrirme!, porque concluiré con el peso de mi malicia mi ruina, no deteniéndome jamás hasta haber caído realmente en aquel abismo de fuego: *Apartasteis de mí vuestra cara, y quedé turbado* (3). Así me enseñáis Vos, y yo, así instruido, ya no quiero dar más lugar á la soberbia tan aborrecible en vuestros ojos. Sean todas las criaturas que yo no me soy á mí

---

(1) Da mihi intellectum, ut sciam testimonia tua.

(2) Perditio mea ex me, in te tantum modo auxilium meum.

(3) Avertisti faciem tuam a me, et factus sum conturbatus.

mismo más que estímulo para la ruina y guía para un eterno precipicio, y que por eso sólo á Vos se os debe la gloria, ¡oh mi divino Libertador!, y á mí se me debe la confusión. Fundado y firme sobre esta verdad, espero á su tiempo aquel premio escondido á los soberbios y revelado á los humildes en el Paraíso. Amén.

## CONSIDERACIÓN VI PARA EL VIERNES

---

*Sobre la causa que tenemos de humillarnos  
por nuestras obras buenas.*

POR AQUELLO QUE EN ELLAS ES TODO DE DIOS

I. Considerad vuestra extrema miseria, pues la misma riqueza de las buenas obras os hace, en cierto modo, más pobres; de donde, cuanto más hacéis por Dios, tanto debéis ser más humildes delante de El, y lo primero por lo que Su Majestad tiene suyo en cada acto virtuoso. Para obrar bien se requiere en vosotros el beneficio del ser, que todo es de Dios por la creación, y por El sólo le debierais una gloria infinita y un infinito reconocimiento, habiendo ejercitado en el sacaros de la nada un infinito poder. Además de esto, son necesarias las potencias, que todas son hechuras del Señor: es necesario el concurso de Dios como primera

causa y Autor de la naturaleza, sin la cual las causas segundas no obrarán más que si no fueran. Fuera de eso, es necesario que Dios concorra, como Autor de la gracia, con una ayuda sobrenatural, para que, esforzados con esta fuerza superior, lleguéis á conocer y á querer el bien. Ultimamente, es necesaria la gracia santificante que hace las obras meritorias de vida eterna, y todas estas cosas juntas es menester que, no sólo se os den, mas que se os conserven también por todo aquel tiempo que proseguís obrando; de suerte que, si faltase una sola, faltará luego la operación. Mirad, pues, cuán fuera de razón os ensoberbecéis por cualquiera acción bien hecha. Bien podéis alegraros, porque una obra buena es un grande bien; mas no podéis gloriaros. Un mendigo se regocija si recibe una limosna más gruesa, mas no se desvanece por eso ni desprecia á los compañeros; porque si fué provisto mejor que los otros, fué porque estaba también más andrajoso, más miserable, más puerco que los otros: *¿Quién soy yo? Vuestro siervo, que mirasteis á un perro muerto semejante á mí* (1).

---

(1) Quis ego sum servus tuus, quoniam respexisti super canem mortuum similem mei. (II Reg., viii, 9.)

POR AQUELLO QUE HAY EN ELLAS JUNTAMENTE  
DE DIOS Y VUESTRO

II. Considerad lo que ponéis vuestro en las obras buenas, y es la cooperación á la gracia y el buen uso de las potencias en las ejecuciones; mas éste es don también de Dios, no porque nosotros no queramos verdaderamente y no obremos el bien que hacemos, pues de otra manera no fuera nuestro; mas, porque no le queremos, no lo obramos sin la ayuda divina: *No porque no queremos, ó no hacemos* (dice San Agustín), *mas porque, sin su ayuda, ni queremos algo bueno ni lo hacemos* (1). *Pues en esto, ¿qué materia hay para vosotros de gloria? ¿Por ventura se gloriará la segur contra aquel que corta con ella? (2). ¿Por ventura se podrá alabar la segur contra el artífice?* Verdad es que os podéis gloriar en el Señor, por la libertad de que usáis en el obrar bien: esto no le puede compeler al instrumento inanimado, que no es libre; mas no os podéis gloriar contra el Señor, usurpándoos lo que no es vuestro: *El que se gloria, gloriase en el*

---

(1) Non quia non volumus, aut agimus, sed quia sine ipsius adjutorio, nec volumus aliquid boni, nec agimus. (*L. de Grat. Christ.*, c. 21.)

(2) Nunquid gloriabitur securis contra eum, qui secat in ea? (*Isai.*, x, 15.)



*Señor* (1); *mas no contra el Señor* (2). Además de esto, aunque los actos buenos sean de Dios y sean nuestros, sin embargo, no son tan estimables y preciosos por lo que tienen de nosotros como por lo que sacan de Dios. Figuraos un gran monarca que se desposa con una pobre labradorcilla: los hijos que nacen del matrimonio son nobilísimos, son herederos de su reino; pero no son nobles y herederos por parte de la madre; sólo lo son por parte del padre; pues por lo que pertenece á la madre, antes son viles: de donde es que ostentan con razón el linaje paterno, mas del materno se avergüenzan y lo esconden. Así son las obras buenas nacidas del consorcio feliz de la ayuda divina y de la cooperación de nuestra voluntad: por el lado por donde nacen de Dios, son de un linaje celestial; mas por aquel por donde nacen del hombre, son de condición vil y dignas de confusión, no de estima: *Por la gracia de Dios soy aquello que soy* (3).

POR LO QUE EN ELLAS ES TODO VUESTRO

III. Considerad qué motivo de humildad debéis sacar de las obras buenas por lo que en ellas es todo vuestro; esto es, por las faltas y por las imperfecciones. El que mira el vina-

(1) Qui gloriatur in Domino gloriatur.

(2) Contra Dominum.

(3) Gratia Dei sum, id quod sum. (I Cor., xv, 10.)

gre con los ojos libres, le juzga un licor puro; mas el que lo mira atentamente con el microscopio, ve dentro un hervidero de gusanos. La poca luz que tenemos nos hace tener por perfectas nuestras acciones; pero, si Dios nos comunicara un rayo de su vista divina, las reconociéramos por un montón de defectos. Tanto es el amor propio, que con ellas mezclamos las complacencias de nosotros mismos, las intenciones torcidas, las pretensiones de nuestro interés y de nuestras comodidades. Al P. Baltasar Alvarez (á quien juzgó, por otra parte, Santa Teresa no inferior á algún otro siervo de Dios de su tiempo, como la misma lo testifica) le hizo ver el Señor con una altísima inteligencia sus obras buenas debajo del símbolo de un racimo de uvas, en que la mayor parte de los granillos, ó estaban podridos, ó secos, ó no maduros; de suerte, que apenas había en él dos ó tres totalmente buenos, y aun esos rociados de lodo. Esta fué la visión; y añadió el Señor con su propia boca: *Ves aquí la imagen de tu vida.* Dos ó tres acciones son buenas; mas, si Yo las examinare con rigor, hallaré también en ellas mucho que reprender. Argüid ahora vosotros lo que serán en los ojos divinos las obras de los más imperfectos, si son tales las de los grandes santos. ¡Ay de nosotros, si se quisiera el Señor portar con nosotros con todo rigor! *Señor, si observarais las maldades, ¿quien lo podrá*

*tolerar, Señor?* (1). Las mismas obras buenas nos deberían espantar, cuanto más los pecados: *Temía todas mis obras* (2). Finalmente, añadid á las faltas de comisión las culpas de omisión, y mirad que crecen hasta el Cielo: *Nuestros delitos crecieron hasta el Cielo* (3). De suerte que, si las transgresiones son muchas, reprenderáte por tu mucha malicia (4); las omisiones, como lo observa Santo Tomás, se pueden decir infinitas, y tus infinitas maldades (5). Si no sois, pues, grandes pecadores por lo malo que hacéis, lo sois grandísimos por lo bueno que dejáis de hacer. ¡Cuánta ingratitud, cuánta gracia perdida, que en otros se hubiera colocado con tanto fruto! Sois como un vaso quebrado, en que se pierde todo cuanto se infunde: *El corazón del fatuo, como vaso quebrado, no tendrá sabiduría alguna* (6). La gracia, que se os da en tantas oraciones, en tantas comuniones, en tantas ocasiones de obrar bien, se puede llamar sangre de Cristo, pues ha costado aquella sangre divina. Y un bálsamo tan precioso, vertido á

---

(1) Si iniquitates observaveris, Domine, Domine, qui sustinebit?

(2) Verebar omnia opera mea. (Job., ix, 28.)

(3) Delicta nostra creverunt usque cœlum. (I Esl., ix, 6.)

(4) Arguet te, propter malitiam tuam plurimam.

(5) Et infinitas iniquitates tuas. (Job., xxi, 15.)

(6) Cor fatui, quasi vas cum fructum, omnem sapientiam non tenebit. (Eccl., ii, 15.)

manos llenas en vuestro corazón ya ha tantos años, ¿adónde está? ¿Adónde están los efectos de esta sabiduría sobrecelestial que se os ha comunicado en tantas luces? ¿Adónde está la multiplicación de estos talentos? Y, sin embargo, el Señor la pide tan exactamente: *Al que le han dado mucho, le pedirán mucho* (1). Ved, pues, que cuanto más tenéis, sois más pobres. Vuestras riquezas son riquezas prestadas, que, en lugar de alegrar vanamente con la posesión presente á quien las recibe, le tienen siempre solícito con la memoria de la cuenta futura: *Cuando se aumentan los dones, crecen también las cuentas de los dones* (2).

## EJERCICIO

### HACIA DIOS

I. Poneos delante de Dios como unos hijos pródigos, y confesadle que no sois dignos de estar en su casa, ni aun entre los esclavos, por haber despreciado un patrimonio tan rico de gracia.

II. Miraos en otras ocasiones como leprosos, todos cubiertos de llagas, y decidle: *Señor, si queréis, me podéis limpiar* (3).

---

(1) Cui multum datum est, multum quæretur ab eo. (Luc., XII, 48.)

(2) Cum augentur dona, rationes etiam crescunt donorum.

(3) Si vis potes me mundare.

III. Reputaos por indignos de la Providencia Divina, por indignos de las inspiraciones, por indignos de todos los otros medios de la salud, de que habéis abusado ó que habéis tenido ociosos.

IV. Ofrecedle á Dios toda aquella gloria que los hombres, ciegos con la soberbia, le han hurtado hasta ahora, protestando que todo se le debe como á Autor de todo lo bueno: *Señor, todas nuestras obras habéis obrado en nosotros* (1), y que por eso, en nombre de todos los hombres, les hacéis ahora esta restitución.

V. En los negocios más dificultosos, confiad que, como instrumentos más ineptos, seréis más asistidos del Señor: *Que de nada tiene necesidad, y llama las cosas que no son como las que son* (2).

#### HACIA SÍ

1. Cuando se habla bien de vosotros, acordaos, como lo decía la beata Catalina, que no se habla de vosotros: vosotros, por vosotros mismos, y sin Dios, tenéis, dice, tanta parte en el bien como el mismo demonio.

II. Cuando os halléis caídos en algún de-

---

(1) *Omnia opera nostra, Domine, operatus es nobis.* (Isai., xvi, 12.)

(2) *Et vocat ea quæ non sunt, tanquam ea quæ sunt.* (Rom., 17.)

fecto, servíos de aquella ocasión para conocer vuestra debilidad, como quien halla al ladrón con el hurto en la mano.

III. Si la obediencia os obliga á subir algún grado de preeminencia ó de mando, bajad siempre en vuestro interior, haciendo reflexión sobre vuestro propio demérito.

IV. No seáis fáciles en excusaros, aunque no tengáis culpa, porque raras veces sucederá que lo hagáis por otro motivo que por soberbia.

V. Mirad los dones de Dios siempre juntos con vuestra miseria, y no por sí solos. Por más hermosa que sea una pintura, es siempre un lienzo bronco el fondo que la sustenta.

#### HACIA EL PRÓJIMO

I. Cuando recibiereis algún disgusto, no aguardéis á que sea el otro el primero en humillarse á vosotros, mas prevenidle en excusaros de haberle dado la ocasión.

II. Sujetaos prontamente á los otros, y procurad hacer antes la voluntad ajena que la vuestra.

III. No aguardéis agradecimiento del bien que les habéis hecho á los otros, mas suponed que habéis cumplido vuestra obligación como siervo de todos.

IV. No queráis algo más que los otros de las cosas comunes, pero antes menos, como menos dignos.

V. Cuando decís palabras de vuestra humillación, desead que los demás las crean, para no humillaros como los hipócritas: *Hay quien se humilla malvadamente, y tiene su interior muy lleno de engaño* (1).

## ORACIÓN Á CRISTO NUESTRO SEÑOR

### EJEMPLO DE HUMILDAD

¡Oh Verbo Eterno, hecho carne por nuestro amor! Yo os adoro en vuestras grandezas, y no menos os adoro también en vuestros abatimientos. Vos sois siempre Dios en vuestra gloria y en vuestra humildad; y como habéis exaltado nuestra naturaleza, deificándola al unirla con Vos, así habéis ensalzado nuestras bajezas cargándolas sobre Vos, haciéndolas divinas, é imprimiéndoles un carácter de nobleza sobrecelestial. Así, no os hubiera bastado el haceros Maestro de humildad, si no os hubierais también hecho ejemplo; y primero y más largo tiempo ejemplo con las obras que Maestro con las palabras, para cerrarle todos los pasos á mi soberbia y obligarla á rendirse á la verdad. ¿Qué excusa, pues, podré tener si pretendo ensalzarme, gusano vilísimo y pecador, cuando se abate tan prodigiosamente el

---

(1) Est qui nequi ter humiliat se, et interiorá ejus plena sunt dolo. (Eccl., XIX, 23.)

Señor de la Majestad? ¡Ah, que no tengo excusa alguna, y por eso me doy por vencido, y confieso delante del Cielo y de la Tierra que, si hay algo bueno en mí, todo es de Vos y que me ha venido de vuestras manos, y todo es para Vos, como cosa que se me ha dado solamente para vuestra gloria! Verdad es que después de haber confesado todo eso, que es tan cierto, vuelvo á las miserias de mi vanidad, y me complazco de mis acciones como si fueran todas mías, olvidándome tanto de mis innumerables faltas como si fueran ajenas. Alumbradme, pues, benignísimo Señor mío, mi verdad y mi luz, con mi lodo, como podéis: *Señor, lo que quiero es ver* (1); acrecentadme tanto el conocimiento de mis imperfecciones, que sobrepuje toda mi altivez, de suerte que no se atreva á alzar más la cabeza, y á reputarse más que una mera nada; y porque esto no basta, haced de más á más que, cual me conociere, por tal me trate, y por tal quiera ser tratado también de los otros por vuestro amor. Amén.

---

(1) Domine, ut videam.

---



## CONSIDERACIÓN VII PARA EL SÁBADO

---

*Sobre la nada que somos, comparados con los Santos y con Dios.*

COMPARADOS Á LOS SIERVOS DE DIOS  
QUE VIVEN EN LA TIERRA

1. Considerad que, fingido que fuese vuestro, todo aquello bueno ó natural ó sobrenatural que tenéis, esto mismo es tan corto, que puesto en comparación no parece; de donde, por cualquier lado que os miréis, siempre sois una nada, y no hay cuartel para la soberbia. Comparaos, pues, á todas las almas santas que viven ahora en la Iglesia: ¿quién puede jamás pesar su gracia, su fe, su caridad, su incansable estudio de agradar al Señor, su pureza, su obediencia, el odio santo de sí mismo, que habita en sus corazones? *Cuenta las estrellas, si puedes* (1). Más fácil será contar las estrellas del Cielo que las virtudes, los dones, las acciones singulares de tantos siervos del Señor en los claustros, en las soledades, en el mundo mismo, en toda suerte de condición y de estado. Ahora, poned en comparación de todo esto vuestras virtudes: ¿no

---

(1) Numera stellas, si potes.

veis que esto será poner á cotejo las casitas de barro que hacen los niños por entretenimiento, con el templo y con la casa de oro de Salomón? Mirará á los hombres, y dirá: *Pequé* (1). Si os queréis comparar atentamente de esta manera en vez de ensoberbeceros, se os caerá la cara en la tierra de vergüenza, y diréis: *Pequé* (2). Vuestras virtudes se os representarán mezcladas con tantas faltas, que, si las hubierais de dar la denominación de la parte mayor que descubris en ellas, las llamaríais defectos, no virtudes: *El que piensa en sí, comparándose con los varones santos, echa de ver que es malo* (3), dice San Gregorio, explicando las palabras traídas arriba. Por más bien vestida que esté una labradora; por más que procure hablar bien, si va á la Corte, los mueve á todos á risa, y conoce claramente, careada con tantas damas ó con tantas princesas, su rusticidad y su poca pulidez: *He visto á los monjes: no soy yo monje* (4). He visto cómo se sirve á Dios, pero yo no merezco el nombre de su siervo; y si toda la Tierra comparada con el Cielo no hace mayor figura que un punto, ¿qué figura haréis vos-

---

(1) Respiciet homines, et dicet: peccavit. (Job., xxiii, 27.)

(2) Et dices: peccavi.

(3) Sanctorum virorum comparatione se pensans, iniquum se esse deprehendit.

(4) Vidi Monachos: non sum ego Monachus.

otros, que sois tan miserables, comparados con el cielo de toda la Iglesia? Sois un punto, pero un punto hinchado y soberbio, que es nada por todos lados, y quiere parecer un gran cuerpo.

COMPARADOS CON LOS SANTOS DEL PARAÍSO

11. Considerad que todos los santos de la Tierra no aman al Señor con una dilección tan perfecta como le ama el menor de los bienaventurados; porque, conforme lo enseña Santo Tomás (1), el amor que proviene de la vista clara de Dios sobrepuja incomparablemente en valor al amor que proviene del conocimiento obscuro de la fe. Pues si sois nada cotejados con todos los santos de la Iglesia, ¿qué seréis comparados con todos los santos del paraíso? Es menester confesarse por pecador: *Mirará á los Santos, y dirá: Pequé* (2). Cotejad, pues, vuestra caridad con aquel incendio feliz de amor en que arden todos los ángeles y todos los bienaventurados; no la hallaréis menor que una centellita medio apagada, comparada con todos los hornos del mundo y con todos los montes que vomitan fuego; y si, levantando más la vista, llegáis hasta el trono de la Santísima Virgen, tan hermosa

(1) 2.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup>, q. 24, art. 7, ad 3.

(2) *Respiciet Sanctos, et dicet: peccavi.*

Ella sola como todo el paraíso junto: *Bella, como Jerusalén* (1), ¡cómo acabaréis de desaparecer!, y mucho más si, caminando aún adelante, os encontráis con la sacrosanta humanidad de Jesucristo, que subsiste en una Persona divina y es santa por la unión inefable de la misma Santidad increada, ¡oh!, aquí sí que yo os encuentro: *Fuisteis pesados en un peso, y se halló que teniais menos* (2). En las balanzas de esta comparación pesáis menos que la nada; y si el sol de nuestro Cielo hace que parezcan aun los átomos alguna cosa, este sol del Empíreo hace que desaparezcan las máquinas más eminentes de santidad, y que se vean como nada. A Santa Francisca Romana le servía el semblante de su ángel como de un cristal muy terso para darle á conocer sus propias imperfecciones, y por eso, después que se hizo digna de ver aquella cara tan hermosa, creció sin medida en el sentir bajamente de sí (3). Ahora, ¿qué viéramos en nosotros si nos sirviera de espejo la cara misma de Jesucristo? Viéramos una profundidad tan grande de flaquezas y de imperfecciones, que no pudiera llegar á conocerla llenamente más que la vista del mismo Dios: *Vuestros*

---

(1) *Decora sicut Jerusalem.* (Cant., vi, 3.)

(2) *Appensus es in statera, et inventus es minus habens.*

(3) En su *Vida*, lib. I, cap. xiv.

*ojos vieron lo imperfecto que tengo (1), pero no otros.*

COMPARADOS CON DIOS

III. Considerad que sois incomparablemente más viles y despreciables comparados con Dios, con su grandeza, con su gloria infinita: *Todas las gentes son como si no fueran delante de Su Majestad, y son reputadas para El como nada, y como una cosa que carece de ser* (2). Todas las criaturas actuales y posibles no son, si se ponen en cotejo con aquella luz inmensa, con aquel piélago de todos los bienes; y esto es lo que humilla tanto á los santos en este mundo, y á los bienaventurados en el Cielo, el Ser divino; de suerte que, por un vislumbre, que vió Isaías, andaba gritando: *¡Ay de mí, que soy un hombre que tengo los labios manchados, y he visto con mis ojos al Rey, que es Señor de los ejércitos!* (3). Después que el gran Dios de los ejércitos me ha descubierto algún poquito de su majestad, yo no me atrevo á hablar; tan sucio me veo delante de El: *Porque los santos,*

---

(1) Imperfectum meum viderunt oculi tui. (Psalmum XIII.)

(2) Omnes gentes quasi non sint, sic sunt coram eo, et quasi nihilum, inane, reputatæ sunt ei. (Isai., XL, 17.)

(3) Væ mihi quia vir polutis labiis, ego sum, et Regem Dominum Exercituum vidi oculis meis! (Isai., VI, 5.)

*cuanto más miran lo interior de la Divinidad, tanto más conocen que son nada* (1). De donde el conocimiento de sí no puede ser perfecto sin la añadidura del conocimiento de Dios: *Conózcaos á Vos, y conózcame á mí, para que os ame á Vos y me desprecie á mí* (2), decía, con razón, San Agustín. Veis, pues, aquí lo que sois, aun con todo lo bueno que poseéis: sois un átomo cercado por todas partes de un abismo inmenso de perfecciones, que os faltan á vosotros y se hallan en Dios; y por eso, ¿quién os reconoce en esta comparación que os halle en este abismo? Vosotros y Dios no sois alguna cosa más que Dios solo: *Su Majestad es todas las cosas* (3). Y si Su Majestad es todas las cosas, á vosotros solos os queda el ser nada: El es lo que es: vosotros sois lo que no tiene ser. ¡Ah Tierra, pues! ¡Ah Tierra! ¡Ah Babilonia de confusión! ¡Ah maldita soberbia! *Cayó, cayó la Babilonia grande* (4). Si el hombre es nada absolutamente con lo que tiene por sí mismo, y es nada comparativamente por lo que tiene también por Dios, ¿cómo se gloria? *Tu gloria es*

---

(1) Sancti enim quanto magis divinitatis interna prospiciunt, tanto magis, se nihil esse cognoscunt. (Greg., lib. XVIII, *Moral.*, c. 83.)

(2) Noverim te, noverim me, ut amem te, et contemnam me.

(3) Ipse est omnia. (Eccles., 41. Ex versic. Gr.)

(4) Cecidit, cecidit Babylon magna. (Ap., XVIII, 2.)

*nada* (1). *Se gloria de la nada: yo soy abismo de vanidad, de ignorancia y de nada: Vos abismo de verdad, de sabiduría, de bondad y de todas las cosas, Dios mío, y de todas las cosas* (2). Así sentencia de sí el humilde San Francisco, tan lleno de verdad en el conocerse á sí mismo, con los hombres comunmente de tinieblas (3).

## EJERCICIO

### HACIA DIOS

I. No juzguéis por grande á otra cosa fuera de Dios y lo que le pertenece, despreciando con vosotros á todo lo criado: *Lo que no es eterno, no es nada* (4).

II. Mirad los dones de Dios en vosotros como extraños, y que por eso, mientras os adornan, os recuerdan vuestra misericordia. Una pobre mujer, que va á la iglesia con un vestido prestado porque no le tiene propio, no se desvanece como adornada; mas se confunde como menesterosa.

III. Sujetaos á Dios como unos viles esclavos.

(1) Gloria tua, nihil est.

(2) Ego abysus vanitatis, ignorantiarum, et nihil: tu abysus veritatis, sapientiæ, bonitatis, et rerum omnium, Deus meus, et omnia.

(3) *In opusc. vide Uvadine.*

(4) Quod æternum non est, nihil est.

vos, é indignaos contra vosotros mismos cuando se os representan duras las disposiciones de la Divina Providencia en orden á vosotros: *Por ventura ¿no está sujeta á Dios mi alma?* (1).

IV. Dad gracias á Dios después de haber ejecutado cualquiera obra buena, como quien ha recibido una limosna que se ha dado á vuestra mendicidad.

V. Espantaos de que mientras los santos en la Tierra y en el Cielo se anonadan delante de Dios, por la dependencia que tienen de Su Majestad, y por la bajeza que tienen por su nada, vuestra ceguedad halla por qué ensoberbecerse. ¡Oh nada desconocida, decía la beata Angela de Fulino, oh nada desconocida!

#### HACIA SÍ

I. Sed amigos del silencio, y gustad más de oír que de hablar.

II. Si fuereis alabados, avergonzaos dentro de vosotros por el diverso juicio que hace de vosotros el Señor, que alguna vez se descubrirá á todos, y entonces se verificará: *Todos los que la glorificaban la despreciaron, porque vieron su ignominia* (2).

III. Guardaos de exagerar el mal que pa-

---

(1) Nonne Deo subjecta est anima mea?

(2) Omnes, qui glorificabant eam, spreverunt illam; quia viderunt ignominiam ejus. (Thren., 1, 8.)



decéis, para no conseguir compasión y estima de la caridad ajena.

IV. Procurad concebir desagrado por la honra que recibís, considerando vuestra virtud tan débil para resistir á cualquier impulso de la vanidad.

V. Maravillaos de la violencia de vuestras pasiones. Los montes que arrojan fuego se sosiegan alguna vez, mas vuestras concupiscencias no se sosiegan jamás.

#### HACIA EL PRÓJIMO

I. Cuando alguno os reprende, procurad persuadiros de que tiene razón; porque, de otra manera, de poco servirá el callar con la lengua y murmurar con el corazón.

II. Hablad bien de todos. El que es verdaderamente humilde, sólo tiene mala opinión de sí.

III. A cualquier impulso de juzgar sinies-tramente de los otros, enojaos contra vosotros mismos, como los que veís las pajas en los otros, sin reparar en vosotros las vigas.

IV. Viendo á quien peca manifiestamente, confesad en vuestro interior que fnerais aún peores si estuvierais en sus pies. Tal vid se erige porque la rige el olmo. Haced que éste le falte, y la veréis ir arrastrando por la tierra, del mismo modo que las demás que carecen de arrimo.

V. Al oír decir mal de alguno, guardaos de complaceros ocultamente, como exentos de aquella falta; porque, de otra manera, la soberbia se levantará con facilidad sobre las depresiones ajenas.

## ORACIÓN Á LA SANTÍSIMA VIRGEN

· PARA QUE NOS IMPETRE LA HUMILDAD

¡Oh Virgen de la pureza! ¡Oh Madre del santo amor, que le debéis á la humildad toda vuestra grandeza! Yo no hallo más justo título para venir delante de Vos, que haber de suplicaros que venzáis mi soberbia. Esta es vuestra enemiga y la enemiga de vuestro Hijo divino, que para destruirla juzgó por bien empleado el abatir su Divinidad hasta unirse con nuestra nada, y su Humanidad hasta la muerte de cruz. Poned, pues ¡oh benignísima Madre! vuestros ojos amorosos en este desdichado: *Volved á nosotros esos vuestros misericordiosos ojos* (1). No pido más que una de vuestras miradas. Miradme, y después, si tenéis aliento para verme tan pobre y dejarme abandonado en mi pobreza, me contento con quedar en ella; mas no lo sufrirá aquella misericordia que os es tan propia, y aquel oficio de Abogada nuestra y de Madre que os impuso, al mo-

---

(1) Illos tuos misericordes oculos ad nos converte.

rir vuestro Hijo, la última vez que os habló. Suplícoos, pues, por todos estos títulos, y por aquella complacencia que tiene en vuestra alma inmaculada la Santísima Trinidad, que queráis extirpar en mí toda la vana estimación de mí mismo, y todo afecto á la honra mundana. Sea mi gloria dar toda la gloria á Jesús, y confesar siempre que soy un pecador, y que, aquellos mismos bienes que poseo por su gracia, son todos una nada delante de la Divina Grandeza. Esta verdad, que me enseñáis Vos con vuestro ejemplo, haced que la ejercite yo de tal modo, que pueda engrandecer con Vos eternamente al Señor en el Cielo, y darle gracias porque miró benignamente un alma tan mala como la mía. Amén.

FIN



# ÍNDICE

	Págs.
Dedicatoria.....	7
Introducción.—§ I.....	11
§ II. Qué cosa sean los ejercicios espirituales de San Ignacio, y qué suerte de ocupaciones comprende.....	15
§ III. Brevisima instrucción para la oración mental.....	19
§ IV. Instrucción en orden á la lección espiritual y exámenes.....	26
§ V. Con qué disposición se ha de entrar en los ejercicios.....	29
§ VI. Distribución de las horas para el tiempo de los ejercicios.....	32
§ VII. Advertencias para el tiempo que se da en los ejercicios á la vía purgativa.....	33
Meditación para el día antes de los ejercicios. Sobre el estado miserable de una alma tibia.....	39
Meditación I para el primer día de los ejercicios.—Sobre el fin del hombre.....	44
Lección para el primer día de los ejercicios. Sobre la virtud de la fe.....	50
Meditación II para el primer día.—Sobre los medios para conseguir el último fin.....	73
Examen para el primer día.—Sobre el gobierno de los sentidos exteriores... ..	80
Meditación III para el primer día.—Sobre la gravedad del pecado mortal. ....	83
Meditación IV para el primer día.—Sobre las penas que se dan al pecado.....	89
Meditación I para el segundo día.—Sobre los pecados propios.....	96
Lección para el segundo día.—Sobre la virtud de la esperanza.....	101

	Págs.
Meditación II para el segundo día.—Sobre el mal que encierra y causa el pecado.....	120
Examen para el segundo día.—Sobre el gobierno de las pasiones.....	124
Meditación III para el segundo día.—Sobre la muerte.....	127
Meditación IV para el segundo día.—Sobre la diferencia que hay en el morir de una religiosa relajada á otra fervorosa.....	133
Meditación I para el tercer día.—Sobre el juicio particular.....	139
Lección para el tercer día.—Sobre la virtud de la penitencia.....	145
Meditación II para el tercer día.—Sobre el juicio universal.....	161
Examen para el tercer día.—Sobre el gobierno de las tres potencias del alma.....	167
Meditación III para el tercer día.—Sobre las penas del Infierno.....	170
Meditación IV para el tercer día.—Sobre los afectos de un alma condenada.....	176
Meditación I para el cuarto día.—Sobre el mal de los pecados veniales.....	183
Lección para el cuarto día.—Sobre la virtud de la humildad.....	188
Meditación II para el cuarto día.—Sobre la parábola del hijo pródigo.....	212
Examen para el cuarto día.—Sobre el estado de vuestras faltas y de vuestras virtudes....	218
Meditación III para el cuarto día.—Sobre el Reino de Cristo.....	223
Meditación IV para el cuarto día.—Sobre el beneficio de la Encarnación.....	228
Meditación I para el quinto día.—Sobre el nacimiento de Jesucristo.....	233
Lección para el quinto día.—Sobre la virtud de la pobreza.....	239
Meditación II para el quinto día.—Sobre la Circuncisión de Cristo.....	258
Examen para el quinto día.—Sobre el modo cómo os portáis para con Dios.....	263

Meditación III para el quinto día.—Sobre la venida de los Reyes Magos á adorar á Jesús.	266
Meditación IV para el quinto día.—Sobre la pérdida y encuentro de Jesús en el templo...	271
Meditación I para el sexto día.—Sobre la ten- tación de Cristo en el desierto.....	275
Lección para el sexto día.—Sobre la virtud de la obediencia.....	281
Meditación II para el sexto día.—Sobre las dos banderas. . . . .	301
Examen para el sexto día.— Sobre el modo có- mo os portáis con vuestro prójimo.....	307
Meditación III para el sexto día.—Sobre la vo- cación á la religión....	311
Meditación IV para el sexto día.—Sobre la doc- trina evangélica que explicó Cristo en las Bienaventuranzas....	317
Meditación I para el séptimo día.—Sobre la institución del Santísimo Sacramento. ....	323
Lección para el séptimo día.—Sobre la virtud de la religión. ....	329
Meditación II para el séptimo día.—Sobre las causas de sudar Cristo sangre en el Huerto..	342
Examen para el séptimo día.—Sobre el modo con que os portáis con vos misma. . . . .	347
Meditación III para el séptimo día.—Sobre las injurias que recibió Cristo en los tribuna- les.....	351
Meditación IV para el séptimo día.—Sobre la negación de San Pedro.....	355
Meditación I para el octavo día.— Sobre los azotes de Jesucristo.....	361
Lección para el octavo día.—Sobre la caridad del prójimo. ....	365
Meditación II para el octavo día.—Sobre la co- ronación de espinas.....	367
Examen para el octavo día.—Sobre el modo con que os portáis con la religión y con los san- tos votos. ....	391
Meditación III para el octavo día.—Sobre el llevar Cristo la cruz.....	396

	<u>Págs.</u>
Meditación IV para el octavo día.—Sobre Cristo puesto en la cruz.....	401
Meditación I para el noveno día.—Sobre la Resurrección de Cristo.....	408
Lección para el noveno día.—Sobre la caridad con Dios.....	412
Meditación II para el noveno día.—Sobre la Ascensión del Señor.....	437
Examen para el noveno día.—Sobre la perfección de las acciones más comunes.....	441
Meditación III para el noveno día.—Sobre la venida del Espíritu Santo.....	453
Meditación IV para el noveno día.—Sobre la gloria del Cielo.....	457
Meditación I para el décimo día.—Sobre los títulos que tenemos de amar á Jesucristo.....	464
Lección para el décimo día.—Sobre la pureza de la intención en el obrar.....	470
Meditación II para el décimo día.—Sobre los designios de Cristo en instituir la Eucaristía.....	491
Examen para el décimo día.—Sobre el deseo de la perfección y sobre las señales de ir aprovechando.....	497
Meditación III para el décimo día.—Sobre los beneficios recibidos del Señor para movernos á amarlo.....	501
Meditación IV para el décimo día.—Para ejercitar el amor para con Dios.....	506
Medios para conservar el fruto de los ejercicios.....	513

## EL ESPEJO QUE NO ENGAÑA

Introducción.....	543
Consideración I para el domingo.—Sobre la nada que somos por nosotros mismos en el orden de la naturaleza.....	550
Sois nada en el ser.....	550
Sois nada en el dudar.....	551
Sois nada en el obrar.....	552



Consideración II para el lunes.—La nada que somos en el orden de la gracia .....	557
Necesidad de la gracia santificante.....	557
Necesidad de la gracia actual.....	559
Necesidad de la gracia final.....	561
Consideración III para el martes.—Las mise- rias del pecado original.....	567
La vergüenza.....	567
La ignorancia del entendimiento.....	569
La malicia de la voluntad....	570
Consideración IV para el miércoles.—Sobre los pecados actuales.....	577
Los pecados pasados. ....	577
Los pecados presentes.....	579
Los pecados posibles.....	581
Consideración V para el jueves.—El Infierno es grande motivo de humillación.....	587
Habéis merecido esta sentencia.....	587
No sabéis si se ha revocado.....	588
Puede volver á merecerse y ejecutarse .....	590
Consideración VI para el viernes.—Sobre la causa que tenemos de humillarnos por nues- tras obras buenas.....	596
Por aquello que en ellas es todo de Dios.....	596
Por aquello que hay en ellas juntamente de Dios y vuestro.....	598
Por lo que en ellas es todo vuestro.....	599
Consideración VII para el sábado.—Sobre la nada que somos, comparados con los santos y con Dios.....	607
Comparados á los siervos de Dios que viven en la Tierra.....	607
Comparados con los santos del Paraíso.....	609
Comparados con Dios.....	611